ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Almanaque

Sud-Americano

PARA EL AÑO

1891

REDACTADO POR

Casimiro Prieto y Valdés

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE «EL SIGLO ILUSTRADO»

CERRITO, 170 Y 174, N/N

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

COLABORADORES

DEL ALMANAQUE EN 1891

SEÑORAS

Adela Castell, Dorila Castell de Orozco,
Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner

SEÑORES

Alencar, Álvarez, Amézaga, Arreguine, Bares, Calcaño (J. A.), Campoamor, Cancio, Cané, Castelar, Castellanos, Coronado, Costa, Darío, Díaz, Dicenta, Egozcue, Estremera, Feliu y Codina, Gache, Giganda, Godoy, Gras y Elías, Guido Spano, Huguet y Campañá, Jordán, López Benedito, Llona, Malagarriga, Matta, Mendes, Palacio, Palma, Pérez Nieva, Peza, Podestá, Prieto, Reina, Rodao, Rossel, Roxlo, Rueda, Ruiz, Sánchez, Tejera, Torromé, Villafañe, Villalba, Zeballos, etc.

ARTISTAS

Contell, Labarta, Llovera, Mestres, Pascó,
Pellicer, Planas y Ros .

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ÍNDICE LITERARIO

Alencar (Barón de).—Morir de amor, poesía. 49
Álvarez (José S.)—Cortando campo. 150
Amézaga (Carlos G.)—¡Llora! poesía. 228
Arreguine (Víctor).—Poema, fragmento. 201

Bares (Manuel A.)—Lejanías. 188

Calcaño (J. A.)—A un esqueleto, poesía. 42
Campoamor (Ramón).—La sal del diablo, poesía. 68
» » Justos por pecadores, dolora. 80
» » El gran tormento, dolora. 103
» » La Nochebuena, poesia. 120
» » El paseo, poesía. 180
» » Agua pasada, poesía. 240
Cancio (Juan).—Esbozo. 158
Cané (Miguel).—Nessun maggior dolor... 269
Castelar (Emilio).—Venganza germánica. 138
Castell (Adela).—El día de los muertos, poesía. 116
Castell de Orozco (Dorila).—La campesina, poesía. 232
Castellanos (M. Numa).—El baile de máscaras, poesía. 97
Coronado (Martín).—Carapachay, poesía. 191
Costa (Pablo della).—Tragedias del amor. 58
» » Viviendo en el siglo, poesía. 200

Darío (Ruben).—Lœtitia, poesía. 64
Diaz (Leopoldo).—Juvenillia, soneto. 63
» » Epitafio, soneto. 224
Dicenta (Joaquín).—La flor del pantano. 100

Egozcue (Carlos M.)—¡Huérfana! poesía. 39
» » Los cuervos, poesía. 181
Estremera (José).—El pececillo, fábula. 190

Feliu y Codina.—Lugareña, poesía. 130
» » Naufragar en tierra firme. 194

Gache (Alberto I.)—Tris, tras... et ergo trús... 44
Giganda (Evaristo G.)—El doctor don Alberto Palomeque. . . . 82
Godoy (Rodolfo)—Celajes, poesía. 88
Gorriti (Manuela).—El secreto de los peñascos. 205
Gras y Elías (Francisco).—La cueva de doña Blanca. 70
Guerrero (Teodoro.)—Cantar. 103
Guido Spano (Carlos).—Manuela, poesía. 145

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Huguet y Campañá (Pedro).— A la libertad, soneto. 114
» » » La opinión pública, poesía. 152
» » » Un suicida. 233
Jordán (Vicente R.)— Buenos propósitos. 247
López Benedito (Fernando).— Soneto.. 41
» » » Miel hiblea, poesía. 86
» » » ***, poesía. 204
» » » La loca de las flores, poesía. . . . 262
Llona (Numa Pompilio).— El leñador, soneto. 253
Malagarriga (Carlos).— Don Licurgo García. 175
Matta (Guillermo).— Meditación, poesía. 108
» » Nobleza heredada, poesía. 131
» » ¡Juventud! poesía. 222
Matto de Turner (C.)— Año dos. 133
Mendes (Cátulo).— Los dos pañuelos. 91
Palacio (Manuel).— Tempo passato, soneto. 57
» » A Colón, soneto. 149
Palma (Ricardo).— Una misa de aguinaldo. 51
» » En el álbum de María Teresa, poesía. 135
» » Aspiración insensata, poesía. 144
» » La gran querella de los barberos. 254
Paso (Manuel).— A Julián Gayarre. 29
Pérez Nieva (Alfonso).— La primavera. 123
Peza (Juan de Dios).— Cantos del hogar, poesía. 136
» » El arco iris, soneto. 165
» » La ventana desierta, poesía. 251
Podestá (Manuel T.).— La paradoja del vicio. 110
Prieto (Casimiro).— Año nuevo. 9
» » Pancho. 30
» » La mejor posesión, poesía 38
» » La sal de Andalucía, poesía. 55
» » Los amores de Raúl, poesía. 76
» » Tiple ligera, poesía. 98
» » El cochero, poesía. 117
» » Cantares. 121
» » Un poco de historia, poesía. 153
» » Entre parientes, poesía.. 241
Reina (Manuel).—Cantar. 64
» » A Muñoz Lucena. 227
Rodao (J.)— La llave del cielo, poesía. 154
Rossel (Juan C.)— El poema del nido, poesía. 89
Roxlo (Carlos).— ¡Calla! poesía. 102
» » In rure, poesía. 137
Rueda (Salvador).— De verbena. 161
» » Paisaje, poesía. 192
Ruiz (Julio J.)— Celos, poesía. 37
Sánchez (Ricardo).— El ruiseñor, poesía. 132
» » El nido solo, poesía. 160
» » En el baile, poesía. 223
Tejera (Felipe).— La poesía. 54
Torromé (Rafael).— La mosca de oro, poesía. 166
Velarde (J.)— En un abanico, poesía. 180
Villafañe (S. I.)— La eterna batalla, poesía. 104
Villalba (Arturo).— La mariposa negra, poesía. 155
X.— José Oxilia. 226
Zeballos (E.)— El bagual del diablo, poesía. 242

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ÍNDICE ARTÍSTICO

CONTELL (Ramón J.)

Manuela. 145

LABARTA (Luis)

La pereza. 229

LLOVERA (José)

Las mujeres engañadas (variedad). 38
La sal de Andalucía (ilustraciones). 55
El médico de señoras (variedad). 99
La aristocracia del vicio (variedad). 129
Los maridos calaveras (variedad).. 153
De verbena 161
Viviendo en el siglo. 200
En el baile. 223

MESTRES (Apeles)

Año nuevo (ilustraciones). 9
Los meses del año. . . . . 16 á 27
Pancho (ilustraciones). 30
¡Huérfana! (ilustraciones). 39
Entre primos (variedad). 42
Tragedias del amor (ilustraciones). 58
Juvenillia. 63
Leyenda caballeresca (cuento vivo).. 65
Idilio (variedad). 69
Los amores de Raúl (ilustraciones). 76
En la sastrería (variedad). 87
Celajes. 88
La actriz y el médico de la empresa (variedad). 90
Los dos pañuelos (ilustraciones). 91
Huyendo del diablo (variedad). 96
Costumbres del siglo futuro (variedad). 103

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La eterna batalla (ilustraciones). 104
Calínez en tranvía (variedad). 115
El estudiante y su padre (cuento vivo). 118
La señora y el mendigo (variedad). 122
La primavera (ilustraciones). 123
Los niños terribles (variedad). 132
En el álbum de María Teresa (inicial). 135
Cantos del hogar. 136
Los baños de mar (variedad). 149
Ardides de la vanidad (variedad). 156
El nido solo 160
La mosca de oro (ilustraciones) 166
A escape (variedad). 174
El posadero y su hija (variedad). 180
El poeta y la ortiga (cuento vivo). 182
En la escuela (variedad). 204
El secreto de los peñascos (ilustraciones). 205
La loca de las flores. 262

PASCÓ (José)

La ventana desierta. 251

PELLICER (J. L.)

Alegoría Gayarre. 28
Una misa de aguinaldo (ilustraciones). 51
Venganza germánica (ilustraciones). 138
El bagual del diablo (ilustraciones). 242
La gran querella de los barberos (ilustraciones). 254

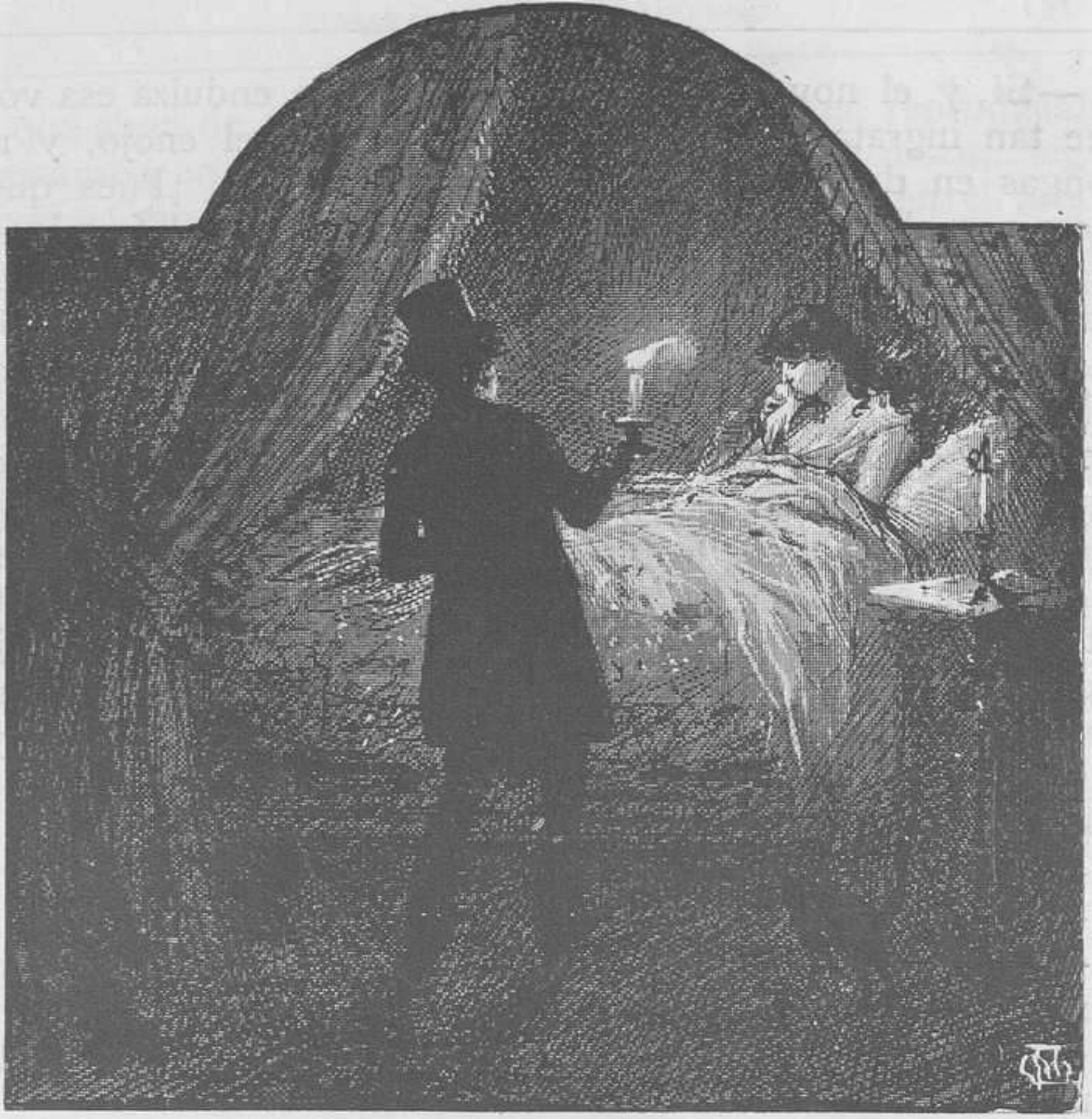
PLANAS (Eusebio)

Morir de amor (ilustraciones). 49
Entre parientes. 241

ROS (Paciano)

Gayarre (retrato). 28
Sr. D. Alberto I. Gache (retrato).. 43
Dr. D. Alberto Palomeque (retrato).. 81
Dr. D. Manuel T. Podestá (retrato).. 109
Sr. D. Mariano de Vedia (retrato). 157
Armando Palacio Valdés (retrato). 193
D. José Oxilia (retrato). 225

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



AÑO NUEVO...

—Consuelo... ¿duermes, hija mía? ¿por qué no me contestas? ¡ya lo comprendo todo! ¿qué apostamos á que estás enojada?

—¡Infame!

—Yo bien, gracias. ¡Vaya una manera de saludar á la gente!

—¿Estas son horas de recogerse? están dando las cuatro.

— Sí, no son más que las cuatro...

—Hágame usted el favor de no acercarse. ¡Le odio!

—¡Vamos, Consuelo!

—¡Suélteme la mano ó grito! ¿le parece á *usted* bien hecho pasarse la noche fuera de casa? ¡y eso á los dos años de casado! ¿por qué me fingió *usted* una pasión que no sentía? el octavo no mentir.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Sí, y el noveno no exagerar. Conque endulza esa voz, que tan ingrata suena cuando vibra en ella el enojo, y no pongas en duda mi cariño, que es todo tuyo. ¡Pues qué! ¿hoy que alborea un nuevo año y la humanidad festeja su llegada con alborozo, creyendo que trae en su maleta de viaje todas las dichas soñadas y todos los bienes apetecidos, han de brillar las lágrimas en tus ojos y han de rasgar los sollozos tu garganta? Es verdad que he pasado la noche fuera de casa, pero ¿y qué? eso le sucede... á cualquier marido. ¡Qué quieres! La sociedad tiene sus exigencias y á veces hay que ahogar los impulsos del corazón y sacrificarse á eso que se llama buen parecer... Sin ir más lejos, aquí estoy yo, que rabiaba por volar á tu lado: pero se le antojó á don Judas festejar la venida del año nuevo con una opípara cena y aun cuando al principio me opuse, no hubo tu tía, y, quieras que no quieras, tuve que cenar con él.

—Y con su señora, ¿verdad?

—¿Con la señora de quién?

—¡De don Judas, Iscariote!

—¡No empecemos con los apodos, mujer! Yo no soy ningún Iscariote.

—Pero... ¿cenó ó no cenó con vosotros la mujer de tu amigo?

—¡Qué había de cenar! ¿no sabes que anoche salió de cuidado?

—¿Cómo de cuidado? ¿pues no me dijiste que el mes pasado había dado á luz un hermoso infante?

—Es verdad.

—¿Y ha tenido otro?

—¡Eso es! ha tenido otro infante... ¡Qué quieres! hay madres capaces de dar soldados á la patria... por compañías.

—Mucha *infantería* me parece esa en un mes.

—En cambio nosotros... ¡ay, Consuelo! se me figura que es mucha torpeza la nuestra en achaques de aritmética conyugal; todo lo más que hemos hecho ha sido *sumar* nuestros afectos y pare usted de contar. ¿Por qué no imitas á la mujer de don Judas? ¡si vieses cómo *multiplica!*

—¡Ya lo creo! no sólo *multiplica*, sino que *divide*... á su esposo por la mitad.

—Todo el mundo tiene hijos, menos nosotros. ¡Cuidado si es terquedad la tuya, mujer! ¡son tan encantadores los niños! un matrimonio sin hijos es como un rosal sin rosas...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¿A qué alma de cántaro puede gustarle no ver reproducida su estampa en mayor ó menor número de *ediciones*... legítimas? ¡Con qué dulcísima emoción veía abrirse en el árbol de nuestros amores las brillantes flores de la esperanza, pensando, necio de mí, que no tardarían en convertirse en fruto... *de bendición!* Pero deshojáronse mis rosadas ilusiones al llegar los primeros fríos del desencanto y esta es la hora que no he podido resignarme todavía con mi poca suerte. ¡Hubiera deseado tanto secundar los fines de la Naturaleza, perpetuando la especie en la medida de mis fuerzas... y las tuyas! ¡Palabra de honor! Yo creo que todo matrimonio estéril debería ser... rescindido. En mi concepto, una mujer sin hijos no es más que una planta de adorno, y á mí me habría gustado mucho, pero muchísimo, una compañera como la de don Judas, que es...

—Una mujer... *frutal.*

—Bastantes veces he envidiado á mi amigo.

—¿Cuántos hijos tiene?

—¿Don Judas?

—Su mujer.

—Catorce.

—Entonces esa señora, más que *árbol,* es un jardín... *de infantes.*

—¡Si vieses qué baraúnda la de aquella casa! todos los vecinos tienen que emigrar del barrio, pues no hay tranquilidad posible á una legua á la redonda de esa familia. ¡Claro! ¡con tanto chico!... Uno chilla; otro llora; éste toca el tambor; aquél se trepa á la primera visita que se presenta; el de más allá aprende aritmética en los espejos, haciendo en ellos, sin la más pequeña equivocación, la cuenta de *dividir;* otro cabalga en cualquiera de los fámulos, al cual no le queda más remedio que tascar el freno de la paciencia... ó salirse desbocado de aquella casa; otro... pero, ¿á qué seguir enumerando las travesuras de aquellos angelitos? ¡no he visto ángeles... más diablos! Y no te digo nada de la lluvia de juguetes que arrecia sobre ellos desde la última venida... del Mesías! Con razón me decía ayer uno de los vecinos: —«Créame usted, caballero; lo que es esta vez nos ha venido á ver Dios.» ¡Naturalmente! figúrate que la cosa empezó con el árbol de Navidad, esa planta exótica no clasificada aún por los botánicos y que tan hondas raíces ha echado en el corazón de los niños; fué tal la cosecha que dió

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de tambores, cornetas y otros instrumentos estrepitosos, que no hay sordo, á inmediaciones de aquella casa, que no se crea curado de su dolencia. Pero aun siendo de la piel del diablo, me enamoran los niños.

—Y sobre todo... *las niñas.*

—No lo niego. ¿Acaso hay nada más bello que las niñas? Son mujeres *en flor*... ¡beldades en capullo!

—No, no me refiero á esas, sino á las *niñas en fruto.*

—¡Bah! para mí están... *verdes.*

—¡Hipócrita!

—No empieces á desafinar, mujer; ya sabes que soy fiel como un mastín.

—Y sin embargo, te pasas la noche fuera de casa.

—La culpa la tiene don Judas, que no me ha soltado hasta

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ahora. ¡Qué quieres! es uno de esos amigos de *presa*, á quienes habría que tener atados.

—¿Y la otra noche?

—¿Qué noche?

—La Noche Buena... ¿no te apareciste á la madrugada?

—Es que fuí á la misa del gallo. Ya sabes que soy muy devoto...

—¿De las devotas?

—No creas, mujer...

—¡Buena fué la noche que pasé esperándote, sola y deshecha en lágrimas, al verme en tan triste abandono! no

pegué los ojos en toda la noche... ¡Vaya una Noche Buena!

—¡Excelente!... ¡como que es *noche de no dormir!*

—Pero es noche de estarse en su casa, como Dios manda y como hacen todos los maridos que quieren á sus esposas respectivas. El hombre se pertenece á su mujer y no debe abandonarla un momento. Recuerda la Epístola de san Pablo.

—¡Se conoce que san Pablo era soltero! á ser casado... ¡otra epístola nos cantara!

—Lo cierto es que tu conducta va siendo altamente censurable. *Año nuevo, vida nueva*, me dijiste al terminar el anterior, arrepentido de tus primeras infidelidades conyugales, pero todos tus propósitos de enmienda fueron nulos; á

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

los dos días de haberme prometido regenerarte, te pasaste la noche... ¡Dios sabe dónde!

—En casa de Carlos... ya sabes que desde tiempo atrás andábamos buscando la cuadratura del círculo...

—¿Vicioso?

—¡Bastante arrepentido estoy de haber derrochado mi tiempo en tales quimeras! Afortunadamente me apercibí pronto de la inutilidad de mis esfuerzos y pude eludir las funestas consecuencias de que fué víctima mi pobre amigo, más empeñado que yo en legar su nombre á la posteridad, rodeado de resplandores de gloria.

—Pero... ¿qué le pasó á tu amigo? ¿dónde está?

—¡Donde ha de estar! donde están todos los que se han propuesto descubrir la cuadratura del círculo... ¡en el manicomio!

—No obstante, tú te empeñaste también en resolver ese problema...

—Sí, pero ya ves... ¡me casé!

—La locura no fué tuya, sino mía. ¡Ah! ¡si las solteras supieran las penas del purgatorio que se pasan en el matrimonio, con hombres como los que ahora se usan! con más gusto se quedarían para vestir imágenes. ¡Buenos son los hombres!

—Vamos, Consuelo, no te exaltes... y no exageres. Tus celos ven visiones en todas partes. Si he cometido algún pecadillo venial, bastante lo he purgado ya... y aun dudo que en el Purgatorio se escuchen más quejas y más sermones que en esta casa. Confieso que no soy de la madera de que se hacen los santos, pero no soy tampoco un mal hombre. Conque ábreme los brazos, Consuelo mía, y te prometo ser desde hoy el mejor de los maridos posibles. *¡Año nuevo, vida nueva!* En adelante seré todo tuyo, desde la cruz á la fecha, é iremos juntos á la misa del gallo, y á la ópera... con ó sin *gallos*, y á los bailes de máscara, donde sólo bailaré contigo, aunque los amigos me den una silba, y no me alejaré nunca de tu lado. Nuestra existencia, amada Consuelo, se deslizará feliz bajo un cielo sin tempestades y volverán á abrirse en nuestra alma, como una nueva primavera de rosas, las ilusiones que la embellecieron un día, y volverá á descender á nuestro espíritu, como dorado rayo de sol, la alegría, ahuyentando de él toda sombra de tristeza. Desde hoy, ¡te lo juro! voy á ser otro hombre... ¡y ojalá fueses tú otra mujer!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Eso quisieras, grandísimo bribón! ¡que fuese *otra mujer!*

—Haces mal en torcer el sentido de mis palabras. Quiero decir que desearía que tuvieses el carácter más blando, y que no te sulfuraras tan á menudo y que hicieras, en fin, que nuestros almuerzos estuviesen más ajustados á la Epístola de san Pablo.

—Me has hecho tantas picardías, aunque trates de negarlas, que no creo en tu arrepentimiento.

—Pues como me perdones, te juro que no he de darte más motivos de quejas.

—¡Bah!

—*Año nuevo, vida nueva.*

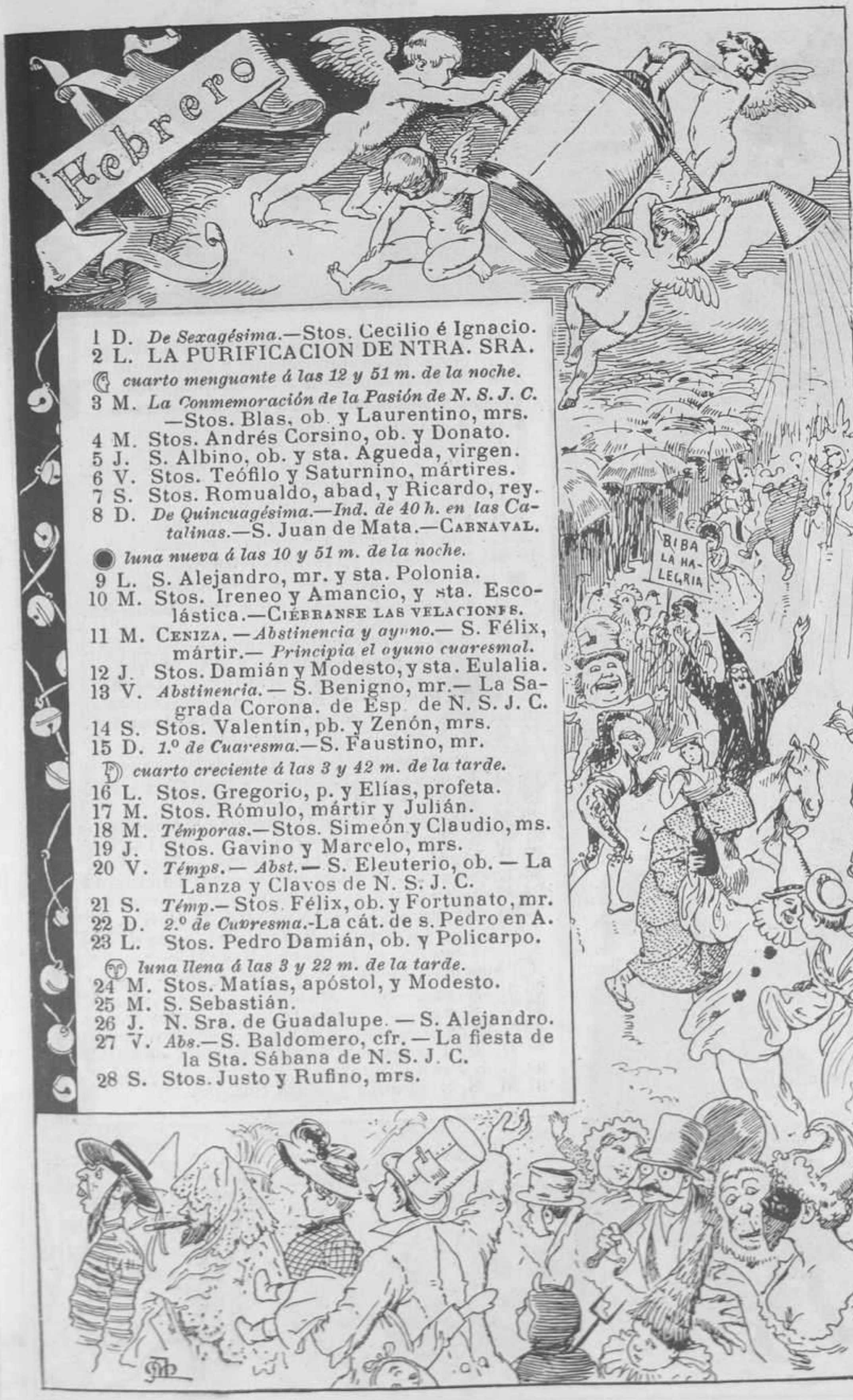
—¡No! *año nuevo... vida vieja.*

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

1 J. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 V. S. Isidoro, obispo y mártir.
3 S. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
cuarto menguante á las 6 y 19 m. de la mañana.
4 D. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 L. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
6 M. ADORACION DE LOS SIOS. REYES.
7 M. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
8 J. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 V. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
10 S. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.
luna nueva á las 12 y 2 m. de la mañana.
11 D. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 L. S. Benedicto, obispo.
13 M. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.
14 M. S. Hilario, obispo.
15 J. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 V. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
17 S. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
cuarto creciente á las 4 de la mañana.
18 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—La Cátedra de san Pedro en Roma.
19 L. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 M. Stos. Sebastián y Fabián, márs.
21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
22 J. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 V. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
24 S. Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob.
luna llena á la 8 y 14 m. de la noche.
25 D. *De Septuagésima.* — Ntra. Sra. de Betlehém.—La Conv. de san Pablo ap.
26 L. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
27 M. *La Oración de N. S. J. en el Monte Olivete.*—S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
28 M. S. Julián, obispo y confesor.
29 J. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.
30 V. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
31 S. S. Pedro Nolasco.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 D. *De Sexagésima.*—Stos. Cecilio é Ignacio.
2 L. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.

☾ *cuarto menguante á las 12 y 51 m. de la noche.*

3 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* —Stos. Blas, ob. y Laurentino, mrs.
4 M. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
5 J. S. Albino, ob. y sta. Agueda, virgen.
6 V. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
7 S. Stos. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 D. *De Quincuagésima.—Ind. de 40 h. en las Catalinas.*—S. Juan de Mata.—CARNAVAL.

● *luna nueva á las 10 y 51 m. de la noche.*

9 L. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
10 M. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.—CIÉBRANSE LAS VELACIONES.
11 M. CENIZA. —*Abstinencia y ayuno.*— S. Félix, mártir.— *Principia el oyuno cuaresmal.*
12 J. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
13 V. *Abstinencia.* — S. Benigno, mr.— La Sagrada Corona. de Esp de N. S. J. C.
14 S. Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.
15 D. *1.º de Cuaresma.*—S. Faustino, mr.

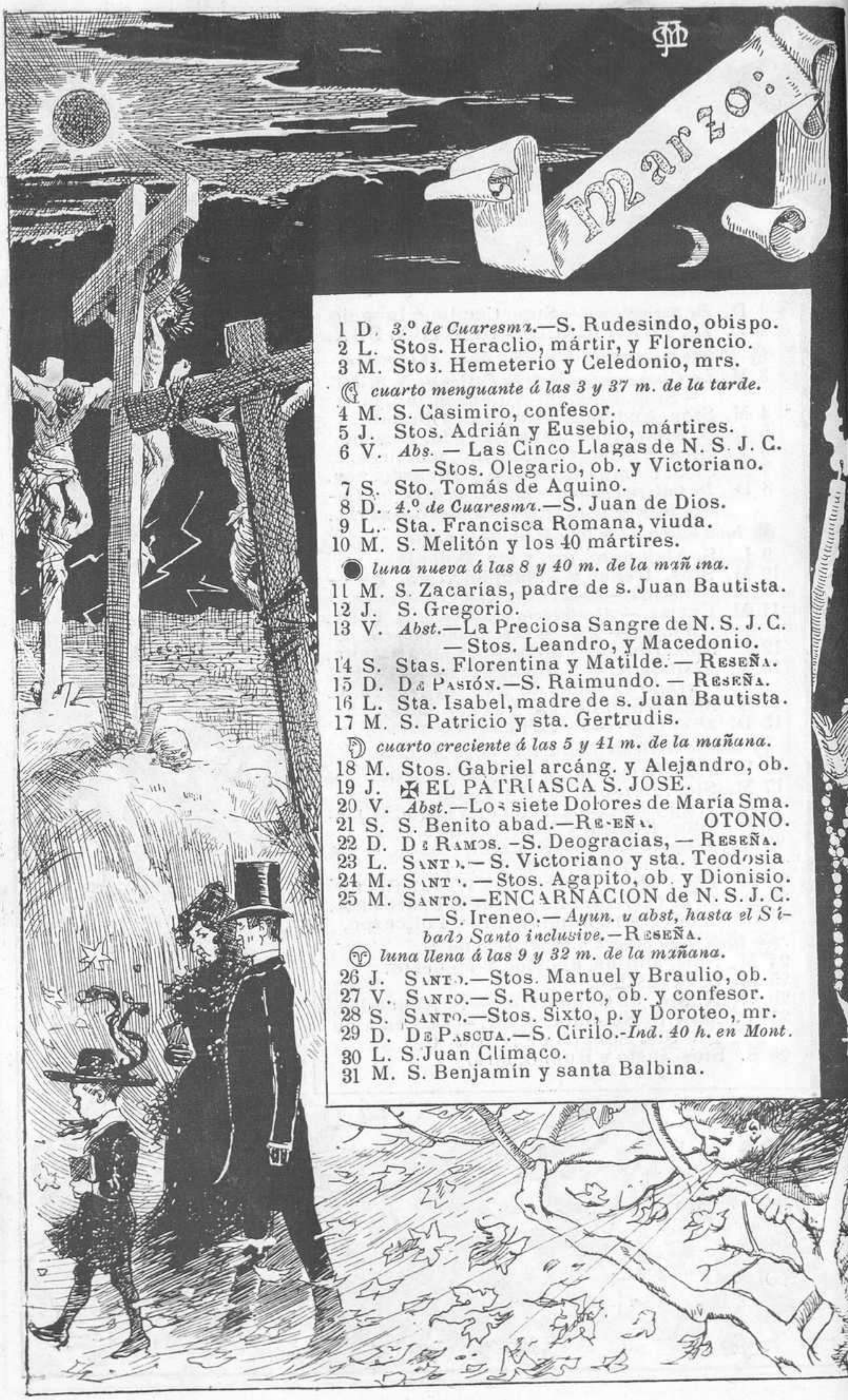
☽ *cuarto creciente á las 3 y 42 m. de la tarde.*

16 L. Stos. Gregorio, p. y Elías, profeta.
17 M. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
18 M. *Témporas.*—Stos. Simeón y Claudio, ms.
19 J. Stos. Gavino y Marcelo, mrs.
20 V. *Témps.— Abst.*— S. Eleuterio, ob. — La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
21 S. *Témp.*— Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
22 D. *2.º de Cuaresma.*-La cát. de s. Pedro en A.
23 L. Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo.

○ *luna llena á las 3 y 22 m. de la tarde.*

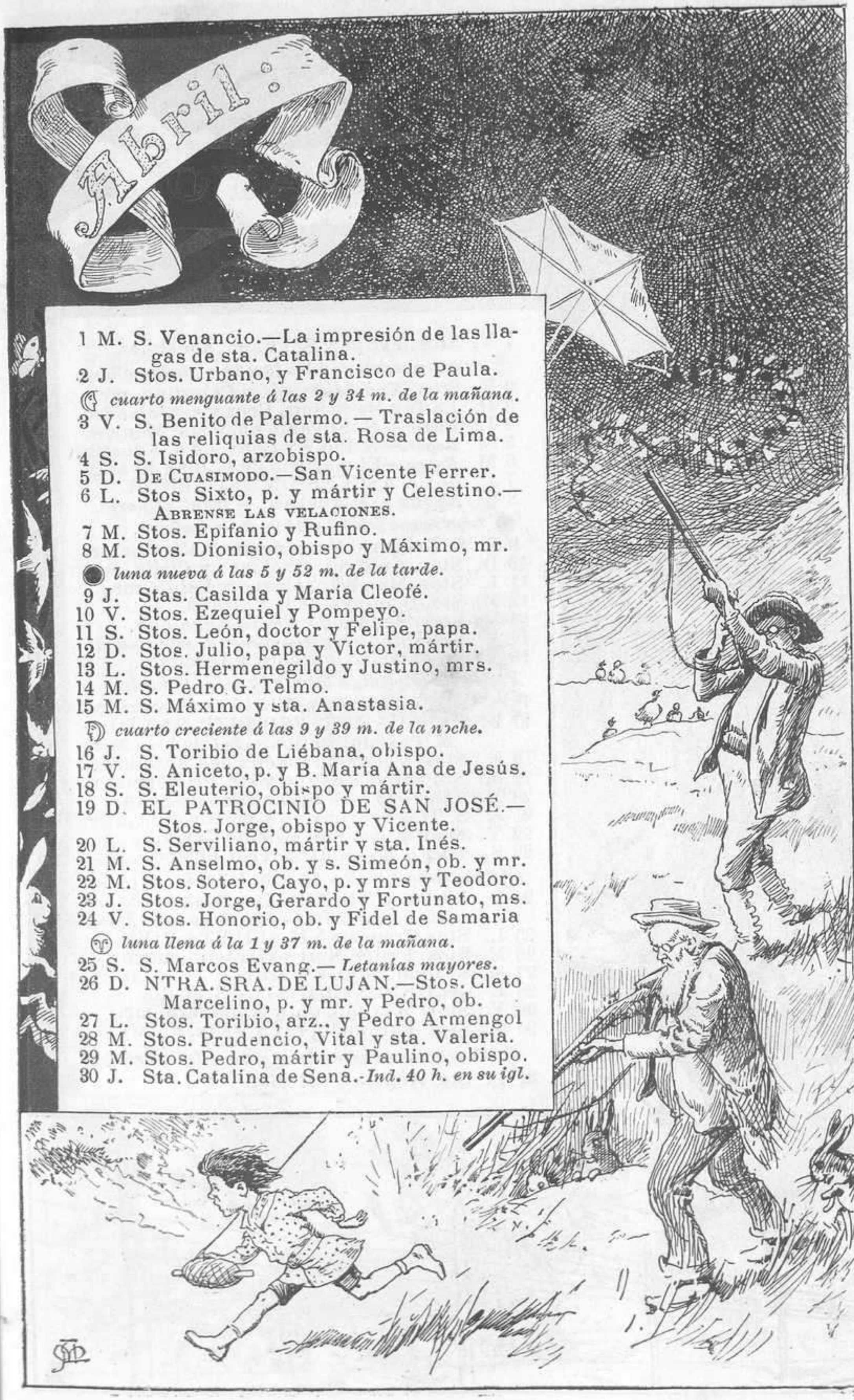
24 M. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
25 M. S. Sebastián.
26 J. N. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
27 V. *Abs.*—S. Baldomero, cfr. — La fiesta de la Sta. Sábana de N. S. J. C.
28 S. Stos. Justo y Rufino, mrs.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



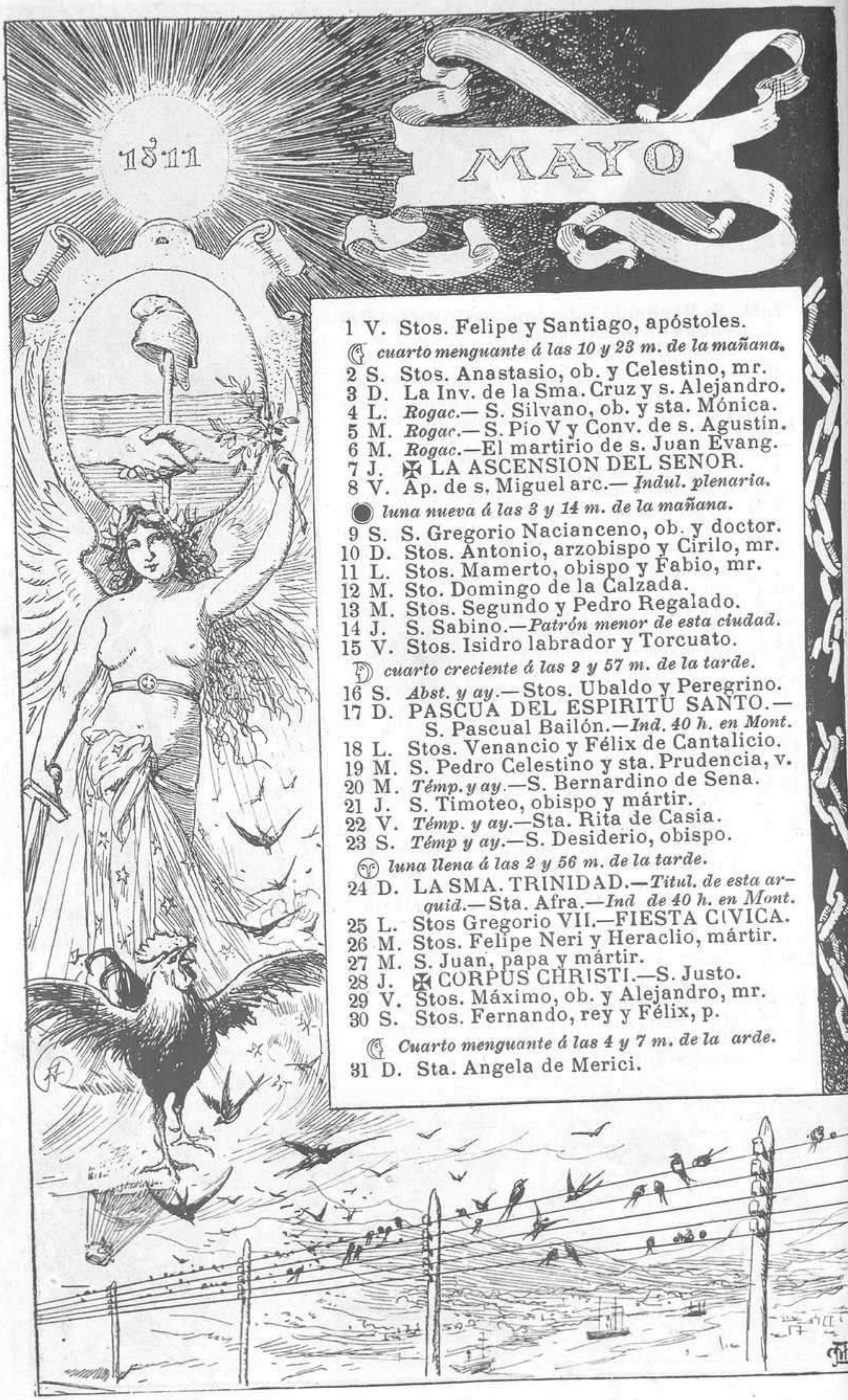
1 D. *3.º de Cuaresma.*—S. Rudesindo, obispo.
2 L. Stos. Heraclio, mártir, y Florencio.
3 M. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
cuarto menguante á las 3 y 37 m. de la tarde.
4 M. S. Casimiro, confesor.
5 J. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
6 V. *Abs.* — Las Cinco Llagas de N. S. J. C. —Stos. Olegario, ob. y Victoriano.
7 S. Sto. Tomás de Aquino.
8 D. *4.º de Cuaresma.*—S. Juan de Dios.
9 L. Sta. Francisca Romana, viuda.
10 M. S. Melitón y los 40 mártires.
luna nueva á las 8 y 40 m. de la mañana.
11 M. S. Zacarías, padre de s. Juan Bautista.
12 J. S. Gregorio.
13 V. *Abst.*—La Preciosa Sangre de N. S. J. C. —Stos. Leandro, y Macedonio.
14 S. Stas. Florentina y Matilde. — RESEÑA.
15 D. DE PASIÓN.—S. Raimundo. — RESEÑA.
16 L. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
17 M. S. Patricio y sta. Gertrudis.
cuarto creciente á las 5 y 41 m. de la mañana.
18 M. Stos. Gabriel arcáng. y Alejandro, ob.
19 J. ✠ EL PATRIASCA S. JOSE.
20 V. *Abst.*—Los siete Dolores de María Sma.
21 S. S. Benito abad.—RESEÑA. OTONO.
22 D. DE RAMOS. —S. Deogracias, — RESEÑA.
23 L. SANTO.—S. Victoriano y sta. Teodosia
24 M. SANTO. —Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
25 M. SANTO.—ENCARNACIÓN de N. S. J. C. —S. Ireneo.— *Ayun. y abst, hasta el Sábado Santo inclusive.*—RESEÑA.
luna llena á las 9 y 32 m. de la mañana.
26 J. SANTO.—Stos. Manuel y Braulio, ob.
27 V. SANTO.— S. Ruperto, ob. y confesor.
28 S. SANTO.—Stos. Sixto, p. y Doroteo, mr.
29 D. DE PASCUA.—S. Cirilo.-*Ind. 40 h. en Mont.*
30 L. S. Juan Climaco.
31 M. S. Benjamín y santa Balbina.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 M. S. Venancio.—La impresión de las llagas de sta. Catalina.
2 J. Stos. Urbano, y Francisco de Paula.
cuarto menguante á las 2 y 34 m. de la mañana.
3 V. S. Benito de Palermo. — Traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 S. S. Isidoro, arzobispo.
5 D. De Cuasimodo.—San Vicente Ferrer.
6 L. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.—Abrense las velaciones.
7 M. Stos. Epifanio y Rufino.
8 M. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.
luna nueva á las 5 y 52 m. de la tarde.
9 J. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 V. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
11 S. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
12 D. Stos. Julio, papa y Víctor, mártir.
13 L. Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.
14 M. S. Pedro G. Telmo.
15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.
cuarto creciente á las 9 y 39 m. de la noche.
16 J. S. Toribio de Liébana, obispo.
17 V. S. Aniceto, p. y B. María Ana de Jesús.
18 S. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 L. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
21 M. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.
22 M. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs y Teodoro.
23 J. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.
24 V. Stos. Honorio, ob. y Fidel de Samaria
luna llena á la 1 y 37 m. de la mañana.
25 S. S. Marcos Evang.— *Letanías mayores.*
26 D. NTRA. SRA. DE LUJAN.—Stos. Cleto Marcelino, p. y mr. y Pedro, ob.
27 L. Stos. Toribio, arz.. y Pedro Armengol
28 M. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.
29 M. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 J. Sta. Catalina de Sena.-*Ind. 40 h. en su igl.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 V. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
cuarto menguante á las 10 y 23 m. de la mañana.
2 S. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
3 D. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 L. *Rogac.*— S. Silvano, ob. y sta. Mónica.
5 M. *Rogac.*— S. Pío V y Conv. de s. Agustín.
6 M. *Rogac.*—El martirio de s. Juan Evang.
7 J. ✠ LA ASCENSION DEL SENOR.
8 V. Ap. de s. Miguel arc.— *Indul. plenaria.*
luna nueva á las 3 y 14 m. de la mañana.
9 S. S. Gregorio Nacianceno, ob. y doctor.
10 D. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mr.
11 L. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.
12 M. Sto. Domingo de la Calzada.
13 M. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
14 J. S. Sabino.—*Patrón menor de esta ciudad.*
15 V. Stos. Isidro labrador y Torcuato.
cuarto creciente á las 2 y 57 m. de la tarde.
16 S. *Abst. y ay.*—Stos. Ubaldo y Peregrino.
17 D. PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.—S. Pascual Bailón.—*Ind. 40 h. en Mont.*
18 L. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 M. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
20 M. *Témp. y ay.*—S. Bernardino de Sena.
21 J. S. Timoteo, obispo y mártir.
22 V. *Témp. y ay.*—Sta. Rita de Casia.
23 S. *Témp y ay.*—S. Desiderio, obispo.
luna llena á las 2 y 56 m. de la tarde.
24 D. LA SMA. TRINIDAD.—*Titul. de esta arquid.*—Sta. Afra.—*Ind de 40 h. en Mont.*
25 L. Stos Gregorio VII.—FIESTA CIVICA.
26 M. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 M. S. Juan, papa y mártir.
28 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Justo.
29 V. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
30 S. Stos. Fernando, rey y Félix, p.
Cuarto menguante á las 4 y 7 m. de la arde.
31 D. Sta. Angela de Merici.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

1 L. Stos. Segundo y Fortunato.
2 M. S. Marcelino y compañeros, mártires.
3 M. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
4 J. S. Francisco Caracciolo.
5 V. El Sagrado Corazón de Jesús.—S. Marciano, mr. — *Ind. de 40 h. en S. Ignacio.*
6 S. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.

luna nueva á la 1 y 10 m. de la tarde.

7 D. El Purísimo Corazón de María.
8 L. S. Salustiano.
9 M. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
10 M. S. Zacarías, m. y sta. Margarita.
11 J. S. Bernabé, apóstol.
12 V. S. Juan de Sahagún.
13 S. S. Antonio de Padua.
14 D. Stos. Basilio, ob. y dr. y Eliseo, prof.

cuarto creciente á las 8 y 44 m. de la mañana.

15 L. Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 M. S. Aureliano, obispo.
17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.
18 J. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms.
19 V. Stos. Gervasio, Protasio y Juliana, vn.
20 S. Sta. Florentina, virgen.
21 D. S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 L. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.

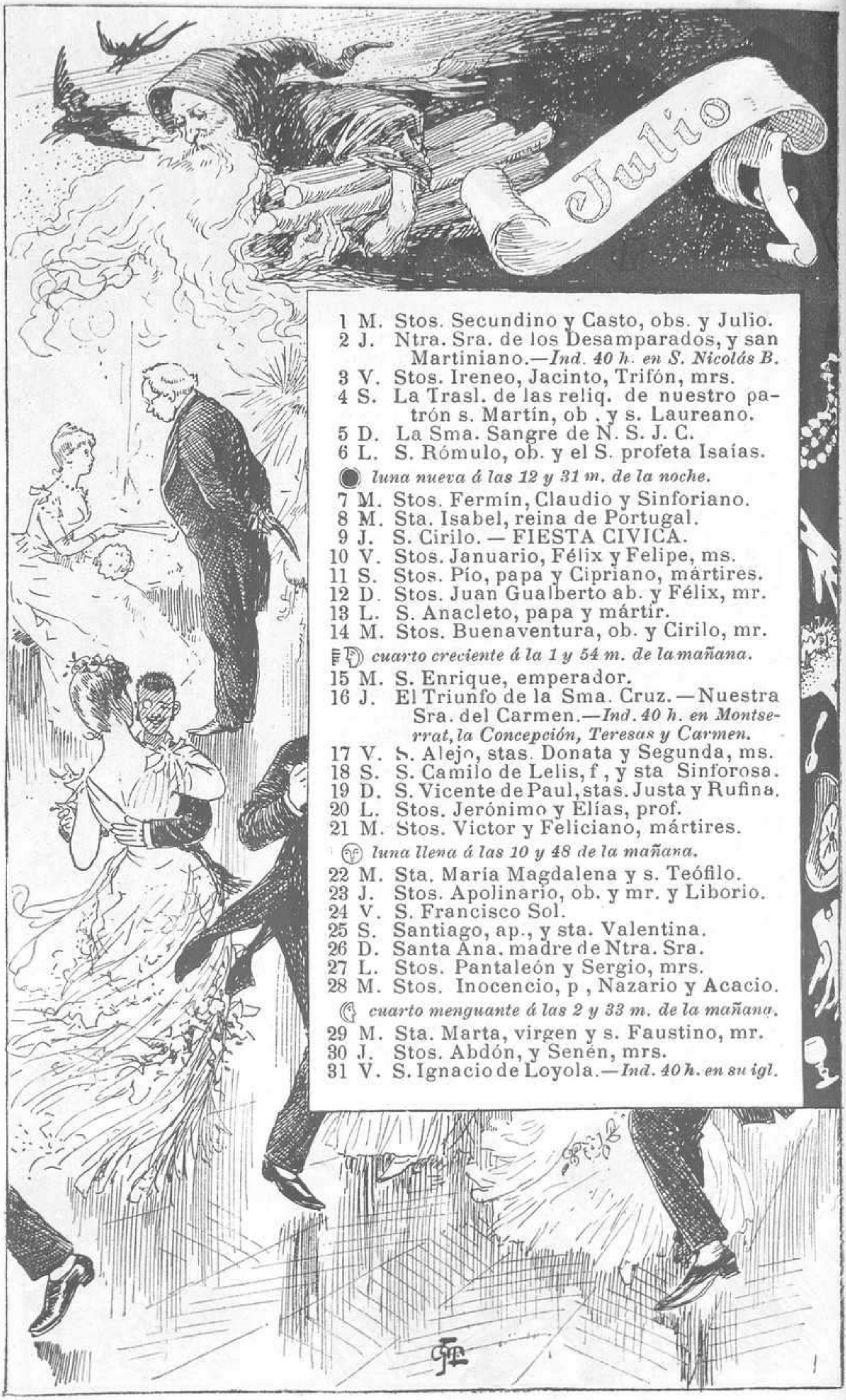
luna llena á la 1 y 50 m. de la mañana.

23 M. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 M. LA NAT. DE S. JUAN BAUTISTA.
Indulgencia de 40 h. en San Juan.
25 J. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
26 V. Stos. Juan y Pablo, mrs.
27 S. *Vig. y ay. con abst.*-Stos. Zoilo y Ladislao.
28 D. Stos. León, papa é Ireneo, obispo.

cuarto menguante á las 9 y 5 m. de la noche.

29 L. S. PEDRO Y S. PABLO APOSTOLES.
—*Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*
30 M. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 M. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.
2 J. Ntra. Sra. de los Desamparados, y san Martiniano.—*Ind. 40 h. en S. Nicolás B.*
3 V. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón, mrs.
4 S. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, ob. y s. Laureano.
5 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C.
6 L. S. Rómulo, ob. y el S. profeta Isaías.

luna nueva á las 12 y 31 m. de la noche.

7 M. Stos. Fermín, Claudio y Sinforiano.
8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 J. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
10 V. Stos. Januario, Félix y Felipe, ms.
11 S. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
12 D. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
13 L. S. Anacleto, papa y mártir.
14 M. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.

cuarto creciente á la 1 y 54 m. de la mañana.

15 M. S. Enrique, emperador.
16 J. El Triunfo de la Sma. Cruz.—Nuestra Sra. del Carmen.—*Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.*
17 V. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
18 S. S. Camilo de Lelis, f., y sta Sinforosa.
19 D. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina.
20 L. Stos. Jerónimo y Elías, prof.
21 M. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.

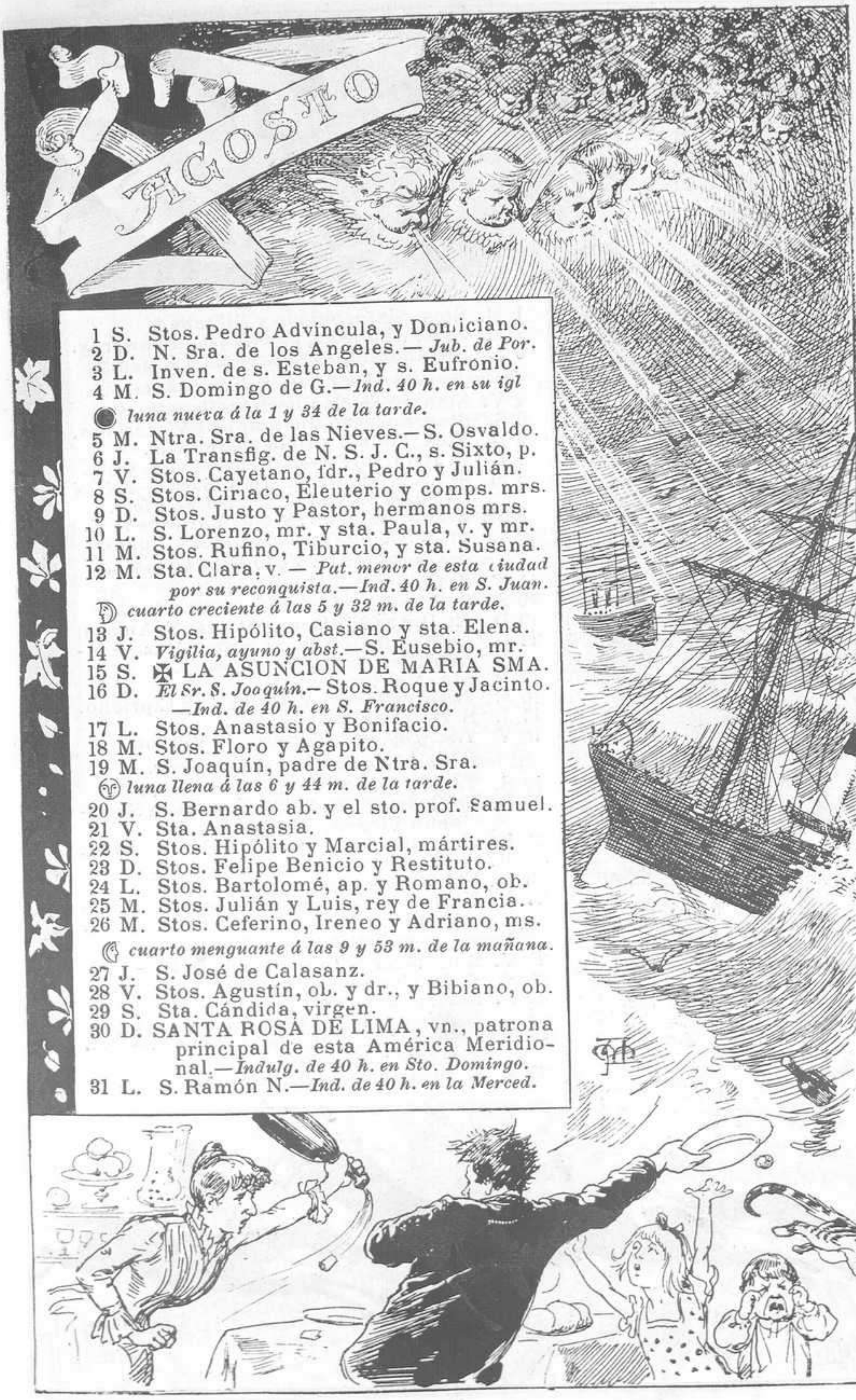
luna llena á las 10 y 48 de la mañana.

22 M. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 J. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
24 V. S. Francisco Sol.
25 S. Santiago, ap., y sta. Valentina.
26 D. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
27 L. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
28 M. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.

cuarto menguante á las 2 y 33 m. de la mañana.

29 M. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
30 J. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
31 V. S. Ignacio de Loyola.—*Ind. 40 h. en su igl.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 S. Stos. Pedro Advíncula, y Doniciano.
2 D. N. Sra. de los Angeles.— *Jub. de Por.*
3 L. Inven. de s. Esteban, y s. Eufronio.
4 M. S. Domingo de G.—*Ind. 40 h. en su igl*

● *luna nueva á la 1 y 34 de la tarde.*

5 M. Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo.
6 J. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
7 V. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
8 S. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.
9 D. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
10 L. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
11 M. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.
12 M. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista.—Ind. 40 h. en S. Juan.*

☽ *cuarto creciente á las 5 y 32 m. de la tarde.*

13 J. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena.
14 V. *Vigilia, ayuno y abst.*—S. Eusebio, mr.
15 S. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.
16 D. *El Sr. S. Joaquín.*— Stos. Roque y Jacinto. *—Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 L. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 M. Stos. Floro y Agapito.
19 M. S. Joaquín, padre de Ntra. Sra.

○ *luna llena á las 6 y 44 m. de la tarde.*

20 J. S. Bernardo ab. y el sto. prof. Samuel.
21 V. Sta. Anastasia.
22 S. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 D. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 L. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 M. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.

☾ *cuarto menguante á las 9 y 53 m. de la mañana.*

27 J. S. José de Calasanz.
28 V. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
29 S. Sta. Cándida, virgen.
30 D. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional.—*Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*
31 L. S. Ramón N.—*Ind. de 40 h. en la Merced.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

SEPTIEMBRE

1 M. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
2 M. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
3 J. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.

● *luna nueva á las 4 y 40 m. de la mañana.*

4 V. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, vgn.
5 S. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
6 D. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
7 L. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
8 M. ✠ LA NAT. DE MARIA SMA.— *Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.*
9 M. S. Jerónimo, mr. y sta. María de la C.
10 J. Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.

◑ *cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la mañana.*

11 V. S. Emiliano, obispo y mártir.
12 S. S. Serapio y Leoncio, mrs.
13 D. El Dulce Nombre de María.-S. Amaro.
14 L. La Exaltación de la Sma. Cruz. — *Indulgencia de 40 h. en el Socorro.*
15 M. Sta Melitona.
16 M. *Témp. y ay.*— Stos. Cornelio y Cipriano.
17 J. S. Pedro de Arbués.
18 V. *Tém. y ay.*—Sto. Tomás de Villanueva.

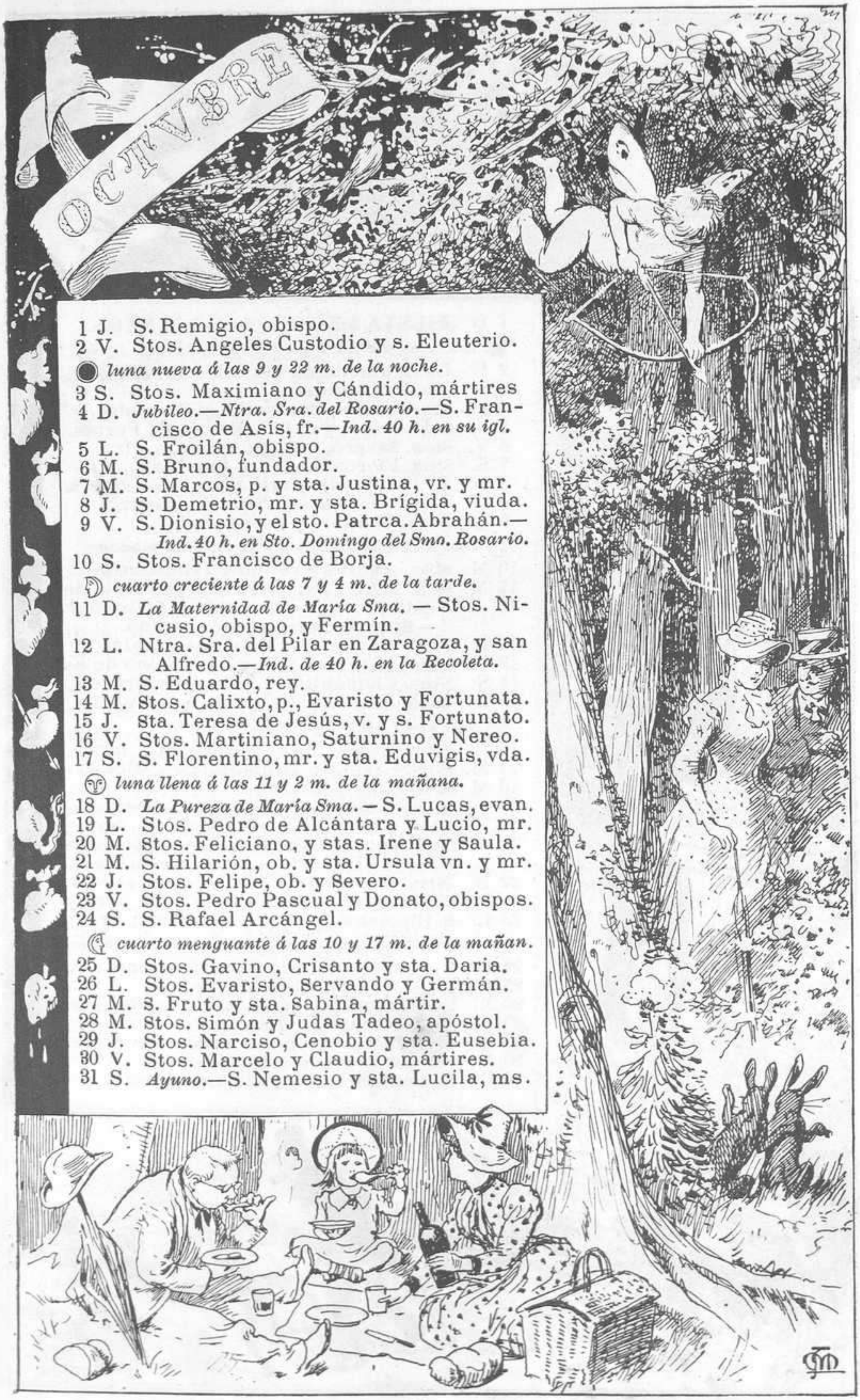
○ *luna llena á las 2 y 17 m. de la mañana.*

19 S. *Témp. y ay.*—S. Genaro y comps. mrs.
20 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—S. Eustaquio.
21 L. S. Mateo, ap. y evang. PRIMAVERA.
22 M. S. Mauricio y compañeros mártires.
23 M. Stos. Lino, p. y mr. y Constancio, ob.
24 J. Ntra. Sra. de las Mercedes.— *Ind. de 40 h. en su iglesia.*— S. Gerardo, ob. y mr.

◐ *cuarto menguante á las 8 y 12 m. de la noche.*

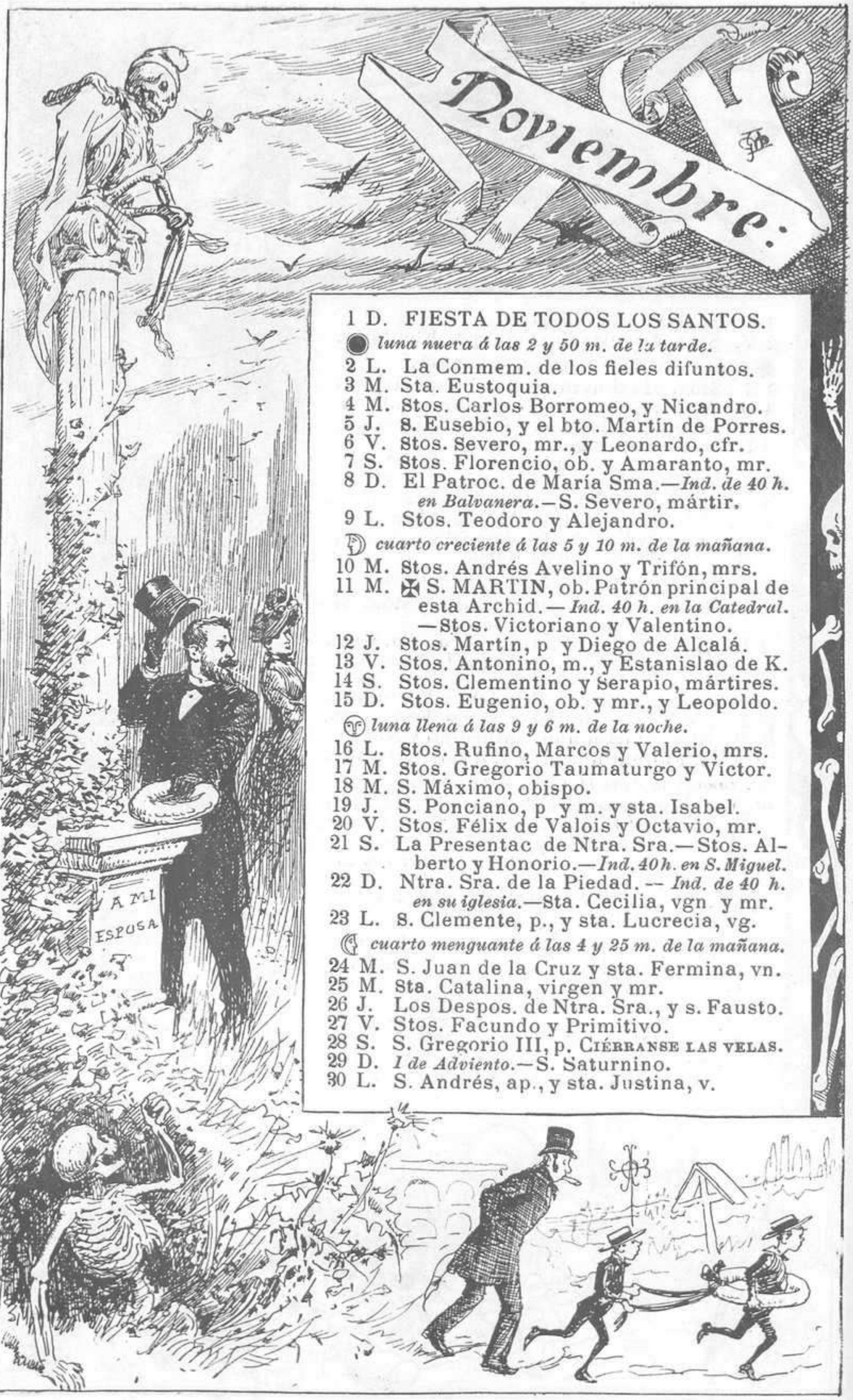
25 V. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
26 S. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 D. Stos. Cosme y Damián, hermanos ms.
28 L. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
29 M. Dedicac. de s. Miguel Arcángel.— *Ind. de 40 h. en su iglesia.*
30 M. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofía, viuda.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



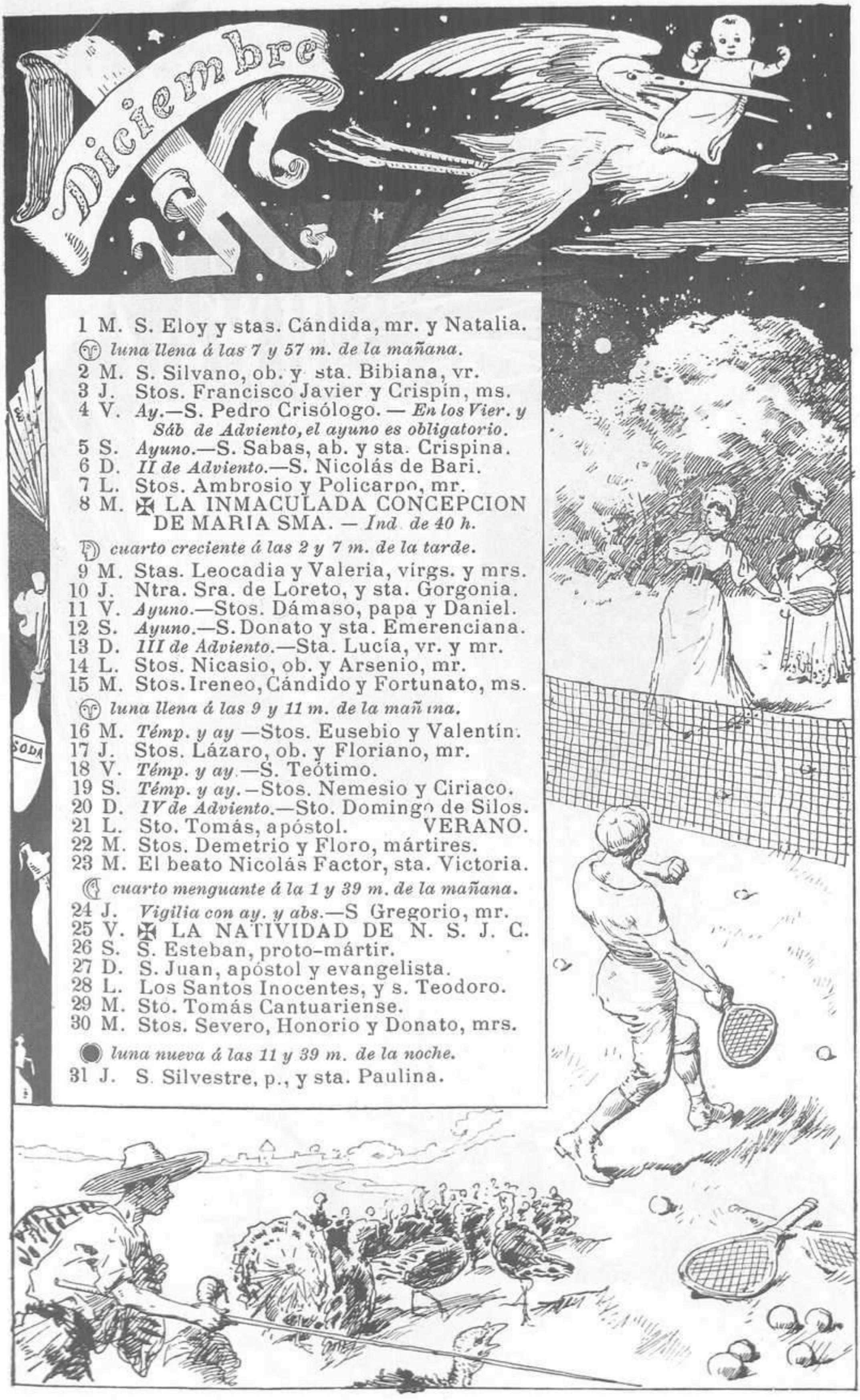
1 J. S. Remigio, obispo.
2 V. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio.
● *luna nueva á las 9 y 22 m. de la noche.*
3 S. Stos. Maximiano y Cándido, mártires
4 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Francisco de Asís, fr.—*Ind. 40 h. en su igl.*
5 L. S. Froilán, obispo.
6 M. S. Bruno, fundador.
7 M. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.
8 J. S. Demetrio, mr. y sta. Brígida, viuda.
9 V. S. Dionisio, y el sto. Patrca. Abrahán.—*Ind. 40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
10 S. Stos. Francisco de Borja.
◑ *cuarto creciente á las 7 y 4 m. de la tarde.*
11 D. *La Maternidad de María Sma.* — Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
12 L. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.—*Ind. de 40 h. en la Recoleta.*
13 M. S. Eduardo, rey.
14 M. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
15 J. Sta. Teresa de Jesús, v. y s. Fortunato.
16 V. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo.
17 S. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
○ *luna llena á las 11 y 2 m. de la mañana.*
18 D. *La Pureza de María Sma.* — S. Lucas, evan.
19 L. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
20 M. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.
21 M. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
22 J. Stos. Felipe, ob. y Severo.
23 V. Stos. Pedro Pascual y Donato, obispos.
24 S. S. Rafael Arcángel.
◐ *cuarto menguante á las 10 y 17 m. de la mañan.*
25 D. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
26 L. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
27 M. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.
29 J. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
30 V. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 S. *Ayuno.*—S. Nemesio y sta. Lucila, ms.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



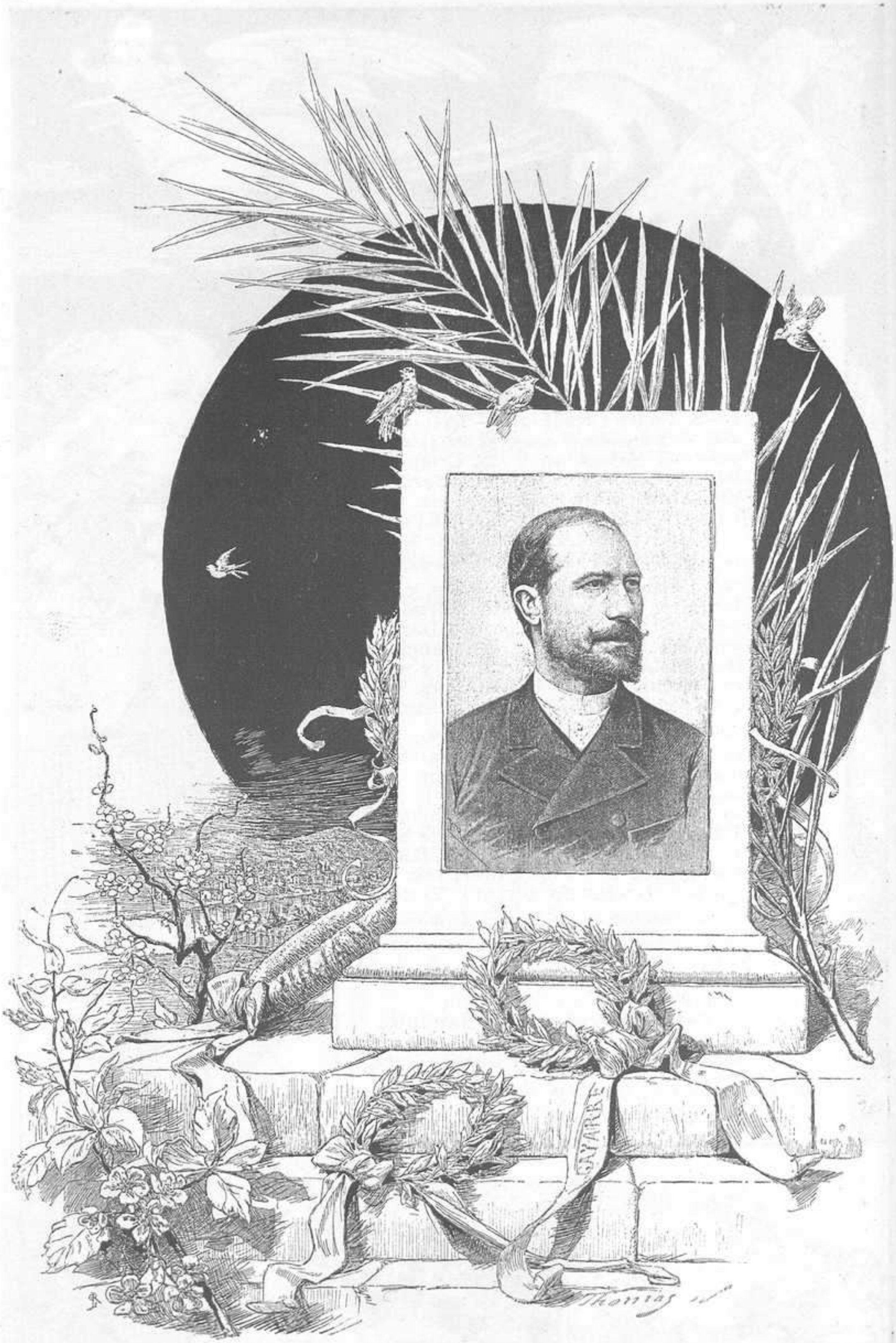
1 D. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
● *luna nueva á las 2 y 50 m. de la tarde.*
2 L. La Conmem. de los fieles difuntos.
3 M. Sta. Eustoquia.
4 M. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
5 J. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
6 V. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
7 S. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
8 D. El Patroc. de María Sma.—*Ind. de 40 h. en Balvanera.*—S. Severo, mártir.
9 L. Stos. Teodoro y Alejandro.
☽ *cuarto creciente á las 5 y 10 m. de la mañana.*
10 M. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
11 M. ✠ S. MARTIN, ob. Patrón principal de esta Archid.—*Ind. 40 h. en la Catedral.*—Stos. Victoriano y Valentino.
12 J. Stos. Martín, p y Diego de Alcalá.
13 V. Stos. Antonino, m., y Estanislao de K.
14 S. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 D. Stos. Eugenio, ob. y mr., y Leopoldo.
♋ *luna llena á las 9 y 6 m. de la noche.*
16 L. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.
18 M. S. Máximo, obispo.
19 J. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
20 V. Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.
21 S. La Presentac de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio.—*Ind. 40 h. en S. Miguel.*
22 D. Ntra. Sra. de la Piedad. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.*—Sta. Cecilia, vgn y mr.
23 L. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
☾ *cuarto menguante á las 4 y 25 m. de la mañana.*
24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 J. Los Despos. de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 V. Stos. Facundo y Primitivo.
28 S. S. Gregorio III, p. CIÉRRANSE LAS VELAS.
29 D. *I de Adviento.*—S. Saturnino.
30 L. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



1 M. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
luna llena á las 7 y 57 m. de la mañana.
2 M. S. Silvano, ob. y sta. Bibiana, vr.
3 J. Stos. Francisco Javier y Crispín, ms.
4 V. *Ay.*—S. Pedro Crisólogo. — *En los Vier. y Sáb de Adviento, el ayuno es obligatorio.*
5 S. *Ayuno.*—S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
6 D. *II de Adviento.*—S. Nicolás de Bari.
7 L. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 h.*
cuarto creciente á las 2 y 7 m. de la tarde.
9 M. Stas. Leocadia y Valeria, virgs. y mrs.
10 J. Ntra. Sra. de Loreto, y sta. Gorgonia.
11 V. *Ayuno.*—Stos. Dámaso, papa y Daniel.
12 S. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana.
13 D. *III de Adviento.*—Sta. Lucía, vr. y mr.
14 L. Stos. Nicasio, ob. y Arsenio, mr.
15 M. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
luna llena á las 9 y 11 m. de la mañana.
16 M. *Témp. y ay* —Stos. Eusebio y Valentín.
17 J. Stos. Lázaro, ob. y Floriano, mr.
18 V. *Témp. y ay.*—S. Teótimo.
19 S. *Témp. y ay.*—Stos. Nemesio y Ciriaco.
20 D. *IV de Adviento.*—Sto. Domingo de Silos.
21 L. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
22 M. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
23 M. El beato Nicolás Factor, sta. Victoria.
cuarto menguante á la 1 y 39 m. de la mañana.
24 J. *Vigilia con ay. y abs.*—S Gregorio, mr.
25 V. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
26 S. S. Esteban, proto-mártir.
27 D. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 L. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
29 M. Sto. Tomás Cantuariense.
30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
luna nueva á las 11 y 39 m. de la noche.
31 J. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

A JULIÁN GAYARRE

Canta la alondra remontando el vuelo
enamorada de la luz del día,
y enamorado tú de la poesía
himnos de fe y amor cantaste al cielo.

—

¡Tiene burlas tremendas el destino!!
¡Vas de la gloria por la senda estrecha
cuando la muerte pérfida te acecha,
y sale y te recoge en el camino!

—

Mudos ya para siempre aquellos sones
que de entusiasmo y de pasión vibraban,
aquellos que escuché, que despertaban
con acentos de amor los corazones!...

—

Llorando la inconstancia de la suerte
¡qué llorar de más plácida dulzura!
¡Qué canto más hermoso de amargura
el último quejido de tu muerte!

MANUEL PASO.

Madrid, Enero de 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

PANCHO [1]

Le había perdido de vista desde el día aquel que tuvo la malhadada idea de casarse con Octavia, la hija de su casero. Una noche le encontré en la calle, y, echándome los brazos al cuello, me dijo con voz solemne:

—¿Quieres algo para el otro mundo?

—¿Para el otro mundo? repetí con extrañeza y mirándole fijamente, pues temía que no estuviese en su cabal juicio.

Pancho hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Piensas levantarte la tapa de los sesos? continué en son de broma y cogiéndome de su brazo, firmemente resuelto á no soltarle ya, si era preciso, hasta el mismo manicomio.

—Sí, contestó Pancho con acento tan seguro y tan enérgico, que no dejó de alarmarme.

—¿Estás loco? exclamé; ¿qué diablos te pasa? ¿acaso te engaña tu mujer?

—Entremos en esa *rôtisserie* y te lo contaré todo. ¿Cenaste ya? la verdad es que no tengo mucha prisa y puedo dejarlo para más tarde.

—¡Eso es! puedes suicidarte de sobremesa, repliqué

[1] Del libro, próximo á publicarse, *Sombras chinescas*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

sonriendo; aunque sería mejor que hicieses primero la digestión; me parece que sobre el café no debe sentarse muy bien un tiro.

Pancho se encogió de hombros y me condujo al interior de la *rótisserie*.

—Conque cuéntame el argumento de ese drama horripilante de que eres protagonista, dije, no sin cierta curiosidad. ¿Cuáles son los personajes?

—¡Los personajes! repitió Pancho, agitándose nerviosamente en su asiento; ¡eso es lo que me ha perdido! el haber emparentado con *personajes* de nuevo cuño; con gentes que quieren llegar de un salto, por más que se expongan á caer... en el ridículo, á posiciones sociales que sólo dan el nacimiento, la educación ó la inteligencia. Ya sabes lo que ha sido mi suegro: un pobre diablo á quien sonrió un poco la fortuna, en uno de sus caprichos incomprensibles, y de cuyo oscuro origen la primera en avergonzarse es su mujer, que aun cuando no ha nacido tampoco en dorada cuna, tiene, sin embargo, cierto barniz de buen tono, que la confunde con las señoras auténticas. El afán de figurar se ha despertado en ellos de una manera tan vehemente, que dejan llevarse de su incontrastable impulso, aun cuando saben que les conduce por peligrosas sendas á la miseria. Pero hay gentes así: con tal de ir en coche, recorren ese camino con la sonrisa en los labios y se dejan guiar con mucho gusto por el diablo de la vanidad, que es el que se sienta en el pescante.

—¿Y á tí qué te importa de los asuntos de tus suegros?

—Nada, si mi mujer escuchase mis consejos y advertencias, pero desgraciadamente, por un oído le entran y por otro le salen y no se aviene á razones así la aspen. ¡Lo mismo que su mamá!

—¿Conque se parecen como dos gotas de agua?

—¡Hombre, no! como dos sinapismos. La comparación no será tan poética, pero es más exacta... ¡palabra de honor!

—Yo creo que con un poco de energía...

—Es inútil; no hay fuerza moral posible tratándose de ciertas mujeres. ¿Te opones á un capricho? te ruegan con mucho cariño y aún suelen reforzar el discurso con algunos besos más ó menos espontáneos. ¿Que á pesar de los besos te sientes... sin novedad y sigues negándote? ¡pobre de tí! eres el más falso de los hombres; si tu cariño fuese verda-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

dero, no negarías nada á tu mujer y te apresurarías á llevarla al baile ó al teatro... ¡no! ¡eso no es amor! La Epístola de san Pablo lo dice bien terminantemente... y si no lo dice, debiera decirlo: «La mujer debe seguir al marido y el marido debe llevar á la mujer á la ópera.» Poco importa que los precios que te cobren por oir, por ejemplo, los gorgoritos de la *Nevada* te dejen... frío, y tengas que imponerte los mayores sacrificios para saborear ese placer digno de los dioses grandes y chicos; eso no es cuenta suya... ni de san Pablo. ¿No va fulana con su marido? ¡pues qué! ¿ha de ser ella menos? verdad que el marido de fulana es hombre de gran fortuna y puede permitirse esas satisfacciones musicales; pero, ¿quién tiene fuerza de lógica

bastante para convencer á una mujer, cuando se trata de algo que contraría sus gustos? no hay razón que valga. ¿Que á pesar de todo, sigues oponiéndote? cesan los ruegos, saltan las lágrimas sobre las mejillas y empiezan los ayes lastimeros y las frases entrecortadas por los sollozos:—¡Qué desdichada soy! ¡quién pensara que aquel hombre, que al pie del altar me juró *amor eterno*, había de destrozar mi corazón á los dos años... de *eternidad!* ¡Si yo hubiese creído á mamá!... ¡así paga mis sacrificios y afanes!... ¡pero la necia fuí yo!... ¡vaya si fuí necia! debía saber que los hombres pagan siempre las deudas de amor con moneda falsa... ¡y pensar que le he querido como una tonta!... de seguro que Teodorito me hubiera hecho más feliz... ¡de seguro!... ¡pobre chico!... ¡cuánto me amaba!...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cuando tuvo noticia de mi matrimonio sintió tal odio por la vida, que intentó varias veces levantarse la tapa de los sesos; y se habría matado al fin... si no se hubiese casado con otra. ¡Aquello sí que era amor! pero no importa; ya que lo quiere mi destino, ¡sea!... desde hoy, caballero, nada existe entre los dos.

—¡Bah! esas son exageraciones tuyas.

—¡Ay, amigo! ¡no lo creas! con mujeres como Octavia, el hombre no tiene más remedio que capitular: lucha siempre con desventaja; nosotros no sabemos manejar más que el arma de fuego de la cólera, y eso de una manera torpe, pues casi siempre nos sale el tiro por la culata, y ellas las esgrimen todas á maravilla, empezando por la lengua, especie de sable de caballería, con la que nos abren en canal. Y entiéndase bien que sólo hablo de mujeres como la mía, pues sé que las hay dóciles, buenas y sencillas, que ni se dejan tentar por la serpiente del lujo, en el paraíso del hogar donde viven con el Adán consorte, ni obligan á éste á morder en la manzana de la vanidad, temerosas de que el ángel de la dicha empuñe su flamígera espada y les arroje á cintarazos del edén terrenal que les deparara el cielo. Pero la mía no es así y ahí nos tienes que andamos fugitivos de ese paraíso en que vivimos tan bien al principio de nuestro matrimonio, y todo por culpa de ella, que cayó neciamente en la tentación, en cuanto el diablo puso delante de sus narices la fruta prohibida... ¡Cuánto siento no haberme colgado del árbol del bien y del mal!

—Pues, chico, es vergonzoso que tú, ¡un hombre! no sepa dominar á un ser tan débil como la mujer.

—Es que hay mujeres y mujeres; las que son como la mía, no tienen nada de débiles y ni por sorpresa hay probabilidades de vencerlas, pues desconfiadas y recelosas, hasta duermen sobre las armas. Y lo peor es que después de hacer morder al hombre el polvo de la derrota, le exigen siempre fuertes indemnizaciones de guerra.

—Pero en suma, ¿qué es lo que pretende Octavia?

—Poca cosa: sacrificar lo necesario en aras de lo superfluo; deslumbrar á la sociedad; es decir, á sus amigas, con el falso brillo de un lujo que no puedo sostener decorosamente é imponerse toda clase de privaciones en el hogar, con tal de aparentar en público una riqueza que no existe. Y mientras ella, recostada muellemente en aristocrática

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

carretela, exhibe su hermoso busto por calles y paseos, los acreedores llaman con insolencia á la puerta de mi casa y rechazan indignados mis excusas y promesas, como se rechaza la moneda de mala ley. No lo dudes, chico: en los tiempos que alcanzamos, no siempre la miseria se presenta á nuestros ojos vestida de harapos, pues también se la ve, en teatros y salones, de guante blanco y cubierta de brillantes telas.

—Sé que hay mucha miseria dorada, pero eso no es un motivo para que te abandones en brazos de la desesperación.

—Es que mis recursos no están en relación con las exigencias de mi mujer y me temo... una barbaridad. No la conoces bien. Sin ir más lejos, ayer me dijo que no faltaría quien satisfaciese gustoso sus *necesidades*, si me obstinaba en no labrar su felicidad y la de los suyos, negándome á llevarla á la Ópera. Porque, por lo visto, la felicidad que ahora se usa es la *lírica*.

—Pues no la llevas y la obligas á estarse quietecita en su casa.

—¡Ah! tú no sabes de lo que es capaz una mujer... insurrecta. ¡Vamos á andar á tiros!

—Pues repito que es vergonzoso que el hombre, el rey de la creación...

—Querrás decir el rey de los animales.

—No tenga fuerza bastante para hacerse obedecer y tema luchar con seres débiles de suyo.

—Es que la lucha no es sólo con mi mujer. ¿Y dónde me dejas los acreedores? ¡tú no sabes, por lo visto, lo que son los acreedores! no hay día, al ir á mi casa, que no los encuentre delante de la puerta de la calle formados en orden de batalla.

—¿Tan temibles son?

—Tanto, que el otro día tuve que pedir permiso á la policía para usar armas.—¿Le han dirigido á usted alguna amenaza de muerte? me preguntó el comisario, con aire grave.—Amenazar de muerte, precisamente, no, señor, respondí.—¿Pero tiene usted algún enemigo declarado?... insistió el funcionario público, frunciendo el ceño.—Enemigo declarado, precisamente... tampoco; pero verá usted, señor comisario, tengo una porción de *ingleses* que no me dejan á sol ni á sombra y temo que algún día cometan un des-

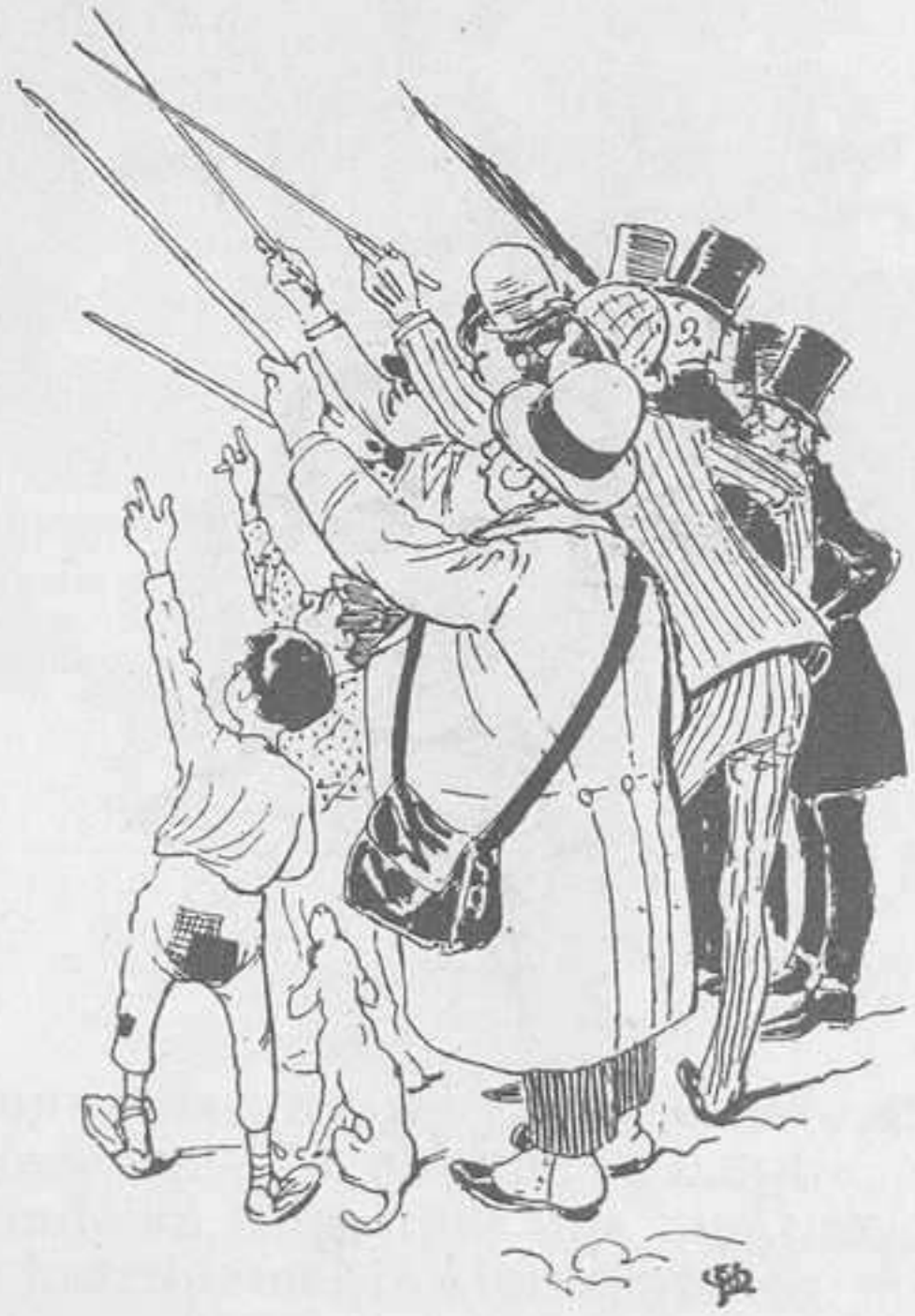
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

afuero y haya una desgracia en el barrio, pues su aspecto es cada vez menos tranquilizador; además... — ¡Basta! ¡basta! exclamó el comisario, mirándome con aire compasivo, ¡comprendo!

—¿Y te dió permiso para usar armas?

—¿Si me dió permiso? dijo que podía salir á la calle, si quería, hasta con trabuco.

—Pues, chico, yo de tí pondría orden en mi casa sin contemplaciones de ningún género y me negaría redondamente á gastar más de lo que me permitiesen mis recursos.



—¿Y qué haces con una mujer que arma un escándalo cuando se le habla de estas cosas y que no quiere nivelar los ingresos... con las modistas?

—Sepárate de ella.

—Me seguirá aunque vaya á ocultarme entre los esquimales. Desengáñate: lo mejor es que me pegue un tiro. Conque si quieres algo para el otro mundo, no tienes más que mandar.

—Lo que intentas es una locura.

—¡Cuando pienso que hay mujeres cariñosas y sencillas, que cifran todo su afán en agradar á sus maridos, sin que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

las desvelen mucho las vanas pompas de la tierra, y se contentan con su suerte, que es el único secreto de la dicha! Pero la mía no es de esas y de buena gana la cambiaría por otra, te lo juro. ¿Por qué no se tomarán las mujeres á prueba, como los melones?

—Se me ocurre una idea.

—¿Para cambiar de mujer?

—¿Has sido siempre fiel á Octavia?

—Como un perro de aguas.

—Pues haz el amor á otra.

—¿A quién?

—¡A cualquiera, hombre!... á la doncella de tu mujer.

—No me atrevo...

—¿Por qué? ¿no quieres faltar á tus deberes conyugales?

—No podría, chico; ¿cómo quieres que enamore á la doncella de mi mujer?... ¡si es horrorosa!

—Mejor; así tu esposa se sentirá más humillada.

—No me animo, francamente... ¡si fuese otra!

—Entre las amigas de tu mujer, ¿no hay alguna que te guste?

—La de Martínez... una rubia encantadora que nos visita con frecuencia.

—Pues procura enamorarla.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¿Y si lo sabe Octavia? ¡me saca los ojos!

—¿Te quiere mucho?

—Cuando la compro brillantes, con idolatría.

—Pues nada, procura que lo sepa y entonces será ocasión de imponerla condiciones. ¿Que no consigues tu propósito? siempre te queda tiempo para pegarte un tiro.

—Dices bien... después de todo, ya te dije que no tenía mucha prisa.

CASIMIRO PRIETO.

CELOS

Amar á una mujer y, aun siendo amado,
no creer en el cariño que se inspira,
y oyendo en cada frase una mentira,
vivir horriblemente atormentado;

Tornarse irresoluto y desconfiado;
dudar hasta del aire que ella aspira;
temblar de rabia, blasfemar de ira,
y cobarde, después, llorar cansado;

Negar, y no saber por qué se niega;
manchar el alma en el infecto lodo
donde la luz de la razón no llega;

ser juguete de sombras y recelos;
llegar al crimen, y á pesar de todo
amar y siempre amar... ¡eso son celos!

JULIO J. RUIZ.

Buenos Aires, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LAS MUJERES... ENGAÑADAS

—¿Por qué lloras, Elena?
responde, pues no acierto
á comprender la causa de tu pena
y sufro al ver tu llanto, te lo juro...
—¡Cómo no he de llorar, si sé de cierto
que me engaña Germán!... ¡y Luis!... ¡y Arturo!

LA MEJOR POSESIÓN

Tiene junto al Paraná,
la encantadora Asunción,
una extensa posesión
que heredó de su papá.
No hay otra estancia, quizá,
tan hermosa ni tan rica,
y fácilmente se explica,
siendo tales sus encantos,
que envidien tantos y tantos
la posesión de la chica.

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¡HUÉRFANA!

I

Me enviaron al bosque vecino
para ver de calmar mis dolores,
recogiendo las bayas silvestres,
cortando las flores.
Me enviaron al bosque vecino
perfumado de tibios olores,
y no hallé ni las bayas silvestres,
ni frutas, ni flores.

—

Solitaria colina me aträe;
se destaca en el límpido azul,
y las nubes plomizas la visten
con fúnebre tul.
Solitaria colina me aträe;
que mi madre amorosa está allí,
y á los pies de su tumba sagrada,
llorando caí.

—

Una voz melancólica escucho:...
temblorosa también dice así:
—¿Quién pasea en la triste colina?
¿quién llora por mí?
—Soy yo, madre; tu Berta querida;
no te enfades conmigo ¡yo soy!
De tus besos dulcísimos huérfana,
melancólica estoy.
¿Quién mis rubios cabellos ahora
con el fino marfil peinará?
¿Quién palabras de amor, cuando llore,
como tú me decías, dirá?

—

Y la voz melancólica gime;
temblorosa otra vez dice así:
—Vuelve, vuélvete á casa, hija mía;
no llores por mí.
Hay allá quien tus rubios cabellos
con el fino marfil peinará,
y palabras de amor, cuando llores,
como yo te decía, dirá.
Allí un joven esposo te aguarda;
él espera calmar tu dolor...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

vuelve, vuélvete á casa ¡oh, mi Berta!
¡te espera el amor!

II

Otra vez en el bosque vecino,
para ver de calmar mis dolores,
ni recojo las bayas silvestres,
ni frutas, ni flores.

—

Solitaria colina me aträe...
mi gentil prometido está allí,
y á los pies de su tumba querida,
llorando caí.
¿Quién ahora sabrá consolarme
si mis labios no quieren rezar,
y mis ojos están ya cansados
de tanto llorar?

—

Por mi padre llevé luto un año;
por mi madre dos años lloré;
por aquel que debió ser mi esposo
mientras viva su luto pondré.
Ahora cubre sus manos la arena,
y mis manos no puede apretar;
ahora cubre la arena sus labios
y no puede hablar.
Ahora cubren las piedras su frente,
sus costados, su cuerpo ¡ay de mí!
y por eso su voz ya no escucho,
ni saldrá más de aquí!

—

Así gime llorando la huérfana...
¿quién ahora responde al clamor?
...De los mudos, severos sarcófagos,
no sale un rumor!

III

Pero pasa el invierno: la umbría
perfumada de tibios olores,
ya rebosa de bayas silvestres,
de frutas y flores.
¡Qué dichosa la huérfana ahora
en el bosque pasea el dolor,
escuchando á otro joven... su esposo,
que le habla de amor!

—

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Solitaria colina á lo lejos
se destaca en el límpido azul,
y las nubes plomizas la visten
con fúnebre tul!

CARLOS M. DE EGOZCUE.

Santa Ana de Misiones Argentinas, 1890.

SONETO

¿Qué nos dejan los años que han pasado
para los que vendrán?—Bien pobre herencia;
algo de un bien amargo: la experiencia,
tal vez algún dinero acumulado.

¿Nada más? ¡Nada más! Y se han llevado
cuanto nos hizo amable la existencia:
la fe, el amor, la paz de la inocencia
con la virtud del corazón honrado.

¡Tanta ruda victoria conquistada,
tanto luchar, vencer y ser vencido
fija en el porvenir nuestra mirada;

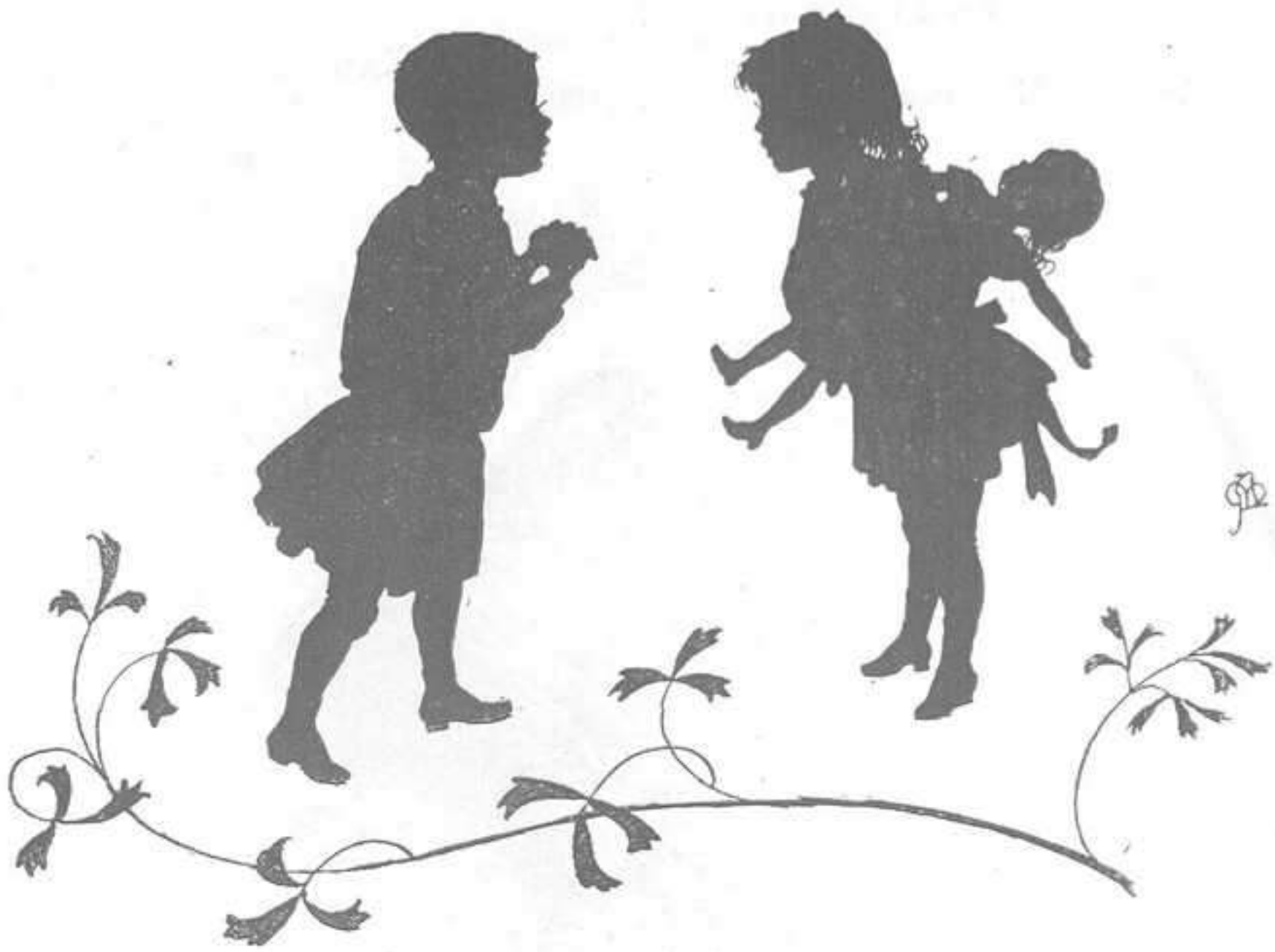
tanto áspero camino recorrido
para encontrar al fin de la jornada
que no vale la pena haber vivido!

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ENTRE PRIMOS



—Cuando seamos grandes, Rosa,
nos casaremos los dos.
—¿Yo casarme? ¡no por Dios!
no esperes de mí tal cosa.
El matrimonio, Tomás,
causa disgustos prolijos,
según dicen... Tendré hijos,
¿pero casarme? ¡jamás!

A UN ESQUELETO

Es vana al hombre tu lección severa,
vano tu ejemplo, ¡oh tétrica figura!
inútil la amenaza y la pavura;
que él no quiere esperar lo que le espera.

Ríese de tu absorta calavera,
de tu temblosa frágil armadura;
y juzgando tu empresa una locura
sigue, de tí olvidado, su carrera.

Y tú en festín y corte y plaza y prado
con él estás, diciéndole en secreto
la dureza y miseria de su hado.

Que en tanto que al placer se lanza inquieto,
con seda ó lino ó púrpura ó brocado,
cada cual va arropando un esqueleto.

J. A. Calcaño.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

NUESTROS COLABORADORES

Sr. D. Alberto J. Gache

(MARTÍN GUERRA)

AUTOR DEL CELEBRADO LIBRO «DESPUÉS DE HORA»

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

TRIS... TRAS... ET ERGO TRÚS...

CANDIDATOS Y CONCURSOS

El muy sabio y virtuoso padre Lacunza, muerto há luengos años, solía entretener algunas veces á sus discípulos, narrándoles anécdotas y sucedidos que guardaba en su sorprendente memoria, y que tanto gustaban á los muchachos, harto fastidiados en las bancas del colegio, con el abrumador Epítome y las tremendas Platiquillas del Reverendo Valdivieso, que eran, antaño, los principales textos donde se rumiaba Historia Sagrada y Latín.

Criticando un día el padre Lacunza la manera de hacer los candidatos y la forma en que se llevan á cabo los concursos para proveer cátedras, contaba á sus discípulos lo que va á leer el benévolo lector, si no tiene cosa de más provecho en que ocuparse.

*
* *

A fines del siglo XVII dominaba en todo su apogeo el elemento clerical, en la muy docta é interterránea ciudad de Córdoba, cuna de ilustres varones y célebre ya en esos tiempos por su famosa Universidad y casas de enseñanza dirigidas por reverendos padres de diversas órdenes religiosas.

Jesuítas y franciscanos disputábanse el predominio sobre gentes y cosas, y cada cual trataba de ejercer preponderancia, ora en los centros científicos, ora en las escuelas ó en el seno mismo de las familias, que las había de alta prosapia y muy virtuosas por cierto. De ahí que á cada paso hubiera dimes y diretes entre ambas órdenes, cuando no reñían á fondo y llegaban á ponerse en *ejercicio corporal*, sobre sus respectivas humanidades, manteos, cilicios y sandalias, según fuese la causa de la contienda. Las intriguillas y cuentos sucedíanse diariamente, y los celos y rivalidades tomaban tanto cuerpo, que hacían necesaria, en ciertas ocasiones, la intervención de los generales de ambas comunidades, á fin de calmar los ánimos y volver á ellos la

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tranquilidad que habían menester, pues que así cuadraba á los seráficos padres.

Sucedió una vez que habiéndose resuelto establecer una cátedra de griego en el célebre Colegio de Montserrat, armóse una de á pie entre jesuítas y franciscanos; y á tal extremo llegó la cosa, que hubieron de santiguarse de lo lindo unos y otros. Disputábanse las dos órdenes el alto honor de proveer la cátedra en uno de los suyos; pero sucedía que los hijos de san Francisco carecían de *griegos* en sus filas, en tanto que los rivales tenían para prestar. El amor propio estaba herido en lo más íntimo, y no debía consentirse, según lo entendían aquéllos, que un padre jesuíta les llevase la delantera en lo del alfa y la omega.

El asunto avivó el encono entre las dos filas, y no se hablaba de otra cosa en la ciudad, á todas horas del día y de la noche, lo mismo en las calles, que en los colegios y en los hogares.

Cierto día anunciόse que los franciscanos tenían *el hombre*; que le habían descubierto dentro de las mismísimas cuatro paredes del convento, y que estaban dispuestos á pelear la cátedra con el rival más formidable que se presentase á disputarla en honrosa lid. La noticia corrió rápida por todas partes, llevando el contento á los partidarios de los franciscanos, y poniendo en alarma á los de san Ignacio de Loyola.

*
* *

El hombre con que se contaba para derrotar á los jesuítas era nada menos que fray Pedro, portero y maestro de primeras letras, quien habíase ofrecido como *candidato*, al Padre guardián, haciéndole conocer que sabía de griego más que todos los jesuítas habidos y por haber.

La nueva cayó con estrépito en el seno del convento, pues que ninguno de los reverendos sospechara jamás que bajo el pobrísimo sayal de fray Pedro había de ocultarse nada menos que el salvador del crédito y de la honra de la comunidad en tan grave y delicada emergencia. Desde aquel instante, el humilde portero fué objeto de admiración y de los atentos cuidados que correspondían á su sapiencia y humildad. En la ciudad comentóse de mil maneras tan famoso descubrimiento, pues creyóse que la mano de la Providencia intervenía en ello; y á tal grado llegaron los se

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

dice, las conversaciones y hablillas, que los jesuítas entraron en miedo y se sobrecogieron de temor, pensando en la vergüenza y malos ratos que les traería una derrota. No faltó quien dijera, que el modestísimo portero tenía traducidos como veinte volúmenes de las tragedias de Sófocles, amén de la *Iliada* y la *Odisea* que estaba para acabar de poner en el más castizo castellano.

La atmósfera *se había hecho,* pues, alrededor del *candidato,* como se dice en estos tiempos.

*
* *

Sacóse á concurso la anhelada cátedra, debiendo realizarse éste en uno de los salones de la Universidad, en presencia de jesuítas, franciscanos y discípulos de unos y otros. El acto había despertado grandísimo interés, y apercibiéronse á concurrir á él gran golpe de personas. No se hablaba de otra cosa en la docta ciudad, y, como hemos dicho, hasta las damas tomaban parte en el asunto que tan preocupados traía los ánimos.

Llegó por fin el día con tanta ansiedad esperado. Desde temprano las gentes habían acudido presurosas á la Universidad.

A las doce abriéronse las pesadas puertas del vasto salón de bóveda, pobre y desmantelado, donde debía efectuarse el concurso. Entraron los señores de la mesa juzgadora, sentáronse en sus amplios sillones de vaqueta, y luego los padres jesuítas ocuparon el lado derecho y los franciscanos el izquierdo, ambos con sus respectivos discípulos repartidos por la sala en idéntica disposición.

A poco de estar allí, fray Pedro, que permanecía silencioso, sentado en un rincón, púsose de pie con un aire que no cuadraba á la templanza y mansedumbre que debe revestir un pobre hijo de san Francisco; avanzó por entre los muchachos con paso mesurado y la cabeza erguida; echó una rápida ojeada sobre los jesuítas, que le miraban de arriba abajo, y llegó junto á la mesa de sus jueces. Todos los ojos se fijaron en él, y muchos de los presentes no pudieron dominar su asombro ante la altivez y majestad de fray Pedro, á quien conocieran de tiempo atrás humilde y bondadoso.

Tomó asiento frente á sus jueces, quienes le miraban con cierta sorpresa; y después de hacer una ligera reverencia,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

dijéronle aquéllos que iba á procederse al acto, á lo cual respondió el candidato con otra inclinación de cabeza.

*
* *

El momento era solemne: reinaba silencio profundo en el amplio salón, y todos miraban atónitos al fraile. Revolvióse éste con desenvoltura en su sillón, se compuso el pecho, frunció el ceño, pasóse la mano por la tonsura, y mirando con serenidad olímpica á sus jueces, dijo con voz firme y segura:

—Séame permitido, ilustres padres, poner de manifiesto una fórmula que deseo someter al recto criterio y sabiduría de la mesa.

Los jueces movieron levemente la cabeza en señal de asentimiento; los jesuítas se estremecieron mirándose unos á otros, y los discípulos se agitaron en sus asientos.

Reinó nuevamente el silencio.

—Sí, ilustres padres y rectos jueces, volvió á decir fray Pedro, tengo una fórmula que quiero someter á la consideración de vuestras mercedes...

Los ilustres padres miraron atentos á fray Pedro, inclinando sus cuerpos sobre la mesa para oir á éste con mayor atención. Los alumnos se miraron unos á otros haciendo aspavientos y revolviéndose en los escaños como asombrados de tanta sabiduría.

Trascurridos algunos segundos, agachó fray Pedro la cabeza en actitud meditabunda, y luego, alzándola altiva, dijo con voz sonora y acción verdaderamente dramática:

—¡Trís... trás... et ergo trús!...

E inmediatamente pasóse por el rostro un pañuelo blanco, y miró al auditorio como para ver el efecto que habían producido sus palabras.

Los franciscanos hicieron, complacidos, demostraciones de aprobación, y los discípulos acompañaron con un aplauso y grandes voces á sus maestros. Los jesuítas quedaron asombrados, como que no entendían *jota* de lo que pasaba, ni atinaban á explicarse la prosopopeya y batología del rival que trataba de disputarles la cátedra públicamente. Murmuraron un instante, y restablecida luego la calma, fray Pedro, contento y satisfecho de lo que acababa de decir y ver, fijó sus ojos en los jueces, en seguida arrojó una mirada á su alrededor, y levantando el brazo derecho, se puso de pie y repitió con gravedad incomparable y sangre fría nunca vista:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Trís... trás... et ergo trús!...

Y se pasó por la cara un pañuelo colorado.

Aplausos, vivas atronadores y grandes palmoteos dejáronse oir en el salón. Luego franciscanos y discípulos levantaron en brazos á fray Pedro, sacáronle fuera y le condujeron en andas por las calles, camino del convento, en medio de una algazara infernal y gritos de ¡viva fray Pedro! ¡vítor! ¡vítor!

Entretanto los jesuítas seguían *en ayunas*, y no sabían de la misa la media.

El concurso había terminado, y la noticia del triunfo del humilde portero de San Francisco corrió por la ciudad.

No tardó mucho tiempo en conocerse el origen de la treta que los franciscanos habían jugado á los jesuítas: todo había sido urdido por fray Pedro, de acuerdo con los muchachos, á quienes prometiera, si hacían la cosa á maravilla, una barrica de pasas de uva traída en esos días de la ciudad de San Juan como regalo de los padres mercedarios á los franciscanos de Córdoba. Después del ruidoso éxito de la treta, no tardó en despanzurriarse la barrica; y cuentan las crónicas que fué aquél, día de refocilación en el convento.

*
* *

—Así se forman los *candidatos* y así se hacen los *concursos* en nuestra tierra, agregaba el Padre Lacunza á sus discípulos.

Y luego les contaba otra anécdota y desarrollaba en seguida, con lucidez y pasmosa erudición, la prueba de san Anselmo sobre la existencia de Dios.

ALBERTO I. GACHE.

Buenos Aires, 1890.

EPIGRAMA

—¿Dónde va usted tan ligero?
—Pues nada, voy á una cita...
—¿Cerca?
—No.
—Entonces ¿por qué no toma usted el tranvía?
—Precisamente por eso:
porque llevo mucha prisa.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

MORIR DE AMOR

Je meurs avec Rodolphe.

Como nido que el ave entretejiera
en mañana de dulce primavera
recién abandonada entre las flores,
el lecho de la noche postrimera
respiraba el perfume que le diera
la mujer de los últimos amores.

En el borde la frente derribada,
halláronla en el suelo arrodillada
junto al cuerpo del Príncipe tendido.
Con él había muerto, enamorada,
por los brazos queridos estrechada,
al labio del amante el labio unido.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

En la actitud sumisa en que yacía
aun después de muerta parecía
esclava del amor que la perdiera.
Blanca bata de noche la cubría
y como un velo negro la envolvía
desatada su densa cabellera.

Murió como el armiño, que entristece
si le manchan la piel y desfallece,
si acaso no recobra su blancura.
El sacrificio augusto la enaltece
y la aclama en la muerte que le ofrece
novia y reina en su blanca sepultura.

Valía más que un trono su belleza,
la línea escultural de su cabeza
erguida sobre el torso de una diosa.
Al través de las ropas su esbelteza
dejaba ver la nívea gentileza
del corte griego de la estatua hermosa.

Es siempre pura la mujer que ama,
la palabra del Cristo lo proclama,
redimiendo á María Magdalena.
El amor purifica con su llama,
y si en santas convierte á las que inflama
es falsa la moral que las condena.

LEONEL DE ALENCAR.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

UNA MISA DE AGUINALDO

(TRADICIÓN)

¡Mañanitas de Abril y Mayo!

¡Cuán deliciosas sois!—es la exclamación favorita de la juventud de ogaño.

En los tiempos de mi mocedad, las mañanas predilectas eran las del aguinaldo de Diciembre. Y con razón; porque, aparte de que en ese mes la temperatura de Lima es casi idéntica á la de Abril y Mayo, ni exceso de calor ni exceso de frío, las matinales misas de aguinaldo traían al espíritu un algo, y hasta un mucho, de poético.

A las siete de la mañana, cada parroquia era lugar de cita de cuanto Dios crió de bueno y sabroso, en punto á bello sexo limeño.

De mí sé decir que, en mi parroquia, era de los mozos más puntuales á la misa de aguinaldo, atraído por el imán de unos ojos negros, azules, verdes ó pardos, que en materia de ojos siempre fuí generalizador y nunca atiné á diferenciar de colores. Todos los ojos me gustaban en cara de buena moza y ¡qué demonche! todavía me gustan, que músico viejo nunca pierde el compás.

La misa de aguinaldo, en buen romance, no es del todo cantada ni del todo rezada. Las monjas la llaman misa con *discante*, que es como decir misa *adefesiera*.

Una orquesta criolla con cantores y cantoras de la hebra, hacía oir todos los aires populares en boga, como hoy lo están el trío de los Ratas ó la canción de la Menegilda en la *Gran Vía*.

Lo religioso ó sagrado no excluía á lo mundanal ó profano.

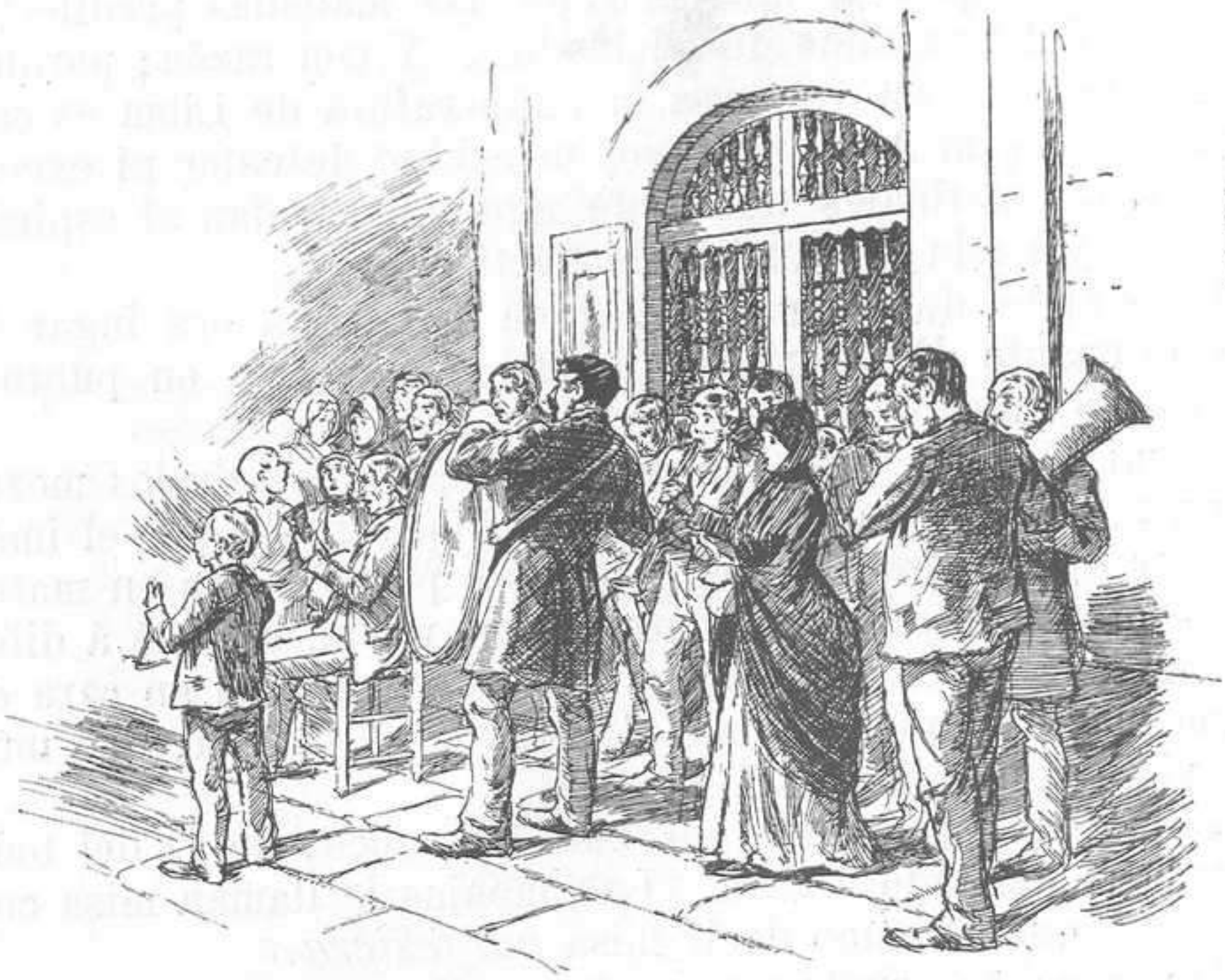
En las misas de aguinaldo de mi tiempo la jarana era completa. Había hasta baile. Un grupo de *pallas* bailaba el *maisillo*, cantando al Niño Dios versos como estos:

Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que mañana es fiesta
y el lunes también.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Al final de la misa tocaba la orquesta el himno patrio ó la marcha bélica de Uchumayo, ó un vals, ó rompía en una estrepitosa zamacueca ú otro bailecito de la laya.

¡Esas misas de aguinaldo sí que eran cosa rica, y no sosas como las de ahora! Ya no hay pitos, canarios, flautines, zampoñas, matracas, bandurrias, zambombas, canticio ni bailoteo, ni los muchachos rebuznan, ni cantan como gallo, ni mujen como buey, ni ladran como perro, ni nada, ni nada.



Las misas de aguinaldo de ahora son un desengaño; no son ni sombra de lo que fueron. Por eso, y para no entristecerme con recuerdos añejos, nunca voy á ellas.

De tiempos que ya están lejos
aún me cautiva el dibujo...
¡Ay, hijas! Cosas de lujo
hemos visto acá los viejos.

*
* *

El inter ó auxiliar del cura de mi parroquia era (¡Dios lo tenga en gloria!) todo lo que se entiende por un misa-cantano ó clérigo de misa y olla, gran parrandista, y que no

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

podía escuchar aires de zamacueca sin que el cuerpo le pidiese jarana y se le evaporara el seso.

A la moda estaba, por entonces, entre la gente alegre de mi tierra, una zamacueca llamada *el se vende*, nombre originado por el estribillo de la letra cantable. La primera vez que, junto con el *ita misa est*, hizo la orquesta oir *el se vende*, necesitó el clérigo de Dios y ayuda para dominarse y vencer la tentación.

Ya en la sacristía, hizo llamar al director de orquesta, y le dijo:

—Mira, compadre Sietecueros, te prohibo formalmente que vuelvas á tocar *el se vende*. Es música muy pecaminosa. Conque... no me comprometas.

Prometió el musiquín respetar la consigna; pero el público dió en echar de menos el airecito popular, excitando á los de la orquesta á insurreccionarse.

Era la última misa de aguinaldo de aquel año, cuando al volverse el oficiante hacia el concurso, para darle la bendición de despedida, comenzó la orquesta á tocar lo prohibido.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Los nervios se le sublevaron al inter, quien murmuró entre dientes:

—Ya le he dicho á ese canalla
que no me toque *el se vende*,
y por más que se lo he dicho
se hace el sordo y no me entiende...
¡Pues se vende! ¡Pues se vende!

Y con gran sorpresa de la parroquia, escobilló, delante del altar, un cachete redondo, repitiendo:

—¡Pues se vende! ¡Pues se vende!

Y... y...

¡Tilingo! ¡Tilingo!
mañana es domingo
de pipiripingo.

Callao, Marzo de 1890. RICARDO PALMA.

LA POESÍA

I

Rayo de blanca luz que el éter prende,
nube que el almo sol recama de oro,
faro distante que en la noche esplende,
arca que encierra celestial tesoro;
palma que airosa su penacho extiende,
voz descendida del empíreo coro,
á la orilla del mar nítida espuma,
gasa en el iris y en las aves pluma.

II

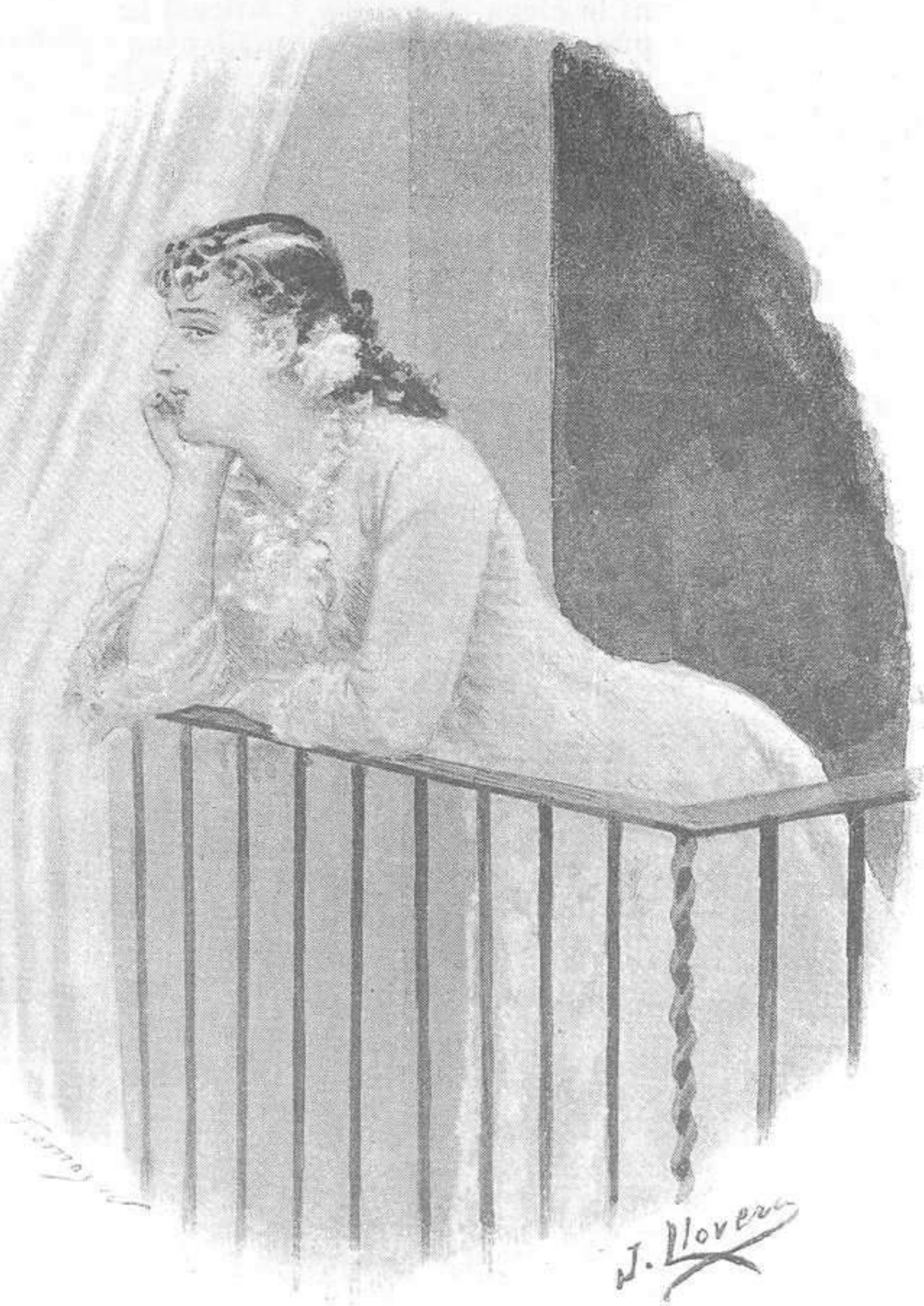
Ritmo fugaz de regalada lira,
blando aliento de tímida querella,
música blanda que de amor suspira,
beso que el alma pura da á la estrella;
de la noche en lo azul, astro que mira,
de la nave en el mar, límpida huella,
preludio en el laúd, queja en el río,
llanto en los ojos y en la flor rocío.

III

Filtro que apura el genio y no lo embriaga,
mundo que llena el alma y no la abate,
llama que azota el cierzo y no la apaga,
corazón que aunque herido siempre late;
dulce memoria del Edén que aún vaga
de nuestra vida en el mortal combate,
ala de fuego que al Olimpo guía:
tal es, hija de Dios, la Poesía.

FELIPE TEJERA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



LA SAL DE ANDALUCÍA

Á MI QUERIDO AMIGO DE LA INFANCIA, EL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL

JOSÉ LLOVERA

Es Lola una sevillana
de talle esbelto y sutil,
rostro de árabe perfil
y labios color de grana.
Del lujo el fugaz destello

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ni la ciega ni seduce,
pues por todo adorno, luce
una flor en el cabello.
Mas con tal gracia la lleva
prendida en su trenza oscura,
que á vencerla en donosura
no hay hermosa que se atreva.
Ayer la ví en el balcón,
y exclamé: —¡Viva el salero!
para un amante sincero,
¿no hay sitio en su corazón?
—No se habla así á una casada,
dijo, que ama á su marido...
sin duda usted ha creído
que, más que *esposa,* es *posada.*
—No será el tal muy constante,
repliqué, sonriendo, á Lola,
cuando así la deja sola...
¿quién al ver ese semblante,
vivir, como yo, no ansía
pendiente de la mirada
de la mujer más salada
de toda la Andalucía?
—¿Qué hombre á su mujer se inmola
hasta ese extremo, rendido?
¡si fuese usted mi marido!...
—¡No estaría usted tan sola!
¡Y que á dudarlo se atreva,
aun viendo mi loco anhelo!
¿quiere usted, cara de cielo,
hacer hoy mismo la prueba?
Toda usted es pura sal
y dejar abandonada
á una mujer tan salada...
¡vamos! me parece mal.
¡Si su esposo la quisiera!...
—¿Quién lo duda? ¡con exceso!
¿y ha de estar siempre por eso
en mis brazos... *en salmuera?*
No temo el menor engaño,
pues sé que Paco me adora.
—¿Y dónde se encuentra ahora
el majadero?
—En el baño.
Del calor con ansia impía
suele huir, hecho una brasa,
y el infeliz se lo pasa
en remojo todo el día.
—Pues como sienta usté antojos,
fácil le ha de ser pescarle...
¡no tiene usted más que echarle
el anzuelo de sus ojos!
¿Quién no ciega al ver su luz,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

si fascina y enamora!
pero diga usted, señora,
¿su marido es andaluz?
—Andaluz es mi marido...
¿le extraña á usté?
—¿Y tiene el tal
tan repoquísima sal?
no lo creo... ¡lo habrá sido!
—Sin duda usted ha olvidado
que el agua su dicha fragua...
¡como siempre está en el agua,
el pobre se ha *desalado!*

CASIMIRO PRIETO.

TEMPO PASSATO

De todos cuantos bienes poseía
y formaron un tiempo mi tesoro,
ni fe, ni gloria, ni esperanza lloro;
mas, ¿por qué me dejastes, alegría?

Huyó, cual tú, mujer, en aquel día,
cuyos recuerdos, insensato, adoro,
y hasta la tierra que os oculta ignoro,
y es mayor cada vez el ansia mía.

Premio fuera su ausencia y no castigo,
si al partir en el punto que partïste
lograra hallar en tí seguro abrigo.

Pero ¡ay! consuelo á nuestro mal no existe,
mi alegría se fué, mas no contigo...
te sueño, siempre amante y siempre triste.

1890.

MANUEL DEL PALACIO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

TRAGEDIAS DEL AMOR

LAS DOS CONFESIONES

Sólo hay una ley perfecta y un tribunal verdaderamente incorruptible: —la conciencia. Encarnación de Dios, tiene que encontrar tarde ó temprano, la sanción penal de sus actos en ese mismo origen divino.

SAMUEL SMILES.

Aquello fué un idilio. Laura cayó en sus brazos desfallecida de amor y de ventura, y los rubios rizos de su frente, flotando como una caricia de oro, rozaron las mejillas de Angel, mientras dejaba caer la cabeza con abandono sobre el hombro de su esposo. En aquel instante, solos, uno en brazos del otro, parecían reproducir con un tinte de exquisita dulzura el cuadro de un celebrado pintor francés: *En fin seuls!*... Un inmenso suspiro partió del pecho de Angel:

—¡Mía, por siempre mía!...

—¡Tuya, por siempre tuya!...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y dos besos de fuego, dos besos de pasión contenida por largo tiempo, resonaron en aquel perfumado ambiente, en la expansión infinita de dos corazones castamente enamorados, confundidos en el éxtasis de una dicha suprema...

Se amaban tiernamente de mucho tiempo atrás. Ricos ambos, llenos de vida y de juventud, hermosos, felices, celebraron sus esponsales en medio de la mayor alegría, sin que nada turbara la felicidad que habían venido preparándose, con el cariño con que los pájaros amantes se preparan el nido de su amor.

Habían alcanzado á su mayor aspiración; al colmo de sus deseos. Pasaron breves días, pero después, como el amor verdadero es egoísta, fueron á ocultarlo en la pequeña casa que tenían sobre los bordes del Paraná, en la cumbre de las barrancas, con el río á los pies, el cielo sobre la cabeza y la extensión infinita de nuestras monótonas planicies ante los ojos.

Allí nadie turbaría sus amores: —encerrados en aquella casita, como las aves en sus jaulas de oro, verían correr el manso río con sus murmullos misteriosos; oirían esos ruidos encontrados y salvajemente hermosos que se escuchan en las llanuras dilatadas y en los bosques espesos, y verían por la tarde caer el sol, como un gigante vencido por la ciclópea maza de un titán, en las profundidades inmensas del horizonte.

*
* *

Pasaron así seis meses, en medio de aquella soledad, alegrada sólo por ellos, que, siempre felices, jamás se apartaban el uno del otro, como no se apartan los niños de un mismo hogar. Algunas veces Laura, un poco más inquieta que su esposo, le recordaba sus deberes sociales en Buenos Aires, le citaba sus relaciones, sus compromisos, pero cuando Angel le decía: —¿Te hastías aquí?... Ella le contestaba inmediatamente, arrojándose á su cuello:

—¡A tu lado no me hastío nunca!

Y aquellas pequeñas exigencias terminaban con un amoroso beso que sellaba los labios de ambos y les hacía contemplarse hondamente, mirándose en el fondo de los ojos en un éxtasis infinito, como si quisieran medir en esa mirada toda la intensidad de su pasión casta y serena.

Llegó por fin el invierno, y aquellos lugares desabrigados

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de las costas del Paraná, les obligaron á regresar á Buenos Aires, del que habían partido despreciando á la sociedad, que quería turbarles los momentos preciosos de aquellos amores ardientes.

Los teatros abrieron sus puertas y las familias distinguidas sus salones, y Laura y Angel fueron codiciados y disputados por todos.

A pesar de que ellos se prodigaban bastante á sus amistades verdaderas, siempre tenían tiempo suficiente para entregarse al culto del afecto que mutuamente se profesaban.

Y la vida de aquellos dos seres felices se deslizaba tranquilamente, como las aguas del arroyo cristalino y puro, que no halla á su paso cieno que le oponga una barrera y enturbie la transparente nitidez de sus cristales.

*
* *

Pero nada es eterno en la tierra, y un día había de llegar en que aquellos amores ardientes empezaran á entibiarse.

La sociedad tuvo la culpa de ello.

Laura comenzó á frecuentar más á sus amigas; Angel, poco á poco, fué entregándose á sus negocios, y si bien seguían amándose tiernamente, era aquel un amor más sereno, más reposado, menos ardiente y bullicioso, aunque siempre sincero y lleno de gentiles halagos.

Después de un año de casados se estableció entre ellos esa vida un si es no es indiferente, que fluctúa entre el cariño de esposo y la intimidad de los amigos acostumbrados á verse á menudo; esa vida llena de respetos y de consideraciones recíprocas, pero que no es el reflejo de una pasión vehemente y arrebatadora.

Algunos meses después, á pretexto de tener que atender sus negocios, Angel se retiró á su estancia, donde pasó largo tiempo, escribiendo raras veces á su esposa, con cierta indolencia que se leía á través de las líneas de sus cartas, á las cuales contestaba Laura en el mismo tono y con la misma *noncuranza* con que aquél le escribía...

Aquel cariño de fuego se había entibiado y amenazaba llegar al hielo de la más completa indiferencia. El amor que parecía haber nacido para ser eterno, se apagaba lentamente, lentamente, como se apaga la lámpara en el altar sagrado, sin que ningún soplo de nuevo cariño viniera á avivarlo...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Angel estuvo en la estancia durante seis meses, y Laura, entregándose por completo al brillo de la sociedad, al teatro, al paseo, al baile, á las fiestas de la caridad y del lujo, sintió la influencia de una vida nueva y se arrojó en ella con los brazos abiertos denodadamente, sin más preocupaciones que sus propios triunfos.

Así, ambos se olvidaron recíprocamente, sin intentar volver sobre sus pasos, sin querer hacer renacer aquel antiguo amor que había sido fuente de infinitos goces.

*
* *

Un día regresó Angel de su estancia y aquel hogar sin brillo y sin luz, continuó manteniendo su aspecto pálido y descolorido. Se vieron y se hablaron ceremoniosamente, como dos conocidos que se deben respetos mutuos, consideraciones sociales ineludibles, pero nada más. Dos años de contacto habían bastado para apagar del todo aquella inmensa hoguera que ardió un día en sus corazones.

Un día Laura se sintió enferma y tuvo que guardar cama. Angel, cumpliendo con sus deberes, la rodeó de los más solícitos cuidados, y puso á la cabecera de su cama un médico de los más afamados, íntimo amigo suyo; más que amigo, hermano.

La enfermedad se fué agravando poco á poco.

Aquel cuerpo lleno de vida y de salud, brillo y elegancia de los salones argentinos, se iba debilitando insensiblemente, como el árbol que se seca por falta de savia, como la flor que se marchita por falta de riego.

Llegó un momento en que todos pensaron que Laura se moría. Angel, desesperado, quiso que los consuelos de la religión vinieran á calmar los últimos momentos de su esposa, y el sacerdote sustituyó al médico en la cabecera de la cama.

Laura se sentía morir; veía que le quedaban pocas horas, que la tumba se abría para ella inevitablemente, con su boca negra y horrible, y quiso tener á su lado al esposo de su amor en aquel supremo momento. Angel acudió solícito.

—Antes de morir, dijo Laura con voz desfallecida; antes de apartarme de tí para siempre, quiero que me oigas; quiero que escuches una confesión terrible...

—¿Qué tienes que decirme, Laura mía?...

—Tengo que revelarte un horrible secreto, tremendo y

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

grande como mi arrepentimiento; pero antes quiero que me jures que me perdonas...

—¡Oh! ¡Te perdono!...

—¡Júramelo ante este Cristo, y, por la salvación de tu alma!... ¡júramelo!...

—¡Te lo juro!...

—¡Oh! repíteme que me perdonas; que no me aborrecerás después de muerta, que no me acompañará tu maldición á la tumba...

—¡Te lo juro, Laura mía, te lo juro!...

—Pues bien, durante tu ausencia... ¡perdóname!... ¡te he faltado!... ¡he sido...!

—¡Oh! ¡calla!... ¡te perdono!... Ya que la muerte viene á cortar el hilo de tu existencia, te perdono, porque no supiste comprenderme.

—¡Gracias, Angel, gracias!... ¡Ahora puedo morir feliz y contenta!...

—Pero tú también tienes que perdonarme una falta que he cometido contigo...

—¿Una falta?

—Júrame que no me odiarás más allá de la tumba y que me perdonarás... como yo te perdono.

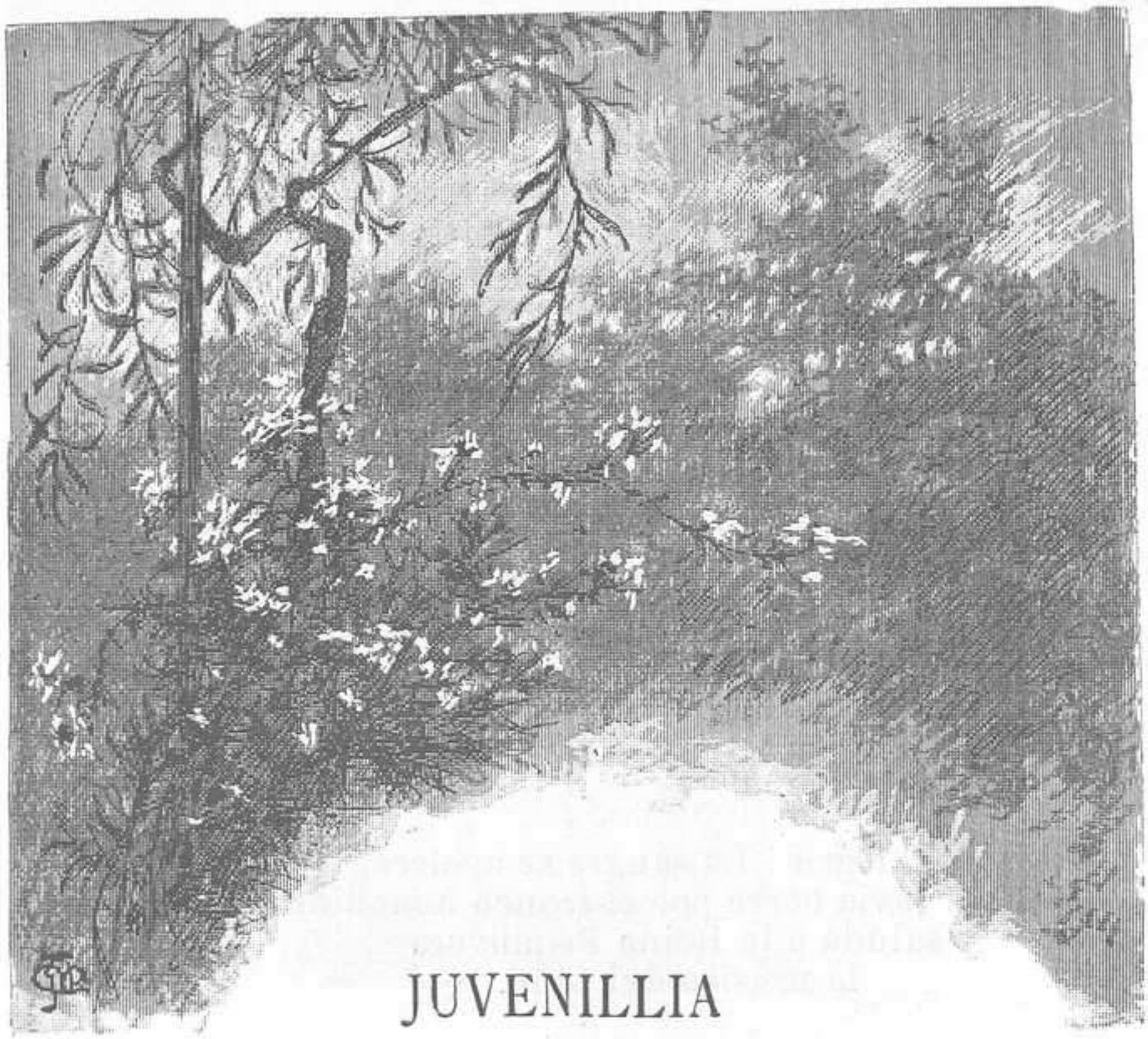
—¡Te lo juro!...

—Pues bien, sabiendo que me eras infiel, que habías arrastrado mi nombre por el lodo... ¡perdóname, Laura, perdóname!... ¡te he envenenado!...

. . . . . .

PABLO DELLA COSTA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



JUVENILLIA

SONETO

En el paterno hogar, ¡cuánta tristeza!
La muerte al débil y al coloso inclina,
y junco frágil, ó soberbia encina,
doblan ante su paso la cabeza.

Es la eterna, inmortal naturaleza,
oscura metamórfosis divina;
crecen flores gallardas en la mina
y donde todo acaba, todo empieza!

Horas felices de la dulce infancia,
¿venís de nuevo á refrescar mi frente
con ondas de purísima fragancia?

¡Ay! ¡no!... ¡te alejas, juventud ardiente,
cual se disipa, en la brumal distancia,
áureo celaje en el sutil ambiente!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LŒTITIA

¡Alegría! ¡alegría! El sol, rey rubio,
cruza el azul con su diadema de oro.
Van en el aire el ritmo y el efluvio;
canta el bosque sonoro.

*
* *

¡Alegría! La alondra sube al cielo,
y las almas también: todo se alegra!
Brota la flor su seda y terciopelo
sobre la tierra negra.

*
* *

¡Alegría! Sus arpas pulsa el viento.
Dice un ave en un árbol:—¡Soy dichosa!—
Y, rojos, dejan escapar su aliento
los labios de la rosa.

*
* *

¡Alegría! La sangre se acelera;
la savia corre por el tronco henchido,
y saluda á la Reina Primavera
la música del nido.

*
* *

¡Alegría! Los pájaros cantores
sobre el fresco rosal lanzan el trino,
y arrulla en los eglógicos verdores
el buche columbino.

*
* *

¡Alegría! ¡alegría! Un soplo yerra
que las almas levanta con su ardor,
y se enciende la vida de la tierra
con la llama invisible del amor.

RUBÉN DARÍO.

CANTAR

De notas y alas vibrantes
poblada está la arboleda,
es que entre las verdes hojas
un ruiseñor canta y vuela.
También en mi corazón
alas y notas resuenan:
es que dentro de mi pecho
un ruiseñor aletea.

MANUEL REINA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LEYENDA CABALLERESCA

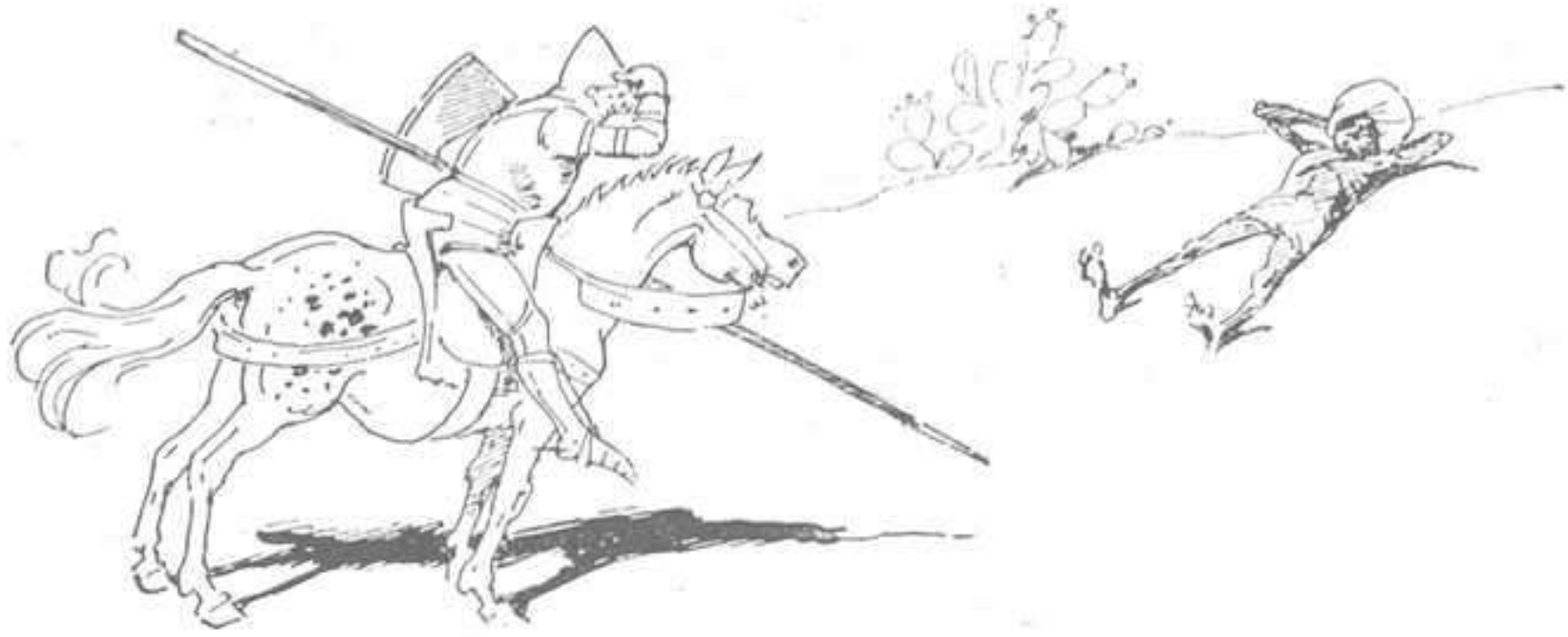
CUENTO VIVO POR

APELES MESTRES

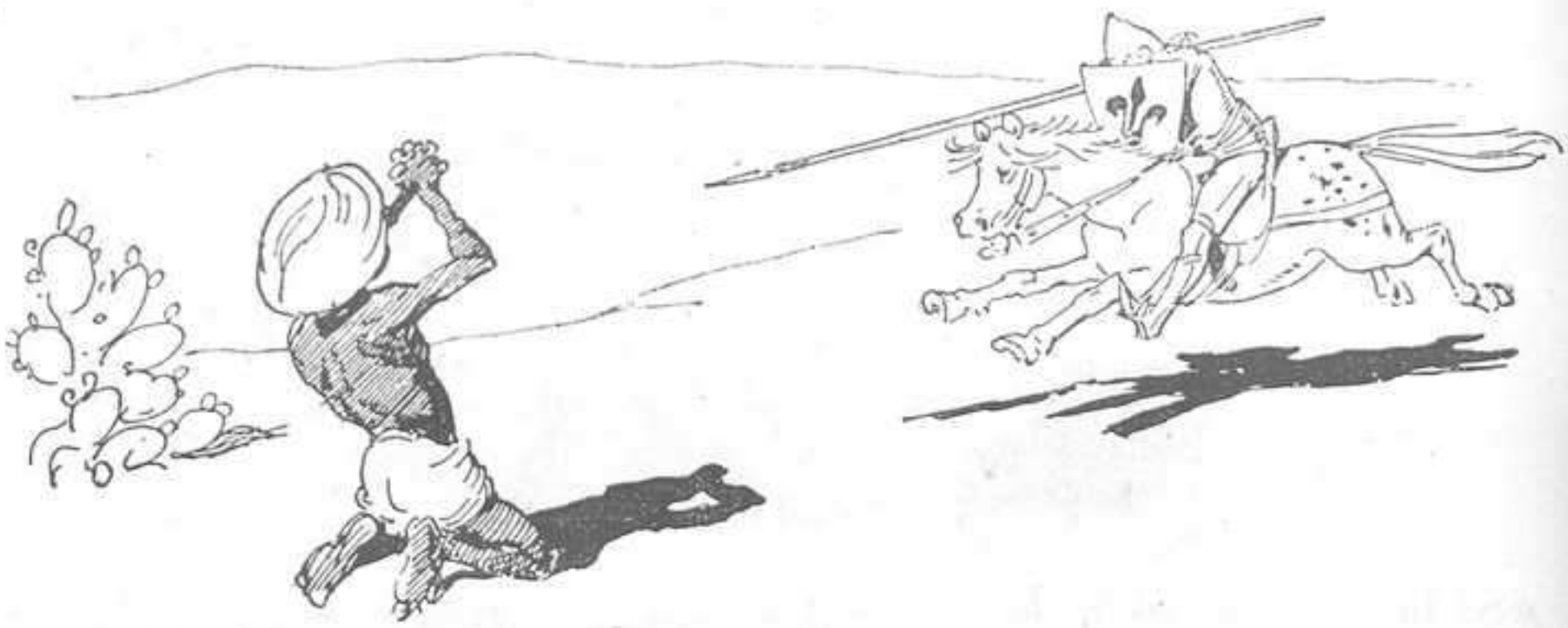
«Si tanto deseáis alcanzar mi mano—le dice la hermosa Castellana al caballero de la Flor de lis—traedme prisionero un Rey moro.»

Y el caballero de la Flor de lis ensilla inmediatamente su brioso corcel y parte al Africa en busca del Rey moro que debe de traer prisionero.

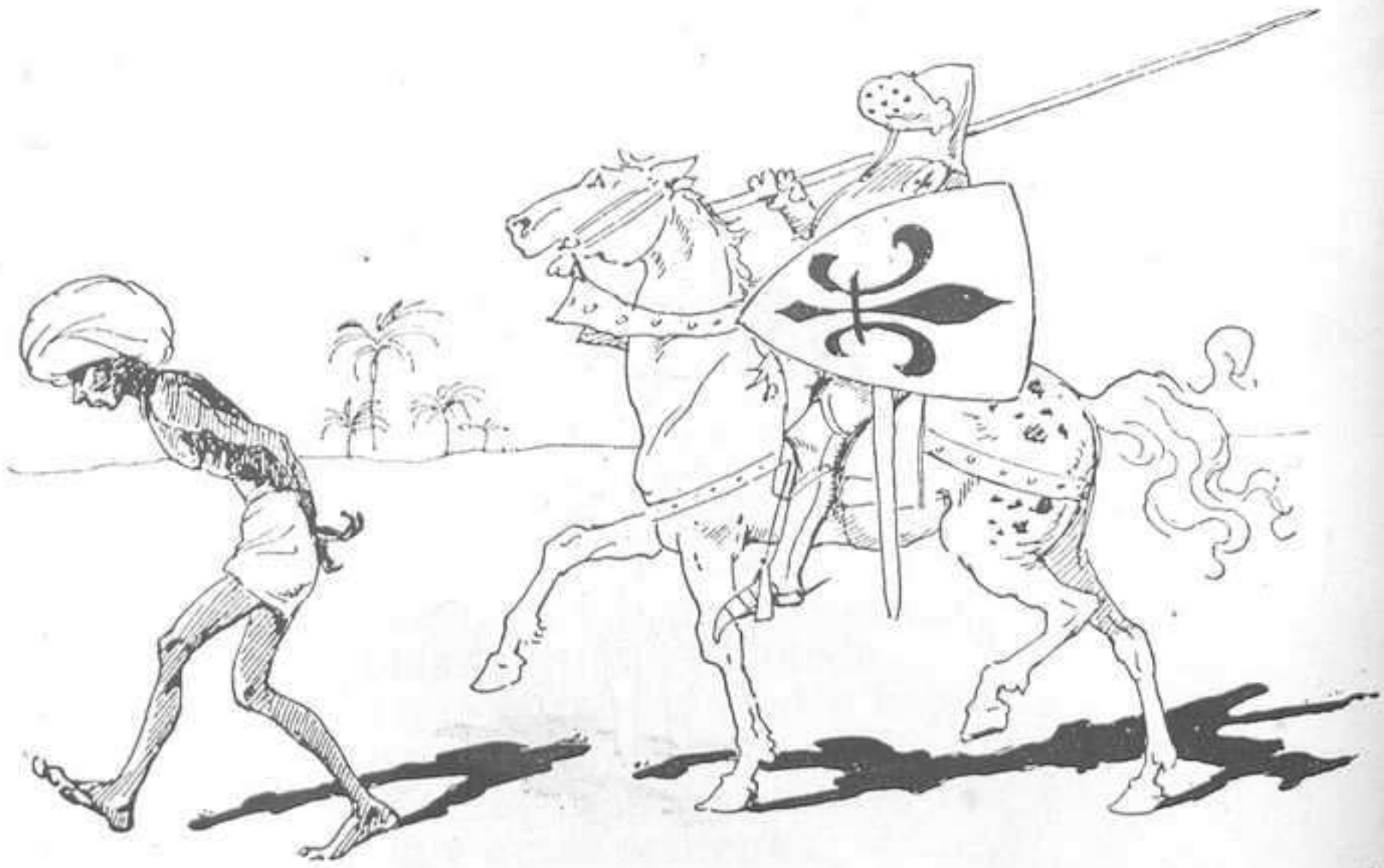
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Y al depararle la suerte un negrito tumbado al sol, se dice para su coleto: «Este será el Rey de marras.»



Y le embiste denodadamente gritándole: «¡Ríndete, malandrín!»



Y como, naturalmente, el malandrín se rinde á discreción, vuelve grupas con aire triunfal y se encamina nuevamente al castillo de su adorada.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Pero héte aquí que, de repente, una fuerza misteriosa ¡zás! lo arranca de la silla...

Es que pasan junto á unas rocas de imán que atrayendo sus aceradas armas lo retiene cautivo por los siglos de los siglos. AMÉN.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA SAL DEL DIABLO

DOLORA

I

Al salir del Edén los dos impíos,
el diablo los miró,
y diciendo gozoso: —Ya son míos,—
con desprecio escupió.

La saliva del diablo fué un fermento
que vino á dar el ser
á la muerte, á la ira, al sentimiento,
al dolor y al placer.

Queriéndolos librar de ese amor ciego
que aviva la traición,
que pone, ardiendo, á las ideas fuego,
y abrasa el corazón,

Vino un ángel de Adán á la presencia
y le dijo: —Quizás
Dios os vuelva al jardín de la inocencia...—
Y Eva exclamó: —¡Jamás!

La virtud es luchar. Con los placeres
que matan de dolor,
sentiré de las cosas y los seres
el tormentoso amor.

La virtud es luchar; y ya desdeño
el no sentido bien
que no saca del límite del sueño
al alma en el Edén.

Sufriendo, probarán nuestros amores
del pecado la sal,
y el gran placer que vive de dolores,
y el bien que vence al mal.

Lleva mejor el sufrimiento al cielo,
que la paz del Edén.
El dolor es más santo que el consuelo
y más nuestro también.

¡A sufrir! ¡á luchar! ¡á la victoria!
¡Todo gran corazón,
con la sal del dolor, que sabe á gloria,
gana la salvación!—

II

Ve el ángel de deseos saturados
el humano sentir;
compadece á Adán y Eva, y, humillado,
vuelve al cielo á subir.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 1889.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IDILIO

—Siempre de tu amor en pos
me verás...
—¡Oh amado Alberto!
—Y el día que quiera Dios
que muera uno de los dos...
me iré á vivir á un desierto.

EPIGRAMA

Anoche, el literato don Severo,
en círculo muy docto y muy parlero,
gritó gesticulando, abierto en cruz:
—¡De toda discusión nace la luz!—
Y apagó de un codazo el reverbero.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA CUEVA DE DOÑA BLANCA

I

A media legua de la moruna ciudad de Ciurana, y á mano derecha de su pedregoso y empinado camino, se descubre una cueva tan negra como honda, que parece la boca de un imponente monstruo ansioso de devorar cuanto se le presente delante.

Aquella cueva es conocida por la de doña Blanca; y desde la villa de Prades á la Cartuja de Scala-Dei, goza de justa celebridad, pues ella fué el epílogo y fin de unos románticos y desgraciados amores, que llenaron, en otros días, de horror á toda aquella accidentada comarca.

Prestadme atención y os contaré su historia.

II

Estábamos en plena Edad Media. El conde de Prades, señor de horca y cuchillo, amigo de la guerra y de la caza, vivía encerrado en su castillo, situado en lo más alto de los altivos montes de sus vastas posesiones, y viendo pasar la vida sin penas ni cuidados, acariciando la copa y el lebrel.

Encerrado en aquella fortaleza, con su correspondiente puente levadizo, con sus grandiosos fosos, con sus inexpugnables muros, con su grandioso patio de armas, con su torre de homenaje, con sus altas almenas, con sus torreones con ladroneras que servían de cárcel, y con su negra horca como una eterna amenaza, creíase superior á todos los condes de Cataluña, igual á los reyes de Aragón y con más títulos de nobleza que todas las dignidades de la tierra.

Si en sus armas no ostentaba aquel célebre mote:

«Después de Dios
la casa de Quirós,»

en cambio exclamaba muy á menudo, mostrando con orgullo su castillo:

—Al mirar mi torreón
tiembla el reino de Aragón.

Y andaba en guerra con otros señores feudales tan soberbios como él, siendo su nombre pronunciado con terror desde el Segre al Ebro y desde Salou á Mequinenza.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

III

El conde era viudo. Su esposa doña Berenguela murió al dar á luz una hermosa niña, que hubiera sido su orgullo y su gloria, como fué la admiración y el encanto de todos los pecheros y hombres de armas del castillo.

Era Blanca una muchacha diez y ochena, esbelta y muy graciosa en el andar. Tenía los ojos azules como los godos, pero vivos y brillantes; era débil como un lirio silvestre, buena como el pan que se llevaba á los labios, caritativa como una santa, dotada de un corazón de oro, y por ser fiel á su nombre, era blanca como la nieve que durante los borrascosos días de invierno se extiende como una inmensa mortaja en aquellos elevados y enmarañados bosques, los más fríos y poblados de seculares pinos de toda la provincia de Tarragona.

La ilustre doncella, encerrada en su castillo y bajo la vigilancia de una astuta dueña, con más años que un palmar y con más conchas que un peregrino, veía deslizar su monótona existencia, sin ilusiones y sin encantos, y pasando horas enteras bordando, ó leyendo su libro de horas, sentada junto á la gótica y artística ventana, ó paseándose como un fantasma por la vigilante torre y siguiendo el curso de las aves de rapiña, que parecían remontarse hasta las nubes, ó aguardando la vuelta de algún caballero que narrase sus hazañas contra los moros en los campos de Castilla, ó la llegada de algún penitente peregrino, de paso para Santiago de Compostela ó para las caprichosas montañas de Montserrat.

IV

Una tarde de otoño, cerca de la puesta del sol, llegó delante de los muros del castillo, un joven bello, pálido, con los zapatos destrozados, la capa hecha jirones, cubierto de polvo, con el birrete sin pluma, y el laúd en la espalda.

Era un niño, un pobre trovador de la Provenza, un émulo de Hugo de Mataplana, fugitivo de Poitiers, que gemía bajo el yugo del Papa y del rey de Francia; errante por el mundo, sin patria ni hogar, cantando como los juglares de castillo en castillo, de ciudad en ciudad los amores de la bella y apasionada Leonor de Aquitania; ensalzando las gracias y el ingenio de María de Ventordon; llorando

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

la pérdida de las santas libertades de su tierra y la desdichada hecatombe de la sangrienta batalla de Moret.

El humilde trovador cantó tristemente al compás de su laúd:

Gran señor de este castillo,
si tenéis buen corazón,
escuchad los tristes cantos
de un errante trovador.
¡Sólo y sin patria
por el mundo voy;
franqueadme el puente
por amor de Dios!

El conde, aunque no gustaba de músicos y trovas, compadecióse de aquel doncel, le nombró su paje y su copero, y el desheredado proscrito, cambiando de traje, condición y nombre, vió el cielo de su dicha abierto de par en par y se creyó el más feliz de los mortales. Tenía un lecho en que reposar de las fatigas del día, un pedazo de pan que llevarse á los labios, fuego en el invierno y grata sombra durante los calurosos días de verano. Ya no era un pájaro sin nido, cantando de rama en rama y buscando un sitio en donde guarecerse cuando venía la noche ó la tempestad.

V

Vino el invierno. Blanca, hilando el dorado copo, sentada al lado de su dueña, apoyando los pies en los humeantes tizones de la ancha chimenea, en la que silbaba el viento, hablando de los muertos, de los ausentes y de los proscritos, escuchaba embelesada las amantes trovas del elegante paje, que la llamaba en sus inspirados serventesios, la misteriosa musa de sus vigilias y la dama de sus sueños de poeta, envolviéndola con miradas de irresistible pasión.

Aquellas apacibles veladas de invierno, deslizadas tranquilamente al amor de la lumbre, cuando el conde se ausentaba del castillo, fueron las primeras y bellas páginas de un tierno y candoroso idilio que había de convertirse en un sangriento drama.

Cuando la primavera extendió su verde manto, Blanca, cada día más bella y más risueña, y el apasionado paje, se veían y se hablaban todas las tardes al desmayar el día en una oculta fuente del bosque, á la que conducía una tortuosa senda, sombreada por pomposos pinos y castaños, que enlazando sus ramas unas con otras formaban una bella y poética bóveda, que parecía el camino del cielo ó del amor.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Allí, solos, bellos, libres y olvidados en medio de la gran Naturaleza, lejos de los hombres, pero cerca de Dios, protector de los amantes, y escuchando el canto de las aves se juraban amor eterno, probando el labio los apasionados besos que se escapaban del corazón.

Pero todo tiene fin en este mundo. Un viejo halconero, fisgón, envidioso, de alma pequeña y de pensamientos bastardos y ruines, supo por uno de los pastores del conde las misteriosas entrevistas de los dos amantes, y se apresuró á ponerlo en conocimiento del conde una tarde que éste, acompañado de sus hombres de armas, regresaba, victorioso de una pelea, sostenida con el señor del castillo de Milmanda, su irreconciliable enemigo por haberse captado las simpatías de los monjes del Real Monasterio de Poblet.

El conde, lanzando rayos por los ojos, gritó con ira:

—¡Miserable! ¿Tú lo has visto?

—Con estos ojos, señor, que siempre están en acecho velando por la honra de esta casa, contestó el halconero.

Aquella misma noche el conde hizo conducir al desheredado paje á su presencia y con destempladas voces echóle en cara su conducta. El pobre mancebo, temblando como un niño, juró y perjuró que nunca había puesto los ojos en la candorosa Blanca, pues la admiraba como la santa *Madonna* que se veneraba en la capilla.

El conde, no dando crédito á sus protestas, le contestó con más energía y con airado semblante:

—¡Ay de tí, si resultan falsas tus palabras!

VI

Desde aquella velada, cambió por completo la pacífica vida de los dos amantes. Blanca y su dueña fueron encerradas en una apartada cámara, y el padre ató á la puerta un enorme mastín que ladraba como un condenado al menor ruido que oía en el largo corredor, poniendo en movimiento á toda la servidumbre del castillo; pero los dos amantes, á pesar de las amenazas, del encierro, de los centinelas de vista y de los ladridos del perro, se vieron y se hablaron todas las noches, prolongándose sus entrevistas hasta la hora del alba.

¿Cómo pudieron burlar la vigilancia del conde? Zorrilla lo ha dicho en sus *Almas enamoradas:*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cuando dos se quieren bien
sólo Dios puede meterse,
pues si se empeñan en verse
saltan por todo y se ven.

VII

Habían transcurrido algunos meses. Una mañana el altanero padre entró en la cámara en que estaba encerrada su hija, y vió con sorpresa que la enamorada joven había perdido los colores, que las delicadas líneas de su cuerpo no presentaban sus graciosos contornos, poniendo de manifiesto de un modo elocuente y positivo que una nueva vida se agitaba dentro de aquel hermoso ser.

Una nube de sangre pasó por delante de los ojos del conde, y las palabras más soeces y repugnantes salieron á borbotones de sus labios, cayendo, al escucharlas la desventurada castellana, sin sentido.

El airado padre abandonó la cámara.

Fué en busca del paje, y después de cruzarle la cara con su diestra, de despojarle de su traje, mandó que lo ahorcasen en lo más alto de la torre del homenaje, en tanto que la dueña, después de ser molida á palos, en medio de la plaza de armas, fué asada viva en unas parrillas como otro san Lorenzo, pereciendo la infeliz en medio de los más horribles dolores.

Pero no terminó aquí la crueldad del conde, pues colgó el laúd y el birrete del trovador junto con la cuerda en que fué ahorcado delante de la cama de su hija, para que la desventurada tuviera presente á todas horas el triste fin de su apasionado amante.

VIII

Era una noche horrible y tempestuosa, el rayo iluminaba la tierra y bramaba con furia el huracán, arrancando de cuajo las robustas encinas que rodeaban el castillo. Blanca, en medio de aquella desencadenada tormenta, dió á luz un hermoso niño, que era su vivo retrato, y que pasó del claustro materno á las manos del rencoroso conde, quien lo arrojó desde la ojiva al foso, exclamando:

—¡Carne de lobo... á los lobos!

¡Pobre Blanca! Luchando entre la vida y la muerte pedía al buen Dios que la sacase de ese valle de lágrimas y horrores y le concediera el cielo en donde la aguar-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

daban su inocente hijo y su inolvidable amante, que no había cometido otro delito que amarla con todo su corazón.

Cuando la infeliz pudo abandonar el lecho, escuchó de labios de su padre que los dos no cabían en un mismo techo y que á la mañana siguiente, al sonreir el día, sería trasladada á una cueva de su propiedad, situada delante del peñón de Ciurana, y que dentro de ella se consagrase al trabajo y á los ejercicios espirituales, pidiendo al cielo el perdón de sus culpas, pues él moriría sin otorgárselo.

La desventurada castellana fué arrojada de la casa paterna como si fuera un miserable leproso, no teniendo otro techo ni otro hogar que una horrible cueva, ni otro amparo que el de un payés de Ciurana, que le proporcionaba la comida y la acompañaba los domingos á misa, relevándole por ello el conde del censo que hacía la finca en que estaba situada la mencionada cueva, gozando aún de tal beneficio sus descendientes en la actualidad.

IX

Allí, sola, olvidada, aquella bella y débil criatura, que no había hecho mal á nadie, se consagró al trabajo y á la oración, y como Dios, á más de concederle un corazón de oro, como hemos dicho, le otorgó unas manos de plata, bordó unos magníficos ornamentos sagrados que destinó á la renombrada ermita de Santa Magdalena, protectora de las almas enamoradas, que se venera en la vecina cordillera del Monte-Santo, y que con otros bordados debidos á la aguja de otras hijas de los sucesivos condes de Prades, que pasaban en aquel sitio los rigurosos días de verano, constituyen aún una de las principales joyas de aquel elevado y concurrido santuario.

X

Un año y medio vivió en aquella inmunda cueva aquella desventurada criatura que tanto amó y lloró sobre la tierra, muriendo completamente desfigurada por la ictericia y sobre un montón de paja, siendo enterrada en la fosa común del cementerio de Ciurana, sin que una cruz ni una lápida indicara el sitio en que dormía el sueño del olvido aquella bella como ilustre hija de los condes de Prades, que tanto en vida como en muerte fué tratada por un mal entendido y despótico orgullo, propio de la época, como el más abominable criminal.—F. Gras y Elías.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS AMORES DE RAÚL

AL POPULAR POETA Y DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO CHILENO

DON GUILLERMO MATTA

I

LAS FEAS HERMOSAS

De la millonaria Rosa,
Raúl, que se pasa de listo,
me dijo hace tiempo:—¿Has visto
una fea... más hermosa?
—¡Qué ha de ser fea esa chica!
¡al contrario! ¡es una perla!—
contesté á Raúl,—si al verla
no hay quien no exclame:—¡Qué *rica!*
—Algo prodigó sus dones
en ella madre Natura...
¡tiene un pie! ¡y una cintura!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¡y un perfil!...
—¡Y unos millones!
—¡Como quisiese mi estrella
que, colmando el bien que ansío,
se rindiera á mi albedrío!...
—¿Te casarías con ella
si su pecho enamorado,
cediese á tus ansias locas?
—¡De contado!
—Te equivocas:
querrás decir... *al contado.*
—Sencillo y puro es mi afecto
por demás, y no comprendes
que con tus burlas me ofendes.
—¿Tanto la amas?
—En efecto.
—¿*En efecto?*
—¡Si no vivo
temiendo el menor desdén!
—No eres franco; dí más bien
que la amas... *en efectivo.*
—Ella es mi prenda adorada
y hacer ya mi dicha pudo.
—Pues también eso lo dudo;
será tu prenda... *dorada.*
—El amor que yo atesoro
no es de este siglo, en rigor.
—Verdad: tan sencillo amor
es digno... del *siglo de oro.*
Pues si por ella te enciendes
en pasión tan insensata,
procura que te hable *en plata...*
que es el lenguaje que entiendes.
—A decirla que la adoro
no me atrevo, desconfiado.
—Me explico que estés callado...
¡como que *el silencio es oro!*
—¿Y si al afán que me inflama
corresponde con desvío
y me niega el bien que ansío,
fría é insensible á la llama
que enciende los corazones?
Ante este cruel pensamiento
no sé, en mi alma, lo que siento...
—¡Qué has de *sentir!*.. ¡los millones!
De una fea á nadie abruma
el temor de tal desaire.
—De la gracia y del donaire
¿no es Rosa compendio?...
—¡Y *suma!*
Mas dime, ¿y Esther?
—Cansado,
la dí, por fin, al olvido;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

también á Lina he querido
y como á Esther la he olvidado.
—¡Comprendo! ¿quién no adivina
el por qué no vas ya en pos
de las dos? ¡como las dos
no hacen más que una *ester-lina!*
—Por Rosa estoy medio loco.
—¡Pues á ella! ¿acaso eres manco?
Pero no quieres ser franco...
¡verdad que un *franco* es tan poco!
En vano á ello te conjuro...
¿cómo *franco* hoy has de ser,
si con Lina y con Esther
fuiste más, pues fuiste *duro*?
—De tal modo en mí te ensañas
que estoy ya desesperado;
me juzgas interesado
y á fe mía que te engañas.
Ceda, al fin, Rosa y verás
cuán fiel soy y cuán sincero...
¿qué me importa á mí el dinero
si la chica vale más?
—Vale un Perú, no lo ignoro.
—Virtudes tiene y no escasas.
—¿Quién duda, si al fin te casas,
que te llevas... *un tesoro*?
¡Nada, hombre, á ver si te avispas
y logras el bien soñado!
. . . . . .
Raúl me miró sulfurado...
y se alejó echando chispas.

II

A TRAVÉS DE LA REJA

Como era Raúl muy buen mozo
y Rosa, mujer... y fea,
cuando aquél, fijo en su idea,
la habló de amor sin rebozo
y de cura y vicaría,
no hallando pero ni tacha
en el galán, la muchacha
pensó morir de alegría.
Y al fin, blanda ya á la queja
que exhalara con anhelo,
bajo el estrellado cielo
y junto á la muda reja,
nuestro moderno don Juan,
le juró pasión sin tasa,
con el rostro hecho una brasa
y el corazón un volcán.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Raúl de la reja á través,
un beso á la niña dió

y un mes después se casó...
con dos millones ó tres.

III

DESESPERACIÓN DE RAÚL

Pasó el tiempo y llegó un día
en que, del cambio asombrado,
ví á Raúl tan pobre y tronado,
que ni sombra parecía
de aquel joven elegante
que en toda empresa amorosa
no halló mujer desdeñosa
ni corazón inconstante.
Iba por la calle, ciego
y accionando como un loco;
seguí tras de él; entró, á poco,
en una casa de juego.
Sintiendo su desventura,
le esperé; por fin salió;
le detuve y me miró

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

con expresión de amargura.
—Pareces desesperado,—
le dije, al notar su duelo.
—¡Para mí ya no hay consuelo!—
me contestó—¡he enviudado!
—¡Nunca hubo dicha completa
en esta vida engañosa!
¿conque has perdido tu esposa?
—Perdí... ¡mi última peseta!

CASIMIRO PRIETO.

JUSTOS POR PECADORES

DOLORA

Tronaba tanto aquel día,
que viendo el cielo irritado,
—Castiga sólo al culpado,—
una devota decía.
Mas cuando al cielo pedía
contra el culpado rigor,
perdonando al pecador,
cayó en un árbol del huerto
un rayo, que dejó muerto
en su nido á un ruiseñor.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Dr. D. Alberto Palomeque

DISTINGUIDO PUBLICISTA URUGUAYO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL DR. D. ALBERTO PALOMEQUE

Desde mucho tiempo al presente, la misión de los que pertenecemos á ese cuarto poder del Estado que se llama la prensa, se ha reducido á censurar y á censurar duramente y con justicia indiscutible hombres y cosas.

Puede, en verdad decirse, que ya no sabemos cómo se ensalza á uno de esos ciudadanos para los cuales no se ha dicho que la política no tiene entrañas, pues actúan en ella con honradez acrisolada y no destierran de sus lides los más nobles atributos de la humana personalidad, como móviles naturales y espontáneos de sus actos públicos.

Han escaseado tanto en las esferas del gobierno los amantes de la República y los actos de abnegación y patriotismo en estos pasados lustros de monocracia militar y de infortunios nacionales, que no acertamos á pulsar la blanda cuerda del estímulo, acostumbrados á arrancar notas rudas á la vibrante y tensa de la reprobación y el anatema hiriente. Pero, al trazar siquiera cuatro líneas acerca de la vida del doctor Palomeque—argumento viviente en pro de la doctrina salvadora que ve en la moral el alma de la política—es de todo punto necesario, y ello halaga nuestro espíritu nacional, pasar de la censura al aplauso y de la reprobación al merecido encomio.

Es el doctor Palomeque el prototipo inequívoco del ciudadano de un país libre, tan soberano señor de sus derechos, como sumiso esclavo de sus deberes, y tan severo censor de las manifestaciones decadentes del espíritu público, como enamorado delirante de las inmarcesibles glorias de su patria.

Afiliado desde sus primeros años á un partido político, —al Partido Nacional,—le ha prestado en la próspera como en la adversa suerte meritorios servicios, ora con su desinterés ilimitado, ora con su pluma brillantísima, ora con el edificante ejemplo de sus procederes intachables, que han tenido la alta virtud de conquistar el aplauso de su propio adversario, aun en las luchas sin cuartel de los partidos militantes.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Altruísta por naturaleza, su desprendimiento ingénito se ha hecho proverbial, y no goza su nombre de esa mentida fama que suelen alcanzar la audacia loca y la conciencia dúctil, sino de esa popularidad real y positiva adquirida por la labor perseverante y los esfuerzos, semejantes á la Walquiria Brunequilda de la leyenda, á la que su padre, para que su hermosura y gallardía no fuesen por todos alcanzados en el trato diario, circundó de abrasadoras llamas, de manera que para llegar á su gentil presencia, fuera necesario pasar por la dura prueba de cruentos sacrificios, sintiendo el acicate del dolor y regando con sangre la senda que conducía á la beldad soñada.

Dice Castelar, el orador del siglo, que Tiberio odiaba profundamente á todo el género humano.

El doctor Palomeque es la antítesis del siniestro emperador; ama á sus más decididos enemigos, y atenúa y justifica sus errores ó sus faltas, siempre que no hieran hondamente los supremos intereses colectivos.

Desde su época de estudiante le ha tocado defender la santa causa de la moralidad, de la justicia y del derecho.

Los primeros artículos que lanzó á la publicidad, fueron escritos para *La Nueva Generación*, que aparecía en Buenos Aires el año 1870, y versaban sobre las prisiones arbitrarias de que fueron víctimas algunos orientales distinguidos, violentamente alejados del suelo patrio durante la revolución del general Aparicio.

Por aquella época compartió con el malogrado Miguel Noguera la redacción del periódico *Los Negros*, órgano de una sociedad literaria de la que formaban parte los más selectos elementos de las letras argentinas, y más tarde colaboró activamente en *La Tribuna*, dirigida por Mariano Varela y redactada por Andrade y Posse.

«Palomeque era el filósofo por excelencia entre nosotros,» nos decía uno de sus antiguos compañeros. Empapado en las doctrinas de Arhens, entonces muy en boga, escribía graves conferencias sobre el derecho de propiedad, sobre la institución del matrimonio y sobre el socialismo formal y subjetivo de Kant.

El año 1872 tuvo la inmensa desgracia de perder á su virtuoso padre, precisamente cuando este noble patriota acababa de ver premiados sus perseverantes esfuerzos con el tratado de paz del 6 de Abril, que hizo deponer las

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

armas de la sangrienta lucha, al pie de los altares enlutados de la República.

Fué al poco tiempo del fallecimiento de su padre que Palomeque habló por vez primera ante un público ilustrado y numeroso.

Celebraba el Partido Nacional una gran reunión, á objeto de asumir una actitud definida en la próxima contienda electoral. El doctor Labandeira, joven de temple espartano y gallarda inteligencia, que se consagraba en un todo á la defensa de la causa popular, era aclamado de pie por el concurso y se levantaba profundamente emocionado á corresponder á la ovación con la expresión de sus ideas. Subió en un instante la marea de los aplausos entusiastas, llegó á su colmo, y luego empezó á declinar sensiblemente, hasta que reinó en el recinto silencio sepulcral y se acallaron los últimos rumores de la asamblea para que renacieran al calor de la elocuencia.

Pero el doctor Labandeira no era orador. Tendió una mirada indecisa al público, cubrió su rostro palidez de espanto, y á pesar de bullir en su cerebro ideas luminosas, no dijo cosas bellas ni estremeció las masas delirantes la dulce «soberana de las almas.»

Entonces un oyente, que sufre con la angustia de Labandeira, escala la tribuna; la espectativa se produce, termina el primer párrafo que ha pronunciado con vibrante voz en medio de aplausos atronadores, y unos minutos más tarde vuela el nombre del bachiller Palomeque repetido por todos con aureola de triunfo.

El año 1875, llamado con justicia el año terrible, redactaba *La Revista Uruguaya* con su viejo amigo y compatriota, el brillante escritor Eduardo Acevedo Díaz, habiendo fundado en esta misma época una escuela de adultos, á quienes enseñaba especialmente los derechos y deberes del ciudadano, á la sazón escarnecidos y violados por la soldadesca usurpadora que apuntalaba el gobierno de Varela surgido del motín.

Un patriótico artículo fulminando á los verdugos de la soberanía nacional, condújole á la cárcel con su compañero de redacción Acevedo Díaz, habiendo salido pronto de los calabozos del Cabildo, porque encendía el amor á la independencia en los otros presos, leyéndoles las proclamas revolucionarias de Robespierre, de Dantón y de Marat,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

bandos de fuego que incitan á tomar por asalto todas las Bastillas de la tierra.

Fué desterrado, y encaminóse entonces á la República Argentina, abriendo en Dolores su estudio de abogado y fundando *La Revista Judicial del Sud*, que continuó hasta su regreso á la patria, donde fué nombrado Juez Letrado Departamental de la Colonia, proporcionándosele así ocasión de combatir el mal de la época con su recto criterio de magistrado, y reprimir, con valor é integridad á toda prueba, los procederes abusivos de un delegado del Poder Ejecutivo, que se ha hecho célebre por ellos.

Cuando abandonó aquel puesto, dejando en pos de sí las simpatías generales, donó sus honorarios á la causa de la educación popular, y volvió á Buenos Aires, donde durante muchos años ha sido un pródigo Mecenas de sus compatriotas, los emigrados, y donde, además de gozar de justo renombre en el foro, cuenta con tantos admiradores de sus virtudes ciudadanas como en su propia patria.

La actividad febril es una de las condiciones más salientes de su personalidad. Su carácter no se aviene con la inercia. Le es indispensable trabajar, agitarse, abrazar distintas empresas á la vez para estar en su medio, y transmitir el movimiento á cuantos le rodean. En la redacción de sus diarios se conversa, se comentan los hechos del día, se refieren cuentos, se inician movimientos de opinión, se combinan bromas de buen gusto, se lee, se declama, se canta, pero se escribe hasta llenar las columnas del diario y nunca falta material cuando el regente asoma su cara de carcelero en el salón del director.

Frutos de esa actividad infatigable son los notables é interesantes libros y folletos que ha escrito en los últimos años sobre los sucesos más trascendentales de nuestra vida política, y los diarios que ha redactado en diferentes épocas, siempre con levantados propósitos, ilustración y altura.

Colabora también con alguna frecuencia en el *Journal du droit International Privé*, de París, en cuya publicación apareció el año 1889 un concienzudo estudio sobre Ejecución de sentencias extranjeras en la República Argentina.

Ha sido fundador de varias asociaciones importantes, y anheloso propagandista de otras, contándose en primer término el Instituto del Sud (B. A.), colegio de enseñanza popular y gratuita superior (Dolores), una Escuela Rural

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

en el mismo punto, la Sociedad de Socorros Mutuos entre Orientales, que tan inmensos beneficios ha reportado á los residentes en Buenos Aires en las épocas aciagas de los gobiernos personales, y la inolvidable «Sociedad Universitaria,» que tantos ciudadanos meritorios ha dado al país conservando el sacro fuego del civismo en la atmósfera asfixiante del despotismo corruptor.

En los dos últimos años el doctor Palomeque ha hecho brillantes campañas periodísticas. Quedan vivas estelas de su activa propaganda, y aún resuenan en los aires los viriles acentos de *La Opinión*, llamando á juicio á los réprobos, rindiendo ferviente culto á los viejos servidores de nuestra independencia nacional, y despertando el espíritu público abatido, diciéndole como á Lázaro: «Levántate y camina.»

La mayor parte de los artículos y estudios escritos durante este período, han sido coleccionados en dos gruesos volúmenes titulados *Mi año político*, correspondiente uno de ellos á 1888 y á 1889 el otro.

Tanto de su última jornada periodística, como de otras fecundas épocas de labor intelectual, conocemos innumerables pasajes que reflejan sus prendas personales y que de buen grado narraríamos si no se tratara solamente de trazar ligerísimos apuntes biográficos al correr de la pluma.

No hemos hecho ni pretendido hacer su biografía; sólo nos propusimos esbozar los rasgos culminantes de su personalidad.

Quede para escritores de nota el resto de la tarea, que ellos, al interpretar fielmente los sentimientos del pueblo, le harán cumplida justicia, y premiarán su vida ejemplar de ciudadano, con el galardón de la gratitud nacional y la palma sacrosanta de la gloria.

EVARISTO G. CIGANDA.

Montevideo, Abril de 1890.

MIEL HIBLEA

¿Qué á qué saben tus besos? ¡dulce encanto!
á miel hiblea, pero más sabrosa
por libarse en el cáliz de una rosa.
Sólo que á veces la prodigas tanto
que resulta esa miel empalagosa.

Buenos Aires. F. L. B.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EN LA SASTRERÍA

—¿Lo quiere usté angosto?
—¡No!
ancho, que así no incomoda.
—¡Como es moda!
—Es que á la moda
jamás me sujeto yo.
Mis gustos son más sencillos,
y en ella no encuentro halago.
—¿Con bolsillos?
—Si lo pago,
¿para qué quiero bolsillos?

EPIGRAMA

—¿Conque mi hermano Pascual,
con todo y no ser casado?...
—¡Palabra de honor! te ha dado
un sobrino *natural*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CELAJES

I

Desgarrada su túnica de nieblas,
juguete caprichoso de las auras,
de su letargo despertaba el mundo
bañado por la luz de la mañana.
Y el alma mía
sugestionada
creyóse en la presencia de la Aurora
mi amada al contemplar á la distancia.

II

De pronto iluminóse el firmamento.
robó á las rosas su color el alba,
los pájaros cantaron sus endechas
y el día derramó fulgentes llamas;
óptico sueño
de la esperanza
que ve la luz purísima del Día
en los rasgados ojos de mi amada.

III

Nubes sombrías en tropel confuso
la luz vestían con su gris mortaja;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

el mundo sin auroras ni crepúsculos
del éter en las brumas navegaba;
fúnebre acento
de mi nostalgia
que produjo la noche en mis sentidos
al ausentarse de mis ojos rápida.

IV

La virgen de mi amor tiene el secreto
que la leyenda atribuyó á las magas:
vista de lejos, para mí, es la Aurora
envuelta en velos de flotante gasa;
si se aproxima, de la luz del Día
el rayo bienhechor mis penas mata.
Y cuando luego
se aleja ó pasa
quedan las sombras de la Noche triste
flotando en los espacios de mi alma.

RODOLFO G. GODOY.

Buenos Aires.

EL POEMA DEL NIDO

I

Lluvia de perlas, nube de aromas,
visten los campos primaverales;
rubias espigas las verdes lomas,
nieblas azules los manantiales.
La agreste lira
de los amores
vibra en los sauces de la ribera,
y allá en un toldo nupcial de flores,
cantan su dicha dos ruiseñores
una mañana de primavera.

II

Dióles el campo césped mullido,
dióles el viento música y galas,
y ellos cantando cubren su nido
ya con sus besos, ya con sus alas.
Todo era flores
en la pradera,
todo era nubes de oro en los cielos:
era una tarde de primavera
cuando arrullaron, por vez primera,
los ruiseñores á sus hijuelos.

JUAN C. ROSSEL.

Lima, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA ACTRIZ Y EL MÉDICO DE LA EMPRESA

—¡Doctor, me ahoga la pena!
ha muerto mi pobre madre,
y aunque á la empresa no cuadre,
salir no puedo hoy á escena.
—¿No lloró usté, en trance rudo,
su muerte há un año, Isidora?
por lo visto esa señora
se muere muy á menudo.
—¿Duda usted? ¡oh avilantez!
pues está en un grave error;
¡á menudo no, doctor!
¡esta es la segunda vez!

EPIGRAMA

¿*Tentativas literarias*
llamas á tus versos, Paco?
pues mejor hubieras hecho
en llamarles *atentados*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS DOS PAÑUELOS

UNA mañana del estío, no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la Condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las hierbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos. Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puertas y bajó las escaleras de la quinta, resonando los tacones de sus zapatos en el silencio de la casa, dormida aún.

Atravesó el césped, cruzó el jardín, salió del parque, y saltando un riachuelo, penetró en el bosque. Corría loca de contento; en el jardín se había creído una flor, en el bosque se creía una dríada. Sólo pensaba en idilios y en dulces escenas mitológicas; los vapores de la mañana se confundían con el vapor, que tal lo parecía, de su ligero traje. Lo que más que todo le encantaba era la frescura matinal.

Soplos, que no se sabía de dónde venían, le acariciaban la frente, los ojos, los labios, el cuello, cual besos furtivos de labios un tanto fríos. El soplo aquel penetraba por donde quiera, y la Condesa estremecíase agradablemente de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

pies á cabeza, gracias á la tenue brisa que le cosquilleaba por todo el cuerpo. Aspiraba el aire de la mañana; ofrecíase al viento con placer sin igual; sonreía, reía...; de improviso estornudó.

Aquello era otra cosa; se puso muy seria; era indudable se había constipado. ¡Constiparse! Se le pondría colorada

la punta de la nariz. ¡Qué horror! ¡Bien empleado le estaba! ¡Quién le mandaba salir por el campo á aquellas horas y no estarse muy quietecita en la cama!...

Lo peor del caso era que empezó á notar un cosquilleo molesto por demás en las fosas nasales; llevó la mano al bolsillo, buscando el pañuelo. ¡Otra desgracia! Con la prisa de salir se le había olvidado... ¡Qué iba á hacer!

El picor era cada vez más vivo... no había que pensar

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

en correr á su cuarto á proveerse de la fina batista que necesitaba, porque había corrido tanto, que debía de estar á media hora lo menos de la quinta.

Seguía la picazón; se hacía insoportable... Pensó por un momento en levantarse las faldas y apelar á las enaguas ó la camisa... Pero, ¿y si por acaso la veía cualquiera? Era cosa de morirse de vergüenza por todos conceptos... Cogió una hoja y quiso emplearla como pañuelo; pero la hoja se le quebró entre los dedos apenas la apretó; apeló á una

flor, pero al aplicarla á la nariz, no hizo sino aumentar el horrible picor de antes...

¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer! Llegó á decidirse resueltamente por el procedimiento innoble y sucio de las mujeres salvajes ó de la baja plebe, á emplear la propia mano como moquero...

En esto notó un leve ruido; volvióse y reparó en un muchacho flaco, de mal color y harapiento, que á la puerta de una choza se disponía á sonarse con un gran pañuelo de algodón, limpio y doblado todavía.

—¡Muchacho! ¡muchacho! gritó Valentina. Aguarda...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

el pañuelo dámelo, véndemelo... lo que quieras, pero venga en seguida...

El jovencillo levantó la cabeza; en cuyo semblante se pintaba la soledad y la tristeza, y dijo con voz lenta:

—La conozco á usted muy bien; usted es la señora de la quinta, que está allá, detrás del bosque... Muchas veces pasa usted por aquí cerca, á caballo, con varios señores... Yo me escondo para que no me tropiecen; pero me quedo mirándola á usted, ¡que es tan bonita!.. ¿Por qué me ha pedido usted un pañuelo? ¿No tiene usted pañuelos siendo tan rica?

—Sí, tengo muchos, pero eso no importa; dame el tuyo ahora, dámelo en seguida...

—De buena gana; ¡pero qué me dará usted por él?

—Lo que quieras.

—¿Dinero?

—Dinero, pide el que te parezca y vén á la quinta por él.

—No quiero dinero.

—Pues ¿qué quieres? ¡Date prisa, por Dios!...

—Quiero, á cambio de este pañuelo, uno de usted.

—Bien, bien; mi doncella te lo traerá.

—Aquí estoy todo el día.

—Dame.

—Tome usted.

—¡Por fin!—Lo cogió anhelante y hundió al momento en aquel cuadro de algodón su naricita sonrosada, produciendo un ruido semejante al zumbido de una abeja que se posa sobre un tallo.

Satisfecho así el apremiante afán de la Condesa, ésta regresó á la quinta sin que el amago de resfriado pasara del susto. No olvidó, sin embargo, su promesa, la del pañuelo. Le daba en que pensar, sin embargo, la idea de que un mísero campesino hubiera preferido tan insignificante objeto á una buena cantidad de metálico. Sin duda lo querría para regalárselo á una muchacha de la aldea.

Como quiera que fuese, la doncella de Valentina llevó á la choza del bosque un precioso pañuelo de batista y encajes, con la cifra y la corona de su dueña, la cual no volvió á acordarse del episodio de su paseo matinal.

Pero una tarde al oscurecer, paseando también por el bosque, mas no sola, sino del brazo de su amante, distin-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

guió un tenue resplandor entre las ramas. Acercóse, movida por la curiosidad, y se encontró en la choza, á través de cuya puerta entreabierta vió al pobre muchacho sentado en el suelo, inclinado hacia delante y oprimiendo entre las manos una cosa blanca y ligera que besaba unas veces y con la que, en otras, se enjugaba los ojos henchidos de lágrimas.

Al ruido de los pasos se estremeció, alzó la cabeza, se puso en pie, ocultó rápidamente el pañuelo bajo la blusa, y sobre la carne; apagó la luz, salió de la choza en silencio, como si nadie hubiera delante, y se perdió en el fondo del bosque que parecía más triste y negro que nunca...

CÁTULO MENDES.

EPIGRAMA

—¿Qué es del loco de Mejía?
—Parece que el desdichado
hirió á uno el otro día
y fué enjuiciado.
—¿Enjuiciado?
¡bastante falta le hacía!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

HUYENDO DEL DIABLO

—Viene aquí, doña Tomasa,
tanto joven... atrevido,
que marcharme he decidido
ahora mismo de esta casa.
--Sin duda exageras...
—¡No!
nunca fuí calumniadora;
¿que exagero? ¡la señora
lo ha de saber como yo!

EPIGRAMA

De Baco á un hijo querido
viendo que se echaba á pecho
un jarro, gritó Pulido:
—¡Ese vino está torcido!—
Mas, volviéndose maltrecho,
dijo el otro:—¿Torcido, eh?...
¿y qué importa que lo esté
con tal de que entre derecho?

CARLOS G. AMÉZAGA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL BAILE DE MÁSCARAS

I

Nerviosa, inquieta, atenta á los rumores
con que el viento le zumba en el oído,
cambia de prisa el diáfano vestido
por otro lleno de lucientes flores.

De pronto, en los desiertos corredores,
de alguno que se acerca oye el ruido
y apaga el gas, y el pecho conmovido
palpita entre esperanzas y temores.

¡Pasó el susto! Entreabre el solitario
balcón, pero al saltar, mira en la reja
despierto y asustado su canario.

Y la malla de rosas y glicinas
que ocultan el balcón, rompe... y se aleja
furtiva, en pos de sílfides y ondinas.

II

¡Todo es luz, esplendor, dicha y contento!
Hierve la multitud entusiasmada,
y en la atmósfera, tibia y perfumada,
hay embriaguez, hay vida, hay movimiento.

¡Pero mirad! Cobarde, sin aliento,
penetra en el salón, toda turbada,
la del traje oriental, con la mirada
buscando á quien no ve en su aturdimiento.

¡Al fin! ¡Es él! Pero á ella ¿cómo el traje
se le rasgó? ¡No importa! El aura leda
refrescará su sien, bajo el ramaje

que ella, para prenderle, al fin columbra...
Y al bajar al jardín, de la arboleda
perdiéronse los dos en la penumbra.

III

¡De huir en vano á la conciencia trata!
Hunde en el lecho la abrumada frente,
y aquel lecho gentil, aún inocente,
parece que le grita: «¡Ingrata, ingrata!»

Aún ve en brazos del vértigo, insensata,
girar la loca multitud, y siente

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

como se aleja y vuelve en el ambiente
el rumor que en sus ondas la arrebata.

Pero de pronto la sorprende el canto
de su canario, y con la luz, del huerto
llegan húmedas auras olorosas...

¡Y abre el balcón y mira con espanto
rota la jaula, su canario muerto
y mustias las glicinas y las rosas!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1890.

TIPLE LIGERA

Al marchar á Italia un día,
que fué su anhelo constante,
dijo resuelta á su amante
la caprichosa Sofía:
—Tú sabes, Luis, que idolatro
al arte, y pues me enajena
con sus triunfos, la escena,
quiero dedicarme al teatro.
—¿Y si te dan una grita?
exclamó el galán.
—¿Por qué?
—Tienes poca voz...
—Lo sé,
pero, *en cambio*, soy bonita.
—El público sus favores
puede negarte y me espanta...
—¡Bah! pues sin ser mi garganta
un nido de ruiseñores,
no temo el menor fracaso.
—¿Y si te es la suerte esquiva?
—Con esta cara de *diva*
se sale de cualquier paso.
¿Merece mi afán reproche?
—No, mas debo aconsejarte.
—Es inútil: amo al arte...
—*¿Por el arte...* ó por el coche?
—Tan vehemente es mi deseo,
que por nada he de ceder...
¿te ríes? ¡pues he de ser
tiple ligera!
—¡Lo creo!
Para tí es empresa llana
llegar, del arte en la esfera,
no digo á *tiple ligera*,
¡á más!... ¡á *tiple liviana!*

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL MÉDICO DE SEÑORAS

—¿Qué tal? ¿qué te ha dicho, Juana,
el doctor?
—Que es conveniente
que le vea puntualmente
cuatro veces por semana.
Sólo así á curar se anima
el mal que há tiempo me aqueja.
¿Y á usted, tía?
—Me aconseja
que cambie al punto de clima.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA FLOR DEL PANTANO

Como en los cuadros sombríos de Ribera se destacan sobre las tintas oscuras del fondo la figura del santo y la figura del ángel, descarnada, triste y miserable la una, sonriente la otra y formando un tono armónico las dos, así en aquel fondo constituído por el quicio tenebroso de una puerta y por el enfangado piso de la calle, en cuyas piedras golpeaba la lluvia con rumor sordo y continuo, destacábase el contorno confuso de la mendiga, montón de huesos, de arrugas y de harapos, más que guarecido, arrinconado contra las baldosas del portal, y la imagen esbelta de la niña que, chapoteando en los charcos con sus piececitos desnudos, corría al encuentro de los transeuntes en demanda de una limosna, que la mayor parte de ellos no entregaban; ¿por avaricia? nada de eso: por no enfriarse las manos.

La fraternidad humana tiene sus límites, y en esos límites no entra el sacrificio momentáneo de la epidermis.

Semejante grupo, y con especialidad aquella criatura de nueve ó diez años, ha llamado mi atención en el transcurso de varias noches, y algunas veces me he detenido á mirarlo, porque la pobre niña es hermosa, y su hermosura resplandece entre su miseria, como los relámpagos en la oscuridad, con luz siniestra y deslumbradora.

Compadece y encanta á un tiempo su cuerpecillo, envuelto por una túnica hecha de jirones recogidos al azar y remendados con instinto churrigueresco; dan pena sus pies encallecidos por el roce áspero de los guijarros; provocan la angustia sus manos rojas y agarrotadas por el frío, que se extienden hacia delante con un movimiento de súplica; y juntamente con tales escarnios de la suerte, atraen y seducen sus ojos grandes, negros é inteligentes, su naricilla remangada y burlona, sus labios frescos, su barba redonda, su frente ancha y su cabellera despeinada, que se pierde revuelta y tumultuosa entre los pliegues deshilachados de un pañizuelo de percal.

¡Hechicera imagen sacudida por las privaciones y moldeada por la desgracia! Tras las amarguras de su presente, ¿qué tiene reservado para ella el porvenir?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Yo he pensado en esto muchas veces, formando á mis solas el proceso lógico de aquella existencia, y he visto con los ojos de la imaginación algo muy triste y que, sin embargo, representa por modo indudable el futuro de esa muchacha que todas las noches viene á mi encuentro y acaricia mi oído con su voz fresca y temblorosa.

Pasará el tiempo; seguirá la mendiga acurrucada en el quicio de la puerta; seguirá la infeliz criatura implorando el público socorro, y llegará, por fin, una noche en que deteniéndose, más que por capricho, por azar, frente á uno de esos grandes espejos que decoran las tiendas de lujo, vea reflejada su imagen sobre la superficie del cristal, y observe que su cuerpo, redondeándose, ha adquirido formas espléndidas, curvas graciosas que, levantando el seno, contorneando la cintura, dando mayor ensanche á las caderas y á los hombros, más redondez á los brazos y más robustez á la garganta, han transformado en mujer á la niña; y al ver esto verá que sus ojos resplandecen con luz extraña; que las ventanillas de su nariz se dilatan á impulsos de no sé qué desconocidos apetitos; que sus labios se entreabren avarientos de goces; que sus mejillas se colorean y que estas múltiples vibraciones de su organismo la embellecen; sentiráse hermosa, y por serlo, mirará con asco sus harapos; tendrá ansias de vivir la vida que su instinto la ha hecho comprender, y será del primero que pase por su lado, y al pasar la mire, y al mirarla le ofrezca, á cambio de su juventud, un mantón de abrigo, un pañuelo de seda y unos botas pespunteadas con tacón alto y caña de *satín*.

Y así vivirá un año, dos, cinco, diez, pasando de uno en otro, en ese comercio del vicio donde, como en todo tráfico comercial, el mejor postor se lleva la prenda, dejando en poder de cada uno un jirón de su vida exuberante y de su sangre fresca, hasta que, inservible y deshecha, vuelva al punto de partida con los mismos harapos que antes, pero sin los atractivos de la inocencia y sin los encantos de la niñez.

¡Qué remedio! Tal es el destino implacable de esas existencias arrojadas en el arroyo entre la indiferencia común, sin amparo, sin guía, sin sostén y sin alma, que no es alma un montón confuso de sentimientos embrionarios que nadie se cuida de desarrollar ni dirigir. A semejanza

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de las flores que nacen al borde del pantano donde nadie se acerca por temor á las fiebres perniciosas, la pobre niña tiene marcado su derrotero por el mundo.

La flor del pantano crece á la orilla de las aguas infectas, tímida y miserablemente al principio; débil el tallo, falto de savia, raquítico á causa de la atmósfera enrarecida que le envuelve, se levanta con trabajoso esfuerzo hasta que, irguiéndose vencedor, ostenta sus encendidos tonos que excitan el apetito de los transeuntes, y detienen su paso y provocan su admiración, proporcionándole á ella un triunfo efímero que dura lo que duran aquellas hojas de vistosos colores y de aterciopelados matices.

Pero las flores se marchitan, la planta palidece, las raíces se secan, y el tallo, mustio, inservible y rugoso, se dobla y cae por fin en el fondo de las aguas corrompidas, no sin dejar antes sobre la ribera alguna semilla que fructifique y perpetúe los destinos de su especie desventurada y miserable.

¡Pobre niña la que yo veo todas las noches, roída por el hambre, educada por la miseria y expuesta al golpeteo de la lluvia, al embate del frío y á la curiosidad indiferente de los que tienen casa donde dormir, hogar donde acogerse, pan para nutrir el estómago é instrucción para alimentar el espíritu!

¡Pobre flor del pantano, nacida en el fango y destinada á morir también en el fango, sin que nadie la recuerde ni nadie la llore!

JOAQUÍN DICENTA.

Madrid.

¡CALLA!

¡No lo digas jamás!... Si lo supiesen,
el ángel de tu guarda,
á su celeste patria tornaría,
velado por la sombra de sus alas.
Aquella noche azul, rica en aromas,
los suspiros del aura,
las aves que en las hojas escondidas
epitalamios cantan,
tus ojos en mis ojos, nuestras manos
temblando entrelazadas,
la negra nube que cubrió la luna...
¡Jamás lo digas!... ¡Calla!...

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL GRAN TORMENTO

DOLORA

Pasando, indiferente, por mi lado,
no le importa á la infiel que ya no la ame;
aún no ha sentido, como yo, esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Agosto, 1890.

COSTUMBRES DEL SIGLO FUTURO

—Como esposa, te suplico
que olvides á esa mujer.
—Tu empeño, Inés, no me explico...
—Pues lo quiero y ha de ser.
—Haces mal en exigir
de mí sacrificio tal...
¿no ves que va á producir
un escándalo social?

CANTAR

Fuiste al altar exclamando:
—¡Este es el amor más grande!
Hoy dices, besando á un niño:
—¡No hay amor como el de madre!

TEODORO GUERRERO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA ETERNA BATALLA

A MI APRECIADO AMIGO ANGEL F. AVALOS

Cabalgando sin rumbo, á la ventura,
ví una tarde un fantasma que cruzaba
la infinita extensión de la llanura.

Negra hueste de sombras convocaba;
con sus cánticos fúnebres de guerra
el aire, temeroso, resonaba!...

El sol, allá, tras la lejana sierra,
desmayaba rendido,—la sombría
noche avanzaba á dominar la tierra;

Todo era vaguedad, melancolía,
tristeza y duelo que llenaba el alma
al moribundo resplandor del día.

Y ya, creyendo conquistar la palma,
pregonaba la hueste su victoria
de esa hora triste en la solemne calma,

Cuando un intenso resplandor de gloria
partió del astro en Occidente hundido,—
de las nubes corona transitoria,—

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y largo rayo horizontal, tendido
cual recta espada, atravesó la sombra,
llegó al fantasma, y lo postró rendido;

A tiempo que á la luz que las asombra,
las turbas de la noche rechazadas
iban huyendo por la inmensa alfombra!

Turbas que en dispersión, desordenadas,
cruzaban entre nieblas y reflejos
las llanuras del cielo dilatadas!

Perdíanse entre lampos á lo lejos,
y al opuesto horizonte se juntaban
como negras bandadas de vencejos...

Y ya los tercios de la luz llegaban,
ya reflejando en la radiante esfera
los guerreros del sol se levantaban;

Suspensa estaba la creación entera...
La noche vacilaba misteriosa
al gemir de la brisa pasajera...

Hasta que negra hueste poderosa,
rauda y tenaz desde el confín venida,
invadió la llanura silenciosa,—

Y en la inmensa extensión estremecida
huir haciendo los postreros lampos,
proclamó su victoria envanecida!..

Mas, cual suele la nieve en blancos ampos,
la luna entonces,—al romper sus velos,—
blanquear se mira los oscuros campos,
llenar la tierra y dominar los cielos!

* * *

Iba cruzando la región vacía
la blanca luna, fulgurando apenas,
hacia los rumbos en que muere el día.

Su dulce y vaga claridad, las penas,
las sombras y el horror desvaneciendo,
riela como en las noches más serenas.

Y al impulso del viento van huyendo,
bajo su pie, las nubes que levanta
la tormenta, los cielos invadiendo.

Pero en vano se extiende y agiganta
por velar su esplendor! porque la luna
salva sus cumbres con ligera planta,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y su reflejo, como en blanda cuna,
se tiende á su placer, refracta y juega
en el espejo azul de la laguna...

Negro gigante que en la atroz refriega
sentóse al borde, por bañar su herida,
se inclina un sauce que la luz doblega.

La adusta faz entre la sombra hundida,
baña en las aguas la melena espesa
sobre la frente en su dolor caída.

Mas cuando torna el viento y se endereza
oscura nube de la luna al paso,—
se yergue, sacudiendo la cabeza!

Mueve en la sombra su potente brazo,—
y al blanco rayo que miró en sus celos
con la náyade azul en dulce abrazo,—

Postra á su pie,—mientras con negros velos
la masa de la sombra turbulenta,
osada sube á conquistar los cielos!...

Tembló la cumbre do sus plantas sienta
la reina de la noche, y su corona
de estrellas apagóse ante la afrenta!

Y en tanto el negro Caos abandona
sus moradas de horror—y en el vacío
la tormenta sus nubes amontona!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ya ruge el trueno en el confín sombrío,
ya el relámpago corta el firmamento;
su ala desata el huracán bravío,

Y hundido entre tinieblas, yo lo siento
pasar veloz como legión de furias,
impetuoso, abrasado y turbulento,
por cielo y campos derramando injurias!

* * *

Pugna en vano la luz, la moribunda
luz de la luna entre la sombra inmensa
que reina en torno lóbrega y profunda.

Si rasga á veces claridad intensa
el fúnebre crespón,—franja de plata
dando á los bordes de la nube densa,—

Pronto el haz de sus rayos desbarata,
y del cóncavo inmenso y tenebroso
la maraña de nubes se desata;—

Mientras cruza los campos victorioso,
rugiendo entre la noche sordamente
negro ejército, informe y horroroso!...

La luz rendida se dobló impotente,
tras la ruda batalla encarnizada
velando en sombras su esplendor fulgente.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y hundo en vano en los cielos la mirada,
viéndome en mi aislamiento suspendido
sobre el lóbrego borde de la nada!...

Por espantado potro conducido,
presa de ansias sin fin, rodar me siento
entre la inmensa oscuridad perdido,—

Y oigo, aterrado, entre el rugir del viento,
delante, abrirse un espantoso abismo,
á mi espalda, como un derrumbamiento!

Fuerza moral, dominio de sí mismo,—
todo lo dobla en el supremo instante
la violencia del rudo paroxismo!

—¡La luz!—clamo, sintiendo vacilante
ya mi débil razón, de aquella hora
en la espantosa actividad gigante;—

¿Ha de vencer la noche aterradora?
¿Nada habrá que se oponga á los horrores
del audaz triunfador?...—Mas ya la aurora

Despierta sus primeros resplandores,—
ya el sol subiendo á la infinita altura
baña el mundo en sus rayos vencedores!

¡Huyen las sombras de la noche oscura!. .
Como tras noche de ignorancia y guerra,
el claro sol de la razón fulgura
y el fanatismo y el error destierra!

S. I. VILLAFAÑE.

Buenos Aires, 1890.

MEDITACIÓN

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA ROMANA

Cuando voy por el bosque,
creo andar por un templo. Me figuro
que alguien reza en los árboles,
que alguien oficia en su recinto oscuro.

Insólita grandeza
en todo admiro, en todo reverencio;
las hojas suenan órganos,
dilata blandos ecos el silencio.

Bosque augusto, tu sombra
no ampara al odio ni al error concibe;
y en tí, libre el espíritu,
Las alas suelta y en lo inmenso vive!

GUILLERMO MATTA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Dr. D. Manuel T. Podestá

REPUTADO ESCRITOR ARGENTINO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA PARADOJA DEL VICIO

¡Oh mi pobre enfermo predilecto!

Si lo hubiesen conocido, si hubiesen podido ustedes tenderle la mano, como yo, en el momento de la suprema despedida, dándome el aliento que mermaba á mi fe de médico, se habrían sentido humillados en presencia de mi viejecito, que se despedía de la vida sonriendo, despreocupado y poniendo en flexión su antebrazo derecho para arrojar á la espalda un resto de pesadumbre y de apego á la vida.

Se hubiesen sentido tocados en lo más íntimo en presencia de mi pobre enfermo postrado, moribundo, casi agonizante, que aprovechaba los intervalos lúcidos para tenderme siempre la mano y darme el coraje que á él le sobraba.

Cuando en su última despedida le ví cerrar sus ojos y hacer un gesto desdeñoso, una mueca de burla por un jirón de vida que no quería abandonarlo, recordé uno á uno todos sus sufrimientos, sobrellevados con resignación estoica, con valentía de héroe, con desprecio de filósofo, le prometí un recuerdo, ya que mi sensibilidad no debía manifestarse en presencia de los otros enfermos que lo contemplaban con el egoísmo del que sufre y me miraban como reprochándome que me lo dejase arrebatar...

. . . . . .

—Ya me voy, doctor, solía decirme cuando le tomaba el pulso para cerciorarme de su estado.

Y parecía adivinar la respuesta; indiferente, tranquilo, con esa placidez del que nada espera ni aquí, ni allá, y se dispone á dejar la envoltura miserable como quien arroja una camisa agujereada.

—No, hombre... no debe pensar en eso... todavía hay tiempo... ya verá cómo se mejora.

Es decir, lo de siempre: la mentira terapéutica, la mejor arma de que podemos echar mano cuando nuestra ciencia no dice nada á nuestros deseos.

Él se encogía de hombros, sonreía con su sonrisa incrédula, se daba vuelta en la cama meneando la cabeza, mientras decía entre dientes:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Eh!... hoy ó mañana... es lo mismo...

. . . . . .

Se presentó un día al consultorio con aspecto huraño, caminando con dificultad y respirando, como si tuviese sobre el pecho una chapa que lo oprimiese.

Era un hombrecito grueso, de espaldas anchas, redondeado por la infiltración de sus carnes que lo habían invadido desde la cabeza á los pies.

Su cara lampiña y surcada por arrugas gruesas, blancas, casi transparentes como el resto de su piel, revelaba un sufrimiento oculto, intenso, que él trataba de disimular con su fuerza de voluntad y con su despreocupación por el mal. Dos ojitos movedizos y expresivos asomaban curiosos por la rendija de sus párpados abotagados, frente alta, bien contorneada y una cabeza un poco cuadrada y mal cubierta por hileras de pelos blancos, amarillentos, desiguales y salpicados de trecho en trecho.

De entrada, nos contó su historia, una verdadera historia de penurias, de trabajos, de contrariedades; una carrera completa de pobre, de obrero desgraciado que había desquitado su hambre y su sueño con un día de trabajo rudo, continuo, monótono y que al fin lo había postrado.

—He trabajado hasta que he podido; ahora ya no tengo fuerza ni aliento; me parece que estoy mal .. y si no hay remedio..., añadió, paciencia.

Y levantó alternativamente los hombros, como si quisiese llevar el compás de su indiferencia por el peligro.

Estaba enfermo del corazón, y como consecuencia de este padecimiento, todo su organismo estaba sometido al desequilibrio de su circulación entorpecida.

La pasión del vino había dado su última mano á ese modelo de sus fechorías, presentando un hombre hinchado, fofo, casi transparente en los puntos donde sus carnes estaban impregnadas de agua.

Vivía inconsciente del peligro y no pensaba más que en trabajar para beber, para olvidar, para estimular el cerebro con visiones risueñas y el corazón con latidos violentos, desordenados, haciéndolo trotar dentro del pecho.

Este viejecito, inculto, abotagado, cansado por el trabajo como un animal derrengado, sin más caudal que sus músculos, que fueron poco á poco perdiendo el vigor y la elasticidad, tirado en un rincón de su taller como una máquina

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que ha perdido los dientes de sus ruedas de engranaje, cantando al compás de su marcha en las mañanas de invierno crudo, cuando mezclaba el *humo* de su aliento con la neblina que se disipa perezosa, tambaleando todavía un poco por el desorden de su cabeza, viendo muchas veces delante de sí una visión extraña que le guiaba los pasos; no soñó jamás con una felicidad mejor que la de ponerse ebrio cuando le asaltaba un dolor, cuando le mordía una decepción.

Y había echado bien sus cuentas.

Realizó ampliamente sus propósitos, y como si el vicio se compadeciera de su víctima por la generosidad con que le entregaba su cuerpo para que tomase la parte que le correspondía á trueque de los *beneficios* que le prodigaba, fué cobrando de sí poquito y sin usura, y el viejecito pudo llegar al último tramo sin verse acosado por un acreedor exigente y avaro.

También esta es felicidad; felicidad de mala ley que engaña y pervierte; pero entre una felicidad real que nunca llega, á pesar del afán con que se la busca y se la implora, y una artificial que hace vivir contento y sonriente al que jamás podrá aspirar á otra, hace perdonar al que así las entiende y las disfruta.

¿Qué le importaba á nuestro viejecito que su cerebro no estuviese en aptitudes de hacer cálculos sobre la fortuna, sobre el porvenir, sobre la otra felicidad tan esquiva y exigente? ¿qué gasto de ideas, de conceptos, de principios, de problemas debían elaborarse en esa cabeza que no había recibido más empuje que el de una animalidad refinada y humana?

Las células que debían servirle para elaborar estas cosas muy nobles y muy delicadas, cansadas de esperar, abandonaron el campo; unas se atrofiaron, otras se quedaron incompletas, inertes, truncas, y al fin también ellas dejaron su alojamiento para dar paso á los pequeños grupos que entraban bulliciosos, mareados con las inhalaciones del vino, y llevando en su seno las estrofas picantes de una canción popular, el remedo de ideas de grandeza, ó las visiones doradas que ocultaban la realidad humana y abrumadora.

Más felicidad había salido así del cerebro de nuestro enfermo que ideas de la cabeza de un sabio: nunca el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

vicio se rodeó de artificios más engañosos y seductores para apoderarse de su presa.

Ahora le tenía asegurado; había clavado su garra en el corazón; pero debía sentir el bochorno de su conquista. ¡Pobre conquista!

Nuestro viejecito tenía sus sesenta años bien contados, con un pico que había olvidado al echar sus cuentas de fechas memorables y aventuras. Le sobraba razón para burlarse de su Mefistófeles.

La Naturaleza lo había provisto de un organismo tan fuerte como el hierro que machacaba diariamente con sus brazos nervudos y adiestrados, y su corazón, como una guardia vieja, sólo pensó en rendirse cuando vió agotado el último cartucho.

Ahí estaba en su cama, al lado de un balcón para disfrutar del último panorama de luz, para despedirse alegremente de la vida, y tal vez, con la suprema felicidad de entrever una mejor en sus alucinaciones de moribundo.

Satisfecho de sí mismo, de su misión cumplida al pie de la letra: trabajar y beber.

Ignorando que existieran moralistas que se atreviesen á decir que aquello era malo y que la sociedad tuviese anatemas para reprobar ese vicio.

. . . . . .

No dejaba pasar una mañana sin hacerme la misma pregunta, como si dependiese de mis esfuerzos ó de mis deseos el tenerlo anudado por un hilo tan frágil á una existencia que él mismo ya no apreciaba.

Alguna vez me quedó la duda de que abrigase esa creencia, y hubiera sido mortificante para mi amor propio de médico el que creyese que yo podía sujetarlo con amarras fuertes, cuando él había hecho todo lo que estaba en su mano por romper las pocas que le quedaban.

En algunos momentos lo sorprendía sumergido en un delirio tranquilo, alegre, á juzgar por la expresión que daba á su fisonomía, y bastaban algunos estimulantes para hacerlo volver á la realidad de su estado.

¡Pobre viejecito! jamás tuvo una queja ni una impaciencia; no había en él ese egoísmo que transforma á los enfermos en seres de otra especie, y que serían capaces de acabar con toda la paciencia de la descendencia de Job, si los médicos no estuviesen acostumbrados á sus exigencias.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Se hacía aún más simpático por esa resignación con que aceptaba el rescate de su felicidad, y aunque pocos recursos podían esgrimirse para intentar restituirle una tregua de bienestar, no se perdía ocasión ni momento para prodigarle los mejores cuidados.

Pasaron así los días, en medio de alternativas crueles, siempre con su estribillo de:—¿Ya me voy, doctor?—hasta que una mañana, respirando apenas, y apoyado sobre una pila de almohadas, con el corazón que hacía su última carrera batiendo á su antojo, me tendió por última vez su mano hinchada, fría, blanca, deformada, para que le tomara el pulso, en tanto que su mirada casi sin brillo, parecía significarme que su programa estaba llenado.

Ya no me repitió el estribillo en la forma acostumbrada; parecía tener conciencia de su estado, pues al retirarme pude oir que articulaba estas palabras:

—Ahora sí... mañana ya no me encuentra.

. . . . . .

En donde estuvo su cama había al día siguiente un pulverizador desinfectante. El viejecito había muerto tranquilamente, y el sacerdote que había oído su confesión abandonó la sala cabizbajo y pensativo.

Tal vez estuviera en un conflicto para resolver si esa alma merecería el reino de los cielos.

M. T. Podestá.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1899.

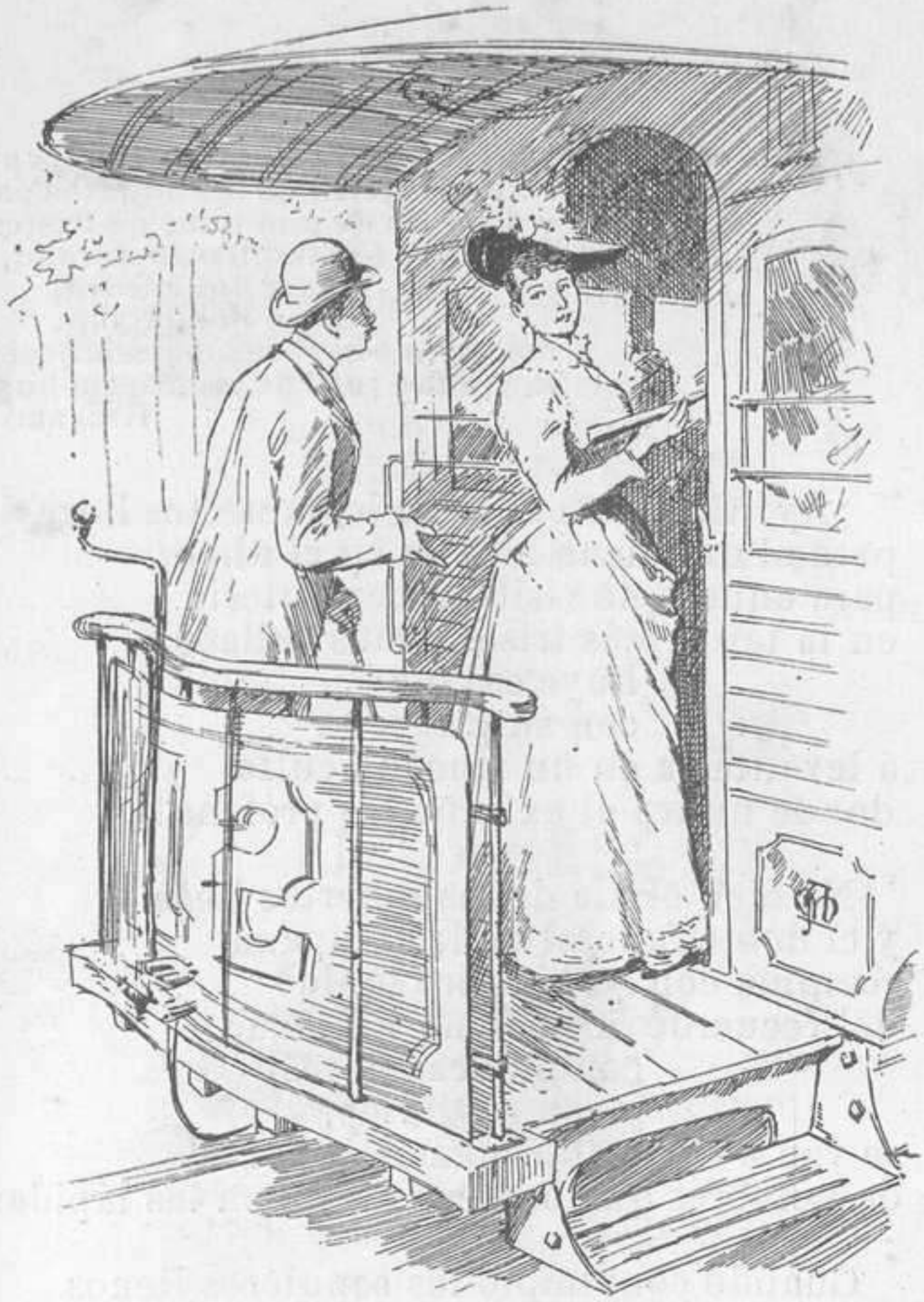
A LA LIBERTAD

Mil veces con despecho furibundo
de inicuos alanceada y escupida,
rota caiste, pero no rendida,
¡oh santa Libertad, gloria del mundo!
Mil veces el tumulto inverecundo
de soez ramera te paseó vestida,
mas radiaste la lumbre en tí escondida
y de tu faz huyó el borrón inmundo.
¡Hay Dios! y hacer no puede Dios que sea
vencida por el hierro sanguinario
ni deshonrada por brutal ralea,
quien como tú de excelso honor sagrario,
ostenta los laureles de Platea,
y los clavos divinos del Calvario.

Pedro Huguet y Campañá.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CALINEZ EN TRANVÍA



—¿No entras, primito?
—No, Luisa;
voy bien aquí.
—¿A qué negarte?
¡anda, hombre! vén á sentarte...
—Gracias: llevo mucha prisa.

EPIGRAMA

—¿Cómo es eso? dije á Andrés
¿en vez de estarte, maldito,
en tu casa quietecito,
te hallo aquí dando traspiés?
Y Andrés, con gesto visible,
contestó sin vacilar:
—No lo debe usted extrañar;
¡cómo hoy es *fiesta movible!*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL DÍA DE LOS MUERTOS

¡Ay! cuando el surco de mis pies errantes
sobre la tierra de los muertos pasa,
y á través de una nube de tristeza
fijo sobre las tumbas la mirada,
como una piedra,
como una lápida,
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

RICARDO GUTIÉRREZ.

¡Ay! Cuando el día de los muertos llega
para el que tiene luto ya en el alma;
para aquel que visita el cementerio
en la tarde más triste y más callada,
huye ese día
con su plegaria,
á levantarla en un rincón oculto
donde nunca el extraño las profana!

—

No bien el día de los muertos llega
y el doble funeral de la campana
reanima con su lúgubre tañido
del recuerdo la luz amortiguada,
con blancas flores
y con plegarias,
se van á aparentar memorias vivas
de nombres que hoy están sólo en las lápidas!

—

Cuando contemplo los sepulcros llenos
de flores y de ofrendas funerarias,
y rezar veo á una mujer amante
sobre una oscura tumba solitaria,
siento que tiemblan
en mis pestañas,
lágrimas por los seres que perdidos
quedaron en el campo de batalla!

—

Cuando piso la tierra de los muertos
y contemplo en los vivos reflejada
del astro la eterna indiferencia
que al corazón creyente siempre amarga,
y veo mezclarse
risas con lágrimas,
—Es la verdad, me digo, el cementerio
que sintetiza la miseria humana!

—

Cuando contemplo el lujo de un sepulcro
junto á una pobre tumba solitaria,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

pienso que el victimario con la víctima
acaso duermen en cercana almohada,
y verosímiles
como insensatas,
muchas cosas se ocurren á mi mente
de la verdad de la miseria humana!

—

Y cuando reflexiono que tan poco
en esta vida somos, y que es tanta
la torpe vanidad que ciega al mundo,
origen del dolor y la desgracia,
como una piedra,
como una lápida,
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

ADELA CASTELL.

Montevideo.

EL COCHERO

Con implacable furor
cierto auriga castigaba
á un rocín, que, en su interior,
más que tirar, deseaba
pasar á *vida mejor*.
—¿Por qué, exento de piedad,
permite usté escenas tales?
dije á don Francisco Abad,
miembro de la Sociedad
Protectora de Animales.
¿Ve usted, continué exaltado,
el inicuo proceder
de ese cochero malvado,
y no se muestra indignado
ni le manda usted prender?
—¡No en mi vida! contestó
el bueno de don Francisco,
con calma que me asombró;
juzgué su pecho de risco,
mas él, sonriendo, añadió:
—No al caballo en trance tal
debo protección cabal,
sino al cochero grosero...
—¿Por qué así?
—Porque el cochero
es mucho más *animal*.

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

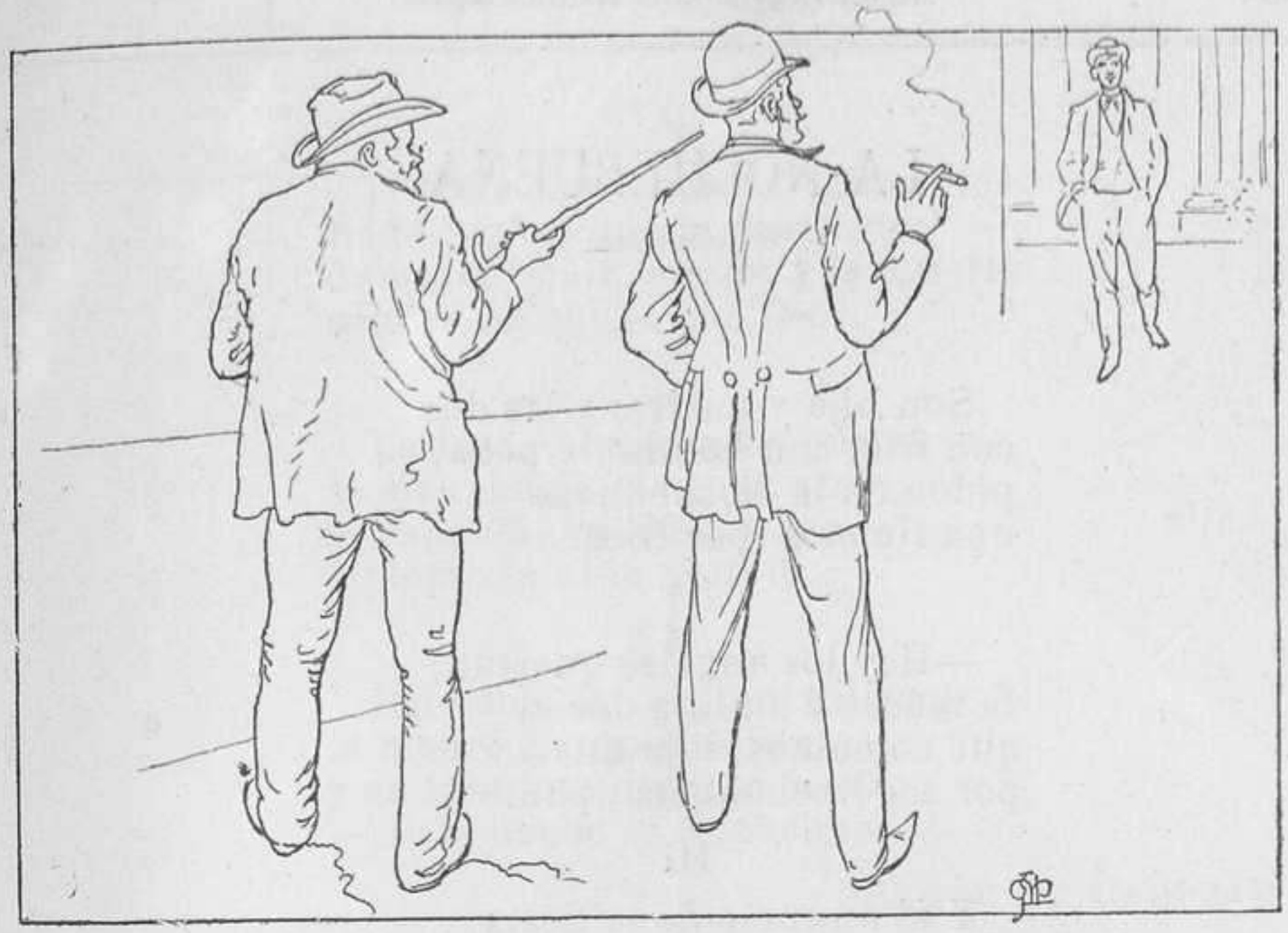
EL ESTUDIANTE Y SU PADRE

CUENTO VIVO

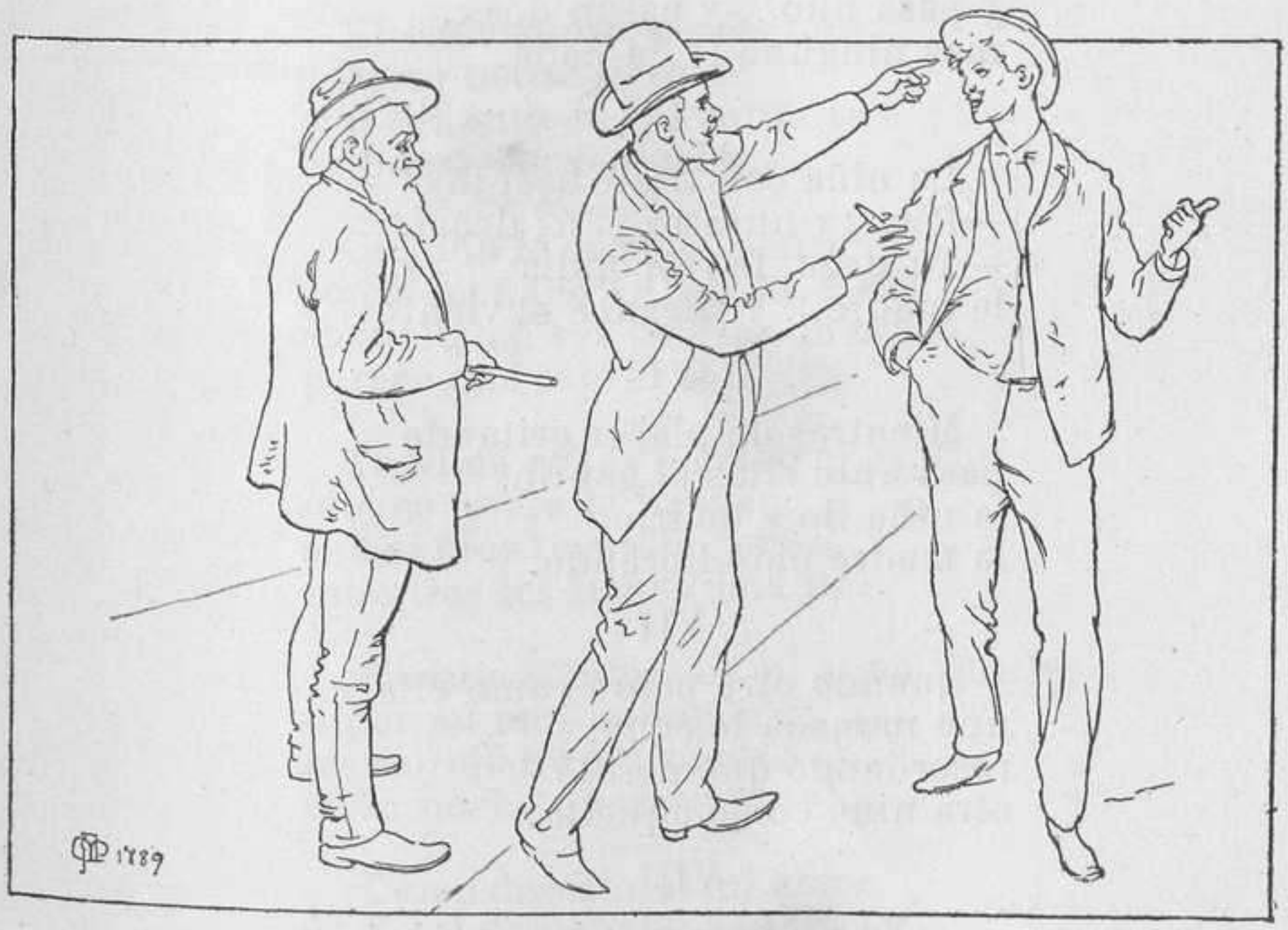
—¿Tanto estudias?
—Sí, en verdad,
y me aplico de tal modo,
que siempre el primero en todo
soy en la Universidad.

—Celebro tu aplicación;
y pues ya almorzamos, quiero,
como todo forastero,
conocer la población.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



—¿Eh? ¿qué tal?
—Justo es, á fe,
que mi admiración confiese;
mas dí, ¿qué edificio es ese
que hay ahí enfrente?
—No sé.



Pero tu curiosidad
á satisfacer me obligo...
¿Qué edificio es ese, amigo?
—¿Ese? la Universidad.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA NOCHEBUENA

I

Son hija y madre; y las dos
con frío, con hambre y pena,
piden en la Nochebuena
una limosna por Dios.

II

—Hoy los ángeles querrán,
la madre á su hija decía,
que comamos, hija mía,
por ser Nochebuena, pan.

III

Y al anuncio de la fiesta,
abre la madre el regazo,
y sobre él aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
pide por amor de Dios...
y pasa uno... y pasan dos...
mas ninguno le da nada.

V

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan? decía.
—Ya llega, le respondía
la madre... y ¡llegaba el viento!

VI

Mientras de placer gritando
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
una moneda le echó,
recordando que perdió
otra niña como aquella.

VIII

—¡Ya nuestro pan ha venido!...
gritó la madre extasiada;
mas la niña quedó echada,
como un pájaro en su nido.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IX

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:
duerme; está helando, y la muerte
sólo es un sueño con frío!

X

La toca. Al verla tan yerta,
se alza; hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila... y cae
á plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
la madre á su hija levanta...
y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Nochebuena!...

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CANTARES

El cielo en tus claros ojos
puso su hermoso color
y el infierno en tus miradas
ha puesto su tentación.

—

Cuando te asomas, sonriente,
por la mañana al balcón,
envuelta en tus trenzas de oro,
parece que sale el sol.

—

Tu alma es ¡ay! como el espejo:
sólo conserva la imagen
de cuantos tu pecho adora,
mientras les tienes delante.

—

¡Cuánta sombra en mi alma habría,
si por mi mal no lucieran
las estrellas de tus ojos
en la noche de mis penas!

—

¡Cómo descendió mi amor
desde el desengaño aquel!
antes te besé en la boca;
mas hoy... *beso á usted los pies.*

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA SEÑORA Y EL MENDIGO.

—¿Por qué no has ido hasta ahora
por el traje prometido
á mi casa? ¿es que has perdido
mi tarjeta?
—No, señora.
—¿O á reclamar no te atreves
la promesa que te hice?
—¡Como la tarjeta dice
que *recibe* usted los jueves!

EPIGRAMA

Insensible á las delicias
del amor, dijo un avaro
á su mujer:—Basta, Amparo,
de ternezas y caricias.
Y ella exclamó con pesar:
—¿Te incomodo?
—Me molestas.
—¿No te gustan ya las fiestas?
—Sólo unas: *las de guardar*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA PRIMAVERA

ÓPERA DEL MAESTRO RUISEÑOR

I

Chou, chou, chou, chou, chuí...

—Totoií...

—Chouí. Buenos días, vecina. A usted no se la pegan nunca las hojas; es usted madrugadora si las hay. ¡Pamplinitis!

—Totoií. Fuera usted como Dios manda y metiérase entre ramas como todos los pájaros decentes, y abriría usted los ojos al amanecer. Pero claro, no puede acontecer otra cosa. En vez de dormir se está usted dando á la solfa, y jala que jala toda la noche.

—Pero, hija, si es que estoy ensayando la romanza á la luna con que empieza el tercer acto de mi ópera.

—Pues eche usted romanza; cualquiera pensaría que había usted sentado plaza de sereno.

—Aún no me he dedicado á la música popular; eso se queda para el zarzuelero del mirlo, que la da á usted tantas serenatas matutinas... Alondra, estoy muy quejoso de usted. ¡chouí!...

—¿De mí? ¿Por qué lo gorjea usted, ruiseñor?

—¡Chouí! Porque la conducta de usted no es la de una alondra formal, y teniendo como tiene usted conmigo relaciones, no debía dar oídos á ese mal partiquino de mirlo, que sólo acierta á pitorrear la marcha real.

—Totoií. Amiguito, donde las dan las toman. ¿Cree usted que me saben bien las estrechas amistades que usted mantiene con la oropéndola?

—Pero, alondra, ¡por el alpiste más fino! Si de sobra le consta á usted que mis relaciones con la oropéndola son puramente artísticas! Ya le he dicho á usted que la oropén-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

dola hace en mi obra el papel de reina de la selva, y es fuerza que yo la repase su parte.

—Pues mientras no la mande usted á paseo, Totoií, tendrá usted mirlo para rato.

—Eso será lo que tase un gurriato.

—¿Pues?

—Pues porque en cuanto yo atisbe al mirlo me voy á beber con él un par de copitas de sangre, para que no vuelva á cortejar á mi chiquilla la del pardo cuerpo y el negro collar.

—¡Ay, qué lástima de chico!...

—¿Qué dice usted?

—¡Qué es la que se dice!

—Vaya, alondra, capitulemos. Prométame usted no volver á mirar al mirlo, y yo mandaré enhoramala á la oropéndola.

—¿Me da usted palabra de ruiseñor?

—Palabra.

—Pues trato hecho; Totoií, y ahora óigalo usted, tanto caso hago yo del mirlo como del trigo; abuso, pero quería darle á usted celos.

—Chouí. ¡Ah, bribona! ¡Y qué monísima está usted hoy! Es usted la más *barbiana* de las aves del bosque con ese conirrostro y ese piquito y esas patitas.

—¡Pues no se va usted volviendo poco flamenco!

—Chouí. Desde que me reuno con los oficiales del regimiento de vencejos de guarnición en esta selva, soy otro. Y diga usted, alondra, ¿cuándo nos casamos?

—Totoií. ¡Qué gracia! cuando usted guste...

—Chouí. ¿Por qué no pitorrea usted con formalidad?

—¡Ay, hijo, pero si no puedo pitorrearlo más formalmente!

—Vamos á ver, alondra de mis pecados, ¿no siente usted allá adentro unas cosquillas que la piden un picotazo de amor?

—Totoií. No, señor, no siento nada.

—Chouí. ¿Y nada le sube á usted á la cabeza?

—No, señor; nada me sube.

—Chouí. ¡Voto á la pamplina!... es usted una pajarita de las nieves.

—¡Puede!

—¿Quiere usted, alondra de mis entretelas, que me pase en un vuelo á la copa del árbol de usted? Verá usted como la digo al oído lo que siento. Chouí...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Totoií. Cabalito. ¡Estaría bien que una alondra soltera recibiera á su novio y á solas en su casa!

—Todo sea por Dios... ¿pero me quiere usted mucho?

—¡Ay, qué sosada de ruiseñor! pero si lo sabe usted bien.

—¿Se casará usted con otro?

—No. ¿Y usted con otra?

—No.

—Totoiií...

—Chouí...

—Totoií. ¡Voy, mamá! ¡Estoy limpiando el sobradillo.

—¿Se va usted ya de la copa?

—No hay otro remedio... ¡Adiós, ruiseñor!... Voy, mamá... totoiií...

—Chouí. ¡Vaya usted con Dios, prenda de mi vida! ¡Voy ahora mismo á componer una sonata elegíaca á mi ausencia. Chou, chou, chuí.

II

—Buen pan hay... buen pan hay...

—Totoiií.

—Buen pan hay. Pero, alondra, eres el mismísimo demonio...

—Totoií. ¿Por qué, codorniz?

—Buen pan hay. ¡Ahí es nada lo del ojo! Sostener relaciones á la vez con dos pájaros.

—Totoií. ¿Y qué tiene eso de particular?

—Nada, que es una informalidad muy grande, indigna de una alondra bien nacida.

—Vamos, que soy una coqueta, ¿no es eso?

—Buen pan hay. Pues eso es; te lo diré sin rebozo, puesto que tengo confianza contigo, totoiií.

—¡Bah! Tú te pasas de bonachona y cándida... los pájaros son unos truhanes y hay que tratarlos á baquetazos... totoiií...

—Pero tú no tienes corazón.

—Vaya si le tengo.

—Entonces, ¿quieres á los dos?

—Te diré; el ruiseñor es muy guapo, posee talento, canta á maravilla, compone como Meyerbeer, es un artista en toda la extensión del trino; ¡pero eso de la música ofrece un porvenir tan triste! rocío y aromas; mucha poesía;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

una pobreza, y yo no he nacido para pobre. Yo quiero jaulas de oro en la ciudad, baños de porcelana, árboles de jardín, lujo, brillo, y eso sólo puede aportarlo al matrimonio el mirlo, que es un soso, lo sé, pero que ocupa un cargo importante en la corte de S. M. el rey de las selvas, es el maestro de marcha real del colibrí; goza de la privanza del soberano y va á ser nombrado ministro plenipotenciario de no sé qué arboleda.

—Buen pan hay. Pues entonces despide al otro.

—Totoií. No, porque se va á estrenar una ópera del ruiseñor, y si gusta tendrá dinero y honores y me podrá dar lo mismo que el mirlo.

—¡Eres una interesada!

—Totoií. ¡Ay, hija! ¡qué romántica te has vuelto! En la adolescencia se quiere sólo con el corazón, pero cuando se está como yo, en plena juventud, hay que mirar por la vida y se debe amar también con la cabeza.

—Buen pan hay. Pues eso no es decoroso, y acusa falta de nobleza; y Dios te libre de un tuerto, que esas dobles relaciones te ponen en un continuo peligro.

—Ca, tonta; si son unos bobalicones; en cuanto una gimotea cuatro pitidos ya no saben qué hacer de nosotras.

—Buen pan hay, en fin, allá tú.

—Totoií. Te aseguro que medraré más que tú que nunca saldrás con tu abnegación de ser una codorniz rústica, siempre escondida entre matas.

—Y muy contenta. Vaya, bastante hemos hablado, doña alondra de mirlo y ruiseñor... ¡Adiós!

—Véte con Dios, tontona. ¡Qué quisieran los pájaros, sino que todas fuéramos como tú! Totoií... Totoií...

III

—Chouií. Pues sí, señora, venía á pedirle á usted la pata de su hija, para si obtengo contestación favorable dirigirme en toda regla á su señor esposo.

—¿Y usted lo ha pensado bien? No extrañe mi pregunta ante la trascendencia del paso que usted da.

—¿Que si lo he pensado? Chouií, ¡ya lo creo!

—Totoií. Bien, bueno; doy de barato que usted la ama, pero en el mundo no se alimenta uno de amor. ¿Usted qué es? ¿Con qué cuenta? Totoií.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Al presente, señora, gano seis mil cañamones como cantante temporero del ministerio de Arboricultura. ¡Pero en cuanto se estrene mi ópera!...

—¡Ah! ¿Usted ha hecho una ópera?

—Una ópera, señora, chuí, de la que espero la inmortalidad. Figúrese usted que tiene por escenario la Naturaleza y por decoración campos que reverdecen, bastidores de selvas que se visten sus frondas y bambalinas de rayos de sol y de cerúleo cielo. Chouí... la escena representa el renacimiento de la sierra, y se ven en primer término flores que reviven y por todo el foro plantas que despiertan, arroyos que recobran sus linfas, vegas que vuelven á tapizarse, semillas que brotan de entre los surcos, troncos que destilan savia, ramas que se pueblan de botones, y entre zumbar de abejas, revolar de mariposas y cabecear de espigas, mientras flota en la atmósfera algo sutil y ardiente que imita al amor, comienza una sinfonía de golpeteo, de chubascos, de crugidos de árboles, de gemir de brisas y de murmurar de pétalos. Mi obra es una página de música universal y hay en ella coros de susurros de hojas y dúos de grillo y chicharra jóvenes y romanzas de tórtolas y recitados de rosas tempranas; la orquesta es de jilgueros y la ópera toda será dirigida por el afamado maestro ave fénix, y cuento con la perdiz y codorniz como *primas donnas*, y con el canario, que cantará la parte de barítono, y el cuco la de bajo, y un servidor de usted á la vez compositor, empresario y cantante, la de tenor.

—¿Y cómo se titula esta obra? Totoiií.

—*¡La Primavera!*

—Totoií. Pues, hijo mío, agradeciendo á usted mucho su visita, usted mismo me da la respuesta á su pretensión. Deje usted que esa ópera se estrene y entonces gorjearemos... Bien puede usted esperar; usted es todavía muy joven; aún no tiene su posición hecha; con seis mil cañamones no hay para empezar; luego vienen las crías, y... créame, eso de contigo pan y rocío es una pura ilusión...

—¡Ah, señora! Chouí, ¡me da usted la vida al concederme una esperanza! En fin, tiene usted razón, y siento haberla molestado.

—¡Usted no molesta nunca!... Totoií.

—Chouí. Pues con su permiso... á las patas de usted.

—Ha tomado usted posesión de su árbol. Totoií... totototoií...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IV

—Chou, chou, chuií. ¡Ay de mí! Todo se ha perdido, ¡hasta el honor! El sol mirando, la humanidad alegre con el estreno de la ópera, la sangre brincando en todas las venas, y el polen en todos los cálices, ardorosa la atmósfera, encendido el aire, la juventud despertando, la vida cobrando fuerzas, mi alondra esperándome para darme los laureles de la gloria y los picotazos del amor, todo mío... y pirripití... todo se ha perdido.

¡Vaya una silba horrorosa! ¡Vaya un estreno de la primavera! Todo se lo ha llevado la trampa: polen, savia, brotes, botones, pétalos, pistilos, flores, árboles... ¡Qué helada tan atroz! ¡Mi ópera ha muerto de frío!

¡Voto al alpiste! ¿Qué hoja me trae este gorrión? Y viene escrita con el pico! ¡De mi alondra!... «¡Se ha lucido usted! ¡Valiente partitura la de la Primavera! Titulara usted la ópera, y fuera más propio: «Los últimos hielos...» Siento tener que decirle á usted que hemos concluído, y se lo digo por escrito para que si sigue usted con su manía musical é intenta componer «El Otoño,» le sirva mi hoja de motivo á alguna romanza que se titule: «Calabazas.»

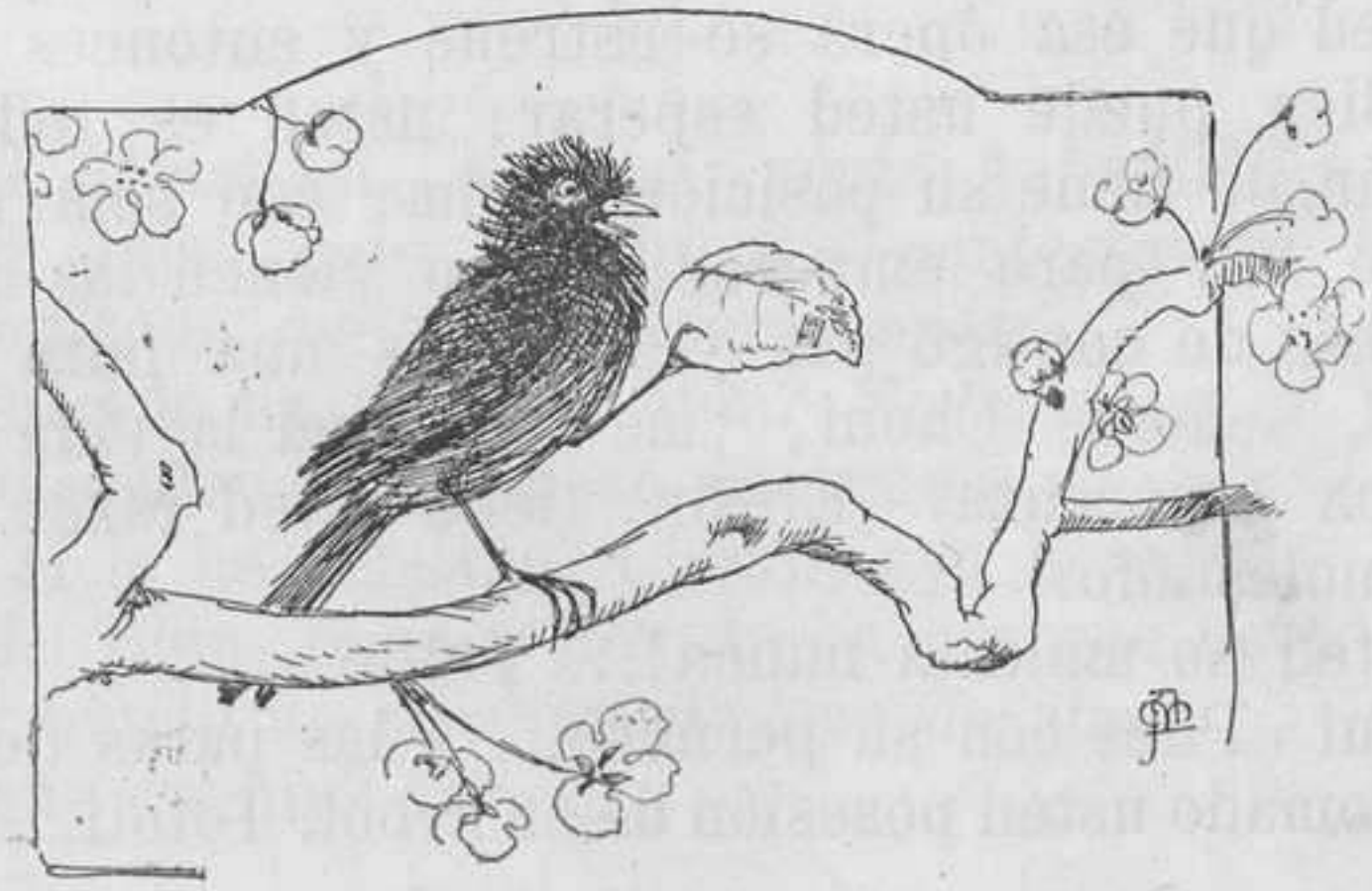
V

. . . . . .

—¡Mal perejil! ¡Mala alondra! Chou, chou, chou, chou, chuí... ¡Se ha casado con el zarzuelero del mirlo!

ALFONSO PÉREZ G. NIEVA.

Madrid.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA ARISTOCRACIA DEL VICIO

—¿Ves esa niña tan mona
que anda hecha una señorona
con ese joven dandy?
Pues es mi hija Melitona...
—¿Y están casados?
—Él sí.

EPIGRAMA

A la mujer de Suetonio
le decía ayer Eugenio:
—Su esposo de usté es un genio...
Y ella exclamó:—¡Del demonio!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LUGAREÑA

Modesta y recogida, yo tengo una vivienda,
y en ella, sobre el campo se asoma un mirador.
Pomposa allí una parra me ofrece verde tienda,
del sol amortiguando las luces y el ardor.

—

Debajo de la parra, mi mesa y mi banquillo,
y allí todos los días, á la primera luz,
yo tomo el chocolate, que humea en un pocillo
con ínfulas de taza y honores de arcaduz.

—

Mi pan muy tostadito, mis higos muy maduros,
mi vaso de agua fresca que empaña su cristal,
y el pecho y alma abiertos á los requiebros puros
y á todos los amores del aura matinal.

—

Mas cuando el vaso empino y á fuer de catalejo
me muestra reducidos al ruedo de su hondón
el campo y el paisaje, gozoso el vaso dejo,
y exclamo:—¡Es Cataluña celestial región!—

—

El sol inunda en tanto los valles y colinas,
y el prado con sus galas me quiere deslumbrar
tendiendo un dibujillo de pintas blanquecinas
que el alforfón esparce, sus brotes al quebrar.

—

Más ropas y más galas el campo fértil muestra;
ya rasos y brocados, tendidos en tapiz,
ya el verde terciopelo de la campiña nuestra,
con toques de amapolas de enérgico matiz.

—

Se van abriendo puertas de chozos y masías
y empieza sus labores el rústico payés;
acá sachan algunos, labor de pocos días,
allá dos bueyes aran, sin levantar los pies.

—

Según sazón y tiempo, dan fuego á las hormigas,
ó siegan ó vendimian ó danse á escamondar...
Lo cierto es que no paran, ni hay huelga á sus fatigas,
ni á tanta diligencia momento de vagar.

—

Resuena ahora el tiro de un cazador que pasa,
ó bien cruje entre peñas la honda del pastor;
la esquila se oye lejos, que sigue un hato en masa,
y el grito del zagal, despierto guardador.

—

Se escucha la campana, y abriéndose más chozos
se ven capillos blancos que brillan por doquier;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

son nuestras doncellitas que en paz con nuestros mozos,
á misa se encaminan, que es su primer quehacer.

—

Así las madrugadas dió á Cataluña el cielo,
así despierta el día juntito al Llobregat,
y yo, bajo mi parra, feliz cual reyezuelo,
no pido más regalo, ni más felicidad.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Junio, 1890.

NOBLEZA HEREDADA

Un labriego de la Rusia,
según refiere Krilof,
aplaudido fabulista,
Esopo de esa nación,
va arreando una manada
de gansos hacia Moscou,
donde venderlos espera
al triple de su valor.

—

Mientras andan, los palmípedos
llevan paso gansarón,
y gruñendo refunfuños
se quejan de que el pastor
los trate mal, sin respeto
á la antigua tradición
que atribuye, á su progenie
y á su graznido aullador,
homenajes, lauros, títulos,
pues por ellos se salvó
el Capitolio, y por ellos
Roma atajó á la invasión.

—

—Y vosotros, ¿qué habéis hecho?
pregúntales el pastor
entre airado y malicioso,
vuestros lauros, ¿cuáles son?
¿y qué os importa que en Roma
se salvara aquel Señor?
—¿Nosotros? Nada hemos hecho.
Por herencia nos tocó...
—¿Nada? ¡Pues andad aprisa
que os aguarda el asador!

GUILLERMO MATTA.

Buenos Aires, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS NIÑOS TERRIBLES

—Vamos, da un beso, León,
á esa niña...
—¡No, mamá!
ayer se lo dió papá
¡y le pegó un bofetón!

EL RUISEÑOR

Cuando en las horas estivales plácidas
brilla la luna en el azul inmenso,
y las magnas estrellas escintilan
como flores de luz del firmamento,—
que en el misterio de la noche inflaman
sus corolas al ósculo del céfiro,—
el ruiseñor, el lírico poeta
de selva agreste ó de vergel ameno,
en dulce canto, solitario entona
el himno blando del amor primero.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

AÑO DOS

(TRADICIÓN)

I

Corría el año 1723.

Todavía no habían surgido en el Virreynato las rencillejas aquellas entre el visitador Areche y el marqués de Montesclaros, con motivo de los recargos sobre la sisa de tabacos y el aumento al rendimiento de tributos, chilindrinas que hicieron suspirar á más de un prójimo; pero, sí se experimentaban ya los beneficios que produjo el impuesto del 12 y $\frac{1}{2}$ por 100 que el virrey Guirior fijó al aguardiente peruano en provecho del Erario, gravamen del cual dice el virrey citado que, recaído sobre un renglón de vicio, se estableció pacíficamente y que sólo los hacendados de los valles de Arequipa é Ica se mostraron descontentos, calculándose en 150,000 quintales los que representaban los viñedos de aquéllos. Así lo puntualiza Guirior en la *Memoria* presentada á su sucesor Jáuregui.

Se acababa de recibir la Cédula Real dada en Lerma, á 18 de Diciembre, en que S. M. participaba á la ciudad del Cuzco la feliz noticia de las capitulaciones matrimoniales del serenísimo Príncipe con la Princesa de Orleáns, y de la infanta doña María Ana Victoria con el cristianísimo Rey de Francia.

Hacía á la vez su entrada en la imperial metrópoli, de tránsito para su arzobispado, el ilustrísimo doctor don fray Joseph Palos, de la orden franciscana, obispo del Paraguay.

II

Semejantes noticias apuntadas con religioso cuidado por los cronistas, provocaron el inocente regocijo de los habitantes del Corregimiento, en aquellos benditos tiempos en los que la palabra del caballero tenía más fuerza de ley que, en el día, los testimonios de la fe pública estampados sobre grueso y costoso papel.

Se echaron á vuelo las campanas, que ellas prontas se encuentran para tañir alegre ó triste desde la fecha en que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

fueron inventadas por Paulino de Nola. Las monjas catalinas pusieron en vasija las almendras, los limones y las cidras que, en olorosas pastas, irían á regalar la mesa del palacio episcopal, donde Su Señoría el doctor don fray Gabriel de Arregui, XV obispo del Cuzco, había invitado al Corregidor y Cabildo de Justicia *á hacer penitencia* de colación en compañía del ilustrísimo Palos, debiendo Sus Señorías, al siguiente día, desayunarse en el Cabildo. Aquéllas diz que fueron dos meriendas con pavo emperifollado, sorbetes de naranja y cazoleta bajo la mesa.

III

Los festejos que la ciudad dió en señal de regocijo por el ajuste conyugal, fueron de nombradía: los pergaminos que los relatan dicen entre tanto cascabel: *hubo muy lucidos y costosos fuegos, máscaras y corridas de toros por la ciudad, parrochias gremios y oficios mecánicos.*

A éstas siguieron otras fiestas pomposas y de provecho público con motivo de la consagración del templo de Santa Clara y del monasterio del Carmen, que hizo el obispo del Paraguay, el primero, en 5 de Julio de 1823, y el segundo, el 8 del mismo mes, habiendo ordenado 12 diáconos, 18 subdiáconos y algunos presbíteros en presencia del señor Arregui.

Después de disfrutar los agasajos del monasterio de Santa Catalina, el más antiguo del Cuzco, se encaminaron los obispos á presenciar las comedias preparadas por el Colegio de San Antonio.

IV

Autores viejos que he consultado en la avidez de averiguar el comienzo de la literatura dramática en nuestro país, señalan como notabilidades, una pieza llamada *Qquespillo chico*, que alguna vez he mencionado, y dos juguetes cómicos destinados á loar á la Virgen de Belén y al Señor de Burgos. Comparando fechas, y adicionando relatos concienzudos, vengo á calcular que estas dos últimas fueron las presentadas por el Colegio de Antonianos en festejo del obispo Palos, pues también hay cronistas que las señalan como dedicadas á dos obispos frailes; y como Palos y

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Arregui vestían jerga y asistieron con sus Cabildos á las representaciones, encuentro fundada mi creencia.

V

No anduvo, pues, descaminado el cronista Serrada, cuando señaló con AÑO DOS la época de que venimos hablando.

Hubo dos obispos; dos esponsales reales; dos templos consagrados; dos comedias y dos comilonas reverendas.

CLORINDA MATTO DE TÚRNER.

Lima, Junio de 1890.

EN EL ÁLBUM

DE

MARÍA TERESA

PIDEME dicho que dices que te holgarías
teniendo en tu álbum cuatro palabras mías,
y al anhelar tan poco, María Teresa,
que has tenido perverso gusto confiesa.
A lamentar me obligas mi mala suerte
que me priva del gusto de complacerte;
porque, viejo y poeta, como es notorio,
heme vuelto un sujeto contradictorio;
pues ¡pesie á mis arrugas! ¡pesie á mis canas!
siempre veo en las niñas rosas galanas,
y rebelde la pluma ni á tres tirones
que exprese bien permite mis impresiones.
Si en tí se han reunido belleza rara
y de la inteligencia la luz preclara;
si suma de virtudes en tí se anida
y todo te promete dicha en la vida;
si eres, María Teresa, flor primorosa
de esta bendita tierra de santa Rosa;
si de tu pluma brotan, paloma mía,
raudales infinitos de poesía,
¿cómo podrá cantarte, con desenfado
poeta á quien las musas ya han jubilado?

RICARDO PALMA.

Lima, 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CANTOS DEL HOGAR

MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño á quien adora,
que no nació entre lágrimas y males,
pues se lo dió de cuelga una señora
que lo compró de lance en veinte reales.
No hay un cariño igual á ese cariño,
reflejo fiel de admiración sincera,
que ni lo entiende, ni lo paga el niño
que le dice *mamá*, y es de madera.
Sin temor de que enferme ó que se pierda,
la madre sabe, de contento loca,
que el niño, si le tiran de una cuerda,
llora, abriendo los ojos y la boca.
¡Si la vierais en horas sosegadas
con qué ternura maternal lo viste,
y con qué melancólicas miradas
se fija en él cuando lo juzga triste!
—¿Qué tienes, le pregunta, niño mío?
¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
No llores.. ¿tienes hambre? ¿tienes frío?
Duerme mientras te traigo el desayuno.—
Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
bajo sus mismas sábanas lo arropa,
y corre por la leche y por la miga
para darle en los labios sopa á sopa.
Que no las toma el niño es cosa clara,
pero aquí la intención salva un abismo;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Margot en tal desaire no repara,
pues ella se las come, y es lo mismo.
Margot junto á mi padre, dulce y quieta,
era siempre su encanto y su consuelo,
y yo ví alguna vez, frente á la nieta,
lágrimas en los ojos del abuelo.
—Estos juegos, me dijo, causan frío;
no sé ni qué revelan, ni qué indican.
¡Hacen cosas los niños, hijo mío,
que ni los grandes sabios las explican!
¡Cuánto Margot á la virtud promete!
Mira... en su niño están sus ojos fijos...
¡Avergüenza esta madre de juguete
á los monstruos que olvidan á sus hijos!—
Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
para dormir al niño, lo arrullaba
como arrullan las madres verdaderas.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

IN RURE

¡Qué hermoso estaba el campo! La colina,
en cuya agreste falda,
mirándose en el agua cristalina
se cimbraban los juncos de esmeralda,
en su augusto retiro solitario
nos pareció á los dos aquella tarde
un recién bendecido santuario.
Entre incendiadas nubes de colores
lanzaba el sol cobarde
sus últimos sangrientos resplandores,
y al breve tiempo purpurear le vimos
la onduladora cresta de las palmas;
mas ni un adiós al astro dirigimos,
¿para qué mejor sol que nuestras almas?...
En la campiña toda
cada nido era un cántico de boda,
cada juncal armónico salterio,
cada rama la cuerda de una lira
en que el viento suspira
los goces del amor en el misterio.
De pronto, ardiente, fascinada, loca,
dejó un beso en mi boca,
y arrepentida de su ardor salvaje,
mas—¡sígueme!—diciendo con los ojos,
se perdió ruborosa entre el follaje
de tiernas lianas y de seibos rojos.

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

VENGANZA GERMÁNICA

(EPISODIO HISTÓRICO)

Desarrollábase al quinto lustro del siglo XVI la guerra de los labriegos, llena de incidentes. En estos graves incidentes dibújanse y resaltan naturalezas bien extrañas, engrandecidas por la ocasión que les ofrecen las circunstancias de cumplir todas sus aptitudes. Entre tales naturalezas, ninguna tan violenta como la del posadero Santiaguillo, fiera salvaje en medio de la civilización. Apuesto de figura, hermoso de rostro, forzudo de cuerpo, violento de natural, vivaz de ingenio, tan presto entraba en una guerra como en una orgía, donde quiera que le procurase la suerte grandes emociones. Ya de antiguo se tomaba la justicia por su mano, y en edad bien joven había asesinado por esta razón á su burgomaestre, creyéndose, en virtud de su derecho natural, juez de sus jueces y verdugo de los que mandaban al verdugo. Su padre le desconoció por deudas en la mocedad; su prometida cayó en brazos de un caballero feudal, que castigó en la infeliz, con una deshonra eterna, el enorme crimen de haber cogido algunas fresas en los bosques; y tantas desgracias contribuyeron á exacerbar la complexión arrebatada de Santiaguillo y á lanzarlo en bra-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

zos de las revoluciones. Así, recoge trescientos campesinos y toma los dos pueblos más cercanos á su vivienda. Tras cada batalla ofrece un botín; tras cada botín, una fiesta; tras cada fiesta, una arenga de los predicadores evangélicos, y unas brujerías de las brujas que lleva en su ejército.

Y no sólo hay plebeyos como el posadero en la revolución, hay gentiles-hombres como Florián que, llenos de fe y persuadidos por su corazón y por su conciencia, deponen con su manto de terciopelo sus títulos de nobleza, y mandan cohortes campesinas resueltas al combate. No es aqueste el último noble entrado en la confederación evangélica; el célebre Goetz, á quien cantara el primer poeta de Alemania, pertenece también á las altas clases.

Veamos cómo se desarrollan los incidentes de esta guerra.

Mandaba en Weinsberg el conde Luis, casado con una bellísima princesa. Y ora llevado por las necesidades de la guerra, ora por la satisfacción de su venganza, mató á varios campesinos que había hecho prisioneros, y á quienes resguardaban las leyes consuetudinarias de la guerra. Cuando Santiaguillo supo tal crueldad, invocó la muerte y el infierno, enviando al señor un verdadero ultimátum, que le conminaba acremente á la entrega discrecional de la ciudad. El conde envió una respuesta altiva; pero Santiago, que sabía cuántos partidarios suyos guardaba la población amenazada, decidióse al asedio. Envió, pues, varios heraldos y se burlaron de ellos los sitiados, insultándolos á todos é hiriendo á alguno de muerte. Corazones de liebre llamaban los de dentro á los de afuera, y los corazones de liebre se volvían á estos insultos corazones de tigre.

La bruja que el plebeyo Santiago llevaba á su lado le bendijo las armas con grandes sortilegios, y la horda negra que el noble Florián mandaba de un empuje ganó un castillo y puso la bandera revolucionaria en la torre del homenaje. La batalla tuvo todos los caracteres de una tragedia. Las gentes indefensas gritaban por una suspensión de armas; pero los nobles que conocían la suerte encerrada en una derrota, se decidieron á pelear hasta morir. Santiaguillo entró, y su entrada equivalió á una terrible carnicería. Los principales ciudadanos, con los más valerosos lansquenetes, fueron sacrificados hasta dentro de los sepulcros donde se habían acogido en el seno de las iglesias. Desde lo alto de una torre, el canciller de Weinsberg ofreció treinta mil flo-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

rines de oro por su rescate, y le contestaron venganza y le dieron un tiro en el cuello, que lo precipitó en el patio del cementerio y en el fondo de una sepultura. La matanza se encarnizó tanto, que hubo necesidad de dar orden de suspenderla. Pero el conde, cogido en lo alto de la torre, recibió de manos de un soldado un lanzazo.

Nada más horrible que aquella noche de saqueo; el incendio chisporroteando; los soldados bebiendo al siniestro resplandor de las llamas; los cadáveres tendidos por todas partes; los moribundos en los estertores de la agonía; la violación de las vencidas y de las monjas, mezclando el resuello de bárbaros placeres á los ayes de increíbles dolores; la muerte inflingida terriblemente á los prisioneros por medio de un castigo semiasiático, que consistía en atormentar á las víctimas y azotarlas para que fueran á clavarse ellas mismas en las puntas de las lanzas; todos los horrores de estas guerras civiles, que resultan la mayor de las plagas enviadas por la cólera de Dios sobre los pueblos infelices.

Pocas escenas tan trágicas en la historia como la muerte del conde, defensor de la ciudad, sacrificado con todos los nobles principales que en su defensa le acompañaran. Formóse alrededor de ellos el círculo de lanzas que antes hemos descrito, y Santiaguillo invitó al conde á clavarse el primero en una de ellas diciéndole grotescamente que comenzara el baile. Pero como todo ser tiene en este mundo alguien que le ame, la mujer del conde, adherida profundamente á su esposo, rompió el oleaje de la muchedumbre, atravesó los muros de lanzas, y entrando en el fúnebre círculo de hierro, arrojóse á los pies del posadero vencedor á pedirle, con gestos y palabras de una suprema desesperación, la vida de quien era la mitad de su vida. Para mover más aquellos corazones endurecidos por la victoria, llevaba la pobre mujer en sus brazos un escudo celestial, un inocente ángel, un niño de sus entrañas, engendrado por el amor del hombre á quien amenazaba en aquel trágico instante la muerte.

Pocas escenas tan luctuosas nos ofrecen ¡ay! en sus sangrientas páginas los trágicos anales del mundo.

La noche terrible y oscura; la ciudad ardiendo; los vecinos forcejeando en la desesperación; el círculo de aquellos revolucionarios con sus lanzas apercibidas al hombro; los prisioneros nobles próximos al último suplicio, y semejantes

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

al ganado reunido en una carnicería; las antorchas fúnebres, que iluminan los rostros, trasmudados por el deseo de la venganza ó por el temor á la muerte, y una pobre mujer nacida en ilustre cuna y acompañada de un hijuelo inocente á los pies del terrible demagogo á quien la victoria prestaba toda la crueldad de los tiranos, é incapaz, por lo mismo, de tener un sentimiento de compasión siquiera en aquel odio universal, cuyos furores hacían de tan terrible instante un verdadero infierno. Solamente la voz de la condesa gritaba: «¡Perdón, perdón!» entre tantos horrores. Y Santiaguillo, rechinando los dientes con furor, poniendo los ojos en blan-

co, cual si la hora de su último trance estuviera cerca, agarrando las manos de la condesa convulsivamente, le recordaba el día en que su novia, la preferida de su corazón, la depositaria de su dicha, iris de todas sus esperanzas, la que había escogido para perpetuar su nombre y su sangre en el mundo, por haber arrancado algunas miserables fresas en apartada selva, era violada por los caballeros feudales y por sus cortesanos, y luego recluída en calabozo señorial, donde la devoraron viva los ratones.

La condesa continuaba fuera de sí, arrastrándose á los pies de aquel hombre; y aquel hombre, verdadera encarnación de la terrible venganza de una raza oprimida, se reía

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

á carcajadas de su víctima, y la hollaba como si fuera una alfombra suya; la hollaba furioso con sus plantas. Y exacerbados todos sus compañeros por la terrible ira de Santiaguillo, cada cual profería su palabra de agravio y expresaba su sentimiento de venganza. Unos decían que los caballeros del conde habían pasado á caballo por sus siembras, y como sus hijos quisieran oponerse, les azotaron como si fuesen perros; otros recordaban que sus hermanos consumieron largos años en los calabozos tan sólo por haber olvidado saludar al conde; éstos hablaban de sus correas, aquéllos de la desaparición eterna de sus padres, cuyos huesos mismos se había tragado la tierra, tan sólo porque los infelices persiguieron alguna liebre hasta los campos señoriales; y todos á una pedían venganza inmediata y amenazaban con pronta é irremediable muerte.

A medida que los dicterios de aquellos siervos aumentaban, aumentaba también el clamor de la condesa. Su propio marido, soberbio como buen caballero feudal; superior, en la impasibilidad de su ánimo, á los agravios y á las ofensas serviles; capaz, y muy capaz de sufrir la muerte antes que la humillación, apiadóse de su propia esposa y ofreció por el rescate de su vida toda la inmensidad de su fortuna. Pero la respuesta á esta proposición demostró la suerte de todos los vencidos, porque dirigiéndose un siervo hacia la condesa, lanzóle un cuchillo de caza, el cual se clavó en el brazo de su hijo, que la inundó de sangre. Al sentir la infeliz aquel jugo de su propia vida en el rostro cubierto de lágrimas, agitóse, cual si un rayo atravesara todos sus nervios, y rodando por el suelo, como fuera de sí, pidió con voces que, ó le devolvieran su esposo, ó por compasión y por caridad la mataran.

El triste olvido de todos los sentimientos humanos se extremó de tal modo, que á la vista de aquella mujer desesperada, de aquel inocente herido, de aquel esposo lacerado, de aquellos prisioneros próximos á la última hora, objetos todos dignos de la mayor misericordia, el músico mayor del conde, saliéndose del grupo de los siervos y encarándose con su señor, díjole que pensaba tocar su aire favorito, el que tantas veces le acompañó en las fiestas y en los placeres, para que le acompañase ahora en los estertores y en los estremecimientos de su postrer agonía. El conde, al ver la implacable crueldad de sus enemigos, se lanzó á los pies

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

del confesor para decirle sus culpas mayores y demandarle su absolución postrera; la condesa, tendida en el suelo por la postración de sus fuerzas, abrazaba y besaba á su hijo, como si quisiera estancarle con sus besos y con sus abrazos la sangre; y volvía los ojos, exhaustos ya de lágrimas, á contemplar á su marido; los nobles amenazados, bajaban la cabeza, como para recoger sus ideas antes del próximo suplicio; y entre tantos horrores, el músico templaba su instrumento y preludiaba el aire grato al conde, diciéndole, entre las carcajadas de sus compañeros, que iba á recrearle mucho en su postrera danza.

La inhumanidad llegó tan lejos, que, como la condesa estuviera exánime en el suelo, alzáronla dos siervos, y la sostuvieron en brazos, obligándola y constriñéndola á contemplar el suplicio de su marido. Al rodar éste por tierra, y rodar atravesado de veinte lanzazos, el corazón de la infeliz mujer se rompió con tal estrépito, y los gemidos de su pecho se exhalaron con tanto dolor, que lágrimas cuasi de súbito arrepentimiento asomaron á los ojos del mismo cruel Santiaguillo, cuya alma estaba tan empedernida y acallada por su sentimiento de venganza. Y sin embargo, la terrible bruja que acompañaba la horda del posadero, semejante á las brujas compañeras de Atila, salió del círculo de los siervos, corrió adonde estaba el cadáver del conde aún caliente, sacó el cuchillo que le servía para su cocina mágica, y abriendo las entrañas del caballero, extrájole las mantecas, y untó con ellas sus zapatos y los zapatos de todos los verdugos.

Y entretanto los compañeros del conde morían sacrificados á lanzazos, entre los clamores de los siervos, que les recordaban á una, en siniestro coro de furias, los agravios inferidos á su condición tristísima por los crímenes del feudalismo. La barbarie servil se recrudeció tanto con la satisfacción de su venganza, que lanzaba los yertos cadáveres al aire, y cuando caían y se estrellaban en el suelo, volvía de nuevo á lanzarlos con un placer carnicero, que no hubieran sentido los tigres de las selvas, los leones de los desiertos, las hienas de los sepulcros. Después de esto, arrancaron á la condesa sus alhajas y sus vestimentas de noble; la vistieron con los harapos del mendigo, y escupiéndole al rostro todos los dicterios imaginables, sin respeto alguno á su dolor, llamaron á un carretero y, entre-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

gándosela, dijéronle: —«Ya que vino aquí en carroza de oro, llévatela en carro de basura.»

La condesa consagró su herido hijuelo á la vida eclesiástica, y se encerró ella misma en las paredes de un claustro.

EMILIO CASTELAR.

ASPIRACIÓN INSENSATA

En urna de cristal, aprisionado,
encontrábase un pez,
y exclamaba con tono acongojado:
—¡No hay un ser más que yo desventurado
del mundo en la infinita redondez! —

Y un niño que escuchara su lamento,
movido de piedad,
la urna rompió, y el pez, sin su elemento,
la muerte halló al momento
en la misma anhelada libertad.

Como el pez es el pueblo. Blando yugo
lo he visto quebrantando con ardor.
Lo he visto cambiar padre por verdugo,
menor mal por mayor.

RICARDO PALMA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

MANUELA

Una tarde la encontré
de paseo por las quintas:
á mirarla me paré,
tan erguida en su corsé,
llena de flores y cintas.

¡Qué melindres, y qué oronda
con su leve traje azul
guarnecido en fina blonda,
y su cintura redonda
envuelta en nubes de tul!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Breve pie, mano pequeña,
airosa, formas sin par;
rósea tez, boca risueña;
su libre garbo, su andar,
iban gritando: ¡porteña!

Luego en el *Parque* * la ví
y después en el *Retiro:* *
cauteloso la seguí;
caza que se acecha así,
dá por fruto no errar tiro.

Al cruzárseme delante
le eché un piropo: sospecho
que aquel dardo de diamante
en el seno palpitante
fué á clavársele derecho.

Altanera me miró
¡con unos ojos!... ¡qué ojos!
como á estopa me abrasó,
ni comprendo cómo no
me le planté allí de hinojos.

¡Oh, qué mujer... tan mujer!
Trueno y luz, aire triunfal;
va sahumándola el placer;
de ella por un alfiler
os ahorcarais con su chal.

Otra ocasión mi fortuna
me llevó á la misa de una
en Montserrat, allí estaba
de gran mantilla; ninguna
con más devoción rezaba.

Premio, no obstante, á mi anhelo,
le sorprendí una sonrisa,
una sonrisa de cielo:
desde aquella santa misa
me sentí con alas, ¡vuelo!

En el atrio al retirarse
la saludé: pasó altiva,
mas la ví ruborizarse:
mi aurora empieza á incendiarse
y mi esperanza se aviva.

Vaya un secreto que integra
la aventura de un amor
que hasta en el sufrir se alegra:
le mandé con una negra
un billete y una flor.

* Paseos frecuentados de ese tiempo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¡Oh dicha! aceptó el mensaje:
pero contestarme ¡qué!...
Esperé y más esperé.
Nada: con ansia salvaje
desde entonces la rondé.

Volvíme un oso ¡y qué oso
de condición tan tremenda!
no hubo iglesia, ni hubo tienda
que no corriese afanoso,
siempre atisbando á mi prenda.

Por fin, causándome asombro,
una noche, y casi escándalo
á un mi compinche, otro vándalo,
al pasar me golpeó el hombro
con su abanico de sándalo.

No me lo hiciera dos veces:
en papel rosa—es mi oficio—
le escribí cuatro sandeces,
y ella ablandada á mis preces,
fué de Lelmi * al beneficio.

La acompañaba una amiga,
sabedora ya sin duda
de nuestra amorosa intriga,
y á quien el cielo bendiga
por ser ciega, sorda y muda.

Al salir de la cazuela
en Colón, me atreví á hablarla
entre el tumulto: Manuela
se llama: flor de canela
han debido bautizarla.

Suplicante hasta el *tranway*
fuí tras ella: en este mundo
placeres tan vivos hay,
que eternizan un segundo:
uno de ellos fué aquél ¡ay!

Me apuntó al pecho: me dijo
que su pensamiento fijo
tiene en mí: que fuese á verla
á casa de un tal Urquijo,
tío y tutor de esa perla.

Y no falté, por supuesto:
me llevó Patricio Acuña,
un ex capitán del sesto,
que hoy el asador, modesto,
en vez de la espada empuña.

* Lelmi, afamado tenor de la época.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Vive mi dama gentil
en la calle Cochabamba
cerca del número mil,
con su tío, del Tandil,
un chinito y una zamba.

¡Buena y llana gente criolla!
dulce agasajo, es de ley,
con franqueza y sin bambolla;
muy riquísima la polla,
y el dueño de casa un buey.

A veces jugando al *truco*,
ser soltero me reprocha,
y añade:—*Pa usté* la educo;
en mi estancia en Chacabuco,
sea feliz con la *morocha*.—

Mientras tanto la sobrina
(treinta años de oro ¡qué edad!)
canta, encanta, desafina,
y á poco me determina
á una gran barbaridad.

¡Es tan hermosa! No hay vuelta.
¡Qué voluntad no subyuga!
Fresca *achira*, palma esbelta,
alegre, viva, resuelta,
ó amarla ó ponerse en fuga.

Si se sienta á la ventana,
se detiene en la vereda
la gente por verla, ufana,
cual favorita sultana
entre cojines de seda.

Desde el pelo á los botines,
irradia en dulces promesas
de voluptuosos festines:
el cuello, ámbar y jazmines;
la boca almíbar y fresas.

¡Manuela!... ¡Ah criolla! La tengo
metida en el corazón.
¡Pero casarme!... Prevengo
que á eso sí que no me avengo...
por no ser mi vocación.

Pero en cambio con delicia
le daría en mi embeleso,
si en sus misterios me inicia,
mi amor por una caricia,
y hasta el alma por un beso.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

1876

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS BAÑOS DE MAR

—Aunque ardo como una fragua,
temo bañarme...
—¡Qué idea!
—¿Cuándo sube la marea?
—Así que entre usted en el agua.

A COLÓN

En el tranquilo y misterioso encanto
de las noches del trópico divinas,
cuando entre gasas verdes y opalinas,
recoge el sol las orlas de su manto,

mil veces recordé con mudo espanto
las asechanzas viles ó mezquinas
que hicieron para tí senda de espinas
el hondo mar donde cayó tu llanto.

Abarcando una zona y otra zona,
tu imagen ví de majestad serena,
que el mundo con su aplauso galardona,

y del genio sufriendo la condena,
en tu pálida frente una corona
y en tus llagados pies una cadena.

1890. MANUEL DEL PALACIO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CORTANDO CAMPO

RECUERDOS DE ENTRE RÍOS

Bajo los rayos calcinantes de un sol canicular, cruzábamos el campo á todo lo que daban nuestros caballos, que sudorosos y fatigados respiraban con dificultad aquel aire caliente que nos azotaba el rostro, congestionándolo, y nos abrasaba el cuerpo—filtrándose bajo el poncho de vicuña que se plegaba y desplegaba al compás de la marcha—imitando hasta el chisporroteo de una hoguera al engolfarse caprichoso entre los vericuetos del *pañuelo volador*, atado al cuello.

Las cabalgaduras, dejando sus coqueterías para horas menos crudas, acompañaban con sus resoplidos ruidosos, el galope largo y tendido, interrumpido solamente para esquivar la boca de una cueva escondida entre la maleza, el *pozo de toro*, felón y traidor, originario de rodadas imprevistas, ó para saltar sobre la mata erizada de espinas desgarrantes disimulada por el matorral tupido, que oculta un desnivel, pero que no escapa al ojo penetrante de la bestia, maestra en achaques de punzadas.

Las cuchillas sucedían á las cuchillas y los bajos á los bajos, sin encontrar la vista ni siquiera un árbol que rompiera aquella monotonía del pasto maduro enseñoreado de la llanura, y que doraba, ya la cumbre recortada de las lomas, donde el sol reverberante mostraba legiones de fantásticos jinetes cruzando á la carrera, ya los repechos y las cuestas, donde proyectaba su sombra movediza la nube fugitiva corriendo sobre el sol, ó ya el bajo abrupto donde el arroyo esconde, retorciéndose, su mísero cauce que brilla aquí y allá como un hilo de plata extendido sobre el pasto amarillento.

Las haciendas, corridas por el sol, han abandonado los pastos y las aguadas: replegadas quizás á una isleta tutelar—oculta á nuestra vista por las cuchillas enhiestas—ocuparán los ocios de la siesta anticipada, rumiando, echadas á la sombra, la cosecha de la mañana, comiendo la

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

corteza y los retoños de los árboles que las protegen, ó lamiendo con fruición la tierra salitrosa que blanquea relumbrando bajo la copa deshojada de los chañares, en las vecindades de alguna laguna sin agua, cuya superficie está bordada de huellas dejadas por las pezuñas andariegas.

De repente, al flanquear una ladera, vimos allá, sobre la falda de una cuchilla que cerraba el horizonte, dibujarse la silueta de un rancho que á nuestros ojos ansiosos se presentó con los contornos de un palacio, impulsándonos instintivamente á tocar con la punta del rebenque, colgado á la muñeca, el anca de la cabalgadura, como para acelerar el paso.

A medida que nos acercábamos, la realidad iba acentuándose y borrando los mirajes del deseo.

En medio de un manchón negro, formado por el cardo seco—cuyos tallos comenzaban á caer tronchados por el viento ó por el pasaje frecuente de los animales—se erguía el rancho, orientado de Sur á Norte, con sus paredes medio vencidas á fuerza de luchar con ventarrones y tormentas, ó tal vez nacidas á la vida con tal vicio de conformación, luciendo su techo, remendado aquí y allá, á estar á las indicaciones de la paja más nueva que con sus reflejos dorados se destacaba acusadora.

Era una pieza sola—ateniéndose á las dimensiones—aditamentada por otra enana, hecha como de favor, y que ostentaba, á guisa de batientes de puerta, un cuero de potro que sujeto por solo un lado, estaba fuera de quicio.

Allá, á la derecha, veíamos el palenque sombreado por un tala apenas perceptible, y el guardia-patio á medio formar y luciendo tantos portillos como postes, y más atrás, el verde vivo y alegre de un tablón de alfalfa, señal infalible de la existencia de un parejero, que en boca de su dueño sería caballo de larga fama y de hazañas estupendas y colosales.

En el rancho reinaba una soledad absoluta y que hubiera sido de mal augurio, dada la puerta del mojinete cerrada, la ausencia de perros y la falta de humo en la cocina, si á la izquierda y casi en la punta del cardal, no hubiésemos notado la agrupación de todos los estantes y habitantes, entregados á una faena que, recién al aproximarnos, pudimos apercibir.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

A la entrada de un viejo rastrojo, cuya superficie erizada por los troncos del trigo cortado á mano, comenzaba ya á verdear con el pasto naciente y mostraba todavía aquí y allí los manchones dejados por las gavillas, se destacaba una era formada por gruesos postes de ñandubay, ligados entre sí por una doble hilera de varillas reatadas por lonjas de cuero que ostentaban aún el pelo del animal que las suministrara: por su solidez y seguridad, más parecía aquello corral para faena ganadera que local destinado á trabajos de agricultura.

A la puerta de la era estaba el carro de la casa con sus varas al aire, haciendo reparo, y atado á una de sus ruedas el petizo, conservando todavía á la cincha el cuero en que el muchacho—que veíamos trepado sobre los postes—había acarreado desde el rastrojo, el trigo, que formando una parva en medio de las yeguas que corrían en círculo, iba siendo echado poco á poco por un hombre armado de una horquilla, que lo tomaba á montones, bajo las patas diligentes que trituraban las espigas, levantando una columna de tierra, donde brillaban con reflejos de oro las briznas que volaban.

Pronto los perros que dormían ojo avizor dieron el alerta con sus ladridos, y atrajeron sobre nosotros la vista de los trabajadores, en circunstancias que ya llegábamos al carro, cuya sombra fresca y deliciosa se extendía sobre el pasto, invitando al reposo y la quietud.

José S. Álvarez.

LA OPINIÓN PÚBLICA

¡La Opinión! Mudable viento,
norte incierto, pregón falso,
que hoy alza á un hombre un cadalso
y mañana un monumento!
La engendra y le presta aliento
del vulgo la estolidez,
y por modo tan soez
dicta fallos de contino,
que hace oficios de asesino
vistiendo toga de juez.

Pedro Huguet y Campañá.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS MARIDOS CALAVERAS

—Mientras aquí, del placer
apuras la copa de oro,
contesta, bello Isidoro,
¿qué hará tu pobre mujer?
—Me disgusta tu ironía.
—¿Estás, díme la verdad,
seguro de su lealtad?
—¡Oh sí!... ¡como de la mía!

UN POCO DE HISTORIA

—Merced á infame emboscada,
Sexto á Lucrecia ofendió...
—¿Y que sucedió?
—¡Pues nada!
que Lucrecia se mató
por no vivir mancillada.
—Proceder fué el suyo honesto
que merece elogios justos.
—Verdad, esposa.
—¡Ay Ernesto!
nunca han faltado disgustos,
á causa siempre de un Sexto.

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA LLAVE DEL CIELO

Es el cielo una mansión
nido de amor é inocencia
en el que, en toda cuestión,
la justicia y la razón
no ceden á la influencia.
Disfrutando santa calma,
allí todo el mundo obtiene
de sus virtudes la palma,
y no entra al cielo ni un alma
sin que san Pedro lo ordene.
Por eso este santo grave,
de la moral siempre en pos,
tiene del cielo la llave,
y allí no pasa ni Dios
si san Pedro no lo sabe.
Estando este santo un día
durmiendo como un bendito,
se oyó una atroz gritería,
y como el santo dormía,
un candoroso angelito
de la mansión celestial
salió al instante, formal,
á calmar el alboroto,
y al fin logró poner coto
al griterío infernal.
Eran las que alborotaban
unas chicas hechiceras,
que entrar al cielo intentaban,
¡y hasta algunas se arañaban
por querer ser las primeras!
El escándalo cesó,
y el tierno angelito vió
que era la más habladora
una chica encantadora,
que al ángel entusiasmó.
Era graciosa y tenía
tal manera de mirar,
que á cualquiera enloquecía,
en fin, basta consignar
que nació en Andalucía.
En seguida que la vió
el ángel su ingenio aguza,
y á san Pedro le cogió
la llave del cielo; abrió
y entróse en él la andaluza.
Las otras se incomodaron;
sus méritos alegaron,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y sin escucharlas más
los ángeles las echaron
con Luzbel y Satanás.
Desde injusticia tan grave,
para que el orden impere,
siempre que san Pedro sabe
que alguna andaluza muere,
¡ni Dios encuentra la llave!

J. Rodao.

Madrid.

LA MARIPOSA NEGRA

FANTASÍA

I

Declina el sol con frente enrojecida
saludando otros pueblos que despiertan;
y el crepúsculo borra con sus nimbos
el prado y la ribera.

—

Al beso de la luz, estremecido
surge el verjel de la lejana tierra;
y del seno irisado de sus flores
cual lluvia de oro los insectos vuelan.

—

Acá los montes su talar de brumas
visten de prisa con la faz siniestra,
y del seno del caos va saliendo
la mariposa negra!

II

Muerte y vida, tinieblas y colores,
brota, del mundo, la voluble rueda;
y la implacable sucesión de cosas
sólo el alma respeta!

—

Con rumbo al éter las azules alas,
entusiasta, mi espíritu despliega:
y, del polvo, en el vuelo misterioso,
sacúdense impalpables y ligeras.

—

¡Y allá... del seno del sepulcro opaco,
anunciando mi noche, asoma inquieta
con alas del crespón de mi memoria
la mariposa negra!

Arturo Villalva.

Chosica.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ARDIDES DE LA VANIDAD

—Tiene ya más de un bemol
tu extraño empeño; ¿por qué
pretendes, Rosa, que esté
todo el santo día al sol?...
¿O es que me quieres tostar?
—Sí, y por eso no te suelto..
así creerán que hemos vuelto
de tomar baños de mar.

EPIGRAMA

No hay tertulia, no hay *soirée*
de la *high life* en la que
no digan todos á Rita:
—Por caridad, señorita,
cante, encántenos usté...
Canta al fin, y canta mal;
pero obtiene, con caudal,
dos triunfos Rita Albornoz:
por el metal de su voz
y la voz de su metal.

CARLOS G. AMÉZAGA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

NUESTROS COLABORADORES

Sr. D. Mariano de Vedia

(JUAN CANCIO)

DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ESBOZO

Perrichon y Tartarín llenan el mundo; están en todas las estaciones de ferrocarril y en todos los embarcaderos; entran ruidosamente en los comedores de los restaurants; recorren la Rioja en mula y el boulevard de París en ómnibus; visitan el panorama de Roma en la plaza de San Martín y el Vaticano en Roma; resuelven seguir el itinerario de la Patti; con ella van á Londres y á Méjico, y con ella vienen á Buenos Aires, etc., hasta que en lo mejor de una estadia, aquí ó allá, les sorprende la idea de obtener concesiones municipales para el establecimiento de mercados, la circulación de avisos ó la celebración de bailes públicos.

Perrichon y Tartarín están siempre de viaje, aunque jamás se hayan movido muchos de ellos del lugar en que vieron la luz. Las maletas listas, el pasaje tomado, los giros hechos, hecho el cambio de la moneda... y Perrichon y Tartarín en sus respectivos domicilios... con guías y planos por delante... eternamente! Pero están de viaje, sin duda; nos lo afirman convencidos; — y nos conocen, sin gran esfuerzo. Baedeker se ha convertido en substancia.

Perrichon y Tartarín suelen errar de incógnito—¡á veces son políticos decepcionados que se ocultan del mundo entero, como conspiradores universales;—pero nunca falta en las travesías un amigo indiscreto que se arroja en sus brazos y proclama con alborozo el nombre oculto hasta entonces. Curiosidad alguna ha sido herida ó satisfecha, según el caso, por la revelación del encuentro; mas ello no impide que el atolondrado no sea detenido con esta observación: —«Felizmente, no os han oído.» Y la marcha no se interrumpe.

Cosas de la época, y la época es de neurosis.

*
* *

Brichanteau es el otro extremo, pero Brichanteau es un producto exclusivo del boulevard de los Italianos. De todos modos, su noción de la vida es la exacta, con las diferencias que el temperamento de cada pueblo y de cada indi-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

viduo establece al cultivarla. ¡Estarse quieto! La quietud es la vida. Desde el balcón, en cualquiera de nuestras calles, aún en las más tranquilas, observamos como marcha el mundo y como se desenvuelvan y se pliegan los acontecimientos humanos en sucesión incesante...

La literatura del viaje y la descripción nos ahorraba ayer el estudio de la geografía y nos ahorra hoy las molestias sin compensación de los viajes. La vida moderna refleja todas sus manifestaciones en la hoja diaria de la prensa, y ella trae al ignorado retiro del hombre en sosiego la impresión del pensamiento y del hecho universales. ¡El microcosmo! El microcosmo es el mapa-mundi, que gira sobre nuestra mesa de trabajo, y la mejor existencia errante se lleva entre los libros amigos, que nos ayudan á penetrar hasta donde no se fijó jamás la planta del hombre civilizado.

Estamos lejos, muy lejos de nuestro medio, con las ventajas infinitas de la residencia invariable. Inclinamos la cabeza sobre el cráter del Vesubio, en el momento mismo de su erupción, y nos aproximamos al cristal de la ventana para ver al vecino que llega á su casa á las cinco de la tarde, todos los días, y que es esperado en la puerta por sus niños, sus amas y sus perros.

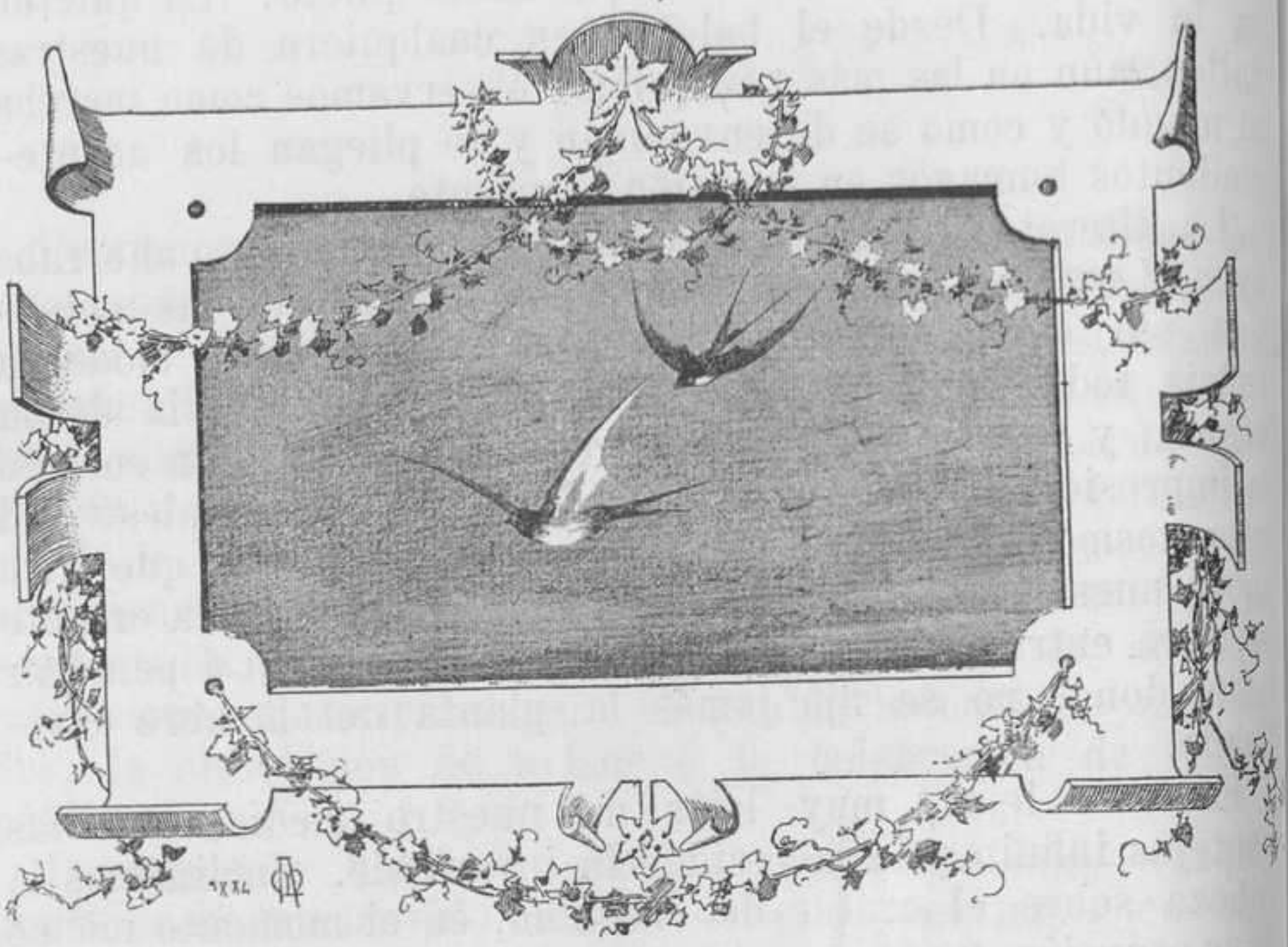
Ni mareos, ni vértigos, ni confusiones, ni compromisos ineludibles. La misma casa sobre la misma calle, el mismo cielo sobre el mismo suelo y las mismas caras en el trayecto que, como el filósofo Rant, según Paul Bourget, recorrimos en brazos de nuestra niñera, de la mano de nuestros padres y de la mano de nuestros hijos. Las agitaciones se renuevan en el mundo del espíritu, pero el cuerpo no desconoce jamás su posición ni su papel en el mundo físico.

La vida de Brichanteau es la gran vida, en Buenos Aires como en Varsovia. Los Tartarín y los Perrichon acabarán siempre por fijar su residencia en el punto en que sea negocio establecer mercados, circular avisos ó celebrar bailes públicos, mientras los que viajan por convicción, empujados por una curiosidad, un deseo ó una conveniencia, volverán tarde ó temprano, como el hijo pródigo, al lugar que les reclama. Pero habrán perdido el tiempo...

JUAN CANCIO.

Buenos Aires, Julio de 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



EL NIDO SOLO

Ya emigraron, ligeras, en bandadas
las pardas golondrinas,
para buscar mejores alboradas
en azules regiones peregrinas.
Allí alienta feliz la primavera
y al ósculo de luz de un sol templado,
trinan las aves, reverdece el prado
y transcurre la vida placentera.

—

Solo ha quedado el nido, como el alma
del que perdiera en los primeros años
su inapreciable paz, el lago en calma
que alzó el turbión de horribles desengaños.
Solo quedó en el hueco del alero
como ataúd vacío,
recibiendo los besos del pampero
y las heladas lágrimas del frío.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

DE VERBENA

INVOCACIÓN

¡Oh española maceta de albahaca, graciosa compañera del búcaro, acompañante perpetuo de la reja, gala de la florida azotea que ve abrirse como esferas de llamas los claveles, centinela de los rosales que trepan por los muros dejando

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

una malla de rosas en ellos, adorno del primoroso arriate, orgullo del vistoso corral donde tiende sus retorcidos troncos la parra, incensario de la airosa cabeza que ostenta rodete de menudísimos ramales; tú que presides las alegres parrandas, que coronas como laurel egregio las verbenas, que recibes en tus hojas las lágrimas de la mujer que llora desdenes de amores en la reja, da tintas é inspiración á mi cuadro, y ojalá sus tipos sean exactos, sus pinceladas vivas y brillantes, y el color que lo embellezca recuerde las fiestas del pueblo amenizadas de música y danza, y el encanto con que la juventud va deshojando en ellas sus rosas.

CUADRO

No adornada de éstas, porque en el mes de los racimos, en el mes presidido por Baco, ya las rosas han dejado caer su cáliz, hoja tras hoja, en la superficie de los estanques y en los linderos de los jardines, y sólo elevan su tallo la dalia y la vara de nardos, que muestra su ramo de olorosas estrellas, sino antes bien ataviada con el traje de la moderna manola, va cruzando la chula el *real* de la verbena dando quehacer á ojos y lenguas; y con tal de que se vea con qué clase de prójimo camina, cambio de metro, y hago su retrato en dos pinceladas, ateniéndome al español donaire del romance:

El chulo que la acompaña
y es de su cuerpo custodia,
con fino esmero vestido
luce su egregia persona.
Lleva en torno de las sienes,
donde dos tufos asoman,
hacia adelante arrollada
negra y artistica gorra.
Una ajustada chaqueta
su esbelto cuerpo aprisiona,
desprovista de alamares,
y de cintas, y de borlas.
Usa pantalón estrecho,
petaca de piel lustrosa,
pañuelo en que van unidas
sus iniciales con otras,
y en los pies que le sostienen
luce riquísimas botas
con ojales, y cordones,
y costuras primorosas.

Y aquí entra ella, como dice la improvisación de Quevedo:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ella, sobre el pie divino
sostén de tan bella diosa,
que por pecar de pequeño
va penando en cárcel roja,
lleva un planchado vestido
de percal, que cuando flota,
bajo el volante descubre
randas, trencillas y blondas.
Ajusta el talle ondulante,
que como sierpe se dobla,
vistoso cuerpo adornado
de florecillas y hojas.
Rojos corales suspenden
sus orejas tentadoras;
lleva enroscadas las trenzas,
leve sonrisa en la boca,
y como velo radiante
que va á envolver su persona,
un pañolón la cobija,
en cuyos pliegues se nota
el iris desmenuzado
en aves, tallos y rosas.

Con cuyo porte y con cuya traza se interna la pareja entre las oleadas de gente; cruza delante de los puestos donde la garrafa da vueltas en su estuche de corcho conteniendo el modesto helado callejero; desfila ante las tiendas que enseñan sus esplendentes lámparas de papel y sus cadenetas de colores formando bóvedas y arcos; se paran frente al puesto de camuesas, porque es lo que ella dice:—Más vale echarlas de éstas, que sentarán bien antes de los churros;—contempla embelesada la torre de Eiffel construída por el entusiasmo del barrio; deja á un lado y otro, á medida que anda, puestos de *torraos* y avellanas donde las luces retuercen el pábilo, diluyendo su columna de humo en el aire; casetas encerrando en sus muros de lienzo largas retahilas de muñecos; baratos donde se pregona desaforadamente la conocida fórmula de «á real y medio la pieza;» organillos que entonan el último pasacalle de Chueca, el músico del españolismo y de la gracia, y que es bailado sobre la acera por maritornes y cocineras; arcos de ramaje cuajados de faroles flotantes por cuyos calados asoma la luz hecha destellos; rifas bajo el pórtico de las iglesias; gallardetes, bombas, banderas; calles como esplendorosos túneles de fuego, y toda esa confusión grandiosa, todo ese hacinamiento brillante que da carácter y fisonomía especial á las verbenas.

Los mantones de Manila dan variedad al cuadro por donde quiera que desfilan los ojos.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Uno ostenta un soberbio bordado celeste, en cuya combinación parecen haber tomado parte los lirios; otro enseña, sobre deslumbrador fondo naranja, un elegantísimo bordado negro; otro muestra dibujo de torzales de rosa, resaltando en tela violada; el de aquí suelta el vistoso fleco dorado, como si fuera un aguacero de oro; el de allá presenta grupos de claveles rojos abriéndose sobre tela morada; otro ostenta sobre blancura inmaculada de cisne ideales rosas de azur.

Todos van liados á figuras airosas, á cuerpos que rebosan vida y donaire, y recuerdan los tiempos en que la aristocrática dama alternaba en las fiestas del pueblo y en que Goya dejaba con su pincel de luz fija en el lienzo la vida española del pasado siglo.

De pronto brilla en el fondo de la noche la primera rueda de los brillantes fuegos de artificio.

La estronciana que al arder hierve como furiosa llama de fragua; la goma laca que da rojo color á las bengalas; el azufre, componente de la luz bella y pálida que da interesante color á las facciones; el nitrato de potasa deshaciéndose en esplendorosa lluvia de oro; cuantas sustancias guardan encantadores colores, tonos y notas, enseñan sus prodigios y dejan absortas las retinas.

Luego, cuando la muchedumbre acude á presenciar el espectáculo en el espacio anchuroso,

en el espacio que forma
lleno de puestos alegres
la calle que desemboca,
llena de acordes el viento
una murga atronadora
donde suenan concertados
flautas, clarines y trompas.
En los labrados atriles
están las escritas hojas
y un vivo tamborilero
en una caja redobla.
Tambor y enormes platillos
á compás truenan y chocan,
los sonoros clarinetes
suenan con voces gangosas,
y mil bombas de colores
movidas del viento flotan
al aire dando vislumbres
y ráfagas luminosas.

En medio del bullicio, ya avanzan las parejas y retroceden dentro de un corto espacio, ciñéndose en el lúbrico

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

baile canallesco; ya van marcando las vueltas apoyando las frentes sudorosas; ya se remecen en un punto fijo y apenas si dan noción del movimiento los cuerpos; unas veces giran, otras se paran, siempre ajustando á ritmo las figuras, y tan pronto fingen adormecerse, como reviven y dan vueltas vertiginosas por el baile, y ya vienen, ya giran, ya tornan.

La danza termina con ese lento dispersarse de las verbenas. Todavía hacen extraño parpadeo las luces lamiendo con súbitos reflejos los muros; el último organillo lanza su postrera canción cuyas ráfagas trae y lleva meciéndolas el aire; á lo lejos suenan gritos de júbilo de personas que se van perdiendo en la distancia; las aceras muestran el batido polvo que deja después del bullicio una muchedumbre, brilla la última llama del fogón donde vomitó sobre el aceite hirviendo la repellada jeringa el chorro de masa, y el sueño deja sentir su pesadumbre.

Por entre los arcos de mustio ramaje pasa el viento levantando gárrulo ruido de hojas secas, y un ascua que es rozada por sus alas, desencaja y aviva para mirar el lóbrego sitio de la fiesta, su pupila de oro en las tinieblas...

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

EL ARCO IRIS

Sopla helado azotando la llanura
ya sin aves, sin flores, sin aromas,
el cierzo que amedrenta á las palomas,
que se refugian en la torre oscura.

Ya del monte vistió la nieve pura
crestón abrupto y pintorescas lomas;
ya del otoño las doradas pomas
no esmaltan de los huertos la espesura.

Flota en celestes ondas azuladas
ancha faja de vivos resplandores,
que el ánimo suspende y las miradas;

brilla, fundiendo todos los colores,
como brillan las almas elevadas
en que se funden todos los dolores.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA MOSCA DE ORO

I

LA GRACIA DE DIOS

Se extiende el reino Mosquino
por uno y otro hemisferio,
que á él comparado, el imperio
más gigante fué mezquino.
Y aún cuando el reino Mosquil
abarca todo el espacio,
el Rey tiene su palacio
en una flor de un pensil.
A cierta mosca dorada
por Soberano eligieron
las moscas que en esto vieron
la gracia de Dios probada;
porque este pueblo, jamás
por soberano eligiera
á una mosquita que fuera
como todas las demás.

. . . . . .

Dió las primeras lecciones
al Rey niño, un preceptor
muy sabio, comendador
de la orden de los Moscones.
Tomando Su Majestad
experiencias tan sensatas,
aprendió á frotar sus patas
con la mayor dignidad.
Zumbaba tan gravemente
al dirigirse á su grey
que ésta decía:—Es el Rey
el bicho más elocuente.—
Y sus nobles servidores
la trompa le perfumaban
con la esencia que libaban
en el seno de las flores.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

II

LA ETIQUETA DE PALACIO

El comendador le entrega
cierto libro colosal,
nominado: «Ritual
de etiqueta palaciega.»
A su precepto ajustado,
el Rey vive con olor
de rey, pero con sabor
y trazas de confinado;
que es esta ley insensata
de tal rigurosidad,
que no le da libertad
para mover ni una pata.
Así, con dolor profundo,
vive el Rey triste existencia,
sabiendo por referencia
las novedades del mundo.
También pedía la ley,
porque el reino prosperara,
que el Soberano casara
con una mosca de buey;
y el gran monarca Mosquino
vivía desesperado
porque estaba enamorado
de una mosca de pollino.

III

EL FAVORITO EN PALACIO

Un moscardón lisonjero
que halla pingües beneficios
avivando al Rey sus vicios,
y acortándole el dinero,
mueve y fuerza al Soberano
á que su clausura rompa:
y en ello pusieron trompa,
que es igual que poner mano.
El lirio donde vivía
Su Majestad, horadó
un mosquito, el cual huyó
en la regia compañía.
. . . . . .
Cuando la escolta real
supo el hecho, lloró tanto,
que humedeció con su llanto
una higuera y un peral.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IV

LA PRIMERA ESCAPATORIA

Rota la cárcel ingrata,
surca feliz y contento
el vastísimo elemento
que á sus ojos se dilata.
—¡A Madrid! el moscardón
exclama con ronco grito.
—Vamos, responde el mosquito
con su lenguaje zumbón.
Y veloces cual las balas,
cruzan silbando los vientos,
que sólo sus pensamientos
excedían á sus alas.

V

LA LLEGADA

Su divina claridad
vierte el sol desde su esfera
y de plano reverbera
sobre la inmensa ciudad.
La mosca hiende el espacio,
se remonta, vuelve al suelo
dirigiendo el vario vuelo
ya de prisa, ya despacio;
contra un cristal cabecea,
choca, salta, se revuelve,
al sitio que deja vuelve
y con la trompa lo husmea;
y en tan varios laberintos
libre el Rey, sabiendo va
que la etiqueta no está
de acuerdo con sus instintos.

VI

EL ABISMO NEGRO

Con las alas medio rotas
de tanto y tanto volar
los tres vinieron á dar
en casa de un limpiabotas.
Entró el Rey y exclamó:—¡Cielos!—
al ver mil moscas doradas
que brillaban reflejadas

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

por cristales paralelos.
Aturdido y sin ningún
movimiento el Rey quedó,
de tal modo, que cayó
en el bote del betún.
Al hallarle de tal suerte,
sus compañeros volaron
y en la *Gaceta* anunciaron
la noticia de su muerte.

. . . . . .

Por un cepillo arrastrado
salió el Rey triste y convulso,
y después, por un impulso
excéntrico, fue lanzado.
Su Majestad, con horror
y con angustia cruel,
vió que tenía la piel
tan negra como el humor.
Y en estado tan inmundo
comenzó á filosofar
en lo que vienen á dar
las vanidades del mundo.
Si va de su pueblo en pos
no será reconocido,
que el betún le ha destruído
toda la gracia de Dios.

VII

LO SUBLIME EN LO VULGAR

Rompiendo las ligaduras
del trono, Su Majestad
descubre en su libertad
desconocidas venturas.
Ahora ve, libre y contento,
que la escolta, al fin y al cabo,
es una especie de rabo
que embaraza el movimiento.
Ahora es pobre su ración,
mas la come reposado,
y si el manjar es menguado
es rica la digestión.
Duerme en paz y vive en calma,
y al sentir nuevos amores,
no echa de menos las flores
porque las lleva en el alma.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

VIII

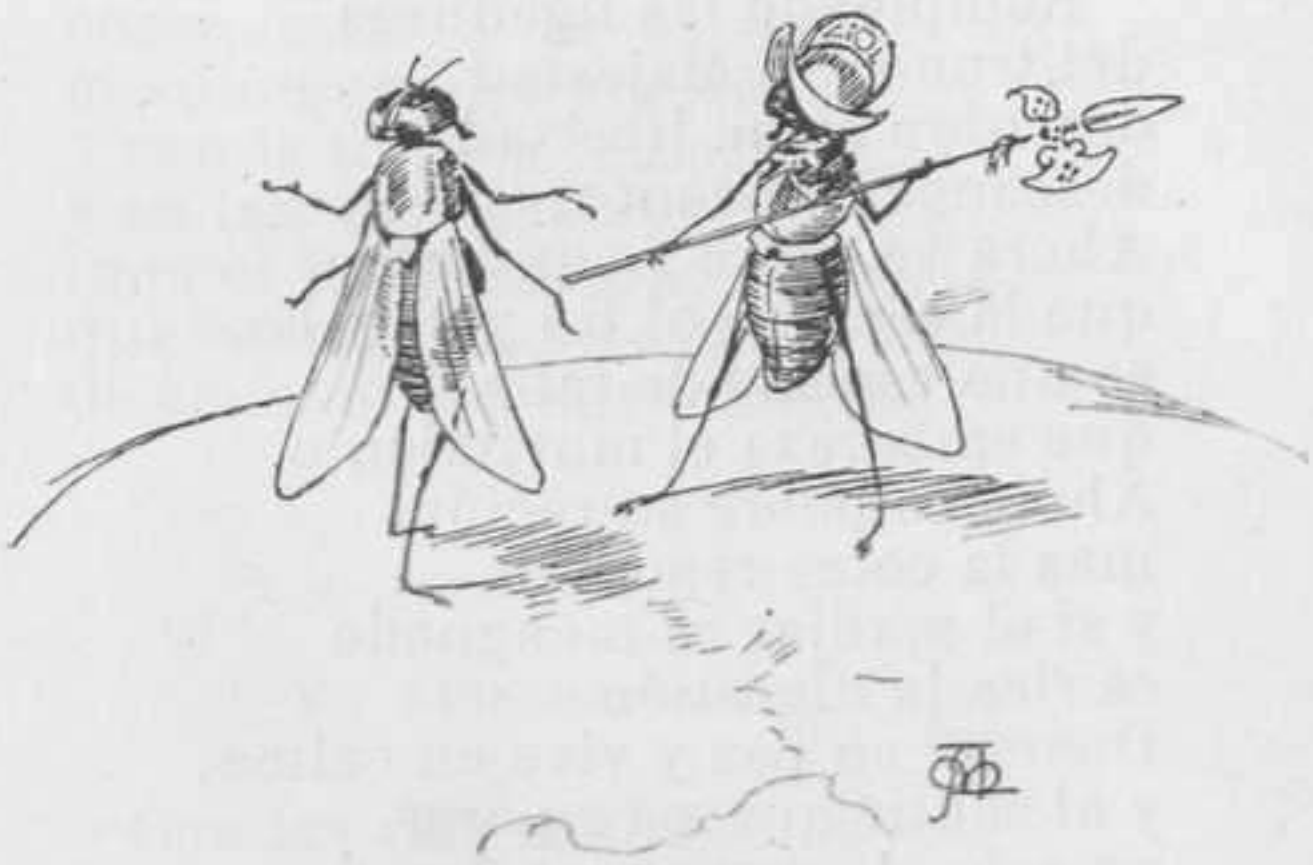
LA NOSTALGIA DEL PODER

Los objetos, á medida
que se alejan disminuyen,
mas los placeres que huyen
se acrecientan con la huída.
Porque cambiar es vivir,
que es el humano contento
relámpago, que une el momento
de nacer al de morir.
Y ahora anhela nuestro Rey
la ya perdida inquietud,
la angustia, la esclavitud
que le ofrecía la ley;
y le mueven sus pasiones
á solicitar aquello
que perdió, y hoy juzga bello
un Consejo de moscones.

IX

LA VUELTA

Vuelve Mosquino primero
á su trono y á su hogar,
pero, viéndole llegar,
un feroz alabardero



le dice:—Negra mosquilla,
véte muy enhoramala,
que si te doy con el ala
te rompo la trompetilla.
—Soy el Rey.
—¡Tú, mentecato!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

te aconsejo que te quites
de enmedio.
—Yo...
—Si repites
esa blasfemia te mato.
—Yo soy el Rey.
—Alimaña,
vén acá,—dijo un moscón,
y al Rey metió en la prisión,
que era una enorme castaña.

X

LA SENTENCIA

Los moscardones legistas
y el Supremo Moscardón,
solicitan la opinión
de las moscas alienistas,
y ellas, tras largo debate,
dicen, que estando demente
todo el reino, el delincuente
es un loco de remate.
Replica un moscón Fiscal,
primo del sepulturero:
—Yo lo dudo, y así espero
que ahorquemos al criminal.
Y en lo que afecta á la ciencia,
aunque la hemos despreciado,
con haberla consultado
acallamos la conciencia.—
El debate comenzó
con tan ciego frenesí,
que se olvidaron de sí
á fuerza de hablar del *yo*.
—Esa mosca desdichada,
decían los hipocráticos,
tiene síntomas somáticos
de mosca degenerada.—
. . . . . .
Los sabios á la cuestión
sacan y apuran el jugo,
y finalmente... el verdugo
resume la discusión.

XI

ÚLTIMO DÍA DE UN REY

Al fin el verdugo hizo
una especie de horca extraña,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

merced á un hilo de araña
con un nudo corredizo.
Desalan al sentenciado
para que no emprenda el vuelo,
y, con ayuda del cielo,
queda el hecho consumado.
Asimismo sucedió,
y aquella mosquina grey,
al ver cumplida la ley
á pata suelta durmió.
Y entretanto que dormido
el pueblo mosquil roncaba,
el cadáver oscilaba
en la cuerda suspendido.

XII

UN SOL QUE NACE Y OTRO QUE MUERE

El cielo estaba nublado,
la lluvia que descendía
lentamente desteñía
el cuerpo del Rey ahorcado.
Al herirle el arrebol
de la aurora resplandece,
y el cuerpo del Rey parece
una lágrima del sol.
Al verlo el pueblo, suspira

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y llora con amargura,
más que la propia locura
la catástrofe que mira.
. . . . . .
Por este ejemplo avisados
resolvieron los fiscales
lavar á los criminales
antes de ser condenados.

XIII

LEY DEL REINO

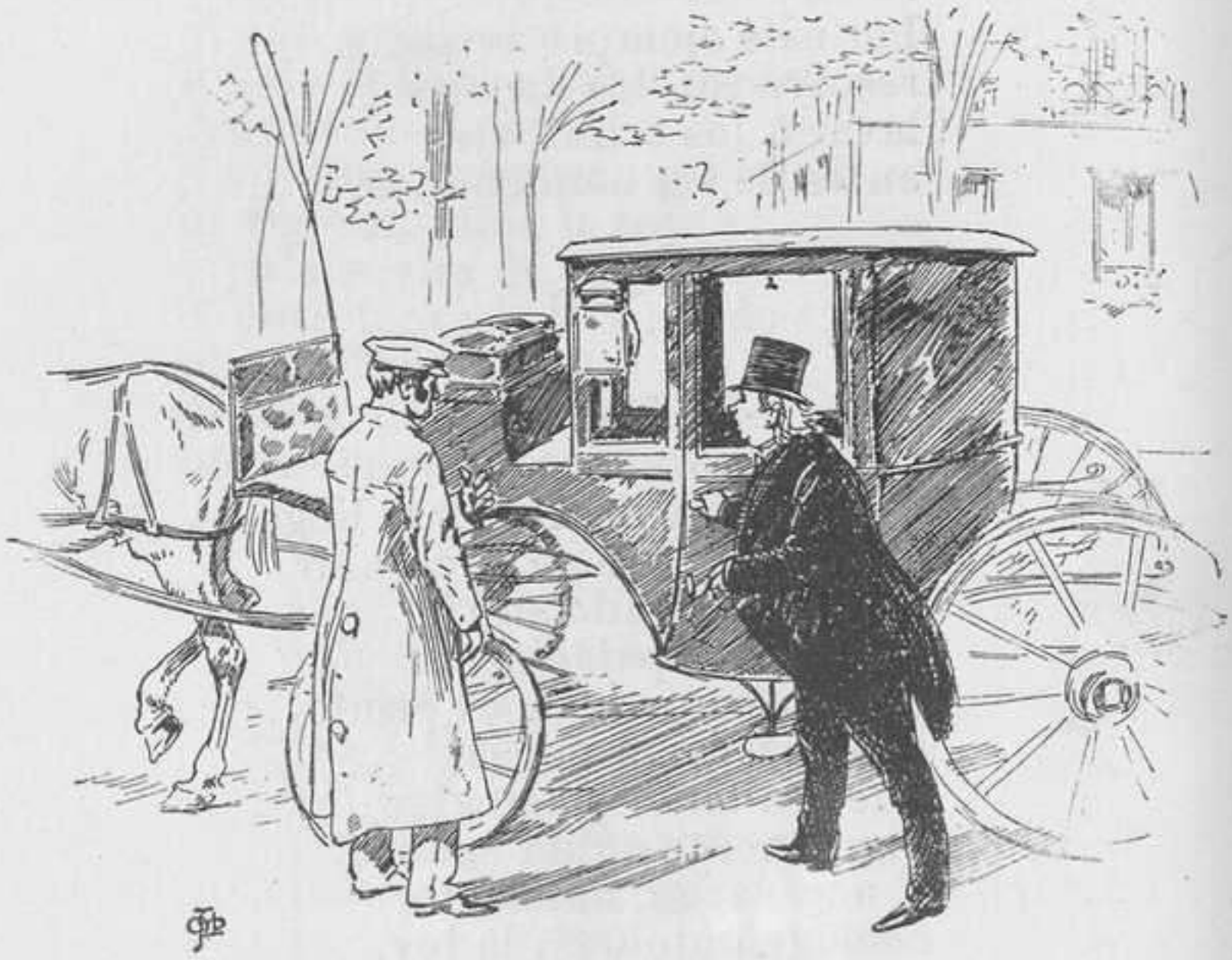
Cuando á descubrirse llega
que el Rey vino á sucumbir
porque no pudo sufrir
la etiqueta palaciega;
las moscas sabias, al punto,
comenzaron á pensar
que era forzoso arreglar
dignamente aquel asunto.
Y acordaron, en efecto,
consignándolo en la ley,
que el Rey, aunque sea Rey,
no deja de ser insecto.
Y que aún siendo inviolable
bien pudo ser violado,
ofendido, embetunado
liviano, débil y ahorcable.
Y al moscón sabio y sutil
que descubrió tal verdad,
le dieron la dignidad
de académico mosquil.
Y hoy las moscas soberanas
tienen costumbres sencillas,
como las otras mosquillas
de Mosconia ciudadanas.
Oyen de Naturaleza
la voz, y ya subrepticio,
no late y se oculta el vicio
bajo la real grandeza.
Y ahora, siendo más perfecto
el sentido de la ley,
el Soberano, al ser Rey
no deja de ser insecto.

RAFAEL TORROMÉ.

Madrid.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

A ESCAPE



—¡A escape!... probablemente
la sesión debió empezar.
—Es que voy á reventar
el caballo...
—¡Que reviente!
—Ha trotado todo el día
y el pobre se halla cansado.
—¡Pues no estás poco pesado
con tanta sensiblería!
Mas, en circunstancias tales,
es nula tu terquedad...
¡Aprisa! ¡á la *Sociedad*
Protectora de Animales!

EPIGRAMA

—¿Has visto á Luz?
—¡Guapa chica!
—¿Te gusta? ¡pues nada! ¡á ella!
¿quién desaira á una doncella
tan hermosa como rica?
—Por ser tan hermosa Luz,
no me gusta por esposa,
pues siempre una *cara* hermosa
tiene, ¡ay, amigo! su *cruz*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

DON LICURGO GARCÍA

A este señor le pasaba lo mismo que á Víctor Hugo, cuya aspereza teutónica de apellido quiso su padrino endulzar en la pila bautismal haciéndolo preceder del suave y bien latino nombre de Víctor: también el padrino de don Licurgo quiso sacar á su ahijado no sólo de pila, sino de la llaneza é insignificancia que el vulgarísimo «García,» según él traía consigo, por lo cual le endosó el nombre de Licurgo, que á él se le antojaba ser de algún rey de la antigua Roma ó cuando menos de obispo, guerrero ó cosa por el estilo, algo de tiempos pasados que rompía con la monotonía de los José, los Juan, los Francisco y los Antonio, que salpicados de algún Anselmo ó de tal cual Fabricio venían siendo de tiempo inmemorial los nombres usados por los García de Vitigudino de la Mancha, de los cuales descendía el original de este retrato.

Que yo quisiera fuese fotográfico para que no achacase el lector á malicia de mi parte el que yo diga, describiendo su físico, que cuando conocí á don Licurgo contaba no menos de cincuenta años, tenazmente negados á fuerza de tintes y afeites, con los cuales embadurnaba á diario el abundante bigote que, abandonado á sus propios recursos, hubiera sido áspero cepillo de cerdas grises de mal ver, pero auténticas y fehacientes, no encubridoras de lo que no siempre es un delito: me refiero á la persistencia en el vivir, cuando nada se tiene que hacer en la vida.

Decía, pues, que el bigote, en que tanto me fijo ahora, fué también lo más saliente en que hube de parar la atención la vez primera que me presentaron á don Licurgo, cuya naturaleza hinchada, cuyo carácter por demás presuntuoso y cuya insignificancia mal encubierta, pronto se advertía con sólo mirar aquel apéndice insolente, enhiesto, torturado con el hierro y con el aceite, retorcido con soberbia en sus guías, mal tapando una boca llena de sensual animalidad, y constituyendo por su anchura la facción más interesante de aquella cara partida por él en dos. La cual, en su mitad superior, debajo de una frente baja y estrecha y encima de unos mofletudos carrillos, dejaba adivinar dos puntos brillantes

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y maliciosos: los ojos, que con una nariz carnuda y voluminosa, constituían la parte principal de su fisonomía, afirmada con una mandíbula no muy saliente afeitada hasta lo azul, como que la navaja no era la aliada del jabón en la limpieza de la cara, como suele, sino Torquemada de los herejes pelos, cuyas raíces blancas asomaban descaradamente en cuanto se descuidaba el bueno de don Licurgo en rasurarlas.

La figura de éste acabará de conocerse, cuando diga que era más bien alto que bajo, de continente majestuoso y seguro de sí mismo, de pulcritud extremada en el vestir y de extremidades lo más bien cuidadas, primorosamente calzadas de charol las inferiores, y blancas, eclesiásticas, de uñas prolijamente tratadas las superiores.

—

Conocíle en *lo* de Bossi adonde me llevaban antojos de un mi amigo deseoso de que yo hablase de un cuadro suyo, y á don Licurgo unos marcos dorados, muy dorados, que había encargado para unos cuadros recibidos por él hacía poco, de Europa, según me dijo. Alguien hizo que nos diéramos la mano, con cierta benévola longanimidad él, y yo con escasa convicción.

—¿Usted entenderá de cuadros? me dijo.

—Nada absolutamente, contestéle.

La respuesta, que era sincera, le disgustó; sin embargo, repuso:

—Quisiera mostrarle unos que he recibido de Europa.

Obsérvese que todo lo recibía don Licurgo de Europa.

Comprendí que allí había un artículo y le seguí.

Me llevó al fondo de la tienda y dijo algo á un dependiente, que á poco volvió con tres cuadros. Eran tres inepcias: había una buena firma, puesta al pie de no sé qué marina, como hubiera podido estar al pie de una factura. Se veía que el ilustre artista, creyendo que aquí estamos todavía, en cuanto á arte, en los tiempos primitivos, había enviado su tela antes por desembarazarse de ella que por extender su fama en estos países. Los dos restantes cuadros eran de los de encargo; manolas, casacas, frailes, pollinos, la historia de siempre.

Don Licurgo espiaba mis miradas.

—¿Qué le parece, amigo?

—Sorprendente.

Y no mentía. Mi primera impresión fué de sorpresa al

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ver á mi hombre tan entusiasmado con aquello. La segunda impresión fué de lástima: me dijo que le habían costado, los tres, 2,000 pesos oro.

Saboreando mi asombro, me invitó don Licurgo á ver su *galería* y allí fuí pasados pocos días. Presté atención distraída á sus cuadros, que estaban á la altura de aquellos que en casa Bossi me mostrara y los cuales ya entonces ocupaban un lugar preferente en su salón. A éste y á las demás piezas de su casa observé con ahinco mientras en ella estuve, viendo en todos aquellos detalles la más acabada demostración del refrán de mi tierra *l' home fa la casa y la casa fa l' home*, que la ciencia moderna estudia en la ley biológica del medio ambiente.

—

Don Licurgo era hijo de un pobre hombre, que llegado á este país dedicóse á la cría de ovejas, en la cual, ayudado de un sórdido espíritu de avaricia, llegó á hacer un pequeño capital. De cómo éste se transformó en la rica estancia que él desarrolló y nuestro don Licurgo heredó, es cosa que sería larga y enojosa de contar. Baste saber que no tenía García, hijo, treinta años, pasados en el campo, cuando García, padre, fué á reunirse en el cielo con sus ascendientes, si es que los tenía, dejando á aquél una fortuna que no bajaría de doscientos mil pesos moneda corriente, los cuales, con el crecimiento del valor de las tierras y con alguna especulación afortunada, eran otros tantos pesos moneda nacional cuando yo conocí á don Licurgo.

¿Qué fué de éste durante los últimos veinte años? ¿Dónde se limó aquella rusticidad natural suya? ¿Dónde tomó aquellas apariencias de sociabilidad? ¡Quién sabe! Un largo viaje que por Europa había hecho dióle los últimos toques de civilización aparente; pero el misterio que encerraba su primera educación nunca lo pude descifrar, aunque bien pudiera explicarlo cierta vieja institutriz irlandesa con la cual él había tenido largos amores que caldearon un poco sus largos años de soltería.

El caso es que cuando yo le conocí era una persona; sabía hablar sin decir más necedades que las puramente precisas; sabía sobre todo darse aire. Se ponía el frac cuando hacía falta, si bien la levita rigorosamente abrochada era más de su gusto, aunque sólo fuera por sujetar el vientre que ya con los años le sobresalía. Llevaba los

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

guantes con regular soltura, y mejor el guante, pues el de la mano izquierda gustaba de sujetarlo con la derecha para que brillara el tremebundo solitario del meñique izquierdo. Por último, soportaba, sin gran somnolencia, tres actos de una ópera cualquiera. Era, en resumen, un hombre presentable, pero á medio pulir.

—

La mitad rústica era lo que quería ocultar mi don Licurgo y para esto no reparaba en medios, ahogando la presunción á la avaricia siempre que era preciso, y siguiendo la moda ciegamente. Entonces el tener cuadros era cosa de gran tono y don Licurgo tuvo cuadros, pero ¡qué cuadros! Advirtieron los corredores y vendedores de marcos con quién se las habían y empezaron á *clavarle*. Los *clavos* eran de toda especie: escuelas antiguas, de primeras letras, Morellis traducidos del italiano, Domingos pasados por agua, toda la lira... Y don Licurgo gastaba y *atesoraba*.

Porque es lo que él me decía, no sin cierta malicia:

—Gastar en pintura es colocar capitales que con el tiempo han de aumentar de valor, sobre todo cuando se muera el artista.

Y era de ver la alegría que mal podía contener el día que llegaba la noticia de la muerte de alguno de *sus* autores. El hombre echaba cuentas y calculaba lo que podía valerle la tela del difunto.

Don Licurgo pudo averiguar la verdad sobre su galería á poco de conocerle yo. Llegó á Buenos Aires un pintor, amigo mío, español, que cansado de regalar tanto por ciento y de saber que se le habían mojado cuadros en la Aduana vino á pintar aquí, dispuesto á entenderse directamente con los compradores. Presentéle un día al bueno de don Licurgo que muy ufano le llevó á ver *su galería*, diciendo que le reservaba una sorpresa.

Fué el pintor y más que sorpresa, susto recibió de ver en el salón de don Licurgo una infernal copia de su célebre *Guzmán el Bueno*.

—¿Quién le ha vendido á usted este mamarracho?

—¿Cómo, mamarracho? ¡Si es un gran cuadro de usted, premiado en la Exposición Universal de Viena!

—¡Pero, hombre! ¿qué ha de ser, si mi cuadro estaba no hace más de un mes en el comedor de la duquesa de Z.... por encargo de la cual lo pinté?...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Le digo á usted...

—Yo le digo á usted que yo no pinto así, y que este azul del cielo no es el cielo andaluz que yo pinté, ni yo dibujo guerreros de resorte como éstos, y que soy incapaz de pintar una mano con polvos de arroz como ésta, y que á usted le han engañado como á un chino.

—Pues el *signor* Fiorasti, que aquí estuvo el año pasado, me cobró por él muy buenos pesos.

—El signor Fiorasti es un bribón, y usted, que ha tomado esto por un cuadro mío, debería gastar su plata en cualquier cosa menos en cuadros... le contestó mi amigo, ya amostazado.

Don Licurgo le quiso mostrar los demás que adornaban su casa, pero el pintor, ó para vengarse de él ó porque así fuera en realidad, apenas estuvo en su casa diez minutos, y luego le dijo al despedirse que su galería, incluyendo los marcos, valía no mucho más de 2,000 pesos.

—

No por esto se le quitó la afición artística á don Licurgo, al cual me encontré hace pocos días en la misma tienda de Bossi donde le conocí.

—¿Y su *Guzmán el Bueno?* le pregunté. ¿Sigue siendo tan malo?

—Ahora lo he pasado al comedor, me dijo. Y mire usted: dirá lo que quiera su amigo de usted, pero el cuadro es el original. Me lo ha asegurado Fiorasti.

—¿Entonces es mi amigo el falso autor?

—Es posible, me dijo con sequedad.

Y me volvió majestuosamente la espalda.

Don Licurgo, sin saberlo, había repetido el chiste famoso de Roberto Robert, el cual, en uno de aquellos días de miseria alegre que pasó, entró, según costumbre, en el café Suizo, de Madrid: pidió café, y entregó al mozo, contra su costumbre, una peseta limpia y reluciente, demasiado reluciente.

El camarero, ó por la novedad de ver al gran bohemio con tanto capital reunido ó por la desconfianza del excesivo lustre de la moneda, la hizo sonar en el mármol de la mesa.

La peseta dió un sonido opaco, sordo.

—¡Es falsa, señor! le dijo á Robert. Esta peseta es falsa.

—¿Y por qué no ha de ser falsa la mesa? le dijo con dignidad Roberto Robert... metiéndose la peseta en el bolsillo.

Buenos Aires, Julio de 1890. CARLOS MALAGARRIGA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL PASEO

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 1890.

EL POSADERO Y SU HIJA

—Sin comprender, quizá, que me desdora,
un viajero me ha dicho que me adora,
y que hará, si no cedo, una locura;
pero como me debo á mi marido,
según me dijo ayer el señor cura,
le rechacé altanera,
diciendo al atrevido:
¿Ignora usted que *ya no soy soltera*?

EN UN ABANICO

El fuego del amor, Carmen divina,
más vale, y dura más, cuanto más lento;
prefiere el que conforta al que ilumina,
á las llamas fugaces del sarmiento
las brasas duraderas de la encina.

J. VELARDE.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS CUERVOS

Dos cuervos están posados
en la copa de un ciprés:
el uno pregunta al otro:
—¿Dónde comeremos, pues?

—Detrás de ese matorral,
le responde el compañero,
he divisado el cadáver
de un hermoso caballero.

Está fresco todavía;
yo no sé cómo se llama;
sólo saben que está aquí
su halcón, su perro y su dama.

Su halcón persigue á los pájaros,
su perro se fué á cazar;
su dama... busca otro esposo
que la acompañe al altar.

Muchos tal vez en el mundo
fingirán sentir su muerte,
pero nadie tratará
de inquietarse por su suerte.

Por cuidados del amigo
nadie deja sus cuidados.
El viento soplará siempre
sobre esos huesos blanqueados.

Alégrate, compañero,
el hambre ya no te inquiete:
está la mesa tendida;
y es opíparo el banquete.

Yo le arrancaré los ojos,
tú apodérate del cuello,
y llevemos para el nido
un mechón de su cabello.—

Callan los cuervos, y bajan
de la rama mecedora...
Una mujer, junto al muerto,
está arrodillada, y llora!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Su dama! ¿Pues no decías
que ya buscaba otro amor?
—No: no es su dama... ¡es la madre!
¡respetemos su dolor!

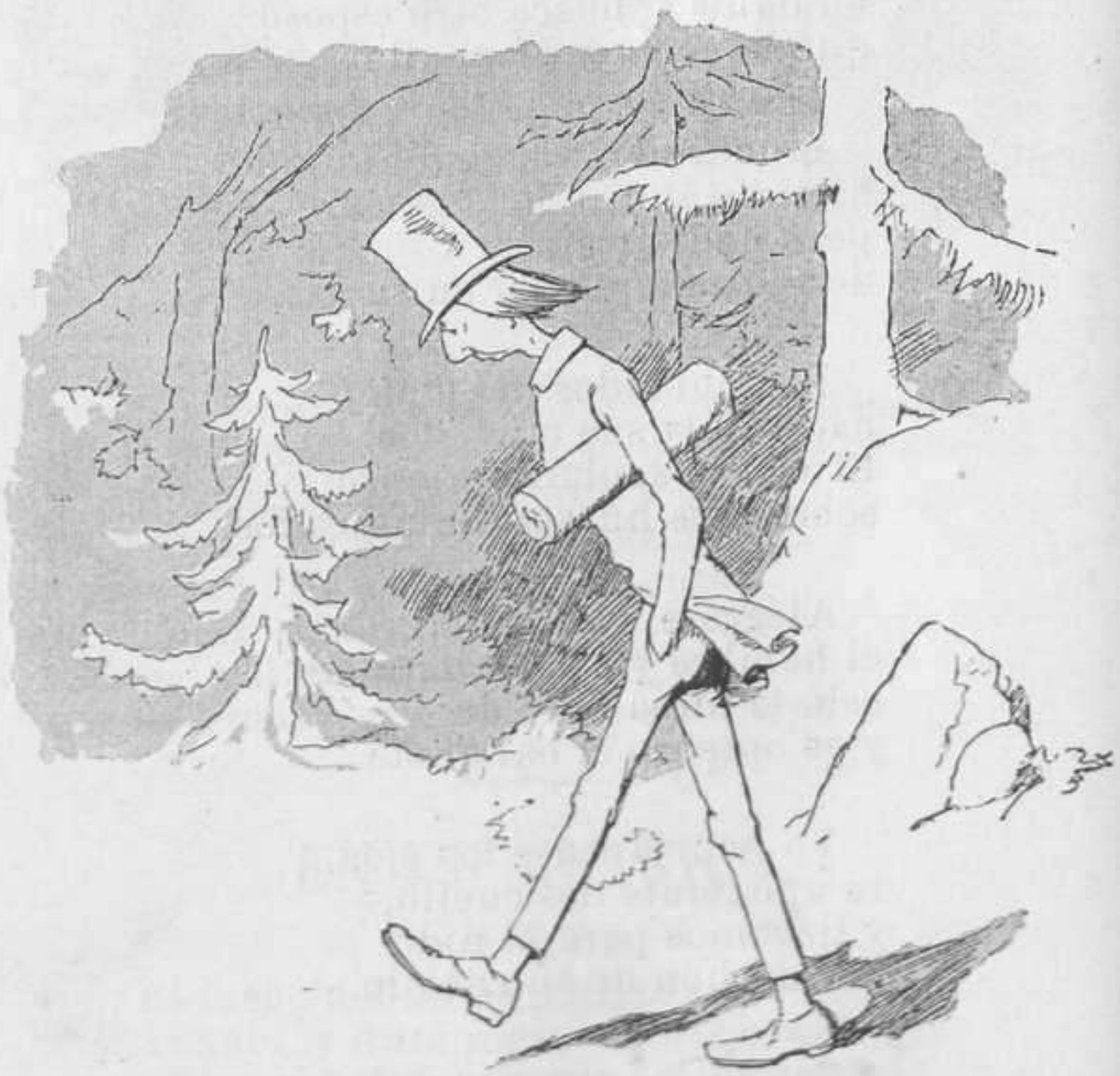
CARLOS M. DE EGOZCUE.

Santa Ana de Misiones Argentinas, Agosto de 1889.

EL POETA Y LA ORTIGA

CUENTO VIVO POR

APELES MESTRES



«Que la Musa encamine mis pasos á un lugar propicio para
que dé comienzo á mi poema EL PACIENTÍSIMO JOB.»

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

«¡Salud, bosque solitario! ¡Salud, ninfas y dríadas que debéis de habitarlo! Dignaos apadrinar la grande obra que va á nacer bajo vuestros auspicios.»

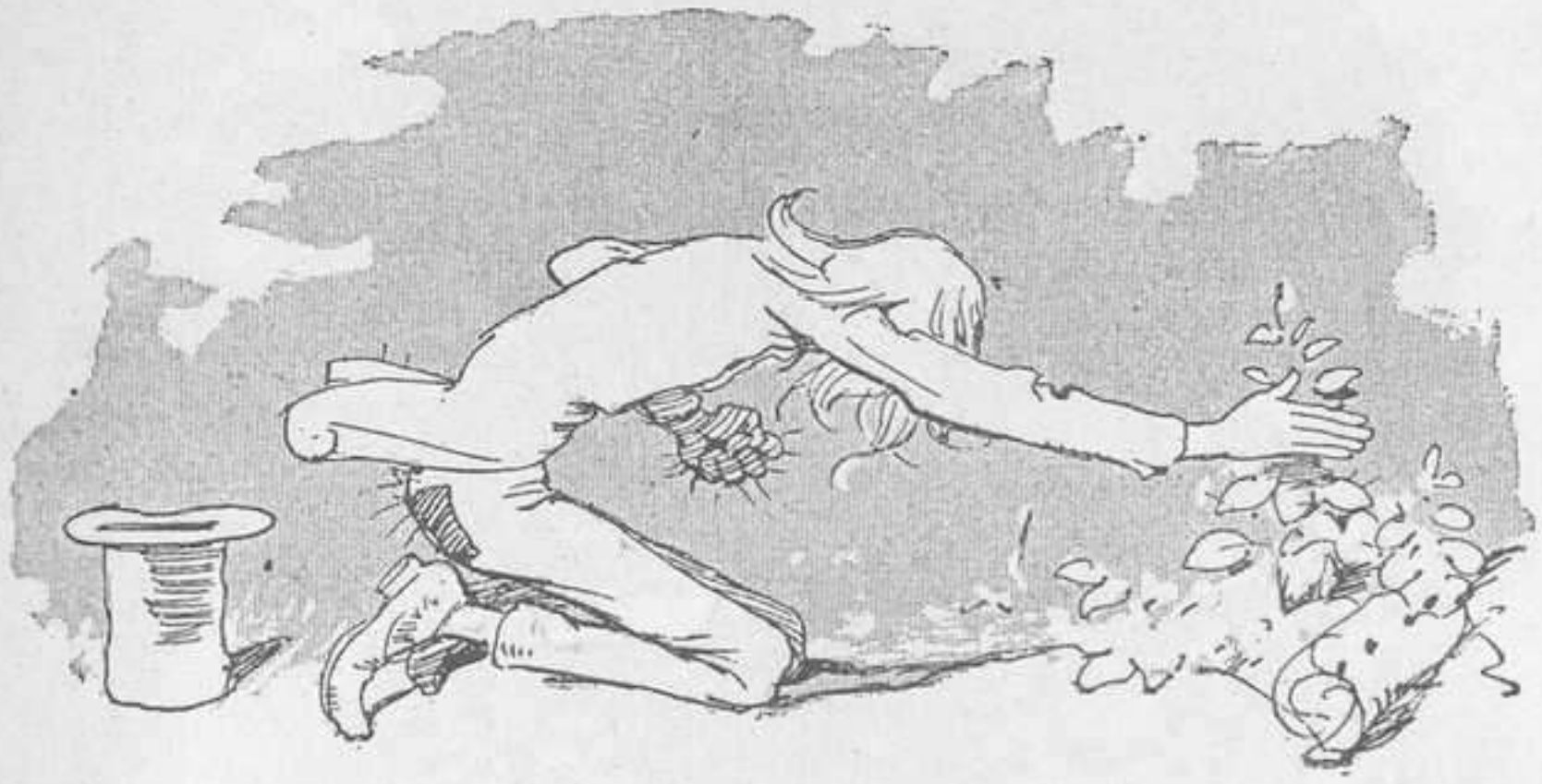
«No camines más, hijo errante de las Musas; este es el lugar propicio.»

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

«¡Caracoles! ¿Qué diablos se me ha metido por ahí?»

«¡Con mil legiones de demonios! ¡Ahora me ha pinchado en la mano!»

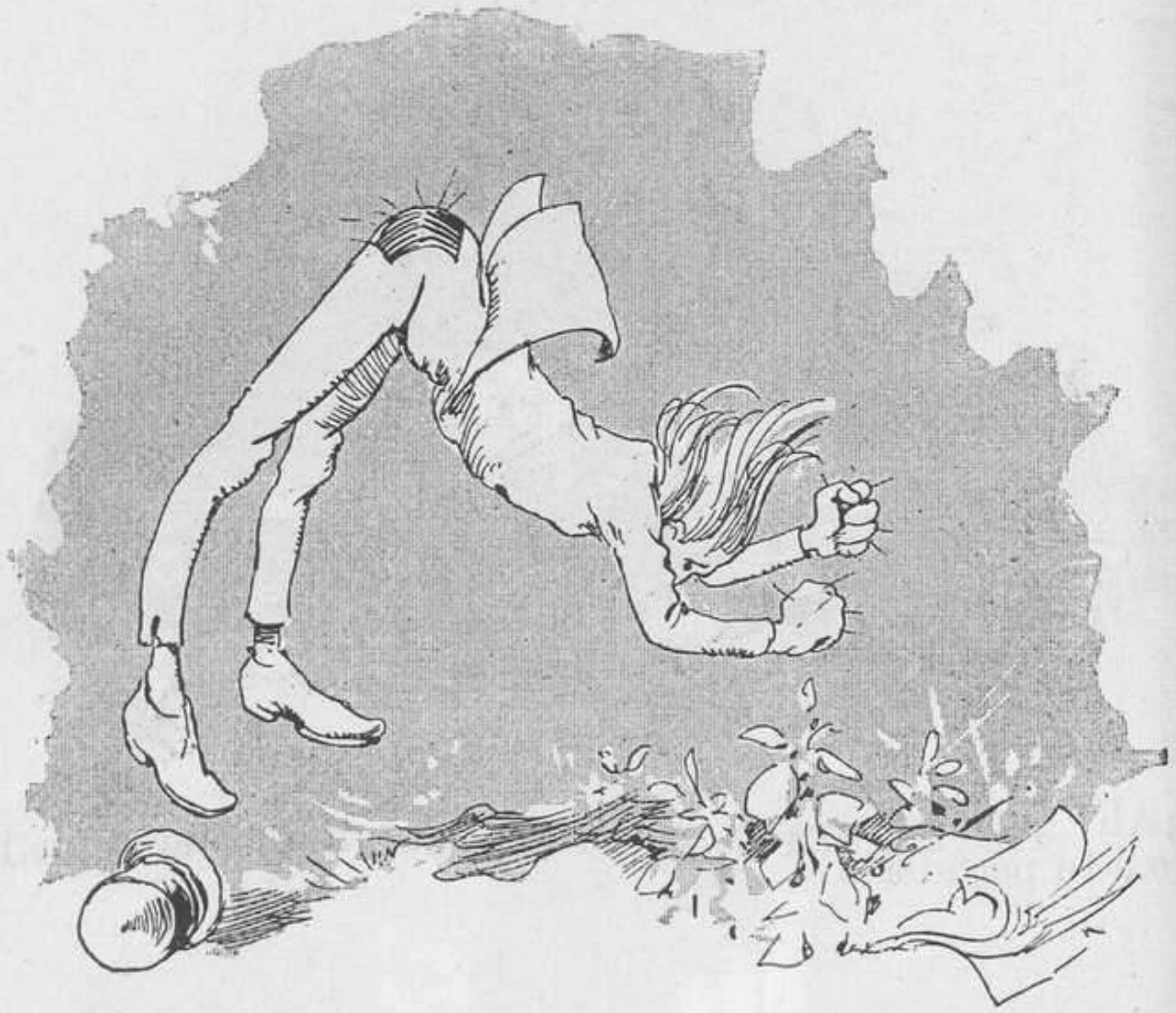
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



«¡Ah! ¿conque eres tú, maldita ortiga? Pues ¡toma en justo castigo á tu perfidia!»

«¡Mal rayo la parta!... ¡Me ha inutilizado las dos manos!»

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

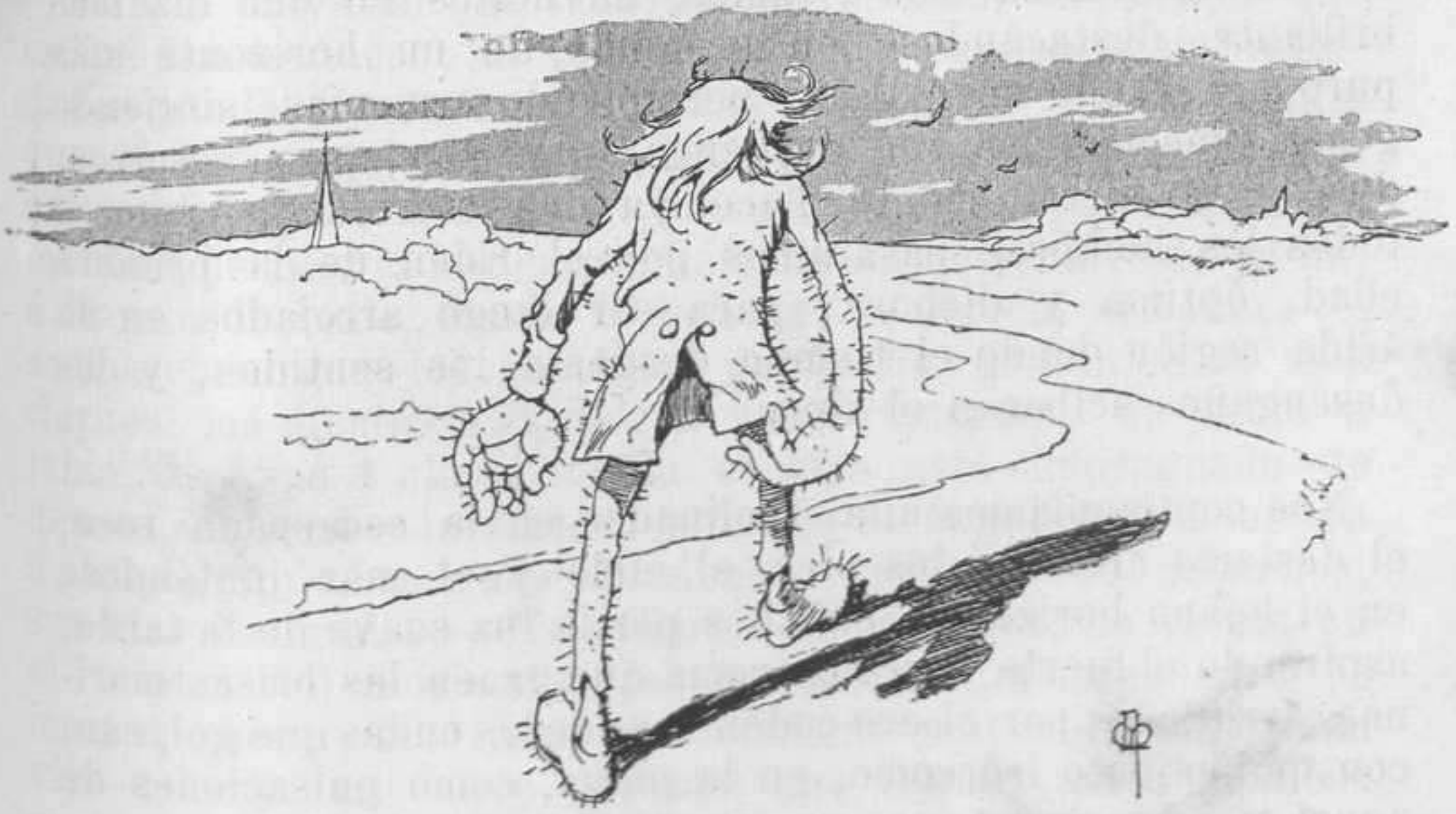


«Pues ¡toma! ¡toma! ¡y toma!... ¡Y cómo me va poniendo el cuerpo la condenada!»

«No importa; ¡hasta no dejar rastro de tí, indecente, cochina, puerca!...»

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y así quedó aquel malhadado campo de Agramante...



Y así regresó á su hogar el autor *manqué* de EL PACIENTÍSIMO JOB.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LEJANÍAS

Hay espacios inmensos en el hombre.

Todos nuestros recuerdos, las reminiscencias todas de nuestra vida anterior, quedan ahí vivos, pristinos, eternos, como soles de ese cielo inconmensurable.

El mundo circunstante, las impresiones recibidas de la inmediata realidad nos ocultan la vida lejana, bella, más bella siempre que la vida presente; que por algo dijo el poeta que «todo tiempo pasado fué mejor.» Pero de pronto, en mitad de esta carrera desalada que la necesidad ó la inquieta ambición nos imprimen, en medio de las preocupaciones que las cosas que nos rodean nos producen, hiere nuestro oído un eco conocido, eco que oimos por primera vez en días más felices, y cuya sensación se ha mezclado, en nuestro espíritu, á otras plácidas sensaciones; y el mundo de la realidad presente se desvanece, y muéstrase en una serena y grata lontananza el mundo del recuerdo.

Entonces objetivamos nuestra propia personalidad, formando otro *yo*, con una existencia más dichosa, circundados de una naturaleza más risueña, envueltos en una luz más brillante, destacándose en el fondo de un horizonte más puro, gustando manjares, percibiendo armonías, sintiendo goces, meciéndose en ensueños, que son, para nosotros, desconocidos totalmente hace ya una eternidad; como si todos los hombres pasáramos por el Edén de la primera edad, óptima y dichosa, para ser luego arrojados en la árida región donde el tiempo desgasta los sentidos, y los desengaños acibaran el alma.

. . . . . .

Nos contemplamos allá, reclinados en la escarpada roca, el desierto arenal á los pies, el cielo y el mar juntándose en el lejano horizonte, bañados por la luz suave de la tarde, aspirando el fuerte y grato aroma que traen las brisas marinas, arrullados por el eco cadencioso de las ondas que golpean, con movimiento isócromo, en la playa, como pulsaciones de aquel ser enorme que parece también enajenado; penetrados de la inmensidad, viviendo la vida del ensueño, en libre y plácida relación con las imágenes que forjó nuestra

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

fantasía; gozando del cielo en la tierra y de la eternidad en el tiempo. Nos vemos errando por los campos y por los bosques, por todos los deliciosos lugares en donde moran esos mil genios que responden á las ansiedades juveniles, percibiendo, por los sentidos ávidos, esa dulce vida que se desprende de las cosas bellas. Nos vemos en la alegre fiesta que hemos esperado impacientes tantos inacabables días; en el templo, testigo de nuestra fe, donde hemos orado, temido, esperado, y donde dejamos, tantas veces, el pesado fardo de nuestras culpas; en la mesa de la familia, donde gustamos manjares de sabor incomparable; en el tranquilo hogar, donde escuchamos proyectos de ventura y sentimos dulces esperanzas. Nos vemos en las manifestaciones populares, presos del arrebato público, expansivos, gozosos, llevados por los himnos de victoria, al encuentro de venturosos días para la patria. Nos vemos, en fin, en el mágico salón de baile, envueltos en luz intensa, en armonías deleitosas, en aromatizado ambiente, rodeados de seres bellos, y sintiendo, junto á nosotros, una existencia poética que comunica á la nuestra la honda dicha que llena todo el ser y produce el éxtasis.

¡Qué lejos está esa vida y qué dulce melancolía viene á nuestra alma al evocar su recuerdo!

Id á la playa en que tanto habéis soñado; al campo que os fué tan hermoso; al templo en que os sentisteis inundados por la esperanza; sentados á la mesa de la familia gustad sus manjares, escuchad los proyectos nacidos al calor del hogar; mezclaos á los movimientos patrióticos en los días de libertad y engrandecimiento nacional. Id, en fin, á la sala de baile, donde la belleza, la luz, la armonía, el aroma embargan los sentidos; donde los sentimientos más tiernos, los afectos más dulces van, vibrantes, de labio á labio, de alma á alma, donde el aire está impregnado de deseos, de ansias inefables, y donde el ángel del amor va á desplegar sobre nuestra cabeza, pletórica de ensueños, sus alas nacaradas.—No soñaréis en la playa, no veréis en el cristal del horizonte las hermosas quimeras que os mostró ahora. No tiene tan brillante matiz el campo; tan vivo color y tan suave perfume sus flores; tan melodioso canto sus pájaros. La iglesia, llena aún de luz, de aromas y de cánticos, no os comunicará la emoción religiosa de otros días; la fiesta es fría y triste; la comida de la fami-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

lia apenas si vuestros sentidos la conocen; los proyectos del hogar no levantan un eco de esperanza en vuestro corazón; presenciaréis casi impasibles las demostraciones del sentimiento público, que creéis demostraciones sin sentimiento en los grandes días de la patria. Y la sala de baile, llena de música de eco efímero, desvanecida luz y bellos y finos seres entregados á la lasciva danza, se presentará como un cielo sin Dios ó un mundo sin calor á vuestros ojos.

No son esos, no, los lugares que buscáis. Una distancia siempre igual, siempre insalvable, os separa de ellos; pudiendo sólo contemplarlos, en lejanía plácida y serena, al través de los espacios inmensos de vuestro ser.

Perdimos, con nuestra inocencia, nuestra dicha, y, como los desterrados del Edén, lo veremos siempre, sin sernos ya dado jamás volver á él.

Sólo la dicha del recuerdo nos resta disfrutar en la tierra.

MANUEL A. BARES.

Julio de 1890.

EL PECECILLO

FÁBULA

Al gran Júpiter Tonante
se quejaba un pececillo
de que los peces mayores
comíanse á los más chicos;
así es que nunca el pobrete
podía vivir tranquilo,
porque de ser devorado
estaba siempre en peligro.
—Yo mejoraré tu suerte,
el gran Júpiter le dijo,
yo mandaré á los mayores
que respeten tu individuo.
—Muchas gracias, dijo el pez,
pero hubiera preferido
que, en vez de ese privilegio,
que yo agradezco infinito,
pero que seguramente
me malquista entre los míos,
me hubierais hecho pez grande
para comerme á los chicos.

JOSÉ ESTREMERA.

Madrid.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
el agua en sus flancos riza,
y rápida se desliza
como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
sumergida entre las ondas,
alzan murallas de frondas
en una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos
por una brisa indolente,
al paso de la corriente
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
el árbol al lado mío,
porque ha empezado el estío
á deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,
de la corriente cautivas,
van pasando fugitivas
como recuerdos de amores.

A veces furtiva lanza
un destello á la pupila,
una luz que tiembla, oscila,
y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena
un rumor que hasta el oído
llega claro, difundido
en la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
de algún remo que voltea,
ya es un ave que aletea
entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
tibia, vestida de gala,
y mi canoa resbala
sobre la tersa corriente.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y en tanto con el desvelo
de la madre ante la cuna,
está mirando la luna
el paisaje desde el cielo.

MARTÍN CORONADO.

PAISAJE

Tasara está ceñida de parras y de flores
y da sobre las vistas de Málaga y del mar.
Peñón del Oro un tiempo llamóse, y *Miraflores*,
y nada hay más hermoso que puédase mirar.

La vid frondosa y bella que cuaja perlas de oro
la cerca con paisajes de helénico sabor,
y como alegres flautas en delicado coro
cantan las verdes cañas sus églogas de amor.

Abre la egregia cola junto á la vieja cerca
mostrando sus cien plumas el libre pavo real,
y el grueso caño tiende sobre la grande alberca
radiantes cortinajes de luz y de cristal.

En la bodega noble, donde en tiniebla suma
escalan los toneles el negro paredón,
señala el vino nuevo con su canción de espuma
su anhelo generoso y arranque de pasión.

Se aventa en la era ardiente la parva luminosa
que flota en chispas vagas como un llover de luz;
colúmpiase en la rama la parra lacrimosa,
y el toldo de hojas forma el nimbo de un capuz.

Cubren los altos muros fresquísimos parrales
con uvas como el ámbar en bella confusión,
y al huerto y á la fuente conducen los rosales
abriéndose en hileras como una procesión.

Sobre el paisaje alegre, lleno de luz dorada,
la atmósfera se extiende como un inmenso tul,
y Málaga parece una ciudad bordada
con torres y alminares sobre la mar azul.

¡Oh asilo delicioso! ¡Oh mágica vivienda
en donde vive y crece mi afecto familiar!
Feliz tú, que te elevas, como una blanca tienda
sobre los patrios montes y junto al patrio hogar.

Cuando en la corte vana recuerdo tu hermosura,
anhelo de tus campos gozar el esplendor,
bañarme de tus noches en la fragancia pura
y acariciar mi oído con tu ideal rumor.

Por donde voy, me sigue, como memoria tierna,
tu imagen, que en mi pecho conduzco en un altar,
¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
el coro que tus árboles entonan á la mar!

SALVADOR RUEDA.

1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Armando Palacio Valdés

EMINENTE NOVELISTA ESPAÑOL

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

NAUFRAGAR EN TIERRA FIRME

—Señores, nos dijo Manolo entre violento y festivo, que el hombre que se ha embarcado tenga que deplorar en su vida algún naufragio, es cosa triste, si ustedes quieren, pero al mismo tiempo muy natural. Lo que desespera, por lo raro é incomprensible, es que yo, que me he mantenido tan soltero como salí del vientre de mi madre, haya caído al agua una vez y tenga que contarme en el número de los... náufragos.

Pronunciaba Manolo estas frases al final de una comida con la que celebrábamos no sé qué suceso. Fornos habíanos servido á maravilla; el gabinete estaba caldeado por el calor del gas y el humo de los cigarros, y en la mesa reinaba ese grato desorden de los postres que anuncia la llegada del plato más sabroso de todo banquete, el que los comensales guisan y sirven por sí propios con salsa de cuchufletas y adorno de historias salpimentadas.

Por sobre el adamascado mantel, entre las copas rechonchas del *champagne*, medio vacías, las tazas ya apuradas del café y los dedales del *cognac* habían rodado cercenadas por la guillotina del chiste, las testas coronadas... de varios amigos queridos, víctimas de los azares del séptimo sacramento.

Se había reído mucho y nos sentíamos todos con ganas de reirnos mucho más, pero las palabras entre plañideras y zumbonas que Manolo había pronunciado, tuvieron el poder de acallar la fusilería de carcajadas y suspendernos á todos como cuando se levanta el telón y empieza el primer acto de una comedia que promete.

—¿Que tú has caído al agua? le preguntamos.

—Y salí hecho una sopa. Todavía me estoy secando.

—Pero ¿naufragaste?

—Naufragué.

—¿Cómo amante?

—Como marido. Eso otro no es naufragar; es darse un chapuz con más ó menos disgusto.

—¿Y nos vas á explicar eso?

—Si ustedes lo quieren.

—Vamos á ver.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

*
* *

—Marchábame de San Sebastián, donde como todos sabéis he pasado mi mes y medio, entregado á la seductora holganza que allí encontramos los madrileños. Yo tengo la manía de viajar bien, y apelo á ingeniosas trazas para conseguirlo. He repudiado hace tiempo el *sleeping*, aquello es un armadijo para los tontos: va uno enjaulado dos veces, porque la litera que le dan es una jaula dentro de otra jaula. Además, no hay un *sleeping* que no vaya atestado, y el bello ideal que yo persigo es viajar solo ó casi solo en un departamento. A lo sumo, un compañero con quien vaciar la petaca ó una compañera á la cual dedicar todas las oficiosidades del viajero galante.

Me había ingeniado, como suelo, para proporcionarme un departamento de primera clase, del cual era único huésped y dueño dos minutos antes de dar la locomotora su pitido solemne. Se aguarda, sin tirantez de nervios, con los bártulos descansados en el suelo del andén, á que se haya llenado el convoy de arriba abajo hasta rebosar por todas sus portezuelas, cestos y sacos de mano, cabezas, sombreros con flores, maletas y chiquillos. No todo el mundo, casi nadie, sabe esperar con sangre fría, porque la manecilla grande del reloj de la estación va girando hacia el minuto amenazador, y entre viajeros, mucho más que la probabilidad de un choque asusta y horroriza la idea de perder el tren. El que tiene paciencia y mala intención, aguarda á que la inundación de los vagones se haya consumado, busca luego al jefe de estación, reclama, invoca el reglamento, que no ha leído, pide el libro de reclamaciones, que nadie sabe dónde está, y con el empleo de toda esta fuerza mayor consigue que al tren se añada un coche.

Yo lo había conseguido. Iba solo, completamente solo; ocho asientos, cuatro rincones, dos divanes-camas, todo para mi único regalo. Un viaje ideal, el sueño de un *touriste*.

*
* *

Mas no habían de ser para mí, aquel día, las glorias que ya saboreaba.

En el instante en que el empleado iba á tocar la campana, por la puerta del andén se introducía una mujer anhelan-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

te, aturdida, precipitada. Fuese al departamento de señoras, y halló resistencia; estaba amurallado, blindado. El factor la encaminó á mi vagón, arrojó en su interior los bultos que la conducía, y la dama atribulada se encaramó por el estribo, dejándose caer sin respiración en el asiento del coche.

Cuando se hubo repuesto del susto y de la fatiga, la señora me reconoció. El tren ya estaba en marcha.

—¡Hola! ¿Es usted?

Era una preciosa muñeca, amiga mía, con la cual me había tratado mucho en San Sebastián. Eramos íntimos; con esa intimidad de verano, se entiende, que luego el invierno transforma en reserva y escama: un saludo á distancia en el Retiro, cuatro palabras furtivas en Apolo y ni señal de conocerse en el Real ó en la Comedia.

Comíamos juntos en la mesa del Hotel Inglés, y habíamos jugado en comandita varios duros á los caballitos del Gran Casino. Nos unían, además, muchos arriscados piropos que ella había oído y yo dedicado á sus ojos negros con raya azul, á su cabello sobredorado, á sus labios de rojo natural y de provocación artística, y á su cuerpecito menudo, airoso, juguetón, que parecía hecho para adornar el mármol de una consola, un primoroso *bibelot*.

Creíme obligado á ser el caballero de aquella muñeca encantadora.

—¿Vuelve usted á Madrid?

—Sí, señor.

—¿Y cómo tan solita?

Yo sabía porqué le preguntaba eso; en San Sebastián nunca la había visto sola. Acompañábala un rico señor, lumbrera de la Bolsa y medianía de la política.

—Es que salgo huída, me contestó.

—¡Huída!

—Sí. A usted bien puedo decírselo. Huyo de un hombre.

—¿De...?

—No, señor; de otro. El que usted quiere decir tuvo que dejarme hace veinte días para acudir á ciertos negocios. Me aguarda en Madrid. Huyo de un audaz, de un arrebatado que comenzó á seguirme á los dos días de haber quedado sola. ¡Qué hombre tan vehemente!

—¡Ah! ¿usted lo notaba?

—¿Cómo no? Está enamorado de mí, pero como un loco; le tengo ciego...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Lo dice usted complacida.

—Es que es muy guapo y muy elegante... con un porte de distinción... Pero ¡qué!... un calavera.

—Así suelen gustarles á ustedes.

—Es natural.

—¿Y le huye usted?

—¡Ay!... Por una locura no he de perder yo mi porvenir. ¡Las pobres mujeres somos tan esclavas! Pues ¡oiga usted! El mozo en cuestión llegó una vez á introducirse en mi cuarto.

—¡Santísimos cielos!

—Le arrojé, ¡oh!... le arrojé. Es un hombre temible, apasionado, demente. Me habría perdido.

—¿Y cómo se libró usted de él?

—Hace ocho días que no me ve. Para alejarle tuve que decirle que era casada.

—Peor que peor.

—No, porque al día siguiente desaparecí. He estado ocho días oculta para despistarle, y hoy he tomado el tren sin advertírselo á nadie.

—De suerte, que se acabó la aventura.

—Se acabó, gracias á la Virgen. Aquel hombre me aterraba.

—Siendo tan guapo...

—Y tan calavera. ¡No, no! ¡Dios me libre de él!

*
* *

Dios no escuchó la plegaria de aquella linda muñequita. ¡Estaba escrito!

Llegamos á Miranda. Ella iba asomada á la ventanilla de la izquierda, cuando lanzó un grito y se vino hacia mí llena de miedo y turbación.

—¡El!... me dijo.

—¿Quién?

—¡El otro! Ahí está, en el andén... Me ha visto...

En efecto, la había visto, pues no acababa aún el exprés de pararse cuando ya se abría la portezuela de nuestro coche y aparecía en el estribo un mozo de resuelta fisonomía y acción desembarazada, muy apuesto, muy bien vestido á lo *touriste*, muy moreno y muy sonriente.

En tanto que ese nuevo huésped de mi vagón alzaba el pie y se ponía dentro de un brinco, la muñeca rubia, con

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

aire de verdadero terror se acercaba á mí y me decía bajito, en tono de súplica ferviente:

—¡Protéjame usted!

El joven, es decir, el otro joven, porque yo también lo soy, como ven ustedes, aunque tan desgraciado, el otro joven colocó en la alambrera un maletín muy cuco que traía, y se volvió para saludarnos.

—¿Cómo está usted? dijo tendiendo la mano á la dama.

Esta no le tendió la suya, antes con una frialdad que á mí me pareció exageradísima, se volvió para mostrarme al recién llegado, y alargando el brazo hacia mi persona... ¡caballeros!... dijo estas palabras:

—Mi marido.

—¡Ah! hizo el otro embozándome en una mirada que me dió tres vueltas; las sentí.

Y acomodóse en el rincón de allá, mientras la mujercita blonda ocupaba el asiento inmediato al mío.

Siguió el tren adelante, y yo empecé á representar mi papel de marido en toda su extensión y con todas sus consecuencias. No me había atrevido á desmentir, en el primer momento, á aquella criatura deliciosa que me pidió protección estrechando su cuerpecito contra el mío, desvaneciéndome con una ola de su perfume, y la suerte ya estaba echada. ¿Cómo había de osar á quitarme la máscara después de lo ocurrido, exponiéndome á que me preguntara aquel hombre con qué derecho me burlé de él y tuviéramos que cruzar entre los dos una bala?

Empezó, pues, el naufragio. La presencia de un marido enardece, y el mozo vehemente me predestinó desde aquel punto. Yo lo conocía, yo sentía el agua que iba mojándome los pies, creía llevar en mi espalda la marca que el ganadero imprime sobre la res que destina á la matanza. ¿Y qué hacer? Al cabo, mi integridad no padecía.

Me sosegué y dejé que la nave se fuera hundiendo.

*
* *

¡Señores! ¡qué verbosidad la de aquel hombre, y qué frases, y qué destreza, y qué trasteo de seductor experimentado!

¡Cómo describía y hacía patentes las bellezas del camino! ¡Qué poético valle! ¡Qué grupo tan salvaje de rocas bravas! Allá un rebaño, acullá una fuente, más lejos un corro de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

lugareñas, un pueblecito, una torre, una arboleda... ¡un túnel!

En los túneles yo me estremecía.

Aquella voz melosa, cálida, andaluza, esmaltaba los paisajes, los encuadraba, les hacía retoques para que tuvieran más luz, ó más sombra, más encanto, más seducción.

En Pancorbo mi mujer ya se había puesto de un salto á la ventanilla, al lado del mozo temible.

En Briviesca ya no se acordaban de mí.

En Quintanapalla ya les estorbaba.

En Burgos... En Burgos ya me decidí á nadar, á echarme al agua buscando una tabla que me condujera á alguna orilla. Salté del coche y fuí á meterme en otro donde me recibieron con gruñidos y hube de acomodarme estrechamente entre una niñera y una nodriza que cuidaban por turno de un solo niño.

*
* *

En Madrid pensé en el equipaje que había abandonado en mi ambulante y allanado domicilio conyugal, y discurrí que no era cuestión de perderlo por repulgos que no eran del caso. Además estaba decidido á revelarme ante el andaluz en todo el esplendor de mi soltería. El caso se había hecho grave.

Me dirigí al vagón. La muñequita estaba en él sola.

—¡Usted dispense!... me dijo mirándome misericordiosamente.

—¿Y el joven temible?

—Se apeó en Avila.

—¿Cómo no ha llegado á Madrid?

—¡Calle usted, hombre! Por miedo á usted.

—¡A mí!... Pues ¿no le ha dicho usted que yo no era su marido?

—¡Dios me libre! ¿Cómo habría conseguido que me dejara?

—De modo que ese hombre se apeó creyendo...

—Que es usted mi marido.

Y ahí tienen ustedes como sin haberme embarcado nunca, hay un hombre en el muudo que al verme pasar, puede mostrarme á sus amigos, diciendo:

—A ése, yo le he echado á pique.

Madrid, Septiembre 1890. JOSÉ FELIU Y CODINA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

VIVIENDO EN EL SIGLO

—¿No dudarás ya más de mi cariño?...—
me preguntó, besándome en la boca;
y entre los goces que el amor provoca,
lloré y reí como si fuera un niño.

Y hablé sin ton ni son y sin aliño,
como el que ve colmada su ansia loca,
ó el mendigo infeliz, que en sueños toca
cetro, corona, púrpura y armiño.

—¡Cuánto te amo! la dije balbuciente!
¡qué inmensa es la pasión que por tí siento!...
Mi vida y mi fortuna, reverente,

pongo á tus pies, mientras mi dicha exista!...
—Sólo quiero de tí, por el momento...
que pagues lo que debo á la modista.

PABLO DELLA COSTA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

POEMA

FRAGMENTO

Mi alma estremecida y agitada
se despojó ante tí de todo velo,
y su voz desolada
fué un huracán que oscureció tu cielo.

—¡Maldito el día en que nací! exclamaba,
del bíblico cantar á semejanza,
y mi palabra trémula arrastraba,
con el último ¡adiós! á la esperanza
y á su fulgor divino,
las ideas en raudo torbellino.

—¡No puedo sufrir más! Hondo martirio
en mi abatido ser se enseñorea
al pensar que tú sufres, blanco lirio,
por este amor sublime,
que me alienta del mundo en la pelea
y de las liviandades me redime.

Negros crespones, sombras sin penumbra
pueblan mis horizontes,
que solamente alumbra,
para calmar mis ansias y mi duelo
tu mirada de cielo.

En medio del dolor, desesperado,
he trazado mi senda:
el triunfo alcanzaré, tan anhelado,
ó caeré en la contienda.

¿Mi senda? Yo no sé si Dios piadoso
hará brillar en ella el claro día;
mas hasta el fin de viaje tan penoso
¿tú quieres esperarme, amada mía?

Sino... mira, mi nombre sin fulgores
sepulta en el olvido,
y entréguese tu alma á otros amores
cual si nunca me hubieras conocido.

Yo solo soy quien amargó tu vida
y tal vez adorándote destruya
tu dulce paz y tu ilusión querida;
déjame, pues, que para siempre huya.

Estoy enfermo de pasión y siento
que todo de tu senda me desvía,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y hoy que voy á perderte ¡qué tormento!
¡te adoro más que nunca, amada mía!

Consúltate una vez. Dime si tu alma
sufrir podrá mi perdurable ausencia;
mas antes vuelve á la apacible calma,
y deja que se aleje
de tu cielo el turbión de mi demencia.

Absorto y febriciente
ante la cruel visión de verme errante,
lejos de tí y en loco paroxismo,
preparado el espíritu valiente
me acerco hasta los bordes del abismo.

¡Sí! vale más la calma de las tumbas
que el tormentoso mar de las pasiones,
cuando un abismo se abre
entre dos corazones.

Y si al santo ideal que acariciamos,
llenos de amor sublime
con el postrer ¡adiós! le saludamos
mientras el alma acongojada gime,
dí, ¿qué vale la vida?
¿No es mejor dejar libres, por ventura,
sus alas al espíritu doliente,
que anhela de los ámbitos azules
la inmensidad fulgente?

. . . . . .
. . . . . .

Ya iba á tender el ala dolorida
mi alma en un esfuerzo postrimero,
«á la extraña región desconocida
de donde nunca retornó el viajero.»

Sombra no más en derredor miraba,
los antros de la nada presentía,
una mano invisible me empujaba
y el horror del abismo me atraía!

Mas yo no sé qué luz clara y brillante
de pronto iluminó mi senda oscura;
¿eras tú, niña amante?
¿era tu imagen celestial y pura?

¡Sí! Yo sentí tu ser y tu presencia
venciendo la crueldad de mi destino,
volviéndome al deber y la existencia
y llenando de flores mi camino.

Y al par sentí una voz débil y triste,
numen de mis cantares,
un cariñoso halago,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

la promesa de amor que tú me diste,
cuando un destino aciago
lejos llevóme de los patrios lares.

Y en tono de plegaria é inocencia:
«¡Ah! tú ignoras mis luchas intranquilas,
que es tuya para siempre mi existencia,
que me abraso en la luz de tus pupilas!

»¡Tú eres mío por siempre! Yo te adoro
en el altar del alma inmaculada,
y con mi fe de niña á Dios imploro
porque sea menos ruda tu jornada!

»Puestos en Dios los ojos, y las manos
sobre el doliente corazón sin calma,
incapaz de traición ó de desvío,
te respondo, entregándote mi alma:
te esperaré ¡por siempre, amado mío!

»¿Por qué temes luchar? ¿Tal vez cansado
te sientes y rendido?
¿O dudas de los goces venideros?
Mas dime: en el combate prolongado
¿no tienes «tu bolsita de luceros?»

»¡Te esperaré hasta el fin! ¿Qué más deseas?
¡Tan profundo es mi amor! ¡Tanto te quiero,
que hasta en la eternidad desconocida,
te seguiré adorando
si es preciso que parta yo primero!»

Ante esa voz celeste ¿qué alma ruda
no levanta á los cielos, como un niño,
fervorosa plegaria?
Y hablando así de Dios, ¿de Dios quién duda,
y no vuelve á vivir en luz plenaria?

¡Oh sublime visión de mis tristuras
que el llanto del dolor lloras conmigo,
en medio de mis amargas desventuras,
desde el fondo del alma te bendigo!

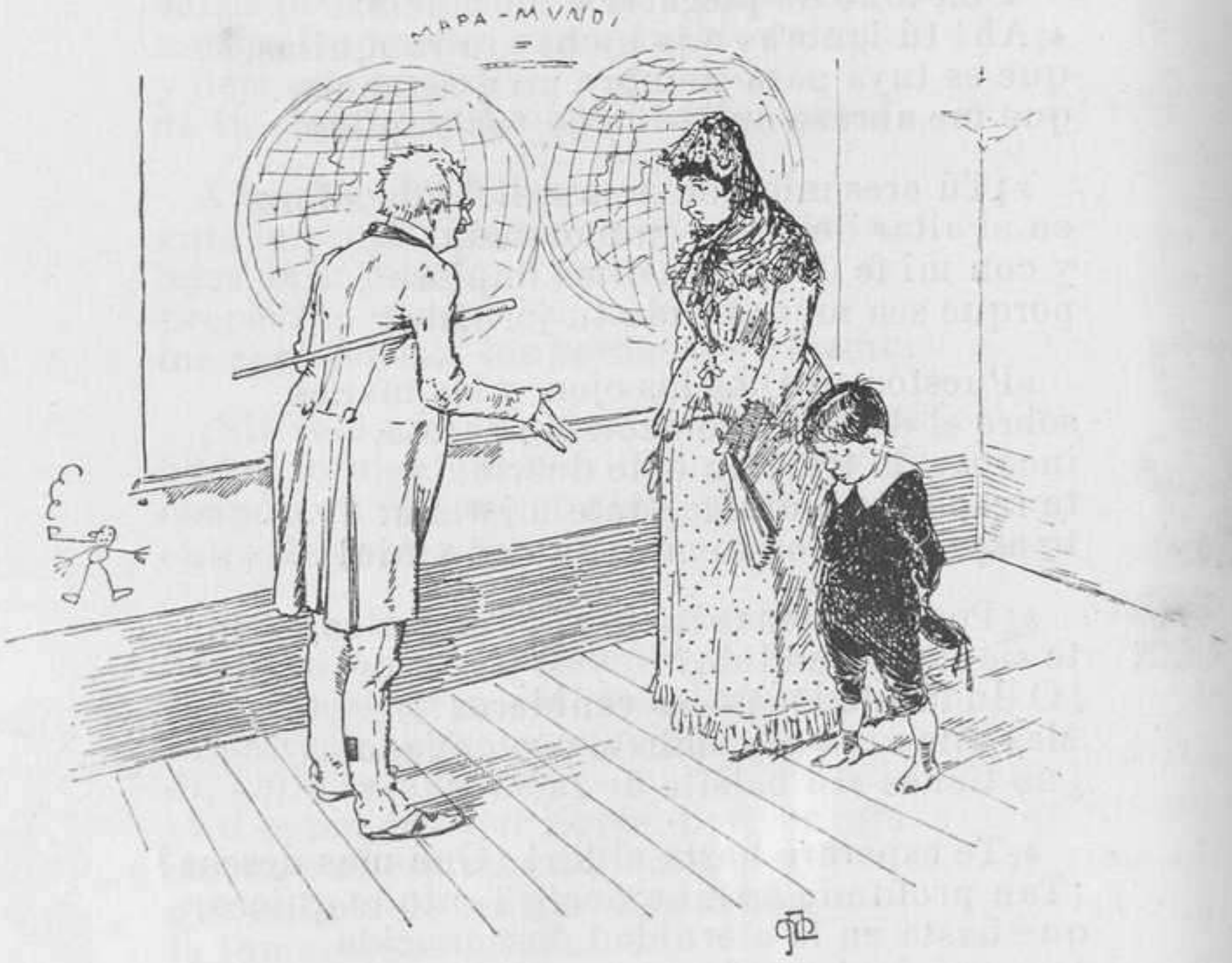
¡Angel! ¡Dios! Yo no sé cómo llamarte,
encantadora y dulce criatura,
y no sé cómo puede tributarte
el tesoro inmortal de mi ternura!

Tengamos fe en Aquel á quien imploras,
que no todo ha de ser triste é incierto,
que ya vendrán más fúlgidas auroras,
y si viajeros del desierto somos
buscaremos un oasis
y haremos nuestra tienda en el desierto!

Montevideo. VÍCTOR ARREGUINE.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EN LA ESCUELA



—¿Qué dice usted de Perico?
—Pues nada, que es un borrico;
aún no sabe, bien ni mal,
lo que es *una horizontal*...
—¡Ni falta que le hace al chico!

* * *

A un joven cándido, así le dice
una viudita de buen humor:
—¿Ves aquel árbol, joven amante?
simbolizamos entre los dos
todas las fases de tus ensueños.
Es tu deseo la blanca flor,
tus esperanzas las hojas verdes,
la fruta el goce que da el amor.
—¡Pero si el árbol no tiene frutos!
—Simbolizamos entre los dos
todas las fases de tus ensueños;
el dulce fruto lo tengo yo.

F. L. B

Buenos Aires.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL SECRETO DE LOS PEÑASCOS

ó

EL CHIFLE DEL INDIO

I

BERNARDO Quispe era un indio nativo de Chongos, en la provincia de Jauja.

Avecindado en la Montaña de Chauchamayo, poseía un pequeño trozo de tierra, conquistado á fuerza de hacha y fuego, en la inextricable espesura de la selva.

Llenábanlo un yucalito, un arrozal, y algunos pies de maíz, que, con un rancho sombreado por dos chirimoyos, constituían toda su fortuna, y el único recurso con que contaban, él y su hija, la linda Lauracha.

Mucho era esto, en verdad, para la sobria existencia del indio, á quien bastaban una *chua* de *mote,* y algunos granos de *cancha*.

Pero Lauracha era una mocetona exuberante, de apetito despótico y antojadizo paladar, que hacía la mueca á esas sencillas viandas del pobre; que pedía las conservas exquisitas y las delicadas pastas saboreadas en los viajes que más de una vez hicieran con su padre á Tarma y Jauja.

¡Y si sólo hubiese sido aquello! Pero Lauracha, desdeñando el faldellín y la *llicclla* de las hijas de su raza codició las galas de esas pálidas beldades de Lima, enviadas á la *Sierra* en busca de la salud.

Y ¡extraño misterio! el indio satisfacía aquellos caprichos y regalaba á su hija con todos esos valiosos goces. ¿Con qué los compraba? El nada poseía, sino la exigua cosecha de su terrenito, apenas suficiente para la anual manutención; y aunque Lauracha era la niña de sus ojos, *querer es poder* no pasa de ser una utopía.

Y no obstante, mientras el pobre indio vestía el viejo calzón de bayeta negra y la agujereada camiseta de *picota,* comía un puñado de maíz y dormía acurrucándose al lado del fuego, sin más abrigo que la fronda de los chirimoyos, en el rancho había, para Lauracha, un lecho de cedro con

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mullidos colchones, finísimas sábanas y cobertores de sedosa vicuña; una alacena provista de dulces y un armario en que las telas más costosas ostentaban todos los colores, en vestidos que ella arrastraba entre la maleza de los bosques, cuando iba cada tarde á visitar á sus amigas, en los caseríos vecinos.

Allí, como en todas las haciendas de la Montaña, el lujo de la joven india era objeto de interminables comentarios, de extrañas suposiciones. La pobreza de Bernardo y los valiosos arreos de su hija constituían un enigma que preocupaba á los habitantes de la comarca.

II

Muchas veces, el indio había sido acechado y seguido, cuando con el hacha al hombro, se internaba en la selva. Pero los haces de leña con que salía cargado, y las frutas silvestres que llenaban su *quepi*, mostraban cómo había empleado su tiempo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cansó, al fin, á los vecinos de Bernardo, aquel inútil espionaje; y su curiosidad chasqueada, limitóse á conjeturas que variaban hasta lo infinito.

Unos suponían que el indio había encontrado una mina en *barra;* otros sospechaban la perpetración de un robo, y los más un pacto con el diablo.

Pero Bernardo Quispe era honrado y piadoso. Nadie podía quejarse de su integridad; y en cuanto á su conducta como cristiano, si su devoción no se manifestaba cual la de los indios acaudalados, con misas y oblaciones, ofrecíala á Dios como los pobres: en lágrimas y plegarias.

Mas ¿cómo, si no tenía ofrendas para el templo, las prodigaba al ídolo de su casa, que resplandecía cubierta de joyas y primores?

Si entre los hacendados de la Montaña se encontrase alguno que, por lo menos, no fuese pobre, de seguro, habríanlo dado por amante á la hija de Bernardo.

Pero los pobladores de aquella agreste comarca eran una falange de indigentes; algunos de ellos, agricultores honrados, pero sin más caudal que sus brazos; los más, sibaritas arruinados en los placeres de Lima, que venían á ocultar en aquellos apartados parajes la vergüenza de su mala ventura.

III

Uno de esos fugitivos de la miseria, perdidos rumbo, vela y lastre, en deshecho naufragio, pero joven, buen mozo y adornado con el romántico nombre de Arturo, llegó un día á la villa de Huancayo.

Dióse por agente de una sociedad científica, enviado á la exploración de terrenos auríferos. Como tal, pidió datos á los habitantes del pueblo, que le suministraron muchos y muy importantes respecto á la existencia de vetas riquísimas en la vertiente oriental de uno de los ramales de los Andes, sobre los linderos de la montaña de Chauchamayo.

Pero si el bello Arturo buscaba oro en aquella antigua morada de Cresos, no era entre la *oscura tierra*, sino en la blanca mano de sus herederas.

Arrullaban esta esperanza las dulces miradas que las lindas huancayinas dirigían al *dandy*, cuando retorciendo su

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

negro bigote, se paseaba, azotando con el flexible junquillo la charolada bota en la prolongada calle que divide en dos secciones el pueblo.

Mas, en tanto que se decidía á una elección, sus burlados acreedores de Lima descubriéronle la pista, y una jauría de comisionados cayó sobre él, presentándole miriadas de letras á cuenta y cargo, por sumas que, reunidas, representaban un caudal.

Firmábanlas: Bar, Chapeller, Brenner, Quintana, Broggi, Capella, Ramírez, Velázquez; esos *restauradores* del hombre exterior y del hombre interno.

Asaltado tan brutalmente en medio de su dorado ensueño, el bello Arturo recurrió á la calidad de agente explorador con que se había decorado; y echando tierra á los ojos á sus perseguidores, dejó á Huancayo, donde las jóvenes lo echaron de menos cada tarde en el paseo de la calle larga.

Traspasó el ramal andino que separa la vega de los deliciosos valles cubiertos de selvas, que se extienden al oriente, y fué á vagar de hacienda en hacienda, por la montaña de Chauchamayo, acogido con benévola hospitalidad por los habitantes de aquella apartada región, encantados con la presencia de un representante del mundo civilizado.

Las sencillas hijas de los plantadores contemplaban con admiración la gallarda apostura de aquel joven tan diferente de sus agrestes novios. Juzgábanlo un ser de naturaleza superior á la suya, y no osaban alzar hacia él los ojos cuando se encontraban á su paso, en los senderos de la selva.

El bello Arturo pasaba sin hacer atención en ellas. Su pensamiento estaba lejos: en Lima, en sus bulliciosas calles, en sus perfumados salones, en las nocturnas fiestas de sus teatros, poblados de beldades...

Una sombría desesperación, la desesperación del ostracismo, se apoderaba del pobre *dandy*.

Los terrenos auríferos de su farsa veníanle á la mente en resplandecientes mirajes, y sus ojos buscaban ávidos el mágico metal, y lo pedían á las grietas de las peñas, á la arena de los arroyos...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IV

Una vez entre las consejas de las campestres veladas, en torno al hogar de los plantadores, Arturo oyó referir la historia de la misteriosa opulencia con que Bernardo Quispe rodeaba á su hija.

Al escuchar aquel relato, la gozosa exclamación de Arquímedes relampagueó en su alma y se exhaló en un suspiro que contenía mundos de esperanzas...

V

Lauracha había oído á sus compañeras hablar del bello huésped, venido entre ellas como un dulce paréntesis en la monotonía de su existencia.

El acento apasionado de esas confidencias produjo en la joven india una impresión que hasta entonces érale desconocida. Sintió en el corazón un vacío inmenso y un inmenso anhelo de llenarlo con una imagen que había forjado su mente.

VI

Un día que Lauracha, sola en el rancho, soñaba con ese misterioso ideal, recostada en su hamaca de plumas, un hombre se detuvo á la puerta y llamó suavemente en la estera de mimbres que cerraba la entrada.

Laura fué á descorrerla y se encontró delante de un cazador que, apoyado en su fusil, la contemplaba.

Mas apenas la joven hubo fijado en él su mirada, un nombre, cual una exclamación se exhaló de sus labios:

—¡Arturo!
—¡Laura!
—¡Sabe mi nombre!
—¡Te amo!...

VII

Lauracha está radiante. Nunca arrastró con tanto gusto, gracia y coquetería sus ricos vestidos á la vera de los setos, sobre los polvorosos caminos vecinales, provocando envidias,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y admiraciones. Nunca le pareció tan bello agradar y ser hermosa.

Hasta entonces había sonreído sólo á su imagen, cuando, ante el espejo, ensayaba sus galas; ahora sonreía al universo entero, que se había tornado para ella un paraíso.

Mas ¿por qué la alegría de Lauracha entristecía á su padre, que habría dado su vida por verla contenta?

¡Ah! era que los ojos de Bernardo, al través del prisma del amor paternal, que es, casi una adivinación, veían lejos...

VIII

Lauracha, envuelta en un peinador de riquísimas blondas, reclinábase en su hamaca, meciéndose suavemente, entregada á un dulce desvarío.

—¡Laura! murmuraba con acento apasionado, ¡Laura! ¡qué bello es este nombre en sus labios! .. ¡Oh! ¿quién pudo darme el horrible de Lauracha?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y en tanto que ella rechazaba ese cariñoso diminutivo con que su padre la arrullara en la infancia, no lejos de allí, Bernardo, inclinado sobre el surco que su arado dejaba en pos—¡Lauracha!—exclamaba.

Y las lágrimas se deslizaban por sus bronceadas mejillas y caían sobre la removida tierra.

IX

—¡Arturo! gritó de súbito la joven india, con una gozosa exclamación, corriendo al encuentro de su amante. Te esperaba... ¿Sabes que cuando te acercas algo en la luz, en el aire y en mi corazón me anuncian tu presencia...? Pero... ¡oh Dios!... ¿Qué nube sombría oscurece tu frente?

—¡La duda, Laura, la duda!

—¿La duda? Yo no sé qué dice esa palabra, ¡debe ser horrible!

—Escucha. Anoche, mientras en alegre ronda bailaba con tus compañeras, cerca de mí, de en medio de un corro de espectadores, salió, mezclado á tu nombre, una frase que hirió mi corazón con luz siniestra, despertando en él ese amargo sentimiento que se llama *duda*... ¿Comprendes ahora?

—¿Dudarías acaso de mí, amado mío?

—¡Ah! cuéstame confesármelo á mí mismo, Laura... Pero dirige una mirada en torno tuyo. ¿Qué ves? te preguntaré yo; y tú habrás de responderme: oro, seda, valiosas joyas. ¿Quién te prodiga esos tesoros?

—Mi padre, respondió la joven india, con el candor sereno de la verdad.

—¡Tu padre! replicó el *dandy*, con amarga sonrisa. Míralo allá abajo vistiendo harapos, ocupado en echar unos pocos puñados de simiente en su reducida heredad. Dí, ¿puede aliarse tu lujo con su miseria?

—¡Pobre padre! ¡Ah, nunca me detuve á pensar que, olvidándose á sí mismo, me consagraba todo el fruto de su trabajo!... Mas ¿por qué ríes con ironía?... ¡Te alejas!... ¡Arturo! ¡Arturo!

—Héme aquí. ¿Cuál es el origen de tu opulencia?

—¡Ay de mí! lo ignoro... Sí; porque ahora yo también

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

comienzo á ver en los dones de mi padre un extraño misterio... ¡Pero, cualquiera que sea, yo lo develaré!

—¡Plegue al cielo que sea pronto! porque ¡ay! hasta entonces tu vista sería para mí un suplicio.

El *dandy* se alejó con trágico ademán, pero llevando en el labio una sonrisa de triunfo.

X

Lauracha se quedó apoyada en la puerta, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Lloraba.

—¡Oro! ¡seda! ¡valiosas joyas! decía con acento de profunda cavilación. En verdad, ¿con qué compra todo esto el pobre Bernardo Quispe, el mísero indio, que huyendo del hambre vino á disputar á estas selvas un trozo de tierra para arrancarle su mezquino alimento? ¿Con qué paga los caprichos de su hija, que nunca detuvo la mente á pensar

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

si acaso costaban un crimen? ¡Ah! yo recibía esos beneficios como se reciben los de la Providencia: sin indagar sus arcanos. Mas, forzoso es que penetre ese misterio, y lo devele á los ojos de Arturo, para disipar las sombras que ha aglomerado en su alma.

XI

Desde ese día Lauracha se consagró á espiar á su padre.

Con la refinada astucia característica de su raza, seguíalo invisible por todas partes; ora arrastrándose como una culebra bajo la hierba de los sembrados; ora agazapada tras de los matorrales, ora oculta en la fronda de los bosques.

Nunca la malévola curiosidad de los vecinos del pobre Bernardo puso en juego tan activa vigilancia.

Pero, cual ellos, Lauracha nada descubrió; nada que pudiera darle alguna luz sobre aquel extraño enigma.

Y el tiempo pasaba, y Lauracha sentía la desesperación invadir su alma, porque Arturo, cada día más sombrío, llegaba á ella ceñudo; con el sarcasmo en el labio; interrogábala con una severa mirada y se alejaba sin dirigirle una palabra.

¡Ah! ¡qué diferencia entre ese hoy doloroso, y el delicioso ayer!

Y Lauracha, pensando en la inutilidad de sus investigaciones para descubrir el tenebroso misterio que se alzaba entre ella y su dicha, lloraba lágrimas de rabia.

XII

Una tarde que sentada en el umbral de la puerta, apoyando en la mano la mejilla, miraba el camino por donde Arturo solía venir, Bernardo, que notaba su tristeza hacía tiempo, halló la oportunidad de una explicación.

—¿Qué anhelo te aqueja, hija mía? la dijo. ¿Te falta algo? Mañana saldré á comprártelo en los pueblos de la vega. Habla, dí, ¿qué deseas?

Estas palabras de su padre fueron para Lauracha un rayo de luz. Habíale seguido los pasos por todas partes, menos en sus viajes al exterior. Allá, sin duda, encerrábase el fatal misterio que anublaba el cielo de su amor.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Un destello de esperanza brilló en el alma dolorida de la joven india, que llevando á sus labios una dulce sonrisa, exclamó abrazando á Bernardo:

—¡Ah, este querido padre es adivino! Sí: estaba pensando en los días del verano que se acercan, y en mis vestidos de gasa desgarrados por las zarzas, y en la necesidad de renovarlos con unas preciosas muselinas, traídas el mes pasado á Jauja por un mercader de Lima. Pensaba en un sombrerito de paja blanca con cintas color de rosa, para resguardarme del sol cuando bailemos en los prados. ¿Qué dices á esto, padre mío?

El indio, sin responder á su hija, púsose á hacer sus aprestos de viaje.

Descolgó de las ramas del chirimoyo sus sandalias, sus escarpines y su *quepi;* la bolsa de su coca, y el *chifle* de la chicha, y cuando llegó la noche, y su hija se hubo recogido, se despidió de ella diciendo que iba á partir antes de que viniera el día.

Lauracha se despojó de sus bellas ropas, y apagando la luz para ocultarse mejor, vistió el *hannaco* de las indias, de la Puna, cubrió sus hombros con una *llicclla* negra, la cabeza con una montera, calzó sandalias, como su padre, y veló, acechándolo, pegado el ojo á la rendija de la puerta.

XIII

Al mediar de la noche, el indio, alzándose del lado del fuego, echó el *quepi* á la espalda, cruzó el pecho en bandolera la correa de su chifle, y dando una mirada recelosa en torno, echó á andar, perdiéndose entre las tinieblas.

Pero Bernardo no iba solo: su hija lo seguía, deslizándose en pos suyo, silenciosa y leve, como una sombra.

Mas, con grande asombro de Lauracha, su padre, en vez de tomar el camino de las alturas, internóse en la selva, dirigiéndose hacia el norte, por el lado donde uno de los infinitos ramales de los Andes desciende y se pierde en agrupados peñascales, bajo la fronda de los bosques.

Al tocar con las primeras rocas de aquel recóndito paraje,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

el indio cayó postrado en tierra, y Lauracha lo oyó gemir, invocando el nombre de *Pachamama*.

Alzóse luego y siguió su camino entre un dédalo de riscos que se inclinaban, los unos sobre los otros, bajo el espeso follaje.

El indio caminaba con paso quedo, como el que teme ser sentido.

De repente, Lauracha vió que su padre se detenía ante una maca de sombra.

Era la boca de una caverna.

El indio, con ademán cauteloso, vertió tres veces en el hueco de la mano la chicha de su chifle, y otras tantas roció la tierra en torno. Esparció sobre esas libaciones un puñado de hojas de coca, y penetró en las tinieblas del antro.

XIV

Lauracha se quedó oculta entre el follaje de una enredadera, á pocos pasos de la caverna, trémula y el corazón palpitante, al choque de encontrados afectos.

Allí estaba encerrado el misterio que buscaba; pero, ¿érale dado á ella develarlo, sin traición á su padre? No; mas, ¿érale posible soportar, sin morir de dolor, el desvío de su amante?

¿Y el deber filial?

¿Y el amor de Arturo?

Estas reflexiones pasaban confusas por su mente. Pero, á este último argumento, que apareció neto y terrible á su alma, Lauracha no vaciló...

XV

El indio salió de la caverna y se alejó con el ademán temeroso y el rápido paso de un delincuente.

Lauracha se precipitó entre las sombras del antro, que un tenue rayo del alba comenzaba á iluminar.

Si Bernardo no estuviere ya lejos, habría oído una extraña exclamación de su hija...

Lauracha salió de la cueva con los cabellos erizados, pero radiante el rostro.

Fácil le fué seguir los pasos á su padre por el camino

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que ella se trazara con hilos arrancados á la trama de su *llicclla*, y puestos como señales en la rama de los árboles.

Al llegar á los linderos de la selva, Bernardo se detuvo.

Sentóse en una piedra, apoyó sobre la rodilla su chifle, pendiente de una correa de cuero, y bajando la cabeza, con ademán natural dirigió una mirada de reojo á la profundidad de la fronda.

Pero nada descubrió, ni oyó rumor alguno, si no era el canto de las aves á las rosadas luces de la aurora.

El indio se levantó, cruzó la tierra labrada por entre los setos de los sembrados; dirigióse al oeste y tomó el rocalloso camino de las alturas.

Cuando hubo entrado en la primera hondonada, detúvose de nuevo. Despojóse del sombrero de alpaca blanca, del *quepi* y del chifle de la chicha, que dejó ocultos entre un matorral; envolvióse en un poncho negro, y se puso á escalar una peña que, en forma de pirámide, alzábase, dominando una grande extensión del paisaje.

Al llegar á la cima, arrastróse, pecho en tierra, como un reptil, y desapareció entre las escabrosidades del opuesto borde.

XVI

Lauracha, que á su vez habíase detenido y acechaba á su padre, al verlo tomar el camino de la Sierra, salió del bosque y corrió desalada hasta el rancho.

Arrojó lejos de sí *hannaco*, *lliccIla*, montera y sandalias; calzó un lindo coturno de raso, vistió sus mejores galas, y miróse al espejo, con orgullosa complacencia.

—¡Arturo! exclamaba. ¡Ah! ¿por qué no está aquí, para saber que Bernardo Quispe puede comprar el Perú, y su hija llevar los atavíos de una reina?

Hablando así la joven india, poco antes amante sumisa, doliente y llorosa, sonreía con un dejo pronunciado de soberbia.

Un grito la interrumpió; y Lauracha vió la imagen de su amante dibujarse, detrás de la suya, en el cristal del espejo.

Arturo la escuchaba.

El arruinado *dandy* sintió tan fuerte golpe de gozo en el corazón, que cayó á los pies de la india.

—¡Habla! decía estrechando sus manos. Tu semblante me anuncia que has penetrado al fin en el misterio que yacía

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

como un abismo entre nosotros. ¿Quién es Bernardo Quispe? ¿Cuál es la palabra del extraño enigma que os envuelve?

—Sígueme, respondió ella, arrastrándolo en pos suyo.

Los hilos de la *lliccl la* de Lauracha, pendientes de las ramas, guiaban á los dos amantes, que, asidos de las manos, palpitantes, silenciosos, corrían con la rapidez que les permitía la espesura de la selva.

Un mundo de tumultuosos pensamientos se alzaba en la mente de ambos. De vez en cuando, el *dandy* fijaba una mirada ávida en los ojos de Lauracha, procurando leer en ellos el sentido de las misteriosas palabras de la india, que relampagueaban en su espíritu.

Lauracha atravesó, hollando con pie profano, el sitio donde su padre se prosternara, á la entrada de los peñascales; y asida á su amante, apresuró el paso, y penetró con él en la caverna, que á esa hora, el sol naciente, penetrando por una hendidura de la peña, alumbraba con un alegre rayo...

XVII

Todo cuanto el *dandy* pudiere imaginar de extraño, magnífico y terrible, quedara muy atrás ante el espectáculo que se presentó á sus ojos.

En toda la vasta extensión de la caverna, apoyados á la roca, mirábase una línea de esqueletos.

Sentados en la actitud de la momia, tenía cada uno delante de sí su arco, sus flechas, y un enorme montón de pepas de oro.

Aquella sucesión infinita de aglomeraciones auríferas, que el rayo de sol hacía resplandecer en la oscuridad del antro, bajo los ojos vacíos de los esqueletos, formaba un cuadro extrañamente fantástico.

Arturo se creyó de pronto juguete de una pesadilla.

—¡Laura! exclamó; ¡dime que estoy despierto, y que la maravilla que contemplo no es la visión engañosa de un sueño!

Y sus miradas devoraban aquellos tesoros.

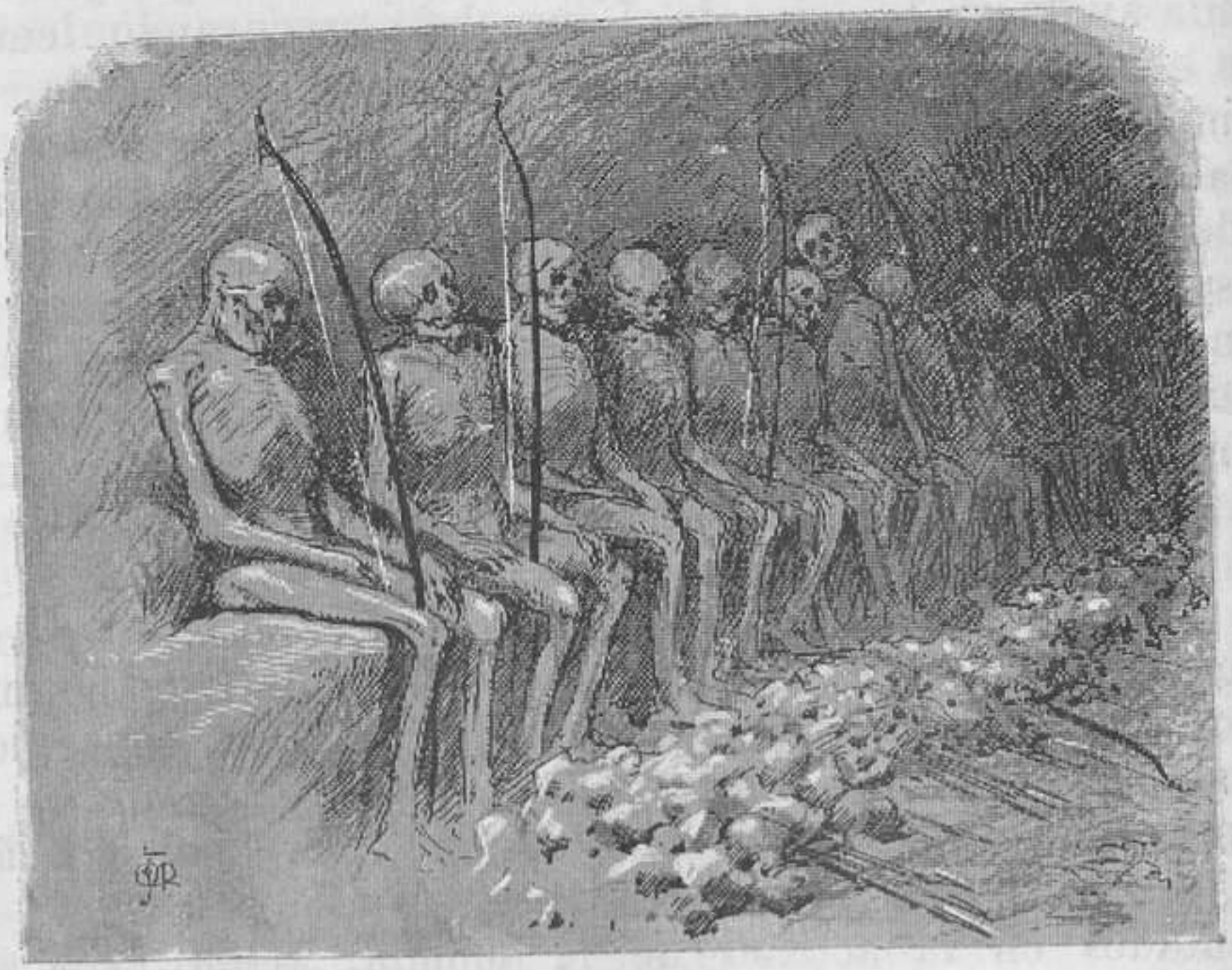
La india sonrió con aire de triunfo.

—¿No es verdad, amado mío, le dijo, no es verdad que mi lujo era una miseria y que mi padre se quedaba corto en sus dones?

El *dandy* no la escuchaba: su mente estaba lejos.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Millonarios sin dinero! murmuraba, ¡ricos á crédito, que después de haberme explotado me despreciabais, yo os haré ver lo que es riqueza... y caeréis á mis pies! Y vosotras, orgullosas beldades, Lucía, Rosa, Emilia, que cerrasteis vuestros salones á Arturo el arruinado; Arturo el opulento las abrirá con llave de oro, y os aprisionará con cadenas de brillantes. Y tú, ¡ciudad de los mágicos ensueños! ¿qué placeres deliciosos me guardas, en recompensa de los



magníficos palacios de mármol con que embelleceré tu encantado recinto?

Y arrebatado de gozoso entusiasmo:

—¡Lima! ¡Lima!

—¡Lima! repitió Lauracha. ¡Lima! ¡anhelo de toda mi vida! muy luego, rodeada de todos los esplendores de la dicha: riquezas, juventud, amor, seré la reina de tus fiestas, y la envidia de tus hijas; esas beldades de tez nacarada y sedosas cabelleras, que dejan en pos de sí una atmósfera perfumada. ¡Oh, amado mío! ¡imagina los inmensos goces que nos prepara el destino!... ¡Ah, la felicidad abruma como el dolor! Vamos á aspirarla, bajo la luz del cielo, entre el aroma de las flores...

Y arrastraba al extasiado *dandy* fuera de la caverna.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Mas, al llegar á la entrada, Lauracha exhaló un grito de espanto y retrocedió.

De pie y los brazos cruzados sobre el pecho, severo y mudo, Bernardo Quispe estaba delante de ellos.

XVIII

—¡Padre! exclamó Lauracha pasado el primer momento de pasmo.

Y arrojándose al cuello del indio, ocultó el rostro en su pecho.

—¡Temeraria! replicó él, apartándola de sí con despego, ¿no sabes que los secretos de los padres son sagrados para los hijos? ¿No sabes que la morada de nuestros muertos es un santuario vedado á un blanco, y nuestras riquezas un misterio que no deben contemplar sus ojos?

Lauracha estaba anonadada. De rodillas y las manos suplicantes:

—¡Perdón, padre! exclamaba. Le amo, y él dudaba de mí: el lujo que me prodigabas le hacía sombra.

—¡Amor paternal! exclamó Bernardo con acento de honda contrición; ¡amor paternal! ¡cuánta debilidad encierras! Todos hemos sido culpables. Acercaos, hijos míos, y redimamos nuestro crimen con una libación expiatoria.

Arturo, que resuelto á defender aquellos tesoros á costa de su sangre, se mantenía erguido, buscando con los ojos un arma, serenóse al escuchar las mansas palabras de Bernardo.

Acercósele con semblante afectuoso, y le pidió perdón por su involuntaria falta.

El indio, sin responderle, púsose á destornillar la parte inferior de su chifle, que una segunda base de madera negra dividía en dos secciones.

Hecha esta operación, el recipiente se transformó en dos vasijas.

La parte inferior era un vaso lleno de pepas de oro; la superior una copa rebosante de espumosa chicha.

Bernardo arrojó aquél á tierra.

—Hé ahí, dijo á su hija, el premio de tu opulencia y de mi pecado.

Luego fué á tomar de uno de los carcajes colocados ante los esqueletos, una saeta adornada de vistosas plumas;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

removió con ella el chispeante líquido y presentándolo á Arturo, le dijo:

—Bebed este licor de mis padres, á fin de aplacar sus sombras, y hacer propicia á *Pachamama*.

Y en tanto que el *dandy* bebía, un relámpago de sombrío gozo fulguró en los ojos del indio.

Mas cuando de los labios de aquél pasó á los de su hija, temblóle la mano y una palidez mortal cubrió su semblante.

En seguida, apurando él mismo el resto del licor hasta su última gota,

—Ahora, dijo, escuchad la historia de estos tesoros, y la de la heroica fidelidad de aquellos, cuyos restos parecen guardarlos todavía. Era en aquellos días de iniquidad, cuando los blancos tenían al Inca prisionero, cargadas sus augustas manos de cadenas.

Hablando así, la voz del indio era sombría, casi lúgubre.

Arturo y Lauracha sentían que un dolor frío inundaba sus sienes.

El indio continuó:

—Mientras que en la sombra afilaban el hacha para sacrificarlo, sonreíanle con rostro amigo, y le ofrecían la libertad á trueque de un rescate.

—El Inca los creyó. Hijo del Sol no podía sospechar la obra de tinieblas...

—Padre, articuló Lauracha gimiendo, tus palabras me hacen daño. Una dolorosa ansiedad oprime mi pecho... y... Mira: Arturo palidece también.

El indio sonrió amargamente, y repitiendo su última frase «Creyólos el Inca,» prosiguió: ...y envió mensajeros á todos los países de su vasto imperio, en demanda de oro.

Y muy luego nuestros aéreos caminos de las alturas se tornaron otras tantas hileras de hombres que en dirección al norte caminaban, cargados del funesto metal, causa de nuestra ruina...

Pero ellos, menos crédulos que el Inca, llevaban, también ocultas, previendo el caso de traición, armas para libertarlo.

Un suspiro fatigoso cortó la voz al indio, que apoyándose en las paredes de la caverna, al lado de un esqueleto, continuó:

—Estos, ó más bien aquéllos, que esos helados restos animaron, empleadas dos lunas en la extracción de los

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tesoros que veis, llevábanlos, según el mandato del Inca, á la gran *cancha* del palacio de Cajamarca que le servía de prisión, y que debían llenar hasta la señal trazada por el cetro imperial en la muralla.

Caminaban noche y día sin detenerse, ni aun para mojar el sediento labio, en su paso al través de las cristalinas corrientes.

Mas al trasponer las cumbres de Huairos, un grande lamento llegó á sus oídos, traído en alas de todos los vientos.—¡El Inca ha muerto! gemían las altas cimas. ¡El Inca ha muerto! clamaban los hondos valles.

Los caminos quedaron desiertos: aquellos que en inmensas multitudes, cargados de oro la surcaban, dijeron á los peñascos:—Abridnos vuestros antros para ocultar los tesoros del Inca á la rapacidad de sus verdugos, y morir de dolor.

Y los peñascos abrieron sus entrañas, y guardaron su secreto.

El indio se interrumpió otra vez y su mano trémula enjugó el sudor que le bañaba la frente.

—¡Padre! dijo Lauracha, con voz ahogada, ¡tengo frío!... ¡tengo miedo!... ¡Ah, mira... Arturo palidece más todavía!

El indio, haciendo un supremo esfuerzo, atrajo hacia sí á su hija, cuya cabeza cayó, inerte, sobre sus rodillas.

Y fijando en Arturo una mirada en que, á través de la muerte, brillaba un destello de odio:

—Estos también, dijo, señalando la línea de osamentas, éstos también, cual tú, palidecieron más y más, antes de llegar al estado en que ahora yacen, teniendo delante, inútiles, sus tesoros y sus armas, impregnadas de mortal ponzoña.

—¡Envenenado! balbuceó el *dandy*, cuya lengua helada comenzaba á paralizarse.

Y arrastrándose sobre sus trémulos miembros, lanzóse fuera de la caverna.

El indio, viéndolo alejarse, sonrió con rencorosa ironía.

XIX

Una banda de cazadores, que, en persecución de un gamo cruzaba la selva, encontró tendido en tierra y moribundo á un hombre que en sus últimas palabras refirió el trágico desenlace de esta historia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Los habitantes de aquellos valles exploraron, hasta en sus más recónditos parajes, la selva y las aglomeraciones de rocas, sin encontrar indicio alguno de la caverna.

Como el indio había dicho, *los peñascos guardaron su secreto*.

JUANA MANUELA GORRITI.

Buenos Aires, Marzo de 1890.

¡JUVENTUD!

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANDALUZA E. S.

¡Yo no cuento los años! Me parece
que ayer fuí joven y que ayer corría
por tus valles, feraz Andalucía,
do el naranjo perfuma y la vid crece.

¡Ah! ¡Cómo en mi memoria se embellece
la imagen! ¡Cómo va la fantasía
subiendo por escalas de armonía
hacia lo ideal que en puro azul se mece!

Y vuelvo á ver los sitios halagüeños
y vuelven á surgir apariciones,
mundo gentil de enamorados sueños.

Y mi alma, por tan gratas emociones
hechizada, y por cuadros tan risueños
da eterna juventud á sus visiones!

GUILLERMO MATTA.

Buenos Aires, Mayo de 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EN EL BAILE

Estaba encantadora cual ninguna...
De su cabello los dorados rizos
iluminaban con fulgor de luna
su rostro angelical, lleno de hechizos.

—

Yo contemplaba con afán creciente
á esa niña de cándida sonrisa,
rítmico andar, esplendorosa frente
y voz como el suspiro de la brisa.

—

Levantada la espléndida cabeza,
por mi lado, una vez, fascinadora,
voló, irradiando juventud, belleza...
¡Era el amor, naciendo de la aurora!

—

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cuando pasaba junto á mí, sentía
embriagador perfume de azucenas...
Ante ese arcángel del humano día
ni fascinar supieron las sirenas!

—

Al verme, se detuvo al lado mío;
aunque agitada, conversóme suave;
noté en sus ojos claridad de estío;
era su voz como el trinar de una ave.

—

Sentóse presto, y con amante anhelo
sus labios formularon un reproche,
y me besó con su mirar de cielo
más puro que la estrella de la noche.

—

El vértigo sentí de las alturas,
mi corazón latió con ansia extrema...
¡Es el primer amor, en sus locuras,
la más lírica estrofa de un poema!

—

Hoy, el ángel aquél de mis amores
es bien perdido que el recuerdo alcanza...
Murió la niña de ojos soñadores
azules como el cielo y la esperanza!...

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EPITAFIO

Era un gran corazón. Bajo su frente
relampagueaba, audaz, el pensamiento,
y sus estrofas arrojando al viento
volaba por las cúspides su mente!

Amó la libertad como el creyente
ama, estoico, su rudo sufrimiento;
y nunca, nunca, con menguado acento,
cantó hosannas al vicio prepotente!

En el festín del mundo fué un ilota;
vivió en la soledad y en la pobreza
como la planta que entre ruinas brota.

Y al doblar para siempre la cabeza,
vibró en su lira, descordada y rota,
el salmo funeral de su tristeza!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 189).

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ARTISTAS AMERICANOS

D. José Orilia

APLAUDIDO TENOR URUGUAYO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

JOSÉ OXILIA

Nuestras hermanas, las repúblicas de la América española, se han distinguido siempre por su amor á las bellas artes y por la protección que han otorgado á cuantas compañías de mérito se han dirigido á aquellos jóvenes países desde la caduca Europa en busca de honra y provecho. Dígaulo sino los lauros alcanzados por la inspirada actriz doña María Tubau de Palencia, por el malogrado Rafael Calvo, por el decano de nuestros actores don José Valero, por Massini, Stagno, Tamagno y por otros cien que han pisado los escenarios hispano-americanos.

Dotados de imaginación ardiente y de talentos poco comunes, los hijos de aquellas repúblicas han descollado como poetas, como escritores correctos, como filarmónicos, y en más de una ocasión el eco de sus triunfos legítimos ha llegado hasta nosotros, llenándonos de orgullo por tratarse de personas con quienes nos unen los vínculos de raza y la comunidad de ideas, costumbres y lenguaje.

Recordamos que hace algunos años resonó por todos los ámbitos de España un clamor entusiástico á la aparición en el mundo del arte de una verdadera estrella musical, la señora Peralta, célebre tiple mejicana.

Hoy, todas las personas aficionadas á la música pronuncian con admiración el nombre del joven tenor don José Oxilia, que ha cantado en los dos teatros más importantes de la Península, el Real de Madrid y el Liceo de Barcelona.

Hijo José Oxilia de Montevideo, donde vió la luz primera en 3 de Julio de 1861, fueron sus padres don Domingo Oxilia y doña María Martini. Desde sus más tiernos años aficionóse al canto, contra la voluntad del autor de sus días, que quería estudiase la carrera de ingeniero, á cuyo fin fué enviado á Pavía (Italia), que cuenta con una de las más antiguas universidades del mundo.

Perseverando el joven Oxilia en sus aficiones, regresó á su patria, donde recibió las provechosas lecciones del maestro de capilla de la catedral de Montevideo don Carmelo Calvo, quien comprendió al momento lo que Oxilia prometía, augurándole brillante carrera.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

A la sazón falleció su padre, y persistiendo Oxilia en su propósito de dedicarse al *bel canto,* volvió á partir para Italia, habiéndole cabido la suerte de tener por maestro al aplaudido tenor Félix Pozzo. Aún no había cumplido veinticinco años cuando ya figuraba en primera línea y cantaba al lado del célebre Gayarre, de Tamagno y de Stagno.

En nuestro coliseo estrenóse con la ópera *Capuletos y Montescos,* que le valió una espléndida ovación; en Madrid ha cantado dos temporadas con mucho aplauso.

El reputado tenor Roberto Stagno ha dicho de Oxilia:

—Es un joven que vale; tengo motivos para decirlo desde que ha formado parte de mi compañía en el Real de Madrid, en la que también figuraba Gayarre. Puedo afirmar que Oxilia es un cantante de porvenir.

En efecto: quien en la primavera de la vida ha cantado con aplauso en teatros de primer orden, al lado de los artistas más eminentes del siglo y ha merecido elogios de la prensa musical de Italia, España y otros países ilustrados, ha de llegar, por poco que se esfuerce, al pináculo de la gloria, para honra de su patria y de todos los pueblos donde se habla el idioma de Cervantes.

X.

Barcelona, Septiembre de 1890.

A MUÑOZ LUCENA

Como aquel inmortal hispano coro
de reyes del color y la armonía,
cifró en la patria, en ya lejano día,
de sus inspiraciones el tesoro;

tú, en la patria, raudal puro y sonoro
hallaste de hermosura y poesía,
donde tu rigurosa fantasía
despliega y baña su plumaje de oro.

Siempre en tus vivos lienzos celebrados,
coronada aparece de centellas
la patria con sus épicos soldados,

la patria con su luz esplendorosa,
su verde campo y sus mujeres bellas.
¡Siempre, siempre la patria generosa!

MANUEL REINA.

Madrid.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¡LLORA!

¡Llora, mujer!... Si purifica el llanto,
lo necesitas tanto!...
¿Cómo purgar lo vil de tus antojos?
¿Cómo hallar nuevamente en charca impura,
de tu alma la frescura,
sino vertiendo fuego por los ojos?

—

¡Llora, mujer! Marchite tu semblante
aquel río quemante
de lágrimas, que arranca hondo despecho...
Lava del corazón, corre abundosa,
que la culpable esposa
no debe hallar más calma entre su lecho.

—

¡Culpable, sí! pues la mujer que un día
traicionó á quien quería
por darse de otro al lujo y la opulencia,
alma y cuerpo divide en don extraño,
cayendo del engaño,
en una doble, horrible delincuencia.

—

No sólo es criminal la que ha manchado
el tálamo sagrado,
después de un falso, torpe juramento.
Lo es también, quien, llevando de uno el nombre,
se goza con otro hombre
allá en la inmensidad del pensamiento...
. . . . . .

—

¿Y puedes ser feliz siendo culpable?
¡Ah, no! que el miserable
que á medias te compró por tu codicia,
se reservó el derecho de ofenderte
con sospechas de muerte
cada vez que, nervioso, te acaricia.

—

Llora, pues, ¡oh, mujer desventurada!
mas, no creas salvada
la suerte vil que á tu ánimo le plugo...
Los brazos del esposo aborrecido,
de muchas ¡ay! han sido
los asfixiantes brazos del verdugo.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA PEREZA

POR LUIS LABARTA

¡Qué buena es la cama!...

sobre todo en invierno...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ya es hora; levantémonos...

¡ay, qué frío hace!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¡á la cama, á la cama, que está calentita!

Decididamente es una gran cosa.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA CAMPESINA

¡Vierais qué linda la campesina!
¡qué aire gracioso tiene al andar!
¡cómo se encorva, cuando una espina
su pie ligero llega á punzar!

—

Rojo pañuelo cubre su seno;
la falda á listas, rojas también,
y sobre el pecho redondo y lleno
le caen las trenzas como al desdén.

—

Si á alguno mira, como al soslayo,
como quien dice:—¿Me quiere usté?—
sus ojos negros lanzan un rayo
do reflejada su alma se ve.

—

No es de esas bobas y empecatadas
muchachas simples del tiempo aquel
que se ponían como granadas
al ofrecerles sólo un clavel.

—

Es desenvuelta, mas, recelosa,
pliega sus labios gracioso mohín
cuando comprende que alguna cosa
que se le dice, no es con buen fin.

—

Y se alza altiva como palmera,
erguido el talle, torva la faz,
si por su frente cruza ligera
de una sospecha sombra fugaz.

—

Pero si ama, honesta y pura,
rinde al encanto de la pasión
las candideces de la ternura,
los aleteos del corazón.

—

Y alborozada con su cariño
abarca el mundo con su querer:
tierna y sumisa cual dócil niño,
es, como todas, al fin mujer.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

UN SUICIDA

I

Hacía dos meses que estaba sin ajuste, y lo que era peor, sin esperanza de conseguirlo, dado lo avanzado de la temporada y la roñería de las empresas; hacía una semana que la patrona le había puesto de patitas en la calle bajo el feo pretexto de que le adeudaba un trimestre de pupilaje; hacía cuatro días que, á fuerza de cepillar poyos, se habían clareado de tal manera sus pantalones, que era casi un ataque á la honestidad la franqueza con que hablaban por la boca del pingajoso desgarrón, y hacía cuarenta y siete horas, minuto más, minuto menos, que en forma de sardina y panecillo había enterrado en su cuerpo los últimos diez céntimos que le quedaban de los tres reales y medio que le dió un prendero por una banda de seda bordada de lentejuelas y perlas falsas con que se ataviaba nuestro héroe cada vez que salía en escena á bailar *El turco celoso*, ó *Las siete cabezas alcanforadas*.

Un hombre que en tal estado se encuentra, por socarrón y filósofo que sea, ha de pensar forzosamente en negras resoluciones; y Pascasio Melenas, que nada tenía de eso, considérese cómo andaría de resignación, cuando después de arrebañar sin resultado el fondo de sus bolsillos, apoderado de un hambre que le levantaba en vilo, arrojaba triste mirada á su porvenir más lleno de fantasmas que una noche sabática. Ya no se sentía con bríos para seguir enterneciendo patronas; la fama de sablista en porfiadísima lid ganada, ahuyentaba á cien leguas á sus castigados amigos dejándole abandonado en la más respetuosa soledad; de nadie podía esperar ya ni un consuelo que aminorase su amargura, ni una taza de caldo que restaurase su estómago relajado por involuntaria penitencia.

¡O comer ó morir! éste fué el dilema que con aterradora concisión se planteó Melenas. Comer era el más simpático de los dos extremos del argumento. Melenas optaba desde luego por él con vocación irresistible. ¿Pero cómo realizarlo? A la fecha en que nuestro hombre pasaba por tales

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

apreturas, no se conocía en el mundo civilizado más que dos recursos para conseguir comida: pagarla ó robarla. En pagarla estaba conforme el saltarín, pero como no fuese con piruetas y trenzados, no sabía con qué, pues ya se ha dicho que los reales eran para él elefantes blancos. Quedábale el recurso del robo; mas en obsequio á la honradez de Melenas se ha de hacer constar que semejante medio era rechazado con indignación por su conciencia, si alguna vez le acudía para ponérsela á prueba. Trapacerías de artista atrasado, como escamotearle unos calzoncillos al barba ó el peluquín al primer mímico, birlarle los papeles al apunte ó distraerle á la característica el abanico de plumas, ya para hacer trueque con alguna averiada prenda de su guardarropa, ya para ahorrarse compras incompatibles con su peculio, ó ya para suavizar rigores de la pupilera, era cuanto de pecaminoso podía tachársele á Melenas en los quince años que llevaba de calzar el coturno de Terpsícore, puesto que en la cuenta de sus culpas no ha de entrar el haber hecho tuerta á una corista cierta vez que representando el papel de Céfiro en *El festín de los Dioses*, al dar una indescriptible voltereta, arrebatado de entusiasmo le metió el dedo índice en el ojo de la pobre mujer.

Imposible, pues, comer, por no poder pagar y no querer robar, ofrecíasele á Melenas con aplastante lógica el segundo estremo del argumento: ¡morir! Y morir, se dijo. La determinación quedó resuelta con irrevocable energía. Pero en llevarla á cabo estaba la dificultad. *Hic opus; hiç labor:* ó en claro castellano, ¡hé aquí el problema! Melenas, limpio de conciencia, limpio de estómago, limpio de bolsa, limpio de todo, menos de ropa y manos, veíase sin valimiento material para consumar el proyectado suicidio, porque ni el boticario, ni el armero, ni el cordelero habían de regalarle la estrignina, ni el revólver, ni la soga para que se sirviese ejecutar sus malaventurados designios. Bien es verdad que podía emplear el recurso de arrojarse al mar ó de ponerse bajo las ruedas de una locomotora; pero arredrábale el pensar que corría el riesgo de que un polizonte ó un guarda-agujas, sorprendiéndole el intento, le arrimase una paliza, y cuando esto no aconteciese, se aventuraba á salir de las aguas con un catarro por apéndice, ó de los rieles con una pierna convertida en papilla. Por otra parte, aguardar á que el hambre le matase (aun cuando llevaba ésta trabajada

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

la mitad de la faena) ó romperse el cráneo dándose de cabezadas contra una pared, eran cosas demasiadamente duras y hasta brutales para un artista de tan refinado gusto.

Mohino y renegando de la menguada suerte que le negaba el placer de matarse, discurría Melenas una tarde de Julio por las afueras de la ciudad, de donde le apartaban su orgullo, su rostro ictérico y sus insolentes pantalones; y haciendo como quien herboriza entreteníase registrando márgenes y praderías por si entre las tostadas hierbas encontraba algo con que estafar el esófago, que inflado de aire rabiosamente le gruñía. Las hormigas colectando briznas para su granero, y las golondrinas llenándose el buche de mosquitos, antojábansele Cresos apilando tesoros, Lúculos devorando pavos; y la Naturaleza risueña y caldeante figurábasele un escarnio dirigido á las tristezas de su alma y á las frígidas bascas de su cuerpo. Jamás como entonces se le aferró al cerebro la idea del suicidio. Si allí hubiese visto algún tajo ó algún mal puente, de fijo comete una barbaridad: pero el terreno era llano y no proporcionaba ocasión. Melenas, acostumbrado á tales decepciones, dirigió al cielo una mirada de cordero degollado, aspiró como postres de su sobrio desayuno una bocanada de aire puro, y se tumbó al pie de un árbol buscando en el sueño la momentánea consolación del olvido, única de que se amparan los corazones desesperados.

Poco rato llevaba de descanso, y ya le revoloteaban por la imaginación los traidores espejismos que engendra el hambre para hacer más horrible el despertar. El mozo de fonda, cubierto de nevado delantal, apareciendo con el suculento timbal de macarrones rebosando de la sopera; las botellas de champagne derramando entre estrepitoso bombardeo su cabellera de oro por las cristalinas copas; el amarillo barniz del pollo atiborrado de olientes trufas; el negro moka exhalando enervantes emanaciones; el vibrante fragor de los cuchillos, de las tazas y de las copas; en fin, toda la alegría y toda la abundancia de un día de bautizo, ó de una noche de bodas, aturdían y á la par deleitaban al infeliz Melenas, que en medio de su desvariada somnolencia se relamía, cual si paladease tanto rico manjar de cuya real existencia sólo tenía noticia por lo que había oído al primer galán de su compañía cuando representaba comedias francesas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ni bien dormido, ni bien despierto, en ese estado de arrobamiento peculiar á los espíritus que por necesidad ó virtud mantienen escasas relaciones con la carne, llególe á los oídos un rumor, blando primeramente como el que producen las hojas de la acacia refregadas por la brisa, vivo después como el de un hilo de agua que chorrease sobre plancha de metal, y luego crepitante cual si ardiesen por allí cerca verdes retamales. La insólita y cada vez más ruidosa algazara, despabiló á Melenas, y aunque no tenía cosa que guardar sino pura tiñería, no obstante, puso mano á sus bolsillos, llevado de ese instinto natural que á todos nos asalta en despoblado al oir voces humanas, y que expresa gráficamente el favorable concepto que nuestros semejantes nos merecen. Incorporóse, miró, escuchó alargando su pescuezo de grulla desplumada, y pronto descubrió que quien tal alboroto promovía era un grupo de mujeres que picoteando á más poder, y haciendo mil aspavientos, á largos pasos iban camino de la ciudad. Por el furioso gesticular y tal cual frase suelta que pudo coger al vuelo, barruntó Melenas que algo extraordinario ocurría; y picado de curiosidad, y quizás para tentar si se le deparaba ocasión de ganarse unos cuartejos á cambio de momentáneo servicio, salió de la braña que le ocultaba, y presentándose de improviso al grupo mujeril, preguntó con voz aflautada salida de lo más hondo de las tripas:—«¿Qué pasa, señoras?»—La impensada aparición, la barba hirsuta, la voz de ultratumba, y el desarrapado traje, causaron en las ya de sobra alborotadas mujeres el más estupendo de los pánicos. Un estridente coro de chillidos rasgó el aire.—«¡El asesino!» clamaron las cotorreras, y cual perros con maza, sin volver atrás la vista, emprendieron desalada carrera, y repitiendo «¡el asesino! ¡el asesino!» se perdieron envueltas en sucias nubes de polvo que el batir de las sayas levantaba.

Ácido muriático tornóse de pura cólera la helada sangre de Melenas. ¡Asesino él, que ni siquiera acertaba á matar el hambre! Y todo porque le habían visto pringoso y desgreñado, como si el crimen fuese siempre piojoso y la moralidad calzase guantes de piel de Suecia! Melenas hacía mucho tiempo que no se había reído, pero entonces, rompiendo con la costumbre, dibujóse en sus cárdenos labios una sonrisita de conejo, amarga como grumo de acíbar.—«¡Asesino, yo!» se dijo; y luego, después de una breve re-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

flexión, pegóse una gran palmada sobre la nariz como para clavar en la frente una idea que de súbito le brotara, y exclamó con aire de triunfo:—«Pues quieren, lo seré. Ya está resuelto el problema.»

II

Quien al cabo de cinco meses hubiese visitado á Melenas, de fijo no le hubiera reconocido. A las mejillas chupadas y verdosas habían sucedido unos mofletes rubicundos capaces de dar envidia al suizo más bien cebado; su vientre antes cóncavo había adquirido una respetable convexidad; la alegría chispeaba en sus ojillos de pintas azules; el vellón de sus barbas caracoleaba en coquetonas sortijas, y el traje raído había sido cambiado por otro nuevo y *confortable* de paño negro.

En el momento que volvemos á encontrar á nuestro hombre se está éste despachando con garbo un plato de arroz con pollo, una tortilla y un pastel de liebre, y rociando cada bocado con sendos tragos de vino aloque.

Pero ¿de dónde diablos viene esa mutación? preguntará el lector. ¿Le cayó la lotería al buen Pascasio? ¿Heredó á algún tío californiano? ¿Se casó con alguna viuda rica? Nada de eso. Melenas come opíparamente, porque está en capilla, y los Hermanos de la Sangre le costean la última cena.

¡Qué horror! ¡Melenas, el timorato Melenas, el honradísimo saltarín en capilla! Luego ese infeliz, olvidando las leyes de la moral, se arrojó en brazos del crimen? No te alarmes, ¡oh púdico lector! que tampoco hay tales carneros. Lo que hay, es lo siguiente. Cuando Melenas sorprendió la conversación de aquellas mujeres que tan bruscamente cortaron sus solitarias cavilaciones, oyó que hablaban del hallazgo de dos niñas de trece años degolladas por desconocido malhechor, cuyos móviles no podían ser otros que el de satisfacer apetitos de sátiro. El grito de ¡asesino! con que aquellas picazas saludaron la presencia de nuestro hombre impresionó malamente, como se ha dicho, el pundonor de éste; pero dando vueltas y revueltas al tema, y pases y repases á su misérrima situación, al fin se encariñó con el mote, y resuelto como estaba por un suicidio barato de buen gusto,—«¡Esta es la mía!» se dijo, y sin más preámbulos presentóse incontinenti al juez instructor decla-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

rándose reo de aquella horrenda barbaridad. Túvole al principio el juez por loco; pero fué tal la insistencia de Melenas, supo con tan prodigiosa inventiva explicar los detalles del brutal suceso, y vinieron tan acreditados los malos informes de la patrona que le despidió de casa, de los polizontes que le vieron vagabundear por las calles, y de las mujerzuelas que le encontraron poseído de aviesas intenciones cerca el lugar de la tragedia, que el juez no pudo menos que decretar auto de prisión y acordar el procesamiento del presunto criminal. Con esto ya quedó labrado el primer eslabón de la fortuna de Melenas. Inmediatamente comenzaron los *interviews* de los periodistas, que á todas horas le decían:—«¡No se aflija usted, señor de Melenas!» —«¿Le falta á usted algo, don Pascasio?»—«¿No fuma usted, amigo mío?»—«Si usted me permite hoy tomaremos café juntitos.»—Y otras corteses frasecillas por el estilo. A esto siguieron las biografías, y los retratos de nuestro héroe, y el telegrafiar á diario «Melenas ríe; Melenas canta; Melenas duerme bien; Melenas está disgustado de la marcha política de nuestros gobernantes.» Naturalmente la opinión pública, siempre sentimental y novelera, acabó por interesarse, y las visitas y las suscripciones fueron lluvia diaria para el bailarín.

Llegó el día del juicio oral, y—«¡Ánimo, Melenas, no sea usted niño!» le decían de todas partes:—«¡Confiese usted y no tema!»—¡Qué había de temer el hombre! Con la misma satisfacción que se hubiese sentado en un palco de proscenio en día de estreno sentóse en el banquillo de los reos. La sala estaba de bote en bote. Lo más granado de la sociedad había acudido para presenciar el acto. Las linajudas damas de la aristocracia preparaban el abanico para taparse el rostro en cuanto Melenas cometiese algún desplante explicando los detalles del desfloramiento de sus víctimas. Abrióse la sesión, y no compareció testigo alguno de descargo. Melenas estaba confeso, y había renunciado á la defensa. Los testigos de cargo fueron apabullantes. El abogado de oficio, no sabiendo que decir, despachó con las palabras de ritualidad en semejantes casos. Tocóle al fiscal el turno de hablar, y descargó contra Melenas argumentos y argumentos como golpes de maza sobre la testuz de un toro. Tuvo el digno funcionario arranques de elocuencia demosténica que emocionaron profundamente al auditorio.—

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

«Vedle, — decía señalando con el índice al infeliz Melenas como si le apuntase una pistola — vedle: la Naturaleza misma ha estampado en ese hombre los signos del crimen: el cinismo babea en su boca; la lujuria arde en sus ojos; su nariz se dilata con el ansia de respirar sangre: su actitud altanera y provocativa delatan la perversidad del alma: no hay más que contemplarle la frente para distinguir lo innoble de las pasiones que le dominan; la bestia carnicera se esconde tras esas formas humanas; ser que para no tener á quien amar no ha querido tener familia, su existencia ha sido siempre una feroz rebelión contra todas las leyes sociales. Yo le estoy viendo con el puñal en la mano acechando aquellas dos vírgenes palomas, aquellos tiernos pimpollos cuyo cáliz no abierto... (Suprimamos la retórica cursi y escabrosa del fiscal).

Ello en resolución fué que la Sala de Justicia, ante tales demostraciones, y considerando perfectamente evacuados los informes que prescribe el artículo 406 de la ley de Enjuiciamiento criminal, dictó sentencia condenando á Pascasio Melenas á sufrir ¡pena de muerte en garrote vil! luego á ¡¡diez años de cadena!! y por fin á satisfacer por vía de indemnización á las familias de las niñas degolladas la cantidad ¡¡¡de 6,000 pesetas!!! y costas de la causa.

Oyó Melenas el fallo sin pestañear, limitándose en cuanto hubo concluído la lectura, á preguntar á su procurador: — «¿Empezarán por mandarme diez años á presidio?» — «No, señor; le contestó el curial. Empezarán por lo otro.»

III

El crimen era espeluznante si los había; la vindicta pública reclamaba á grandes voces un ejemplar castigo para que no se desquiciasen los fundamentos del orden social, y por otra parte Melenas, criminal empedernido, no contento con hacer chacota de leyes, jueces y demás autoridades, rechazaba con aspereza toda petición de indulto. Así es que no hubo remedio: la sentencia tenía que cumplirse.

Con gran boato y numeroso acompañamiento, y pasando por entre nutridas filas de paisanos que en son de fiesta acudieron de todos los ángulos de la provincia á presenciar el vistoso espectáculo, dirigíase Melenas al cadalso, sereno y orgulloso, regodeándose con la idea de verse dibujado en

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

estampas, cantado en verso y asistido de encumbrados personajes, él, que cuando bailaba en el teatro del Cisne jamás pudo lograr que su nombre figurase en los carteles, ni que le mirasen con atención dos docenas de espectadores.

Más de la mitad del camino llevaba andado, cuando metiendo por debajo de la hopa la mano en el bolsillo, sacó una carta, y llamando al congregante que vió más al alcance, díjole: —«Hermano; el último favor que pido, es que eche ahora mismo este papel en el buzón de enfrente.»

Cogió el encapuchado el pliego, y rompiendo por entre la multitud fué á cumplir el encargo del sentenciado. Este le siguió con la vista, y al notar que la carta quedaba depositada, sonrió jovialmente.

Cinco minutos después Melenas hacía una extravagante mueca en el patíbulo. Todo había concluído... Los manes de las niñas degolladas estaban vengados. La ley triunfante. El orden social asegurado.

. . . . . .

A la mañana siguiente el Presidente del Tribunal que dictó la sentencia condenatoria, leía despavorido las siguientes líneas:

«Señor Magistrado: Así sé yo de niñas degolladas, como usted de mi tatarabuelo. Necesitaba matarme, y no sabía con qué. Me acordé de nuestras sabias leyes, y calculé que podrían servir á mi objeto mejor que cualquier veneno. No me engañé. A ellas, y á ustedes, que tan bien han sabido interpretarlas, debo la satisfacción de morir fastosamente sin costarme un cuarto, y ahito de jamón en dulce que jamás había probado. Mi nombre queda escrito en los anales patrios. Gracias por todo. Apresúrese á mandar, si algo se le ocurre, á su devotísimo é inocente condenado.—*Pascasio Melenas*.—Postdata.—Mis recuerdos al señor fiscal.»

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.

AGUA PASADA

Fué inútil nuestro afán; no hemos logrado
reavivar tus ardores ni los míos,
porque el amor y el agua de los ríos
no vuelven á pasar, si ya han pasado.

1860. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ENTRE PARIENTES

—¿Otra vez riñes con Blas?
—Hay que enseñarle los dientes.
—¡Pero, hija! ¡siendo parientes,
y en línea recta, que es más!
—Ya la paciencia perdí
y no sufro ni tolero
que me falte... ¡es un grosero!
—Pues, hija mía, si así
tan pronto vuestra ira estalla,
no seréis, lo cual me afecta,
parientes en línea recta,
sino en línea... de batalla.

CASIMIRO PRIETO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL BAGUAL DEL DIABLO [1]

LEYENDA ARAUCANA

AL POETA ARGENTINO CARLOS GUIDO SPANO

Del hondo *Cobú Leuvú* [2]
por las orillas boscosas
un *bagual* gateado overo [3]
arrogantemente trota.

Con ansia infinita el indio
en el llano lo persigue,
y en el seno de la selva
corta sus rastros el tigre.

Él burla la garra fiera
y las *boleadoras* burla,
y al retozar en los campos
con el mismo viento lucha.

1 *Bagual*, caballo salvaje de la llanura argentina, que arremete á los viajeros y á corta distancia huye con singular velocidad y elegancia.

2 *Cobú*, colorado; *Leuvú*, río. Voces araucanas. Gran río del sur de la República Argentina.

3 *Overo*, nombre que se da al caballo de dos colores; el color nombrado en la combinación es el que predomina.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Tiene lozana querencia
entre la sierra azulada,
y de allí, todos los días,
por las sendas baja al agua.

Al cabo de pocos años
el viejo bagual gateado
fué para todas las tribus
el mismo corcel del diablo.

Juraban los adivinos
que si alguno lo mataba,
entre los suyos habría
irreparables desgracias.

Enfermó por esos tiempos
la mujer del Gran Cacique,
que gobierna las *indiadas*
del temido *País del Tigre*.

Largos dolores cortaban
lentamente su existencia,
sin que brujas, ni adivinos
al mal alivio pusieran.

Desesperado el Cacique,
que amaba á la hermosa reina,
llamó la Junta de Ancianos
que en su Consejo gobierna.

Dijo sus hondas zozobras
aquella alma empedernida,
pidiendo á todos el medio
de salvar á la cacica.

Un indio, de los Tehuelches, [1]
feroz, adivino y sabio,
nacido de una araucana
que el cacique había burlado,

Después de largo silencio
habló al *Tavtún* [2] afligido:
—Yo ordenaré, Gran Cacique,
un pronto remedio, dijo.

Que den friegas á la enferma
con sebo de riñonada,
del viejo bagual gateado
que en los campos del sur vaga.—

Miraron todos los indios
al cacique acongojado,

[1] Tribu patagónica. *Tehuel*, significa el sur; *che*, gentes. Habitantes del mediodía de los desiertos argentinos.
[2] *Tavtun*, junta ó congreso de notables.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

recelando el nombramiento
para salir á bolearlo.

—¡A caballo, mis caciques!
¡Mocetones, á caballo!—
dijo el jefe de la tribu
con acento entrecortado.

Ni una hora pasado había,
cuando doscientos jinetes
salieron, cruzando campos,
mandados por el Tehuelche.

Fuertes caballos llevaban
y los perros rastreadores,
boleadores por docenas,
vaqueanos para las noches.

Jornada de quince días
en ocho la habían andado,
entre espinas y arenales
del enjuto *País del Diablo.*

Los vaqueanos conocieron
al octavo día de marcha,
el rincón del rojo río
que de *Los Baguales* llaman.

Formaron gran media luna
dejando libres las breñas,
que recorren los baguales
siguiendo tortuosas sendas.

Apenas doraba el sol
el horizonte azulado,
vióse la nube de polvo
á lo lejos del barranco,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Que levantan los baguales
al bajar de sus guaridas,
á beber aguas del río,
á través de un mar de espinas.

Pasaron dos y otros muchos
singularmente pintados,
zaïnos y overos negros
porcelanos y rodados.

Después de beber salían
camino de las alturas
retozando entre las breñas
sobre el flanco de las dunas.

Pasada está la mañana,
es ya la hora de la siesta,
y el viejo bagual gateado
á las aguadas no llega.

El adivino tehuelche
por el caso no se alarma,
que el bagual evita la hora,
en que otros bajan al agua.

Porque es hora de peligros,
de corrida y de asechanzas,
y sin duda viene tarde
cuando queda todo en calma.

Era más de medio día
y de súbito, á la izquierda,
se alzó un humo, que á los indios
las señales dió de alerta.

El viejo bagual gateado
en el lazo había caído,
y al instante lo oprimieron
los jinetes sobre el río.

Cincuenta pares de bolas
inútilmente arrojadas,
las esperanzas burlaron
que á los indios animaban,

Cuando saliendo al encuentro
de la codiciada presa
un cristiano desertor
le envió una bala certera.

. . . . . .

De pie, sobre la barranca
del gran río Colorado
el indio tehuelche, inquieto,
miraba el vado cercano.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y al recibir la noticia
de la victoria alcanzada,
con semblante descompuesto
y honda emoción en el alma

Dijo á los indios:—¡Al fin
mi madre quedó vengada,
y maldita la cacica
que reinando la humillaba!

De la hermosa Patagonia
torno á las selvas lejanas,
porque de ellas no salí
sino para la venganza.—

Y picando su caballo
á nado pasó las aguas,
y se alejó entre las dunas
que las ondas del sur bañan.

Medrosos los boleadores
regresan al *País del Tigre*
á narrar lo sucedido
al desgraciado cacique.

. . . . . .

Lloraba en duelo la tribu
la muerte de la cacica,
que murió en el día octavo
á contar de la partida.

. . . . . .

—¡Maldito sea el tehuelche!
dijo el cacique llorando,
porque mató á la cacica
matando el *Bagual del Diablo*.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

1890.

EPIGRAMA

No hay verso, bueno ó ramplón,
de cuantos escribe León,
en el cual, falto de seso,
no prodigue hasta el exceso,
los *puntos de admiración*.
Y aunque en buscar me descrismo
el por qué de tal simpleza,
aún en la duda me abismo...
¿será que León empieza
por *admirarse* á sí mismo?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

BUENOS PROPÓSITOS

Deberíamos formar firmes propósitos en ayudar á nuestros semejantes, y, sin embargo, nos complacemos en mortificar al prójimo.

Y aun algunos tienen decidido empeño en explotarle.

¡Yo!—Este simpático monosílabo, que indica fácilmente, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Este expresivo vocablo, este halagador *yo*, que está en oposición con las consideraciones humanas, suena continuamente en los labios de nuestros semejantes.

Si algunos no lo pronuncian de continuo, estad seguros de que será por pura hiprocresía, y de que si no lo tienen en los labios, lo llevan impreso en la mente y en el corazón.

Y así os lo demostrarán en su trato y en sus acciones.

—Yo, antes que el Supremo Hacedor, dijo el Angel caído; y desde entonces repiten á una todos los mortales: —Yo, antes que nadie.»

Mucho se ha predicado, mucho se ha dicho, mucho se ha escrito contra el egoísmo, pero todo ha sido en vano.

El egoísmo se desarrolla en el corazón de toda criatura con mucha facilidad, porque el egoísmo es innato en todo ser viviente.

La experiencia nos ha enseñado, desde Confucio hasta Sócrates, desde Sócrates hasta Jesucristo, y desde el Crucificado hasta los filósofos moralistas de nuestros días, que todavía no se ha encontrado el medio de hacernos comprender que este *Valle de lágrimas* sería un paraíso, si llegáramos á querernos como verdaderos hermanos.

Hombres de una fe decidida y de una fuerza de voluntad inquebrantable luchan hasta perder la existencia, con el firme propósito de enlazar á la humanidad por medio del amor espiritual, y sientan como axioma el santo precepto que dice: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.»

Pero todo es inútil; el prójimo sólo sigue amándose á sí mismo.

Cuando más, veremos que el prójimo amará á la prójima.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y descubriremos también que á su vez la prójima amará al prójimo.

Y gritaremos: ¡Hosanna! Enlazada la humanidad, ya que no por el amor espiritual, por el fluido magnético del amor material, entre los seres de distinto sexo, conseguiremos que desaparezca el egoísmo.

Con esto habremos encontrado el medio de que el uno viva para el otro.

La unión por amor hará que reine la paz en el hogar doméstico y que los descendientes de estos amorosos seres aprendan á amarse entre sí.

Las familias constituídas al impulso del verdadero amor, se irán congregando y fácilmente surgirán inmensos centros de población, en donde todos los habitantes se darán el dulce nombre de hermanos.

Desde que se establece el principio de formar familias al impulso del amor, el porvenir de la humanidad será caminar por una senda de flores.

Contemplad con regocijo esas parejas de ambos sexos, que entre mil protestas de cariño juran sacrificarse el uno por el otro.

Fijémonos en una de estas felices parejas; presenciemos extasiados sus transportes de alegría, de entusiasmo y de ventura, y nos llenará de contento el sorprender la embriagadora satisfacción que disfrutan dos seres enamorados.

Se unieron para siempre impulsados por el amor que ambos á dos se profesan.

Se juran constancia eterna. Según sus santos propósitos, su amor se transmitirá á sus descendientes y aún vivirá en sus propios espíritus después de muertos.

Han nacido el uno para el otro.

El soplo creador del Eterno ha formado sus almas enamoradas para que eternicen el amor entre los mortales.

Como las mariposas que vuelan contentas en la pradera, y de dos en dos liban el néctar de las flores.

Así en sus campestres paseos estos dos seres enamorados aparecen y desaparecen entre las ondulaciones de las arboledas, formando siempre una cadena con sus brazos y nutriendo su amante ilusión con el magnetizador aliento que mutuamente se transmiten.

Pero ¡oh dolor! la triste realidad nos sacará bien pronto de este delicioso Edén.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La misma amorosa fiebre que sume en grata enajenación á estos dos seres enamorados, hará que la ciencia por boca del médico, les aconseje más prudencia y menos extravío.

Cualquier pueril contrariedad hará que entre los dos medien explicaciones que despierten entre ambos la duda y la vanidad.

Pronto á la enamorada la oiremos exclamar con desencanto:—«Tú no eres el mismo; has cambiado mucho desde aquel día que nos unimos para siempre. *Yo*, merezco más consideraciones de las que tú me guardas.»

—*Yo*, necesito tener juicio por los dos, querida mía.

— *Yo*, no estoy loca.

—Acabarás por estarlo si no te avienes á razones y si no llegas á comprender *que yo*, como hombre, puedo ejercer mi voluntad en el hogar doméstico, y que tú, para tranquilidad de todos, debes estudiar la manera de llegar á ser el ángel de ese mismo hogar.

La mujer llorará, pero llegará á comprender su situación y se resignará á ser la fiel y sumisa esposa.

Y el marido, por cálculo, satisfará de vez en cuando los caprichos de su consorte, y ambos á dos vivirán resignados cumpliendo sociales deberes.

A pesar de las decepciones que experimentamos con este relato, su desenlace debe llenarnos de regocijo.

Porque hemos tropezado con el desenlace más consolador, más plausible y más razonable de uno de estos dramas de la vida conyugal, debido á que se desarrollaba entre dos seres de buen juicio, quienes con poco esfuerzo comprendieron los derechos y los deberes de cada uno.

Pero hay desenlaces de historias parecidas, en los que acaban los cónyuges por tirarse los trastos á la cabeza.

Y sean estos desenlaces serios, trágicos ó ridículos, lo único que queremos manifestar es que aun dentro del más acendrado amor se impone el egoísmo individual.

¡Triste condición humana! En cualquier situación que nos coloquemos seremos egoístas.

Salgamos del hogar doméstico, abandonemos el lecho conyugal y confundámonos entre las masas, entre el bullicio de seres que sienten y piensan.

Veremos que todos se buscan, que todos se estrechan la mano, que todos se abrazan con efusión, que todos se ofrecen protección y que todos se juran lealtad.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Esto veremos y diremos:—«Vivimos entre verdaderos hermanos; pues para que no andemos diseminados, para fraternizar mejor, supuesto que el trato engendra cariño, establezcamos centros sociales, centros de propaganda fraternal.»

Se lleva á efecto la idea, y al cabo de poco tiempo llega á ser inmenso el número de afiliados en los referidos centros.

Todos los miembros cotizantes se codean risueños y satisfechos al abrigo de elegantes y confortables salones.

Pues bien, á pesar de esta visible cordialidad, no tratemos de investigar la íntima, la verdadera fraternidad que reina entre estas agrupaciones; baste decir que la mayoría queremos formar parte de éstas y de otras varias asociaciones, pensando sólo en que podrán sernos de alguna utilidad nuestros asociados.

¡Fraternidad universal! ¡Cuán difícil es conseguirla!

El amor fraternal ha tomado tal desarrollo entre los mortales que todos se tratan y se vinculan entre sí con la mayor confianza; con tanta confianza, que no hay quien abandone su revólver para ponerse al abrigo de las asechanzas de su prójimo.

Pero nos separamos de nuestro laudable propósito.

Haciendo notar que puede más la fuerza del egoísmo innato en nuestros corazones, que los trabajos que vienen haciéndose desde remotos siglos por la fraternidad, contribuirá tal vez este escrito á que os abandonéis al acaso.

No; lejos de nosotros tal idea. Ponemos de manifiesto las debilidades humanas para que os resolváis á combatirlas con fuerza de voluntad.

Trabajemos para que haya consideraciones humanas. Seamos tolerantes y afables con nuestros semejantes.

Debemos convenir en que existen ciertos prójimos á quienes se les debía estrellar contra una esquina.

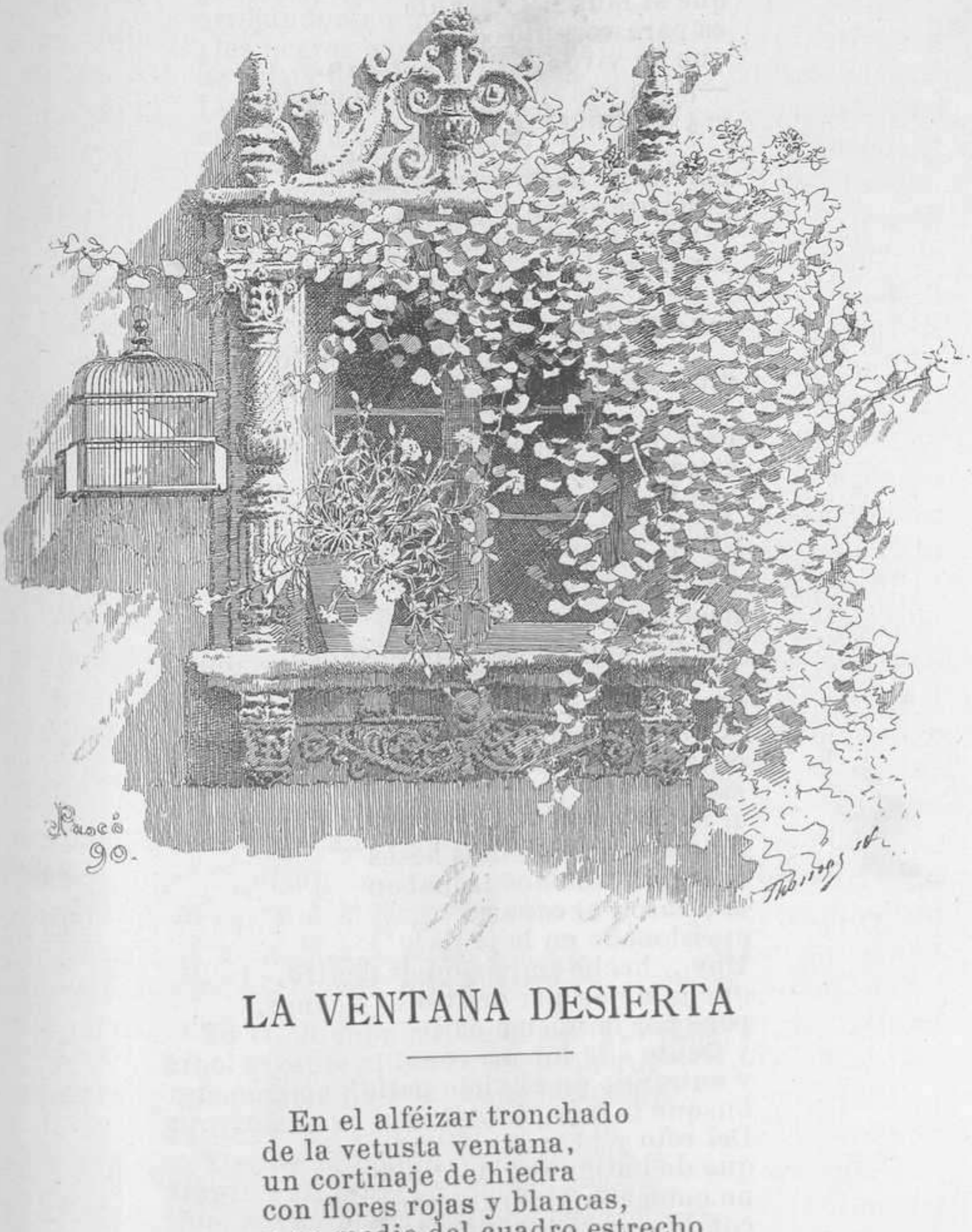
Pero sujetos al gran principio humanitario, perdonemos agravios y procuremos con nuestras obras ganarnos las simpatías y el aprecio de nuestros semejantes.

Unicamente de este modo conseguiremos los mortales darnos mutuamente, sino el título de buenos hermanos, al menos el nombre de verdaderos amigos.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, Mayo de 1890.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



LA VENTANA DESIERTA

En el alféizar tronchado
de la vetusta ventana,
un cortinaje de hiedra
con flores rojas y blancas,
y en medio del cuadro estrecho
de la vidriera empañada,
junto á un tiesto de claveles,
y rozando con la jaula
en que prisionero vive
un canario que no canta,
una cabecita rubia
se asoma por las mañanas,
á punto que el horizonte
colora la luz del alba.
Hay un doncel en el patio

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que si la frente levanta
es para ver unos ojos
que en vivo fuego la abrasan.
—¡Con cuánta ansiedad te espero!
—¿Me quieres?
—Con toda el alma.
Seré tuya hasta la muerte,
y moriré si me engañas.
—Seré tuyo, sólo tuyo;
soy tu esclavo.
—Soy tu esclava.
—Toma un beso.
—Toma ciento,
que nos ven.
—¡Hasta mañana!—
Este diálogo sencillo,
estas sencillas palabras
cambiaban diariamente
desde el patio á la ventana
en los primeros albores
de su fugitiva infancia,
hace veinticinco abriles,
dos niños que hoy peinan canas.
¡Cuántos juramentos dulces
aquellas hiedras guardaban!
¡Cuántas promesas eternas
entre pétalos de llamas,
escondieron los claveles
al nacer la luz del alba!
¡Y cuántos ardientes besos
cuando los labios tronaban
asustaron al canario
aprisionado en la jaula!
Hoy... hecho un viejo por dentro,
que también por dentro hay canas,
pasé por la misma calle,
y frente á la misma casa,
y entrando en el viejo patio
busqué la misma ventana.
Del roto y pesado alféizar,
que de antiguo se desgrana,
no cuelga la hiedra oscura
con flores rojas y blancas,
ni está el tiesto de claveles
con sus pétalos de llamas.
Cansos de mirar mis ojos,
¿qué buscan? ¿no queda nada?
¡Ay, que de pronto los siento
empañados por las lágrimas!
¿Qué han visto? decid, ¿qué han visto?
¿Los ojos suyos? ¿la casta,
limpia y hechicera frente
por los rizos coronada?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¿la manecita nerviosa
arrojándome una carta?
¿los negros ojos? ¿los labios
de roja y caliente grana?
Lo que han visto, y que al mirarlo
en tibio llanto los baña,
es una humilde memoria
de mi ventura pasada,
la que por humilde y pobre
ninguna mano arrebata
y en la que sus manos puso
el primer amor del alma...
Es... miradlo en ese muro
y en la viga apolillada
que cierra, formando marco,
el cuadro de la ventana.
Es el clavo pequeñito
de donde pendió la jaula
en que vivió aquel canario
que al besarnos se espantaba...
No hay nadie... temblando llego,
como el creyente ante el ara...
Me parece que despiertan
mis venturas de la infancia,
y toco el clavo... lo beso,
se me anuda la garganta,
y salgo del viejo patio
llenos los ojos de lágrimas.
¡Es lo único que me queda
de aquel amor de la infancia!

Méjico. JUAN DE DIOS PEZA.

EL LEÑADOR

Yo ví, de mi alma en el confuso viaje,
árbol gigante al borde del sendero,
que encima de fatal despeñadero
proyectaba su múltiple ramaje;

Y entre la pompa ví de su follaje
trepado un leñador robusto y fiero,
que, hacha blandiendo de tajante acero,
el tronco hería con furor salvaje;

Y á cada golpe de su fuerte mano,
temblaba el árbol con crujido ronco;
y con él ya iba á hundirse en el abismo...

—*¡Yo soy*, gritóme, *el Pensamiento humano!*
¡De la Vida inmortal este es el tronco
y mi hacha, el implacable escepticismo!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA

GRAN QUERELLA DE LOS BARBEROS

Á EMILIO GUTIÉRREZ DE QUINTANILLA

Barbero de Lima con su excomunión encima, era refrán corriente entre las viejas de esta coronada ciudad de los Reyes, y á no pocas se lo oí allá en mis mocedades.

Sin esta pícara afición mía á revolver papeles viejos y respirar polvo y polilla, de fijo que me habría quedado sin saber por qué los barberos de mi tierra cargan con el mochuelo que, con caridad tan poca, les colgaban las abuelitas, que no eran hembras de dar puntada sin nudo, y que, para tratarlos de excomulgados, tendrían justificado motivo. Entremos, pues, en materia, y tradición al canto.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

I

Un domingo de Agosto del año 1626, hallábase agolpado gran concurso de gente á la puerta de la catedral de Lima, templo que apenas llevaba diez meses de consagrado, leyendo un cartelón ó edicto, de cuya parte considerativa quiero

hacer gracia al lector, limitándome á copiar sólo la dispositiva que, á la letra, dice:

«Mandamos que, de aquí en adelante, sea bien guardado el domingo, día del Señor; que no se abran las tiendas en día de fiesta; ni afeiten los barberos; ni se venda en el lugar que llaman baratillo; ni los panaderos amasen en estos días; ni de las haciendas del campo se traiga alfalfa; porque todas estas fatigas se pueden prevenir la víspera, y

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

dejar siquiera un día de alivio á la multitud de esclavos que no miran posible otro descanso que en su muerte.—*Gonzalo*,—arzobispo de los Reyes.—Ante mí, licenciado *Diego de Córdoba*.»

Como todo tiene su razón de ser, hay que considerar que el arzobispo de Campo (muchos cronistas lo llaman de Ocampo) pretendió, con este edicto, aliviar la desventurada condición de los negros esclavos y de los indios mitayos ó sujetos á las antiguas encomiendas, á quienes amos y encomenderos avarientos obligaban á trabajar con brutal exceso. Así se explica uno la abundancia de días festivos y de media fiesta, como llamaban á aquellos, en los que sólo era forzoso trabajar hasta las doce de la mañana. Los españoles, que ponían oreja de mercader á las reales órdenes sobre la materia, se quedaban tamañitos ante la más ligera imposición de la autoridad eclesiástica. Resultó de aquí que, de los trescientos sesenta y cinco días del año, la mitad fuesen de huelga, más ó menos completa. A mi juicio, el edicto de su ilustrísima tanto era político como evangélico.

Sepan ustedes que sólo del contrato ajustado, en Julio de 1696, entre el Consejo de Indias y la Compañía real de Guinea para la introducción en América de 30,000 negros, correspondieron al Perú 12,000 esclavos, que se vendieron en el Callao, desde 300 hasta 400 pesos ensayados cada uno. La sexta parte quedó en el servicio doméstico, y fué la menos desdichada; pero el resto pasó á las rudas faenas agrícolas, donde el látigo, esgrimido por feroz caporal, andaba á nalga que quieres.

Adivinar se deja que el edicto archiepiscopal fué acogido con entusiasta aplauso por siervos y servidores, y visto de mal ojo por la gente rica y acomodada; pero los barberos, cuya condición era excepcional, pusieron el grito en el quinto cielo.

II

A ciencia cierta, nadie sabe desde cuándo hubo barberos y navajas sobre la tierra. Los judíos, contemporáneos de Cristo, se afeitaban con una especie de piedra pómez, y los griegos y romanos se aplicaban á la barba un líquido corrosivo que, con frecuencia, les ocasionaba enfermedades de la piel. Sólo desde los tiempos de Nerón, tan hábil para

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

inventar suplicios, empieza la historia á ocuparse de los barberos, dándoles renombre de charlatanes y murmuradores: y tanto que uno de ellos, que por primera vez iba á palacio, le preguntó al rey:

—¿Cómo quiere vuestra majestad que le afeite?

—Sin chistar palabra, contestó el monarca.

La historia cuenta que los barberos se han entrometido algunas veces en la política; pero siempre con pícara estrella. A Pedro Labrosse, barbero de Felipe el Atrevido, y á Oliverio el Gamo, barbero de Luis XI, los afeitó en toda regla el verdugo; y si Bejarano, barbero del tirano Francia del Paraguay, no tuvo idéntico final, por lo menos le arrimaron doscientos zurriagazos en plena plaza de la Asunción. Escarmentados en aquellos tres ejemplos, los barberos de mi tierra no pasan, en política, de graciosos surcidores de bolas, y su opinión es siempre de la barba que jabonan. Ni quitan ni ponen rey. Con un parroquiano son más gobernistas que el ministerio, y con otro más revolucionarios que la demagogia; con éste jesuítas é intolerantes, y con aquél masones y liberales hasta la pared de enfrente. Los barberos son como el maná de los israelitas: se acomodan á todo paladar.

La historia contemporánea sólo nos habla de dos barberos afortunados.—El del rey don Miguel de Portugal, que, por la suavidad de su navaja y otras habilidades, mereció del soberano el título de marqués de Queluz, y el famoso Jazmín, tan eximio poeta como habilidoso peluquero, cuyos versos arrancaron á la pluma de Carlos Nodier los más entusiastas elogios.

Decididamente los barberos, en nuestro siglo del vapor y la luz eléctrica, están en vía de rehabilitación. Me alegro por los pericotes.

III

Volvamos al atrio de la catedral.

Casi los treinta que, en ese año componían el gremio de los desuellacaras estaban allí reunidos leyendo, releyendo y comentando el cartelón, hasta que el más letrado de entre ellos, llamado Pepe Ortiz, tomó la palabra y dijo:

—Señores, si el abad de lo que canta yanta, el barbero manduca de la barba que retruca, y entre Pupa y Pupajor,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Dios escoja lo mejor. Creo que discurro con lógica... ¿Digo mal ó digo bien?

—¡Sí! ¡sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Entonces, prosigo. Si trabajando á destajo no nos cunde el trabajo, y todo es hora chiquita con sol y sombrita, acatando el edicto vamos á colocarnos en la condición del asnillo de Gil García, que cada día menos comía. Probemos, pues, que el viento que corre muda la veleta, mas no la torre, y sin más gorigori reclamemos del edicto.

El palmoteo y los vítores fueron estrepitosos. Dos ó tres abrazaron al orador y otros le apretaron la mano diciéndole:

—Pepe, eres todo un hombre, y como tú hay pocos.

Restablecida la calma, uno, que probablemente era el Celso Bazán de aquel siglo, alzó el brazo, como quien pide venia para hablar, y dijo:

—Compañeros, bien pensado y mejor hablado; bien mascado y mejor remojado. Se dice que, por trabajar en domingo, logramos medros, y no saben que, en este mundo mezquino, donde hay para pan no hay para tocino, y que el barbero no es fraile cucarro, que deja la misa por el jarro. Somos como los hijos de Medinilla, que nunca salieron de papilla, y lo de que con un mucho y dos poquitos, se hacen ricos infinitos... ¡mamola!... eso y el queso empacha, y que se lo cuenten al abate Cucaracha. Conque, como dice Pepe, Dios sea con nosotros, y á protestar, muchachos.

El entusiasmo llegó á su colmo, y unas mocitas, con más sal que las salinas de Huacho, que estaban de espectadoras, casi se comieron á besos al orador, diciéndole:

«Turroncito de alfeñique,
botón de pitiminí,
si no estás enamorado,
enamórate de mí.
El alma me has robado,
dame la tuya,
que el ladrón es preciso
que restituya.»

—¡Alto ahí, camandulense, y mientras descansas maja estas granzas! saltó un viejo con hopalanda y birrete, fértil de orejas, viudo del ojo izquierdo y tartamudo de la pierna derecha, á quien llamaban Cuzcurrita, y que diz que era el barbero de los canónigos y de la curia. Sabedlo, coles, que espinacas hay en la olla, y que es herejía luterana rezongar contra lo que mandan los ministros de la Iglesia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Por eso dijo san Ambrosio... no... no... que fué san Agustín... tampoco... en fin, alguien lo dijo y yo lo repito... nácenle alas á la hormiga para que se pierda más aína. Conque comed y no gimades, soberbios de Lucifer, ó gemid y no comades. He dicho. Pajas al pajar y barberos á rapar.

—Hombre, replicó Pepe Ortiz, para mujer de á dos reales, marido de á dos migajas. Para las barbas que tú desuellas bien te estás con ellas, que sólo un cristiano dejado de Dios y Santa María, se pone en manos de un bar-

bero zahorí que tiene un Cristo negro pintado en el cielo de la boca.

—Aguilucho sin agallas, insistió Cuzcurrita, rojo de cólera ante tamaña injuria; no seré yo, brujo y zahorí, como me apodas, el que por el alabado deje el conocido y véame perdido. Excomunión con usarcedes y no conmigo, que no pecaré de novedoso ni de...

Aquí se acabó la paciencia de los del gremio, y á los gritos de —¡Basta! ¡Fuera! ¡Mantear el monigote! ¡Cáscale las liendres! ¡Aflójale su sepancuantos! —se escurrió Cuzcurrita en dirección al sagrario.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IV

Y alejado el único defensor del cartelón, veintiocho barberos firmaron un largo memorial que, mitad en latín y y mitad castellano, y por su respectivo *cuanto vos contribuisteis* (una onza de oro), les redactó el abogado de más campanillas que en Lima comía pan.

Rechazados por el arzobispo, apelaron ante el juez apostólico de Guamanga; y negada también la apelación, los rapabarbas, lejos de amilanarse con una excomunión en perspectiva, cobraron bríos y fuéronse á la Real Audiencia con un... (parece mentira tamaño coraje) con un... (hasta la mano me tiembla) con un... (¡Ave María Purísima!) *recurso de fuerza*. Sí, señores, como ustedes lo oyen, *recurso de fuerza*. ¡Cómo! ¿creían ustedes que los barberos eran gente de volverse atrás por excomunión más ó menos?

Y mientras el fiscal y el promotor andaban al morro con los Cánones y las Pandectas, y las Decretales y el Fuero Juzgo, y las Partidas y el Patronato y la gurrumina, el Celso Bazán se llenaba la boca exclamando:

—Ahora va á saber el arzobispito con quién casó Cañahueca.

¡Recurso de fuerza! ¿Y contra quién? ¡Contra el más engreído de los arzobispos que el Perú tuvo hasta entonces! ¡Contra un arzobispo que traía en la cartera el título de virrey, para el caso de que falleciese el marqués de Guadalcázar! ¡Contra un arzobispo á quien Felipe IV llamaba su ojito derecho, y que era el niño mimado de Su Santidad Gregorio IX!

Pero como ni el virrey, ni los oidores, ni los cabildantes y demás gente de copete, pudieran conformarse con lucir el domingo barba trasnochada ó de la víspera, sucedió (¡maravíllense ustedes, que yo ya me he maravillado!) que la Real Audiencia fallara que el arzobispo *hacía fuerza*.

¡Victoria por los barberos!

Verdad es también que la sentencia se pronunció veinticuatro horas antes de que fuera pública en Lima la noticia de que el arzobispo don Gonzalo de Campo había fallecido en Recuay, el 1.° de Diciembre, envenenado por un cacique á quien, desde el púlpito, amonestara de lo lindo porque vivía amancebado.

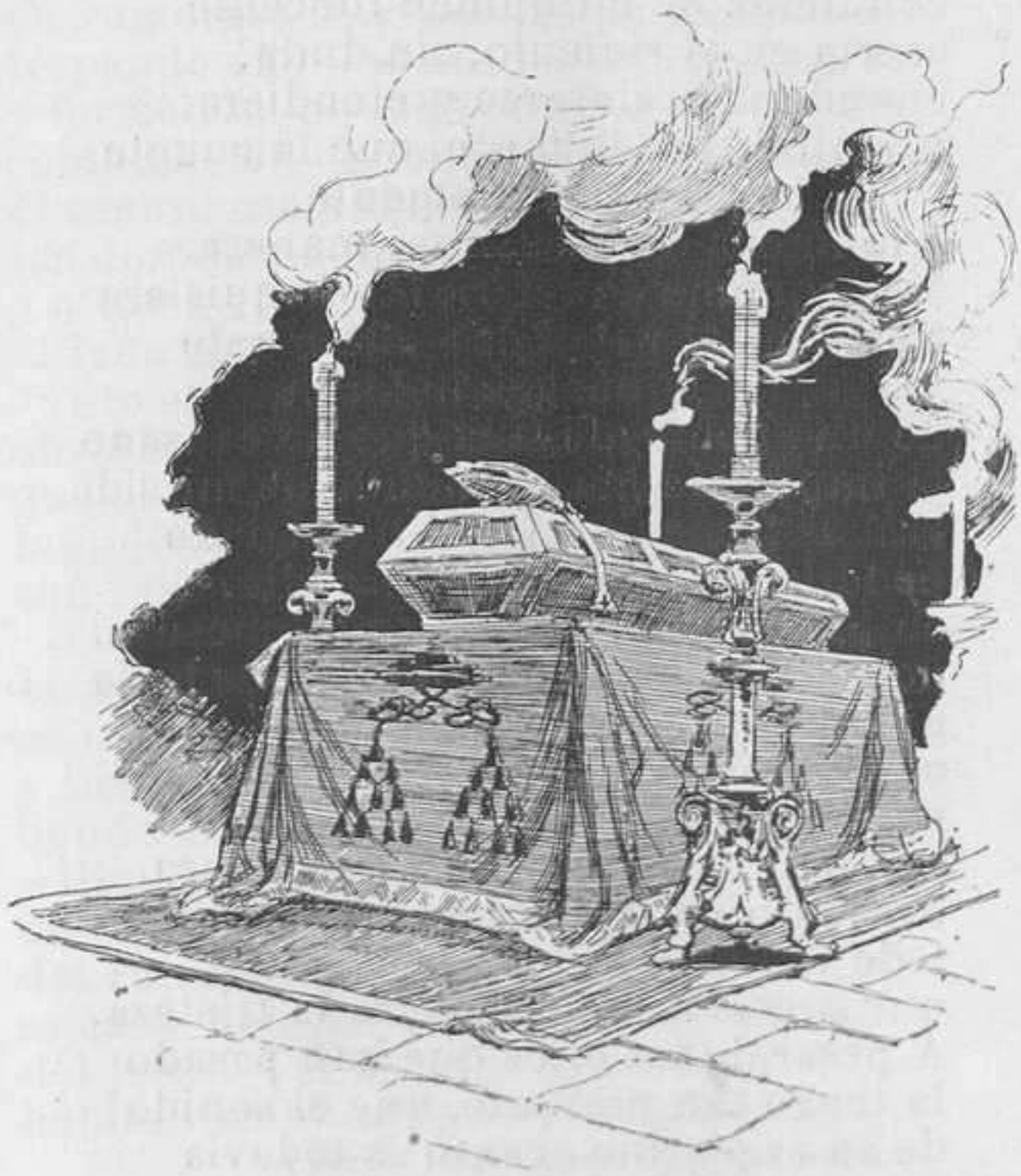
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Si alambicamos bien el suceso, algo de complicidad en la muerte de su ilustrísima les cae encima á los barberos; porque llamado el de Recuay para aplicar una sangría al moribundo, anduvo retrechero con las excusas de si era ó no era domingo, y de si el edicto callaba ó no callaba en este caso. Cuando, vencidos sus escrúpulos, se decidió á acudir, empleó un cuarto de hora en buscar lanceta, y á la postre fué llevando una lanceta roma. Cuando él entró en el dormitorio, hacía ya minuto y medio que era don Gonzalo alma de la otra vida.

Desde entonces los barberos de Lima disfrutan del privilegio de trabajar en domingo, gracias á su *ñeque* y *circunstanflaucia*, como diría Celso Bazán.

RICARDO PALMA.

Lima.



CANTAR

Cual águila que hace el nido
en el hueco de las peñas,
mi amor pretende albergarse
en tu corazón de piedra.

MANUEL REINA.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA LOCA DE LAS FLORES

I

Os haría llorar si refiriera
con grave entonación la verdadera,
cuanto sencilla historia,
que guardo desde niño en la memoria;
ú os haría reir, porque la ruda
condición de mi numen inocente
caería en el ridículo, sin duda,
cuando más elevarse pretendiera;
permitid, por lo tanto, que la cuente
así sencillamente,
á la buena de Dios, á mi manera.
Mas ¿qué he de referir? Sólo quisiera
trasladar al papel desde la mente
la imagen dolorida
de una pobre aldeana que ha causado
la impresión más profunda de mi vida,
la más triste quizás. Si fuese dado
poderla describir como era ella,
en toda su desgracia y su hermosura,
no habría imagen del dolor más bella
ni habrían los poetas ideado
otra heroína del amor más pura;
pues mi hermosa aldeana poseía
con la gracia adorable y la dulzura
de una niña inocente cuando reza,
toda la indefinible poesía
que presta á la hermosura la tristeza.
A pesar de los años que han pasado
la tengo tan presente, que el sonido
de su argentino acento es todavía
como una pesadilla de mi vida...
¿La oís? ahora ha sonado
su melodiosa voz como un gemido.
Me mira sonriendo y centellea
de mi mente en lo oscuro su mirada...
La veo, sí; dejadme que la vea
en el ancho vestíbulo sentada
de aquella blanca iglesia de la aldea.

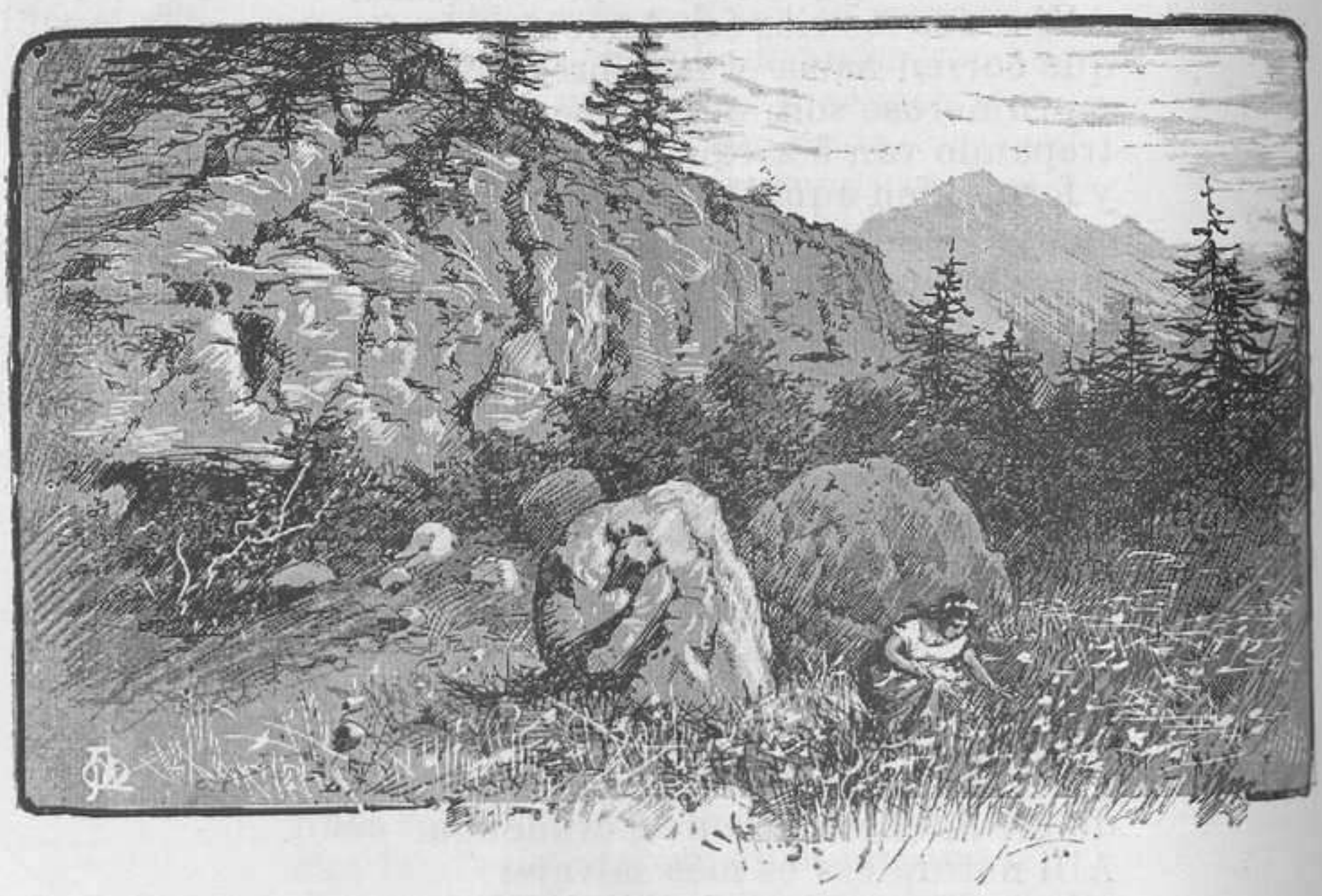
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

II

Su historia es muy vulgar. Estame atento;
verás, lector amado,
en qué pocas palabras te la cuento.
Era en Asturias. ¿Pero tú no sabes
lo que es Asturias? El país sagrado
de las fieras, las frutas y las aves,
y la región también del hombre honrado.
Al recordar la espléndida belleza
de aquella sin igual naturaleza
mi alma de entusiasmo se electriza
de un modo casi, casi inverosímil.
Es la Suiza española, aunque á la Suiza
se le hace algún honor con este símil.
Allí todos los ríos son torrentes
que corren hacia el mar precipitados
en rumoroso son; por las pendientes
trepando van á saltos los sembrados:
y forman en aquellas asperezas
combinación de tonos desiguales
el oscuro carmín de las cerezas,
los dorados manzanos, los nogales
y á trechos las blanquísimas cabañas
al lado de los verdes maïzales.
Junto al torrente, flores y espadañas;
abajo los oscuros robledales
que cuentan ya sus años por centurias;
la nieve por las cumbres... En Asturias
son ramos gigantescos las montañas.
De la región aquella
la parte más abrupta y la más bella
es la que tierra adentro se prolonga
y llega al sacratísimo paraje
donde la cueva está de Covadonga.
Allí naturaleza es más salvaje;
allí con los gorjeos confundidos
del ruiseñor oculto en el ramaje,
se escuchan por la noche los rugidos
del jabalí y el oso que escondidos
habitan en lo espeso del boscaje.
Allí... pero volvamos
á la historia que dejo comenzada
ó que no he comenzado todavía.
Dije que era trivial. Enamorada
la aldeana de un hombre que tenía
más amor á su noble ejecutoria
que á aquella desdichada,
vivió un año feliz, hasta que un día,
á pesar de nobleza tan notoria,
huyó el galán y la dejó burlada.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ya ves, lector amado,
si era vulgar su historia
y en qué pocas palabras la he contado.
Mas para ese vulgar dolor profundo,
cuando se sabe amar con vehemencia,
no hay más que dos consuelos en el mundo:
uno la muerte y otro la demencia.
Y más si se acumula
la vergüenza al dolor; á la insolencia
del vulgo ruin que el deshonor circula
el grosero lenguaje
de una familia de virtud salvaje,
para quien es deshonra la indulgencia,
y siguen al desprecio y al ultraje
el cruel abandono y la indigencia.
Por eso al despertar de aquel hermoso



sueño de amor de dichas inefables,
sola y abandonada en su amargura,
cayó en el pavoroso
sueño de la locura
tan lleno de misterios insondables.
¡Abandonada y sola! Ten por cierto,
lector, que al suceder tal desventura
su generosa madre habría muerto.

III

Solían los pastores
verla cogiendo flores
y huyéndoles esquiva

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ora corriendo, y ora,
fantasma soñadora,
vagando por las selvas pensativa.
Y otras veces lanzando una sonora
carcajada más triste que un lamento,
por entre peñas y barrancos iba
huyendo y remedando fugitiva
una sombra impelida por el viento.
Era una aparición de la montaña;
y no faltó tampoco quien creyera
que la visión extraña
desconocida en los lugares, era
la encarnación que acaso
aquel año tomó la primavera;
pues, según los pastores, á su paso
no hubo botón de flor que no se abriera.
La aldeana venía
de una aldea distante,
para llegar hasta la cual había
que atravesar la espesa serranía,
un bosque secular más adelante
y después otro cerro todavía.
Cuánto tiempo pasó decir no puedo
vagando por los montes solitaria
aquella aparición que daba miedo
ó alegría á la gente visionaria;
mas sé que una mañana muy hermosa
acudía esa gente presurosa,
pues la maga de aquellos robledales
estaba allí, tranquila y ruborosa,
sentada de la iglesia en los umbrales.
Inmóvil, silenciosa,
rendida por el hambre y la fatiga,
se nos apareció como una diosa
disfrazada con traje de mendiga.
Ahora, como entonces, la estoy viendo
sangrienta, desgarrada,
pero á pesar de todo sonriendo
y de flores silvestres coronada.

IV

Sus dorados cabellos
caían en desorden por su espalda,
y colocaba en ellas
las flores que tenía
mezcladas con cerezas en la falda;
y cuando componía
su rústica guirnalda,
—¿No sabéis? hoy me caso, nos decía.
Por eso me engalano cuidadosa;
pues como es tan hermoso, tan hermoso

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mi prometido esposo
yo también quiero parecer hermosa.
¿Por qué, por qué se esconde
y quién me lo detiene?
¡Si hoy mismo ha de venir! Yo sé por dónde
ahora corriendo viene
en un caballo blanco cabalgando...
¿Lo veis? ya va llegando ..
¡Apartaos! dejadme que lo vea.—

É irguiéndose la loca señalaba
la senda tortuosa que guiaba
por el vecino cerro hacia su aldea.
Habrá quien no lo crea,
mas nunca olvidaré la dolorida
triste expresión de su mirar profundo,
por mucho que la vida
me dure en este mundo,
cuando desengañada y abatida,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡No es él! ¡no es él!— clamaba,
y arrojando las flores se sentaba
en hondos pensamientos sumergida.
Después alzaba la gentil cabeza
como si despertara lentamente
y ora —¡allí está!— diciendo alegremente
ó —¡no es él!— repitiendo con tristeza.
A impulsos de encontrados sentimientos,
tejía y destejía la corona;
segun eran sus vanos pensamientos
tristes ó halagadores,
engalanaba su ideal persona
ó deshacía con desdén las flores;
hasta que, deshojadas una á una,
al verse sin ninguna,
corría á buscar más en la pradera,
á la aldea cercana,
murmurando en su ardiente desvarío:
—Hoy no ha venido, llegará mañana.
Me prometió volver en primavera
y ha de venir. ¡Dios mío!
¡qué sería de mí si no viniera!

V

Como una niña caprichosa y vana
que vivía prendada de una estrella
y se murió de pena una mañana,
al despertar sin ella,
era la loca enamorada y bella;
sólo que mi aldeana,
aun adorando con tan ciego empeño,
no podía morirse como aquélla
mientras no despertara de su sueño.
Con la profunda fe del primer día
todas las tardes, todas las auroras,
—¿No sabéis? hoy me caso,— repetía,
y adornaba sus gracias seductoras
con guirnaldas de vívidos colores;
pues si no las hallaba por los prados,
aquellas compasivas labradoras
le daban la limosna de sus flores
que cuidaban en sitios reservados.
La idea de las flores asociaba
al logro de su amor de tal manera,
que mientras las produjo la pradera
ó la sencilla gente se las daba,
esperaba, esperaba
al que juró volver en primavera;
siempre de verlo aparecer segura
y sólo apercibiendo en su locura
la triste realidad del desengaño

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cuando deshizo el tiempo su ventura
llevándose las flores de aquel año.
Una tarde, ya pálida, amarilla,
bajar la ví por la pendiente orilla
del rumoroso río ó del torrente
que al abismo profundo se despeña.
Seguí sus pasos cautelosamente.
Raquítica y pequeña
allí entre el musgo de cortada peña
descollaba una flor. La pobre loca
por alcanzarla se afanaba en vano.
Corriendo fuí, salté sobre la roca,
corté la flor y la mostré en mi mano.
Entonces me miró de tal manera
que me hizo estremecer: fué la primera
mirada de rencor que ví en sus ojos.
—¡Si es para tí!— la dije y sonrieron
con risa celestial sus antes rojos
y ya cárdenos labios. Dejó el río,
subió á la aldea, se sentó en la puerta
del templo entonces solitario y frío,
y al marchitarse entre su mano yerta
la postrimera flor de aquel estío
la loca de las flores cayó muerta.

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

NESSUN MAGGIOR DOLOR...

Me encontraba en París y tenía veinticinco años. Pasaba allí la espléndida vida correspondiente á ese centro y á esa edad: sin cuidados, sin temores, libre el espíritu y el corazón, de sarao en sarao, de baile en baile, me dejaba arrebatar á la merced de aquel torbellino continuo: no era pobre, ni rico, pero mis medios me permitían hacer una vida cómoda, sin privaciones de ningún género.

Los que habéis vivido en París, sabéis bien que de tiempo en tiempo el recuerdo de la patria, nace en medio de la orgía ó entre el bullicio de la fiesta: se presenta como una sombra querida, que imprime al espíritu una suavidad exquisita, elevando el alma sobre el materialismo que la ahoga: yo los tenía también, pero no como el anhelo de un bien deseado. La patria entonces me era fatal, porque había perdido en ella el ser más amado de mi vida... Huía el recuerdo y me hundía en el torbellino.

Una tarde había ido al Bosque, solo, en mi noble caballo Antar, brioso como un hijo de la Arabia, tranquilo y sereno como un animal de carrera. Daba ese paseo diariamente, volviendo á comer á las seis de la tarde, á la mesa redonda del Gran Hotel, donde la diversidad de tipos y la confusión de razas formaban un conjunto heterogéneo, cuyo estudio me agradaba sobre manera.

Había atravesado ya los Campos Elíseos y al entrar en la avenida de la Emperatriz, siento que Antar se estremece por el ruido de un carruaje lanzado á la carrera.

Le tranquilizo acariciando su arrogante cuello y hablándole con el acento suave é insinuante que parecen comprender los animales.

Antar, puro fuego y nervio, era como esos hombres bravos sin pretensiones, que una palabra hace entrar en razón.

A pocos momentos siento pasar como una exhalación, casi rozándome, un elegante landó tirado por dos hermosos caballos de raza, cuyo trotar violento igualaba á la carrera.

En un momento de impaciencia alcé el látigo para castigar al inexperto cochero que tan imprudentemente había

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

estado á punto de llevarme por delante, cuando mis ojos se fijaron en la persona que iba dentro del carruaje.

Era una criatura de veinte años á lo sumo; blanca y rubia como el ideal de un poeta del Norte, iba lánguidamente recostada en el fondo del carruaje; sus ojos adormecidos y su actitud abandonada, mostraban que gozaba en la carrera, como una de esas amazonas inglesas que viven y se exaltan en la rapidez del movimiento.

Yo conocía todo el mundo galante de París: sin embargo, nunca había visto á esta mujer en ninguno de los centros elegantes: ni *chez* Laborde, ni en Mabille, ni en Valentino. —Jamás la había encontrado en los teatros, ni en mis diarios paseos al Bosque la había visto.

Puse al trote mi caballo y la alcancé casi al llegar al centro del Bosque: me aguijoneaba una ardiente curiosidad, en la que se mostraba un átomo de amor propio. Hubiera hecho un sacrificio por mostrar á mis amigos esa conquista.

¡Perdón! son vanidades de todos los hombres de esa edad!

Ya se había formado alrededor del carruaje de la desconocida un círculo curioso que la miraba y cuchicheaba entre sí; ella no había cambiado de postura y parecía gozar con la fresca brisa que venía murmurando entre los árboles. Yo me había bajado y entregado mi caballo á un *valet de pied*, para poder pasearme á orillas del estanque á cuyo lado opuesto está el bellísimo jardín del Pré Catalán.

La desconocida dama se bajó del carruaje y se dirigió al bote que conduce al otro lado; era alta, esbelta y vestía uno de esos trajes sueltos que revelan la belleza de las formas. Adivinando su intención, me apresuré y bajé al bote un momento antes que ella, ofreciéndola en seguida mi mano.

Cincuenta ó sesenta personas contemplaban esta escena y yo comprendía que más de uno de aquellos jóvenes brillantes hubiera dado su renta de un mes por encontrarse en mi posición: si la dama hubiese comprendido en aquel momento mi estúpida vanidad, no habría dejado caer en mi mano la suya sin guante, blanca y tersa, después de haberme mirado un instante con cierta intensidad. Comprendí que muchos iban á bajar al bote, y dándole un fuerte empuje lo lancé á cuatro varas, poniendo un luis en la mano del barquero que se preparaba á objetar.

La desconocida no hacía caso de mi presencia y parecía

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

estar abstraída completamente por la lánguida belleza de la tarde. El ruido de París se perdía á lo lejos como un murmullo indefinido; todo era tranquilidad y paz. Las pequeñas olas rizadas por el aura suave de la tarde, formaban graciosos giros sobre la tersa superficie del lago. La blanca desconocida se había adormecido reclinada en la popa del botecillo y una de sus manos pendía fuera de él, tocando apenas con sus dedos las aguas cristalinas.

La contemplaba silencioso, admirado de la belleza de aquella mujer: sus labios parecían moverse imperceptiblemente y un momento oí claras y distintas estas palabras, dichas con una dulzura infinita:

Un soir, t'en souvient il? Nous voguions en silence:
on n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
que le bruit des rameurs, qui frappaient en cadence
tes flots harmonieux.

Los bellísimos versos de Lamartine venían como una ráfaga de poesía á unirse á las frescas brisas del lago.

Aquella hermosa mujer; yo, joven, lleno de vida y entusiasmo; los versos misteriosos del amante de Graziella; la hora voluptuosa de la tarde, mi soledad con aquella criatura, me hacían un efecto curioso é inexplicable.—No podía comprender cómo no tomaba aquella mano entre las mías y en ardientes palabras dejaba desbordar el torrente de delicias que henchía mi alma. Insensiblemente caí en una especie de éxtasis y mis labios dejaron escapar estos versos del poeta del dolor y de la duda eterna:

Point d'amour et des fleurs, et la nuit qui murmure
et le vent qui frémit en toute la nature
qui pâlit de plaisir, qui boit la volupté!
. . . . . .
Point d'amour et partout l'espectre de l'amour!

Un suspiro cortó mis palabras: la desconocida me miraba intensamente: sus ojos estaban húmedos y su seno palpitaba acelerado.

—También dice Musset, caballero, *pourtant, ils ont aimé!* me dijo con un acento dulce é impregnado de sentimiento.

—Musset, señora, el triste desterrado del mundo del placer, veía la felicidad en todas partes, fuera de su alma y hasta sus criaturas más desgraciadas tienen un momento feliz.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Felicidad... desgracia... placer... *words, words, only words!*

—¡Hamlet soñaba, señora, y Musset sufría!

—Llegamos, dijo en este momento la ruda voz del barquero.

Como el que despierta de un sueño, sacudió la blanca dama su frente nacarada.

Descendimos, y como yo dejara ver mi intención de seguir acompañando á la desconocida, ésta me saludó cortesmente, quedando de pie hasta tanto me encontré lejos de ella. Entonces se internó lentamente en los jardines.

La noche caía, y yo estaba embebido mirando hacia el costado por el que había desaparecido la blonda criatura.

. . . . . .

No volvió.

En vano la esperé hasta entrada la noche; sin duda se habría hecho esperar por el carruaje del lado opuesto del jardín. Crucé el lago, monté en mi caballo, que me esperaba impaciente, y, paso á paso, sumido en un mundo de reflexiones, gané la barrera y de allí á mi hotel.

Aquella mujer me atraía: no me perdonaba haberla perdido de vista; soñaba con ella!

Me propuse encontrarla: tomé *l'Entr'acte* y recorrí los anuncios de teatros. En los Italianos, la Patti cantaba la *Sonámbula;* en la Opera, la Sass daba el *Trovador*— Verdi y Bellini!

¡Oh! esa naturaleza aérea, delicada como un copo de espuma, no puede amar los arranques terribles del autor de *Nabuco;* necesita la poesía suave y misteriosa, impalpable, del dulce poeta del corazón:—¡á los Italianos, pues!

Llegué tarde, y como no era mi noche de abono, no encontré localidad.—Recordé entonces que un amigo, joven hijo de un banquero, tenía un palco por temporada; al entrar en él, noté que el palco contiguo estaba vacío.

¿Mienten los presentimientos, esas adivinaciones misteriosas del corazón? ¡Oh! ¡jamás me han engañado! En las horas de dolor, siempre han cruzado mi alma, como esas aves de la noche, mensajeras de desgracias, que se posan en las ruinas, en medio de las tinieblas!

A los cinco minutos de entrar, se abrió la puerta del palco de al lado y mi bella desconocida, dando el brazo á un hombre de cuarenta años, grave y de noble fisonomía, entró

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

sin hacer ruido alguno y silenciosamente se sentó en la primera silla, dando la espalda al sitio en que me encontraba.

—¿Qué tiene usted? me preguntó mi amigo. ¡Está usted pálido como la muerte!

—El cansancio, la fatiga... ¡qué sé yo!

Los deseos habían huído de mí; aquella mujer embriagaba mi espíritu.

La Patti estaba cantando como un ángel: su voz melodiosa impregnaba mi alma, y en el estado de excitación en que me hallaba, me parecía que estaba viviendo un siglo en un segundo...

Por fin bajó el telón: mi amigo salió del palco y quedé solo. Oía hablar al lado y una curiosidad irresistible me atraía; presté oído.

—¿Parte usted pronto, Vilda?

—Sí, coronel, parto próximamente; me ahoga París. Voy á Italia.

—¿Sola como siempre ó piensa usted esperar á Cristián?

—Sola; estoy ya tan habituada, que uno de mis mayores placeres es la soledad.

—¿Y dónde va usted directamente?

—¿Conoce usted la Italia, coronel?

—No, Vilda; pienso visitarla próximamente.

—Desde Alá al estrecho de Mesina aquello es un paraíso. Jamás al entrar en esa tierra bendecida llevo rumbo fijo. Me arrastra el viento...

—Como á la nube...

—O á la golondrina.

No oí más: entraron algunas personas en el palco y en el movimiento de los saludos de etiqueta, perdí el resto de la conversación.

Me era bastante: mi viaje á Italia estaba resuelto.

Durante el resto de la función, una idea fija dominó en mí: Cristián. ¿Quién era ese Cristián? ¿Padre, hermano... esposo?

Me confundía.

Cuando la *Sonámbula* va á cruzar el puente, en ese momento terrible, Vilda varió de asiento, ocupando el que daba la espalda al proscenio: entonces sus miradas se fijaron en mí; su rostro manifestó profunda sorpresa y una ráfaga rosada coloreó sus mejillas. La saludé cortesmente: en un instante se repuso y contestó al mío con un saludo

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

amable y sin afectación. El coronel, absorto con la Patti y Naudin, no notó nada de esta escena muda.

Salimos del teatro, y á pesar de mis ardientes deseos, no seguí en el mío el carruaje de Vilda, que había partido de los primeros.

Eran las once y media de la noche: por costumbre, más que por deseo, ordené á mi cochero dirigirse á Mabille.

La idea de encontrar allí á Vilda, me oprimía el corazón; creo que la hubiera insultado, despreciado...

¡Estaba loco!

Mabille se encontraba en todo su apogeo. Al entrar, Corisandra, la *bouquetière,* se me acercó misteriosamente y con esa voz de insinuante confianza que quiere establecer un vínculo de solidaridad, me preguntó:

—Monsieur Charles (había olvidado decir que me llamo Carlos), ¿hay que hacer algo para vuestro servicio?

Una ráfaga de fuego cubrió mi rostro: había tenido un segundo la mezquina idea de hacer á Corisandra mi mercurio cerca de Vilda.

—Nada, hija, nada. Estoy arruinado de bolsa y vida. Donde faltan esos dos elementos, ya no hay esperanza.

—No dice así Aubépine, la linda rubia.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que hace tres noches habéis ganado quince mil francos en una partida de baccarat.

Era cierto: en uno de esos centros elegantes de fomento al vicio, cuatro días antes, había sido invitado á tomar parte en una partida, habiendo ganado la suma indicada.

En ese momento, Aubépine, preciosa criatura, fresca como la flor cuyo nombre había tomado y rubia como el dorado fleco de la planta del maíz, se acercó á mí cariñosamente, con ese rostro lleno de amor que nunca falta para un hombre que ha ganado quince mil francos en el juego.

Yo la había conocido tres meses antes y más de una vez la había tratado.

—Mi querido Carlos, ¡qué felicidad ver á usted esta noche por aquí! fué la frase de entrada.

—Si para tí es una felicidad el verme en este sitio, debes pasar la vida muy feliz, porque casi nunca falto.

—No, hablo de hoy exclusivamente. Es usted el hombre á la moda.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¿Será por mi suerte en el juego, donde he ganado la miseria que se pierde cien veces en un minuto?

—¿Quién habla de dinero? Creíamos que no viniera usted á Mabille en adelante. Su centro debe ser las Tullerías, las embajadas, los salones del Faubourg Saint-Germain, el mundo aristocrático, en fin.

—¿Te burlas, Aubépine? A no ser que te hayas inscrito en el libro azul, y que lleves cuarteles y leones en campo de gules en tu carruaje, no conozco ninguna aristocrática dama, ó por lo menos, no tengo con ninguna las relaciones que tú supones.

—¿Y la rubia del bosque?

—¡Ah!

Desde ese momento, mujeres, amigos, todo el mundo me trataba de hipócrita por no haber confesado antes que la bella rubia era mi querida. En vano negaba y juraba que era la primera vez que la veía. En París, donde esas relaciones se forman en un segundo, no se comprende que un hombre dé la mano á una mujer, sin que por este simple hecho se constituya en su amante.

Por lo demás, nadie me daba un solo dato acerca de Vilda; nadie la conocía y sólo algunas personas recordaban haberla visto el verano anterior pasar dos ó tres días en París y desaparecer.

Me fastidié en Mabille y me retiré á preparar mi saco de viaje; creía partir de un momento á otro.

Al día siguiente busqué á Vilda en todas partes, sin conseguir encontrarla. Llevaba la idea de constituirme en su sombra y seguirla donde fuera. Ya era para mí una necesidad su presencia.

En vano la busqué cinco días consecutivos; Vilda había partido.

Desesperado, esperé un día más. Por fin, el anhelo de mi alma me arrebató y me lancé á Italia á buscar aquella mujer entre veintitrés millones de habitantes.

Yo conocía á Italia y la amaba como á uno de esos recuerdos puros de la infancia que refrescan el espíritu en las tristes horas de laxitud moral. Había vivido un año en ella, haciendo la vida errante del artista; me eran familiares sus bellezas y conocía la historia de cada uno de sus sublimes trozos de mármol, como los rasgos de mi propia vida.

Cuando se ama, siempre se supone en la persona querida

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

una armonía completa de sentimientos y afecciones con los nuestros; yo amaba á Florencia como á la patria ideal, y suponía que Vilda... porque yo me había enamorado de aquella mujer! Su presencia me causaba un sufrimiento dulcísimo, inefable, algo como esa sensación misteriosa de que habla santa Teresa, cuando describe, en la más admirable de sus páginas, su éxtasis divino.

Llegué á Florencia á la caída de la tarde de un bellísimo día de Mayo, cuando la naturaleza italiana sonríe orgullosa en el *amplesso* de su voluptuosidad. Las brisas del Arno y de las bellísimas alturas de Fiesole venían á acariciar mi frente, como un saludo íntimo al amigo de la poética ciudad.

Tomé un caballo y me fuí á las Calscinas: un mundo poblaba el lindo paseo que se extiende á lo largo del correntoso río Arno; carruajes lujosísimos, misteriosos *coupés*, coches de todo género cruzaban en todas direcciones. Mi mirada anhelante buscaba ansiosa á Vilda: parecía que había sido un sueño para mí: no la veía.

Esa noche se cantaba la *Condesa de Amalfi* en la Pérgola, por una compañía bastante mala, y Salvini hacía *Otello* en el teatro Pagliano.

La *Condesa de Amalfi*, esa vulgar creación de Petrella, no podía atraer á Vilda.

Salvini, la estatua de la tragedia clásica, el genio creador, debía simpatizar con su espíritu ardiente.

¡Ni en la Pérgola ni en Pagliano!

En vano saludaba cariñoso á todas mis antiguas amistades florentinas: el soberbio David, elevándose esbelto en medio de la plaza de la Señoría, el palacio de los Médicis, la calle habitada por el Orcagna, Donatello, Vespucci el sublime usurpador, y el divino Buonarrotti, no tenían ya para mí aquel encanto misterioso que en años anteriores inundaba mi alma á su aspecto.

A cada momento creía ver á Vilda en la galería Degli Uffizi contemplando la Venus de Médicis, ó absorta ante la Madona de Sassoferrato: en la galería Pitti mi deseo la veía en un cuadro del Ticiano ó en una de las místicas creaciones de Andrés del Sarto.

Abandoné Florencia, recorrí toda la alta Italia, y por fin, cansado y perdida ya mi dulce esperanza, me dirigí á Roma.

Roma se encontraba aún bajo la dominación eclesiástica

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y presentaba el aspecto más pagano de todas las ciudades de la cristiandad. Ninguna de las villas de Italia, ninguna de las capitales europeas tenía aquella idolatría por la forma que caracteriza profundamente el culto gentílico, y que se ostentaba entonces en todo su esplendor en la ciudad de los Césares.

Por ese motivo era tan curioso el estudio de la sociedad romana, como la contemplación de sus ruinas gigantescas ó de sus soberbias obras de arte: en Roma había algo nuevo, insólito; un presentimiento me arrastraba á ella; estaba convencido de que encontraría allí á Vilda.

Mis presentimientos jamás me han engañado: la encontré.

. . . . . .

Una noche me había dirigido á las ruinas del Coliseo: un cardenal, hombre de mucho talento y de ese tacto poético que distingue á los italianos, me había aconsejado visitara la inmensa ruina á la luz plateada de la luna. Había ido varias veces durante el día, y siempre había salido con el espíritu dominado por la grandeza y majestad del anfiteatro.

Era una noche clara de luna; una de esas noches italianas, en las que el cielo, puro y sin nubes, se extiende bellísimo sobre la naturaleza adormecida voluptuosamente. Caminaba silencioso en dirección al Coliseo, fuera ya de la ciudad, contemplando extático las sombras colosales de la gigante ruina, tendidas á lo largo de la muerta campiña romana. Los poetas han querido ver en aquellas sombras los mil paisajes caprichosos que engendra su imaginación sobreexcitada por la grandeza del cuadro; los artistas sueñan con las sombras, y los que tienen dentro del alma el amor á lo bello, viven la vida del placer, frente á esa soberbia manifestación de grandeza.

Yo pensaba en Vilda: en los momentos de excitación, lo vulgar desaparece del espíritu y queda sola, fija y brillante, la idea dominadora. El prisionero en esos momentos piensa en la libertad, el artista en su ideal, el hombre que ama en la mujer querida. Yo amaba á Vilda, como no había amado nunca en la vida: cuando arrastraba una existencia material y torpe en París, creía que las desgracias que en mi patria habían pesado sobre mí, la muerte de mis amigos en un momento tremendo, la maldición que pesaba sobre mi frente, habrían agotado dentro de mi corazón todas las fibras delicadas del sentimiento... y aquella mujer había revelado

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

á mi alma la vida del amor, dulce, inefable, como su lánguida mirada!...

Penetré en el Coliseo y me senté en el centro, en la ridícula cruz que la explotación católica ha puesto en ese pedazo del pasado. La mitad del edificio estaba hundido entre las sombras, y la otra mitad brillaba al resplandor de la luna. No había notado ningún otro visitante, cuando mis ojos se fijaron en una de las entradas que dan al Sud: sobre un trozo de granito estaba sentada una mujer, contemplando, silenciosa y en místico recogimiento, el divino cuadro: la luna bañaba su rostro: ¡era Vilda!...

—Hace un mes, señora, en París, en uno de los pocos momentos de tranquilidad que ofrece aquel torbellino humano, encontré á usted una tarde en medio de un lago; hoy, á la luz de la antorcha de las ruinas, como llamó Mme. Stäel á esa blanca luna que va pasando sobre nosotros como un sueño de felicidad, encuentro á usted en medio del pasado. ¿Creeré que hay simpatías de afecto en nuestras almas?

—¿Por qué no, caballero? Amo el pasado con delirio, porque encuentro en él ese soplo misterioso de poesía que va muriendo en nuestras sociedades modernas. Amo el Coliseo, amo á Florencia y Roma, porque ésta es la antigüedad y aquélla la Edad Media.

—¿Y sola siempre, señora? No encuentra usted en la expansión la mitad del placer de la contemplación?

—¿Y cuando no se encuentra quien comprenda nuestras ideas, caballero?

—En esa situación, señora, los espíritus débiles pasan una vida miserable y desesperada, los que son fuertes se alimentan de sus propias inspiraciones y viven en sí mismos, como el águila en las soledades del espacio. Seguramente, usted no vive desesperada, señora.

—¿Es una galantería?

—No, es una observación. Jamás he podido ser galante, y si lo fuera, no cometería la ridiculez de ostentarlo en este sitio y á estas horas.

—¿Y á qué casualidad debo, caballero, el encontrar á usted en Italia y de una manera tan inesperada? Creí que su centro fuera París, Londres ó Viena.

—Amo la Italia, señora, y hoy tal vez más que nunca. He perseguido un ideal y creo encontrarlo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¿En Italia?

—Tal vez.

—¿Es usted español, caballero? De tal es su acento.

—Mi patria, señora, se encuentra perdida en uno de los últimos rincones del mundo. He nacido cerca del polo Sud, en medio de inmensas llanuras sin límites.

—Americano...

—Usted, señora, debe ser de otra raza. Sus ojos, su fisonomía, revelan la criatura del Norte.

—He nacido en Suecia, caballero.

Mi posición se iba haciendo violenta: aquella mujer, sola conmigo en medio de la noche y de las ruinas, me hablaba con la misma sencillez que á un hermano: me encantaba, ponía en agitación mi alma entera. No podía decirle una palabra: un sentimiento de profundo respeto me contenía.

De pronto una nube se posó en mi frente: había recordado un nombre, oído una noche en los Italianos, en París: ¡Cristián! La duda me asaltó.

—Señora, la circunstancia excepcional en que nos encontramos ¿sería suficiente título para autorizarme á dirigir á usted una pregunta?

—Pregunte usted, caballero.

—¿Es usted soltera?

—No, señor; soy viuda.

—Viuda... á esa edad... ¡mucho habrá sufrido usted! La muerte de la persona querida en la edad de las dulces ilusiones, es el golpe más terrible que puede sufrir el corazón.

—¡Ah, caballero! tenía diez y siete años y mi familia me casó con el barón de Osnabruck, á quien no conocía y que se encontraba de embajador en Londres. Me casé por poder, y el barón murió al emprender el viaje de vuelta. No le he conocido; era, según me han dicho, un respetable anciano, estimado por todo el mundo y que al morir me dejó nombre y fortuna.

Callé: un torrente de alegría inundaba mi alma. Hubiera deseado morir en aquel momento, oyendo una palabra de amor de los labios de Vilda.

—Y... ¿nunca ha amado usted, señora?

—Nunca, caballero. Dicen que es muy bello, murmuró fijando su lánguida mirada en el astro de la noche, la pálida viajera que cruzaba el espacio, bellísima y tranquila.

La contemplaba mudo... yo, el hombre habituado á jugar

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

con todos los sentimientos del corazón, no encontraba valor en mi alma para revelar mi cariño á la dulce criatura.

—El ser que ama las ruinas, el pasado, todo lo que encierra una idea poética, tiene que tener en el alma un ideal, una imagen que adora en el misterioso silencio del corazón. Usted ama, señora.

—Amar... ¡ser amada y comprendida! ¡Oh!

Sus ojos se cerraron y su seno palpitó acelerado; extendí mi mano hacia la suya, y en el momento de ir á tomarla, Vilda se puso de pie y sin emoción, sin que su voz revelase ninguna sensación violenta, me dijo:

—Caballero, ¿tendría usted la bondad de conducirme hasta el carruaje? El frío de la noche me hace mal.

Al subir al carruaje que la esperaba fuera del coliseo, me dijo:

—Si no nos encontramos más, crea usted, caballero, que no olvidaré el dulce momento que acabo de pasar.

Balbucié una frase convencional y el coche partió.

Volví á mi hotel desesperado.

. . . . . .

A la mañana siguiente me encontré con una invitación para una fiesta que daba el embajador de Portugal en una de las villas de Roma.

El embajador era entonces el duque de Saldanha, cuya celebridad como diplomático y hombre de mundo se extendía ya por todas las cortes europeas; era una dicha conseguir una invitación para sus fiestas, y un crimen de leso buen gusto faltar á ellas. Yo había intimado con el secretario de la embajada en París, y al saber que estaba en Roma, había tenido la delicadeza de enviarme un billete de invitación.

No es del caso hacer una descripción ni de la bellísima villa Paulatti, ni de la fiesta. Figuraos todo lo que el espíritu humano puede idear para hacer gozar los sentidos y lo encontraréis allí. Saldanha sabía hacer las cosas, algo á disgusto de la corte de Lisboa, que más de una vez tuvo que pagar las inmensas deudas del noble duque, para poder emplearlo en otro destino.

Entré en los salones tarde ya, del brazo de Esteban de Pinto Moura, el secretario. A primera vista, dos figuras me llamaron extraordinariamente la atención. Eran dos hombres altos, esbeltos, y de altiva fisonomía. Uno era rubio y tenía su cara un parecido tal con Vilda, que un nombre vino al

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

instante á mis labios: Cristián. El otro era moreno; ojos negros y profundamente concentrados; su mirada entraba en el alma.

Me estremecí: ¡Vilda debía estar allí!

En efecto, á pocos momentos Vilda entró en la sala, acompañada por el anciano coronel que había estado con ella en París, en los Italianos.

—¿Conoce usted á esa dama, Esteban? pregunté á mi amigo.

—No; es hoy la primera vez que veo su bellísima figura. Sé que se llama la baronesa de Osnabruck, y que aquel hermoso joven que habla en este momento con Gustavo de Rosbek es su hermano.

—Ese caballero á quien llama usted Rosbek, ¿es acaso sueco?

—Sí, y según tengo entendido, no es del todo insensible á los encantos de Vilda.

—¡Ah!... Como conozco á esa dama, me permitirá usted que me acerque un instante...

—¡Hola! ¿y por qué tan pálido?... ¿acaso?... ¡perdón, amigo!

Moura pronunció estas palabras por una suplicante mirada mía: me había comprendido.

Me acerqué á Vilda en un momento en que quedó sola; me saludó sencillamente: creí notar, sin embargo, una mirada recelosa dirigida al punto en que se encontraban Cristián y Rosbek.

—Señora, ¿me permitirá usted ofrecerla mi brazo para dar un paseo por el jardín?

—Con mucho gusto, caballero.

Cruzamos el salón, blanco Vilda de todas las miradas: su soberana belleza atraía como el brillo del diamante, como un cuadro del Ticiano.

Llegamos al jardín, admirable de arte y naturaleza, lleno de árboles y enredaderas, por entre las que se escapaba misterioso el débil fulgor de un farolillo de la China, ó una débil hebra de luz eléctrica que venía desde el estanque jugueteando entre las ramas de los árboles, confundida con el suave resplandor de la luna.

Mi corazón estaba oprimido, y Vilda, por primera vez, dejaba ver cierta emoción.

—Vilda... y usted me permitirá usar este nombre... ¿teme

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

usted algo á mi lado? Usted no me conoce y creo que sabe mi nombre desde ayer... mi nombre ignorado que no encontrará usted en el libro de oro de la nobleza europea. Yo creo conocerla desde que he sabido sentir, desde que he conocido ese arrullo indefinible del corazón que llaman simpatía.

—¿Por qué temer, caballero? Una mujer que recorre el mundo sola, ¿temerá algo del brazo de un hombre que le habla de simpatía en medio de una fiesta?

Habíamos llegado á un banco de césped, colocado en medio de una glorieta. Vilda se sentó allí y yo á su lado. Comprendía que mi posición no podía durar; tomé una resolución.

—Vilda, dije: he recorrido gran parte del mundo en busca de un ideal. —Desde las llanuras de mi patria, hasta las brumosas regiones del Norte, mi corazón solitario ha buscado un eco. Por fin, el cielo sonrió para mí: he visto una mujer y la he amado. Amo con delirio, y mi amor es mi vida. Esa mujer es usted, Vilda.

Vilda callaba: sus ojos azules, impregnados de una dulzura exquisita, vagaban por el cielo, como una de esas risueñas ideas que en medio del sueño vagan por la imaginación. Pendía una de sus manos; la tomé y la llevé á mis labios...

¡Oh! ¿por qué entonces, en la expansión de mi alma, no se acabó mi vida? ¿Por qué vuelve á mí ese recuerdo? ¡Oh! ¡Dante, sí! *nessun maggior dolor!*...

—¡Amor! murmuró Vilda... eterna aspiración de mi espíritu, ¿eres, pues, una realidad? Este éxtasis divino, esta voluptuosidad del corazón, es la vida en toda su plenitud... ¡Oh, Carlos!... ¡creo amar, creo ser feliz en este momento!

Algo como un gemido de agonía se oyó tras de nosotros, y apareció Gustavo de Rosbek desencajado, lívido y vacilante.

—Vilda, dijo á la pobre criatura que le miraba espantada: te he dedicado mi vida, te he amado como se ama á Dios, y no has aceptado mi amor. He cruzado el infierno del mundo con la cruz del martirio;—sólo una esperanza me alentaba,—me decías que no amabas ni amarías á nadie! ¡Eres perjura!

—Eres mi sombra maldita, y al ponerte Dios en mi camino desde niña, marcó en mi frente el sello de los

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

réprobos. Has amargado la única ráfaga feliz de mi vida. ¡Maldito seas!

Y Vilda, rígida y pálida como la muerte, se dirigió hacia el palacio como un fantasma, como una sombra.

Gustavo ahogó un grito y llevó la mano al corazón: vaciló un momento y sacando rápido un puñal, lo hundió dos veces en su pecho.

Cayó en mis brazos, moribundo ya;—helado, con la razón casi extraviada, contemplaba el cuerpo de Gustavo, que se debatía en la agonía. Sus últimas palabras, fueron: *¡Vilda, te amo!* y murmurando el dulce nombre, espiró.

. . . . . .

Dos días después, Moura me entregó, en el lecho donde me había postrado una fiebre violenta, que había trastornado mi razón, el siguiente billete:

«Carlos:

»Hay un cadáver entre los dos: la felicidad no se ha hecho para mí.

»He partido, y mi vida en adelante será un tormento.

»No nos volveremos á ver más en el mundo. Dios le haga feliz, y no olvide nunca á la mujer que le debe el único instante de dulzura de su árida existencia.

»Adiós, Carlos: ¡Dios le bendiga!—VILDA.»

. . . . . .

Han pasado diez años: mi cabello va encaneciendo, y Vilda es aún para mí el único astro que brilla en la noche de mi pasado. Hoy me arrastro en el mundo, como un cuerpo sin alma: un momento de expansión y tranquilidad me ha permitido escribir estas líneas.

Son páginas de la vida íntima del corazón... y gozo en el dolor que me causan.

¡Son para mí!

MIGUEL CANÉ.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

SOMBRAS CHINESCAS

OBRA ORIGINAL

DE

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

CON UN PRÓLOGO

DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

APELES MESTRES

Esta obra, que tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos ha de llamar poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

BUENOS AIRES

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMON ESPASA Y COMPAÑIA

CERRITO, 170 Y 174 n/n

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.

Sucursal de Ramón Espasa y Compañía en el Tandil

Notable surtido de devocionarios y estampas.—Obras de Moral, Religión, Pedagogia, Didácticas, Ilustraciones, etc. —Diplomas y libros especiales para premios.—Mapas geográficos y esferas.—Colección de sólidos para el estudio de la geometría.—Plumas, lápices, cuadernos en blanco y demás efectos para uso de las escuelas.—Surtido completo de objetos para escritorio y todo lo concerniente al ramo de librería.

GRAN ESTABLECIMIENTO MÉDICO

Único en su género en Sud-América

SU DIRECTOR Y PROPIETARIO

EL

Dr. D. Camilo Clausolles

CALLE BELGRANO, NÚM. 406 Ó SEA PLAZA MONTSERRAT

Buenos Aires

Instalación hidro-termo-terápica

Baños medicinales de todo género, baños rusos, baños de sudación, baño eléctrico y los *baños turco-romanos* más cómodos, completos y grandes que existen en la capital.

Duchas frías y calientes y la instalación hidroterápica más completa que existe en esta ciudad, inclusa la pileta de natación.

La casa está instalada con todo lujo y ofrece toda clase de comodidades y completo y esmerado servicio á sus clientes, pues sobre estar situada en el paraje más céntrico de la ciudad dispone de un espléndido local.

Aeroterapia y Admiatria

En este ramo se hallará en nuestro establecimiento cuanto humanamente se ha inventado hasta nuestros días para el tratamiento y curación de las varias enfermedades que necesitan el uso del aire comprimido y de los gases nitrógeno, oxígeno, ozono, sulfídrico, fluorídrico, etc., siendo dueña esta casa de la mejor y mayor cámara neumática ó de Jurdanet que existe acá.

Se curan el asma, bronquitis, laringitis crónica, sordera catarral, tisis en 1.º y 2.º grado.

Homeoterapia

SÁLA DE NEBULIZACIÓN HOMEOPÁTICA

Para el tratamiento de toda clase de enfermedades agudas ó crónicas.

Sistema moderno de administración de los remedios por las vías respiratorias, por el Dr. Clausolles.

Con el auxilio de máquinas de concepción moderna, se nebuliza el remedio, eleva su temperatura y se docima, haciéndolo llegar hasta las vesículas pulmonares en donde es absorbido inmediatamente, haciendo por este medio inútiles todas las precauciones acerca de las dietas.

Electroterapia

La casa posee las mejores máquinas para la aplicación de la electricidad al cuerpo del hombre y las que mejores resultados han dado hasta nuestros días.

En una palabra, el establecimiento médico de la plaza Montserrat es el más completo que hasta nuestros días se ha instalado en parte alguna.

La casa cuenta con dos médicos de reconocida capacidad alópata y hemeópata, y de una farmacia completa para el uso interno de la casa.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ESTUDIO FOTOGRÁFICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE

894, CALLE ESMERALDA, 894 — Buenos Aires

894, CALLE ESMERALDA, 894 — Buenos Aires

A. ALDANONDO

En este establecimiento se sacan retratos todos los días, aunque llueva, como si fueran tomados en día de sol.

Tarjetas comunes ó abrillantadas, victoria, álbum, panale, imperiales, grupos de familia, cuadros al óleo, engrandecimientos para fotógrafos, copias de tarjetas en fotografía ó al óleo, fotografías sobre lienzo al óleo para los pintores.

La casa cuenta con grandes aparatos para estos trabajos, retratos microscópicos al lápiz, carbón, etc., etc.

También se encarga de sacar copias de tarjetas en gran tamaño en fotografía ó al óleo para la campaña ó provincias, con sólo mandar una tarjeta bajo sobre, las señas de colorido, de los ojos, pelo, barba, etc.

La misma casa se encarga de remitir los trabajos á su destino.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

GRAN DEPÓSITO

DE

Vinos puros

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

Servicio esmerado de los más ricos vinos de l indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos d mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales qu en los rancios más exquisitos de los principales cose cheros.

SE SIRVE A DOMICILIO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte